



LOS EXILIADOS

DAVID
BARBAREE

«Excepcional.
Una extraordinaria recreación
de la Antigua Roma.»

Ben Kane



LOS EXILIADOS

DAVID BARBAREE

Traducción de
Ana Herrera



Rocaeditorial

Título original: *The Exiled*

© 2019, David Barbaree

Primera edición en este formato: enero de 2020

Publicada en lengua original inglesa como *The Exiled* por Zaffre,
un sello de Bonnier Zaffre, Londres.

© de la traducción: 2020, Ana Herrera

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18014-20-8

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LOS EXILIADOS

David Barbaree

PODER. SOSPECHA. INTRIGA.

79 d. C. Partia está en medio de una guerra civil. Un rey que compite por el trono, y desesperado por recibir ayuda, da la bienvenida a un hombre que dice ser Nerón, el emperador romano destronado.

Mientras tanto, el joven Cayo solo desea poder pasar un plácido verano en la bahía de Nápoles, entre sus libros. Plinio, el famoso almirante, ha decidido enviarlo allí junto al sobrino de Ulpio, senador de Hispania.

Los rumores sobre que hay un falso Nerón en esa zona del sur llegan a Roma, y Cayo y Plinio iniciarán sus investigaciones. Pero de pronto sucede lo imprevisto: el monte Vesubio entra en erupción, y la ceniza tiñe de negro el cielo.

ACERCA DEL AUTOR

David Barbaree es abogado y graduado por la Curtis Brown Creative Writing School. Vive en Toronto con su esposa y sus dos hijos. Esta es su segunda novela, con la que se ha consolidado como uno de los autores revelación en el mundo de la ficción histórica. Es autor de *El emperador destronado*, también publicado en este sello editorial.

ACERCA DE LA OBRA

Un *thriller* histórico tan apasionante como *Juego de Tronos*, tan despiadado como *House of Cards*.

«Una lectura fabulosa de un maravilloso mundo sensorial, que es a la vez fresco y atractivo. Altamente recomendado.»

MELISSA WILKIN, EN *AMAZON.COM*

PERSONAJES

PARTIA

Los reyes de Partia

Rey Vologases, enfermo, gobernador de Partia, rey desde el 51 d. C., provocó una guerra civil al nombrar heredero a su hijo menor, Pacoro II.

Rey Vologases II, hijo mayor de Vologases, uno de los tres hijos que competían por el trono.

Rey Artabano III, segundo hijo de Vologases, que acaba muy mal en la guerra civil.

Rey Pacoro II, hijo menor de Vologases, heredero de Vologases.

Leales al rey Artabano III

Zenobia, esposa del rey Artabano III.

Darío, sátrapa de Bactria, consejero del rey Artabano III.

Meherdates, más conocido como el Sapo, nombre latinizado del rehén parto en Roma, a quien cortó las orejas el rey Gotarez (más conocido como El Carnicero) después del golpe de estado fallido.

Himero, jefe eunuco del harén del rey.

ROMA IMPERIAL

Los Flavios

Vespasiano, difunto, emperador de Roma que gobernó entre 68 y 79 d. C.

Tito César, hijo mayor de Vespasiano, antiguo soldado y general, nombrado emperador tras la muerte de su padre, en junio del 79 d. C.

Domiciano, segundo hijo de Vespasiano.

Domitila, hija mayor de Vespasiano.

Vespasia, hija menor de Vespasiano.

Personal imperial y cortesanos

Ptolomeo, esclavo y secretario imperial de Tito.

Jacasta, antigua doncella leal de Domitila.

Livia, doncella de Domitila.

La casa de los Secundos

Plinio Secundo, más conocido como Plinio el Viejo, almirante de la flota imperial, soldado, autor y consejero muy cercano de los emperadores Vespasiano y Tito.

Cayo Cecilio, tímido sobrino de Plinio, ratón de biblioteca.

Espartaco, secretario del almirante Plinio.

Zósimo, esclavo de Cayo.

La casa de Ulpio

Lucio Ulpio Trajano, senador rico y ciego de Hispania.

Marco Ulpio Trajano, sobrino de Lucio Ulpio.

Teseo, liberto tuerto y antiguo gladiador.

Ciro, liberto de Ulpio.

Elsie, antigua esclava, como una madre para Marco.

Senadores y patricios

Cocceyo Nerva, senador que perdió el favor de los Flavios, tiene una red de espías que abarca todo el imperio.

Sulpicio Petico, recién regresado de Siria, propietario de gladiadores. Su hermano fue ajusticiado por Nerón.

Cerialis, general y amigo del emperador Tito, comprometido con Domitila.

Tascio Pomponiano, vive junto a Estabia, en la bahía de Nápoles.

Eprio Marcelo, difunto, senador bajo Nerón y Vespasiano, conspiró para derrocar y matar a Vespasiano.

Cecina Alieno, difunto, antiguo comandante durante las guerras civiles implicado en la conspiración de Marcelo para derrocar a Vespasiano.

Valerio Festo, arrogante miembro del entorno de Domiciano.

Soldados y Guardia Pretoriana

Virgilio, recién nombrado prefecto de la Guardia Pretoriana, mano derecha de Tito.

Manlio, centurión encargado de vigilar a los rehenes partos, Barlaas y Sinnaces.

Catulo Mesalino, legado en la Guardia Pretoriana y buen amigo de Domiciano.

Rehenes partos

Carenes, difunto, general y sátrapa de Mesopotamia, que apoyó a Meherdates en el fallido golpe de estado para derrocar al rey Gotarez.

Barlaas, guerrero de origen real, coconspirador con Carenes en el golpe de Estado para derrocar al rey Gotarez.

Sinnaces, hijo de Carenes, nacido en Roma.

Emisarios partos

Arshak, líder de los emisarios partos, bajito y con los ojos descoloridos.

Farbod y Farhad, hermanos, altos y de aspecto noble.
Atropates, anciano intérprete que lleva una gorra escita.

Gladiadores y cazadores

El báltavo, leyenda de la caza, propiedad de Nerva.
Minor, gladiador, de la clase de los mirmillones, propiedad de Sulpicio Pético.
La Lanza de Sogdia, guerrero traído por emisarios partos a la Roma Imperial.

Locales en Reate

Plinio Pinario, enterrador, que quiere una audiencia con Domitila en Baiae.
Sexto Pinario, hijo de Plinio Pinario, que se espera que herede el negocio familiar.

SIRIA

Casa de Ulpio

Nerón, emperador depuesto, que se hace pasar por el hispano Lucio Ulpio Trajano.
Marco, antiguo esclavo, ahora fingiendo que es sobrino de Ulpio.
Teseo (alias Espículo), antiguo gladiador favorito de Nerón.
Doríforo (alias Ciro), antiguo liberto de Nerón, actor y maestro del disfraz.

Patricios locales

Cómodo, gobernador de Siria.
Sulpicio Pético, senador de Roma, propietario de gladiadores, cuyo hermano fue ajusticiado en tiempos de Nerón.

NOTA DEL AUTOR

Partia fue un antiguo rival de Roma durante más de dos siglos. Se extendía desde el Éufrates, pasando por el mar Caspio, hasta la cordillera montañosa del Hindu Kush, y al sur hasta el golfo Pérsico. Comprendía los modernos países de Irán, Irak y partes de algunos vecinos, incluidos Turquía y Afganistán.

Cuando no estaban en guerra, los dos imperios se embarcaban en lo equivalente a una guerra fría. Los pretendientes al trono rival tenían respaldo, se intercambiaban rehenes, las concesiones de cada uno se usaban como victorias políticas en casa.

Sabemos muy poco de la historia política interna de *Partia*, sobre todo durante la segunda mitad del siglo I d. C. Entre los años 77 y 80 d. C., tras el reinado de Vologases, que duró treinta años, hay referencias a tres sucesores distintos: Vologases II, Pacoro II y Artabano III, lo que sugiere que hubo una guerra civil, pero no es más que una suposición.

En Roma, Nerón, el último de los emperadores Julio-Claudios, perdió el poder en 68 d. C. Vespasiano fue el último que quedó vivo, después de una breve pero sangrienta guerra. Reinó durante una década y estableció la dinastía flavia, que duraría veinte años más con sus hijos Tito y Domiciano.

Bajo los Flavios, al menos tres hombres aseguraron ser el depuesto emperador Nerón. No ha sobrevivido mucha información sobre esos supuestos falsos Nerones. Sabemos que eran una espina en el costado de los Flavios, y que uno de ellos buscó refugio y apoyo en *Partia*, durante el reinado de Tito, pero poco más.

Este libro es el segundo de una serie inspirada por los falsos Nerones. Está ambientado en los años 79 y 80 d. C. El registro histórico de ese periodo está compuesto sobre todo por relatos de hombres que escribieron décadas o incluso siglos después de los hechos, y que aportaron sus sesgos personales y políticos a la tarea de recoger la historia. Por tanto, resulta imposible saber con precisión qué ocurrió durante el reinado de los Flavios. Afortunadamente, los novelistas no necesitamos someternos a las mismas normas que los académicos. Esta es una obra de ficción. Me he tomado libertades que se permiten los novelistas. La mayor parte de las imprecisiones históricas son intencionadas, pero también me he esforzado por crear una historia que sea cierta a su manera, que llene los huecos que la erudición no puede llenar, y que explore los registros históricos, los sesgos inherentes y las contradicciones no explicadas.

PRÓLOGO

El general llega por la tarde. Media ciudad está ahí para recibirle.

—¿Empezamos ya? —pregunta.

La pregunta es retórica: es el general quien marca la agenda, no al revés. Pero el sacerdote (un hombre de la localidad, ignorante del protocolo imperial) no muestra la deferencia que se supone que debe mostrar ante el segundo hombre en importancia del imperio.

—Debemos esperar —dice el sacerdote, bruscamente—, hasta que el sol haya empezado su descenso.

El general gruñe.

—¿Esperar?

Pero el sacerdote es solo un representante encargado de transmitir la voluntad de Apolo. ¿Quién es el general para discutir?

Así que monta el campamento y espera.

El César habría venido en persona, pero el César no está bien; lleva un tiempo encontrándose mal. Está en cama, dicen los rumores, y no se volverá a levantar nunca. El Senado decidió enviar a su hijo, el famoso general. Colectivamente pensaron, aunque no se atrevieron a decirlo en voz alta, que es solo cuestión de tiempo que el hijo sea nombrado emperador, en cuanto el César haya exhalado su último aliento.

En la hora consagrada, el general camina entre un bosque de pinos antiguos, subiendo por la empinada ladera de una colina, hasta el Templo de Apolo. El edificio tiene más de mil años, es más antiguo que la misma Roma. Una fachada de mármol norteafricano, columnas estriadas y dos podios, separados por un tramo de escaleras. En el primero arde un fuego, día y noche. Cerca hay un acantilado que da al Tirreno. En la distancia se ve la isla de Ischia, una perla negra y sombreada, que se alza desde el mar.

A la luz de las antorchas, el general sacrifica tres toros negros y un buey. Se rebanan los cuellos de los animales y un mar de sangre se vierte sobre la tierra; se forman charcos, gelatinosos y oscuros. Los acólitos recitan antiguos versos mientras el sacerdote, de rodillas, con los antebrazos manchados de sangre desde las puntas de los dedos hasta el codo, saca y examina las entrañas de los animales, pasando el pulgar por los hígados, como una costurera que supervisara cada punto. Una vez que está bien seguro de que no hay anomalías, lleva al general a través del bosque bajando por un estrecho camino de tierra hasta la entrada de una cueva.

El compañero del general, un soldado con el pelo blanco, debe esperar con los acólitos, y así se le indica.

El sacerdote entra en la cueva; el general lo sigue.

El pasadizo es estrecho y está oscuro. El sacerdote le conduce hasta una habitación pequeña. La luz de la antorcha ilumina lentamente el espacio y una silueta humana acurrucada en un rincón empieza a moverse.

Es la Sibila.

Se incorpora, apoya la espalda contra la rugosa pared de la cueva.

La sacerdotisa es diminuta, toda huesos y tendones, con el pelo negro muy sucio. Es una niña nada más, de unos ocho años. Pero con su piel pálida y sus ojos negros, parece una anciana, que tuviera ya un pie en la tumba.

—Habla, y ella te responderá —dice el sacerdote.

El general duda.

Como soldado no ha dudado nunca. Sonríe y piensa: «Pero ¿qué te pasa? ¿Esta diminuta sacerdotisa de Apolo te va a dar más miedo que una horda germana o un sicario asesino? Recuerda: todo esto no es para ti. Es para los sacerdotes de Roma, y el Senado, que teme a los dioses. Haz las preguntas que has venido a hacer, y luego vete a hacer algo productivo».

El general se aclara la garganta.

—Los oráculos hablan de una calamidad para Roma si el último de los troyanos cruza el Éufrates. —No puede pronunciar el nombre de ese hombre. Sería dar demasiado crédito a ese impostor—. Hemos oído rumores de que alguien que asegura ser ese hombre está reuniendo un ejército al este. Podría cruzar el río en cualquier momento. Podría haberlo hecho ya. Dime qué debemos hacer, por el bien de Roma.

La voz de la Sibila es un susurro vacío:

—No temáis. Todo imperio debe caer.

—Dime, sacerdotisa —la voz del general suena más fuerte, a medida que adquiere más confianza—, ¿qué debo hacer para proteger el principado y evitar la guerra?

La cabeza de la sacerdotisa se echa hacia atrás, sus ojos se mueven de un lado a otro, como si estuviera contemplando el errático vuelo de una abeja, y su voz se vuelve tan profunda como la de un hombre. Dice:

Cuando el último de los troyanos esté al oeste y al este, caerán montañas y cenizas negras llenarán el cielo.

Cuando la semilla de Eneas cruce el Éufrates, el corazón del lobo arderá, y se instalará una plaga.

Cuidado con la maldición de una madre. Persigue a los culpables aun después de la muerte.

Cuidado con la maldición de Remo. Tú no eres Rómulo.

Cuidado con la fuerza. Es tu mayor debilidad.

Cuando los niños de pelo rubio se hayan ido, un esclavo gobernará.

Apolo mantiene su palabra.

Cae al suelo y vomita bilis negra, y luego se acurruca, igual que estaba cuando la han encontrado.

El general está pálido cuando sale del templo, aunque después asegurará que era la luz de la

luna, no que hubiera perdido el color del rostro..., no era señal de temor. Se retira a su tienda con su compañero de pelo gris. Beben vino hasta la mañana. Hablan de guerra, de mujeres..., de cualquier cosa, con tal de distraerse del saco de huesos oracular con el que ha hablado el César.

El soldado de pelo blanco piensa: «Se suponía que esto era una simple tradición, para aplacar el alma supersticiosa del imperio. ¿Se habrá convertido en algo más?».

Finalmente, pregunta:

—¿Y qué ha dicho la Sibila?

El general recita lo que puede de memoria. Cuando ha terminado, se esfuerza por reír. Después de todo, es un gran general, que acabó con el sitio de Jerusalén. ¿Qué le importan las predicciones de una niña de ocho años?

—Las montañas caerán —dice a su amigo—. Como si los dioses pudieran hacer caer las montañas...

I

TEMBLORES

79 d. C

ZENOBIA

1 de abril. El harén de Artabano IV, Partia

El mensaje llega después de anochecer. El eunuco del rey, Himero, lo entrega. No habrá batalla, dice. No esta noche.

Colectivamente, ochenta y ocho mujeres (en vilo desde que se ha avistado al ejército extranjero esta mañana) dan un suspiro de alivio. A mi lado, la reina, que está embarazada de ocho meses, empieza a sollozar con lágrimas de alegría. El harén no está preparado para otra batalla. Las heridas de Persépolis, las vidas perdidas y la brutal y larga marcha hacia el norte que siguió, todavía se tienen que curar.

La noticia llega como una sorpresa, pero yo no comparto sus sentimientos. Me siento... decepcionada. Sí, esta noche no habrá batalla. Pero estamos en guerra. Y habrá batallas, claro que sí. Un combate, al menos, podría haber terminado con nuestro exilio; una batalla podría habernos llevado a un techo adecuado sobre nuestras cabezas, en lugar de la lona sucia de humo que veo cada noche, mientras espero el sueño.

Himero concluye el discurso con unos cuantos tópicos relativos a nuestro rey, recordándonos su intelecto sin par, su magnanimidad, la rectitud de su causa. El halago es tan exagerado, tan ornamentado, que casi me echo a reír. Y, sin embargo, para algunas parece efectivo. Unas cuantas mujeres asienten con la cabeza, accediendo; otras murmuran plegarias por su rey. Quizá solo las que no han conocido a Artabano y no han podido observar su carácter..., aunque no puedo decirlo con toda seguridad. Yo no llevo la cuenta, como otras, de aquellas a las que se ha concedido el honor de compartir su real lecho. Hubo una época en que lo hacía, cuando era joven, competitiva y vanidosa. Aquellos días ya han quedado atrás para mí ahora, como las victorias.

En cuanto ha terminado, Himero me ve mirarle y se abre camino por la tienda. Algunas mujeres, ansiosas de tener más información, o de unas palabras de ánimo, se interponen en su camino, o le tiran de la ropa. El eunuco ofrece una palabra de consuelo o un suspiro de simpatía, pero ni una sola vez baja el ritmo de su avance.

Cuando llega a mi lado susurra:

—El sátrapa querría hablar un momento contigo.

—¿Ah, sí? —Levanto una ceja. «¿Estará eso permitido?»

—Dice que es de gran importancia. —La voz de Himero rezuma corrección. Es el jefe eunuco del Harén Real, y nunca sugeriría nada que careciera del decoro adecuado—. Yo haré de carabina.

Asiento, me sujeto bien el velo y discretamente sigo al eunuco al exterior. Juntos atravesamos el campamento, con una fina astilla de luna blanca en el cielo, y vamos a una tienda distinta, más pequeña que la residencia larga y con varios picos del harén. Dentro apesta a carne de caza asada, quizás avestruz, con un toque de incienso, encendido recientemente como intento fallido de enmascarar el olor a carne cocinada, que yo detesto. Es un gesto..., un gesto de un viejo guerrero intratable, que raramente hace ninguno.

Me echa de menos.

O bien me necesita.

Se abre el faldón de la tienda, y Darío, el sátrapa de Bactria, entra.

Su cuerpo no ha cambiado mucho desde nuestra noche de bodas: bajo, pero fuerte, con los hombros de un toro. Su sonrisa es también la misma: torcida, exponiendo una fina hilera de dientes, llena de travesura o de amenaza, dependiendo de la relación que tengas con él. Solo su barba es distinta. Era negra en tiempos; ahora es sobre todo gris.

—Zenobia —dice—. Mi amada esposa.

—No soy tu esposa —digo.

Darío mira a Himero y hace oscilar el dedo. El eunuco, obediente, gira en redondo y se vuelve de espaldas a nosotros. Salvo el rey, el sátrapa es el único hombre a quien Himero obedecería de esa manera.

—¿Ah, no? —Darío finge sorpresa—. Es raro, porque yo recuerdo muy bien nuestra boda, aunque hace ya muchos años.

Da un paso hacia mí y levanta mi velo con atrevimiento.

Su sonrisa se suaviza. El cambio es genuino, creo, una señal de afecto..., aunque no estoy segura de lo que ve. Ya no estoy en la flor de mi edad, estoy arrugada, canosa. No soy todavía una mujer anciana, no diría tanto, pero ya no soy la joven belleza con la que se casó.

—No —digo yo—. No soy tu esposa. Ya no. Tú me repudiaste.

Él me coge las manos entre las suyas y las atrae hacia su pecho.

—Nunca.

Pero sí, lo hizo. Me arrojó a un lado como si fuera el agua del baño usada, a su esposa de veinticuatro años. Quizá no consiguiera darle un hijo, al menos uno que sobreviviera más allá del embarazo o de los primeros y precarios años de vida. Pero aparte de eso le fui leal, respetuosa, amante, confidente, una voz razonable..., todo lo que se puede pedir a una esposa.

En tiempos de paz, al menos.

Luego vino la guerra y cambió todo. Después de que Vologases, rey de reyes, se pusiera enfermo y casi muriera, nombró sucesor suyo a Pacoro, el más joven de sus treinta y ocho hijos. Dos de sus treinta y siete hermanos se negaron a aceptar la decisión de su padre, y entonces empezó esta guerra brutal. Los nobles de todo el imperio se vieron obligados a elegir bando. Darío eligió a Artabano. Entonces, para conseguir el favor de su nuevo rey, Darío le cedió a tres de sus hijas y a mí, su esposa favorita. Al principio parecía un buen plan. Yo rápidamente me volví indispensable en el harén, adoptando el papel de matrona, instruyendo a las esposas y concubinas más jóvenes e inexpertas del rey en las complejidades de la vida del harén, su política y su etiqueta, el arreglo personal y el arte de complacer a un marido notoriamente difícil de complacer. Pero Darío lo calculó mal: en la carrera hacia el trono, mi antiguo marido (el distinguido general, el brillante táctico) quizás hubiese elegido el caballo perdedor.

—¿Lo lamentas? —pregunto.

—Todos los días.

—¿Y qué ocurre si pierde nuestro rey? Todo será para nada...

—No puede perder. Le aconsejo yo.

—Quizá lo hayas olvidado, querido, pero no soy estúpida. Persépolis fue un golpe terrible. Y ahora nos vemos obligados a escondernos en el bosque como animales, mientras Pacoro, el chico que creías que no duraría ni un solo día, se afianza en el oeste.

Darío negó con la cabeza.

—No es el chico quien impresiona. Son los hombres traicioneros que le apoyan. Han resultado ser mucho más formidables de lo que yo anticipaba.

—Pero estarás de acuerdo en que la guerra no va bien.

Darío hace una mueca.

—¿Lo ves? Eso es lo que echaba de menos. Tu fuego. Todas mis esposas son tan sosas...

—Querrás decir cortas de entendederas. Y tú también, por repudiarme.

Darío suspira y deja caer mis manos. Estabia; va andando de un lado a otro.

—Sí —dice—, eso puede que sea cierto. Yo te cedí, y eso me convierte en un idiota. Pero no hay vuelta atrás, ¿no?

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

Darío piensa un momento, mirando hacia la pared de la tienda. Dice:

—Son los hombres que han venido esta noche. Los extranjeros. ¿Qué has oído?

—Tonterías. No sabemos la verdad en el harén. Solo exageraciones que nos cuentan los eunucos y las doncellas.

Darío menea la cabeza y dice, más para sí mismo que para mí:

—Puede que no sean tonterías...

—¿Son romanos? —le pregunto—. Hemos oído decir que son soldados romanos.

—Sobre todo. Pero también hay griegos, judíos, sirios, bandidos. Ha venido todo tipo de gentes.

Darío hace una pausa. Se está tomando su tiempo, sin saber o sin querer llegar al meollo del asunto. Nunca le había visto así. El sátrapa de Bactria no suele ir dando rodeos.

—Debería volver —digo—, antes de que noten mi ausencia. Dime, querido, ¿qué necesitas?

Darío respira hondo, luego asiente, como si finalmente hubiese llegado a una decisión.

—Nuestra suerte está ligada a la de Artabano. No te pido que hagas nada que le dañe o que te traiga deshonor a ti. Después de todo, ahora eres su esposa. Pero temo que otros estén trabajando para mejorar su situación ante nuestro rey. Están haciendo cosas en detrimento del rey.

Lo que dice es cierto: no tengo duda alguna. Pero, con Darío, siempre hay algo más. Si tuviera que adivinarlo, diría que lo que no dice es que esos hombres trabajan en contra de sus intereses, los de él. Darío está preocupado por perder el lugar que le corresponde, al lado del rey.

—Mañana —dice— hay una reunión con los extranjeros. Tu griego es mejor que el mío. Y tú hablas latín, una habilidad que muy pocos de nuestro campamento poseen. Te necesito allí, escuchando, asegurándote de que entiendo bien todo lo que se dice.

Hago lo posible para no reír ante lo absurdo de su petición.

—Me gustaría ayudarte, querido. De verdad. Pero, por favor, explícame cómo es posible que

un miembro del harén del rey pueda asistir a una reunión entre dos ejércitos...

—Aparte de mí y de Himero —dice Darío, señalando hacia mi velo—, ninguna de las mujeres del harén conoce tu rostro. Ninguna de las esposas del rey asistirá mañana. Quiero que tú asistas disfrazada de sirvienta mía. Himero te proporcionará el atuendo adecuado. Estarás a mi lado y me traducirás.

El plan solo podría haberlo tramado Darío: simple, pero atrevido. Pero lo que propone me pondría en un grave peligro. Si me cogen merodeando por el campamento disfrazada de doncella, mi reputación quedará arruinada. En el mejor de los casos me expulsarían del harén, me someterían al ostracismo y me dejarían que sobreviviera sola, solo los dioses saben cómo. En el peor de los casos...

El rey es impredecible. Algunas mujeres han vuelto de su tienda con los ojos hinchados o cortes en los labios. Respuestas desproporcionadas a algún comentario inofensivo, o a una risita inocente. Y luego está lo que hizo en nuestra marcha hacia el este, después de Persépolis, después de que otra noble familia abandonara su causa. Furioso, queriendo encontrar a alguien a quien echar la culpa, que no fuera el noble traidor que ya estaba a mitad de camino del desierto y lejos de su alcance, Artabano culpó a uno de sus secretarios, pariente lejano del noble huido. Siguiendo la orden del rey, cavaron un hoyo en el desierto y, bajo amenaza de muerte, obligaron al secretario a sentarse en aquel agujero y quedarse quieto mientras los hombres del rey volvían a rellenarlo con tierra, enterrando al hombre hasta el cuello. Lo dejaron solo en el desierto, sollozando, gritando y pidiendo misericordia, mientras nuestra caravana volvía a emprender la marcha hacia el este. Los días siguientes yo soñé con él, solo en el desierto, con las aves carroñeras arrancándole los ojos y la carne del rostro quemado por el sol.

Era un recordatorio de una norma que nunca se debe olvidar: lo más sabio es evitar la ira de los reyes.

Y, sin embargo, siento que no me basta con quedarme sentada y esperar a que termine la guerra, y confiar en que mi nuevo marido sea el vencedor. Quizás esté casada con un rey, pero eso no significa que no pueda hacer planes para un mundo en el cual ese rey ya no esté.

—Lo haré por ti, pero con una condición —le digo.

—Lo que quieras —dice Darío.

—Soy leal a nuestro rey, igual que tú. —No digo que Darío tuvo ocasión de elegir a quién otorgar su lealtad, mientras que yo no pude permitirme semejante lujo—. Pero estamos en guerra. Si cambian las tornas, quiero que me prometas que cuidarás de mí.

Él sonríe.

—Por supuesto. No tienes ni que pedirlo. Eres mi amada esposa.

—Ya no soy tu esposa, y necesito más seguridad que esa sonrisa tuya.

—Tienes mi palabra.

Niego con la cabeza.

—No, con eso no me basta.

Miro a mi alrededor, buscando en la tienda alguna idea. Se me ocurre una y miro el pecho del sátrapa.

—El amuleto de tu familia —digo—. Déjamelos hasta que acabe la guerra.

Escondido en el ropaje bajo su túnica de seda, lleva al cuello colgando una cadena de oro que. Darío tiene un amuleto, un enorme rubí engastado en oro macizo, que ha pasado en su familia de

padres a hijos, de generación en generación, durante cientos de años. Darío asegura que fue un regalo de Alejandro a su esposa bactriana. Es la posesión más preciada del sátrapa. Nuestro rey quizá no sobreviva a esta guerra, pero Darío sí que lo hará. Si tengo el amuleto de Darío, él me encontrará y cuidará de mí.

El sátrapa se queda asombrado, su sonrisa se oscurece. No puede creer que nadie, y mucho menos una mujer que antes fue su esposa, no se contente con aceptar su palabra. Me pregunta:

—¿Dudas de mi lealtad?

—Sí —respondo—. Me entregaste a otro. Sería una idiota si te creyera.

Darío finge considerar mi propuesta, pero ambos sabemos que me necesita.

Asiente, se abre el ropaje y saca el amuleto de debajo de la túnica. Admira su brillo dorado a la luz de la lámpara, y luego lo pone en mis manos.

—Pues no dudes más.

A la mañana siguiente, Himerio entra en el harén, se aclara la garganta y, con voz lo suficientemente alta para que la oigan todas las mujeres, solicita mi ayuda. Es el eunuco del rey, y nadie cuestionará mi ausencia, mientras esté con él.

Me lleva a su tienda y me tiende una túnica larga, sin mangas, y un tocado propio de una sirvienta. La tela es barata y me irrita la piel.

Después de cambiarme, el eunuco sujeta un espejo rajado. Mis brazos y rostro quedarán expuestos en público por primera vez desde que era niña, en Seleucia. Me resulta emocionante y, al mismo tiempo, impropio. Me pellizco la piel suelta que queda por debajo de los brazos y, por un momento, añoro los que tenía en la juventud. Pero aquella muchacha, la hija de un noble seléucida, mimada y tonta, nunca habría tenido la decisión necesaria para hacer lo que estoy a punto de hacer.

—¿Preparada? —pregunta Himerio.

—Sí.

El consejo se celebra en un claro, en cuyo centro se ha colocado una mesa larga y rectangular. Los álamos proporcionan sombra bajo el sol de mediodía. En algún lugar, oculto a la vista, un arroyo de montaña baja por la colina.

Los extranjeros llegan los primeros. Así reconocen, susurra el eunuco, que están en la posición más débil. La mayoría llevan armaduras abolladas, cotas de malla oxidadas y trapos desvaídos que probablemente fueron capas rojas. Algunos parecen soldados, a gusto con sus armaduras; otros más bien criminales, tan cómodos como podría estar yo misma con una coraza. Todos ellos tienen los dientes estropeados y un aliento horrible, que se hace evidente en el momento en que entramos en el claro. Me sorprende lo brutales, obtusos y malos que parecen. Mi padre siempre decía que los romanos eran unos matones, pero es extraño verlos en carne y hueso, haciendo honor a su reputación.

Un desfile de soldados de Artabano, generales, nobles, sátrapas, secretarios y consejeros de confianza entra en el claro, al ritmo de un timbal. Mientras los extranjeros parecen burdos y descuidados, los cortesanos de nuestro rey aparecen immaculados: las barbas negras, marrones o plateadas bien recortadas, con el pelo igualmente cuidado, rizado y formando tirabuzones que oscilan al moverse. Algunos llevan ropajes medios sobre túnicas de seda; otros, armaduras de

escamas de plata, que tintinean a cada paso.

Los occidentales están silenciosos, con los ojos muy abiertos.

Están impresionados.

Darío, tal y como yo esperaba, no se sienta en medio de la mesa. Ese honor corresponde al Sapo. A Meherdates. Él se sienta frente al romano que dirige; como muchos de sus camaradas, tiene la nariz de un borracho, un peñasco enorme que es mucho más rojo que su manto desvaído.

Es una sorpresa que se le haya entregado el mando al Sapo hoy. Porque todo el tiempo que yo recuerdo ha sido siempre un desterrado, una sombra grotesca que acechaba los salones de la corte real. Calvo, demacrado, sin orejas, como un pescado, sus deformidades son un recordatorio viviente de la crueldad del Carnicero, el rey Gotarez. El Sapo quizá tenga sangre real, pero no es mejor que un extranjero.

Durante siglos, nuestros reyes han enviado rehenes a Roma con la pretensión de mantener la paz, cuando en realidad su verdadero objetivo era librarse de sus rivales. Eso fue lo que le ocurrió al padre de Meherdates. Visto como rival al trono, fue enviado a Roma por el rey Fraates. Y así Meherdates nació en suelo romano, y fue educado bajo el sol de Roma. Años más tarde, cuando el Carnicero ya era rey, su crueldad hizo que los nobles buscaran un rival adecuado, con sangre real. Se enviaron a Roma emisarios secretos. Volvieron con Meherdates a la cabeza de un ejército. Pero el Carnicero le derrotó fácilmente. Y cuando arrastraron al usurpador ante el rey, fiel a su nombre, el Carnicero ordenó que le cortaran las orejas a Meherdates, creyendo que con tal deformidad nunca sería capaz de reinar. A partir de aquel día, Meherdates fue conocido como el Sapo, un nombre al que ha ido haciendo honor, con su piel gris, sus ojos bulbosos y esa cabeza sin orejas, un hombre tan feo que no se puede soportar mirarlo, y mucho menos seguirlo.

Sin embargo, hoy está al mando. Más pruebas de que la guerra no va a ir bien, y de que nuestro rey necesita amigos desesperadamente.

Después de hacer las presentaciones en griego, el Sapo pregunta si no preferirían hablar en latín. El comandante romano parece aliviado.

Esto era lo que preocupaba a Darío. Sabía que el Sapo dirigiría el acto de hoy y que habla latín fluidamente, ya que pasó muchos años en Roma.

En cuanto se nota cómodo en su lengua nativa, el líder romano coge más confianza y adopta una actitud más dura.

—¿Dónde está tu rey? —exige.

Yo me crié en Seleucia, una ciudad que es a partes iguales griega y persa, uno de los últimos bastiones del Imperio seléucida. Aprendí latín debido a la insistencia de mi padre, que pensaba que su hija, una princesa, debía conocer como mínimo once lenguas. Mi tutor era un desterrado filósofo de Roma. Él me enseñó el latín de los poetas, como él lo llamaba, el latín del Senado, el latín de los ricos. Pero, de vez en cuando, si estaba borracho o furioso, hablaba de otra manera. Después, cuando ya estaba sobrio o se calmaba, se disculpaba por haber hablado latín vulgar, el latín de los pobres, que era inadecuado para los oídos de una princesa. Había una bajeza en aquella lengua, recuerdo, una falta de sofisticación. Era tan distinta en carácter que aun ahora, después de tantos años, soy capaz de reconocerla, saliendo de la boca beoda de un romano.

Es bueno que nuestro rey no esté hablando directamente con los romanos. Estos bárbaros no tienen vergüenza, enviando a un hombre como este a tratar con el rey de reyes.

—Y tu rey, ¿dónde está? —exige el Sapo.

—Nosotros no tenemos rey —dice el romano de nariz roja—. Tenemos algo mejor. Un dios entre los mortales.

Susurro al oído de Darío, traduciéndole todo lo que puedo.

—¿Qué es lo que queréis? —pregunta el Sapo—. ¿Para qué necesitáis un ejército agotado, tan lejos de vuestra casa?

—Nuestros intereses coinciden —dice el comandante romano—. Sabemos que Roma se ha negado a reconocer a vuestro rey. Sabemos que vuestro ejército necesita soldados.

—Vayamos al grano —dice el Sapo—. ¿Qué queréis? ¿Qué nos estáis proponiendo?

—Matar a los Flavios y reinstaurar al emperador, recuperar su trono.

—¿Devolver a quién al trono? —pregunta el Sapo—. ¿De qué estáis hablando?

El comandante romano sonríe. Se vuelve y susurra al oído de un chico que tiene detrás. El niño sale corriendo.

—Devolver el trono al emperador —dice el borracho—. Al emperador legítimo. —Hace una seña a un hombre que entra andando en el claro, flanqueado por unos soldados.

La cara del hombre está escondida bajo una capucha. Se acerca, despacio.

En cuanto está detrás de los romanos sentados, se detiene y se baja la capucha del manto hasta los hombros.

Pelo rojo. Ojos negros. Barba de cobre. Y una corona de laurel.

—Soy Nerón Claudio César —dice—. Emperador de Roma.

Habla en griego, para que su audiencia lo entienda todo.

Hay respingos en nuestro lado de la mesa.

El comandante romano sonríe con orgullo.

—Juntos —dice el hombre con la barba de cobre—, destruiremos a nuestros enemigos y recuperaremos nuestros tronos.

CAYO

18 de agosto. A los pies del Vesubio, Campania, Italia

Los perros aúllan a lo lejos. Tras un jabalí salvaje, peligroso y probablemente aterrorizado, que corre entre los árboles.

Al menos creo que eso es lo que estamos persiguiendo, corriendo arriba y abajo por la traicionera falda del Vesubio. Esta mañana, el tío Plinio ha dicho:

—Vas a cazar jabalíes hoy porque es lo que hacen los jóvenes.

¿Él no lo hizo entonces? ¿O cazó ciervos? No hay mucha diferencia, por lo que a mí respecta. Preferiría estar de vuelta en Miseno, leyendo, practicando mis declamaciones, estudiando a Livio..., cualquier cosa mejor que correr por los bosques con una lanza en la mano.

—Cayo...

Me pregunto de qué raza serán. Los perros, quiero decir. Existen muchas posibilidades de que el tío Plinio me lo pregunte, porque me pregunta casi acerca de todo. Se quedará muy decepcionado si no lo sé.

—¡Cayo!

Podría preguntárselo a alguno de nuestra partida. Pero es algo que ya debería saber a estas alturas, supongo. Se reirían de mí. Me pregunto si...

—¡CAYO!

Una nube de tormenta hecha de paletillas negras y un pellejo áspero y punzante irrumpe en el sotobosque; a distancia quizá de un par de lanzas, pasa disparado a mi lado.

Veo pasar al animal con la boca y los ojos abiertos. Está lo bastante cerca para notar la ligera brisa generada por su carrera, y soy vagamente consciente de que no he hecho ni un solo intento de ensartarlo con mi lanza, que es el objetivo último de esta empresa sudorosa que comenzó a primera hora de la mañana.

Y desaparece, mientras los perros gruñen y lo persiguen.

Las cigarras ocultas, que se habían quedado silenciosas con todo este tumulto, reemprenden su chirrido incesante.

—¿No lo sabías, Cayo? —Domiciano está a mi izquierda; se aparta el flequillo negro y largo de los ojos—. Las estatuas son malas cazadoras.

Se oyen risas detrás de mí. Los adláteres de Domiciano, sin duda ansiosos de complacer al hermano menor del César.

Marco Ulpio sale del agujero en los arbustos que ha hecho por el jabalí. Se detiene a coger

aliento, doblado por la cintura, como un corredor al final de una carrera. A diferencia de Domiciano y yo mismo, que íbamos rezagados hasta que el jabalí se dio la vuelta por donde vino, Marco iba dirigiendo la carga por el bosque. Es difícil decirlo desde el ángulo en el que estoy, pero creo que sonrío. Hoy mismo, más tarde, se reirá con sus amigos de todo esto. «El pequeño Cayo Cecilio tenía el jabalí justo delante, pero no se ha molestado siquiera en tirar su lanza.»

Dioses, odio la caza. No sé qué es peor, si correr por un bosque con este calor abrasador o pasar el día con los engreídos hijos de la élite romana.

Zósimo me tiende un odre de agua.

—No es culpa tuya, amo. Ningún hombre podría haberse vuelto y arrojado la lanza tan rápido. Me has dejado impresionado por la frialdad que has demostrado, estando tan cerca.

—Gracias, Zósimo.

Tengo la túnica pegada a la espalda por el sudor. Me echo agua por los hombros, esperando soltarla.

Sinnaces, el más joven de los rehenes partos, entra en el claro, con el arco en la mano. Hace un comentario, dice que el arco es más poderoso que la lanza, como queriendo hacer notar que tiene conocimientos de primera mano del arte de la guerra. Pero como hijo de un rehén parto, nacido en Roma, es probable que nunca haya salido de allí, ni mucho menos luchado en guerra alguna.

Nuestro guía, un liberto que se llama Nueve Dedos, porque le falta el meñique de la mano derecha, es el siguiente en llegar al claro. Va andando hasta Domiciano.

—Mi señor, ¿has sido tú quien se ha reído del joven Cayo? Porque veo que tu lanza está tan imaculada como la que lleva él...

Domiciano fulmina a Nueve Dedos con la mirada, pero no dice nada. El hermano menor del César es rápido a la hora de criticar, pero no puede soportar que nadie le diga una palabra.

El rehén parto más viejo, Barlaas, y el centurión, Manlio, son los últimos en llegar al claro.

Barlaas parece un héroe bárbaro en decadencia. Es alto, con unos ojos azules maravillosos y una barba muy espesa y bien cuidada, a partes iguales negra y gris. Pero tiene el vientre más ancho que sus imponentes hombros, y se queda sin aliento a cada paso.

Manlio, el centurión, es lo opuesto físicamente de Barlaas: bajo y robusto, parece como si estuviera hecho enteramente de piedra, con unos pómulos que podrían afilar un cuchillo. El centurión está encargado de vigilar a ambos rehenes partos. Pero lleva tanto tiempo con Barlaas que se relacionan como si fueran marido y mujer, más que prisionero y guardia.

—Eres demasiado lento, Barlaas —bromea Manlio—. El animal se ha ido hace rato.

—Te estaba esperando a ti —dice Barlaas—. ¿Todos los soldados romanos marchan tan despacio? Es increíble que Roma haya llegado al este del Éufrates.

Barlaas es viejo..., demasiado viejo, pensaba yo, para andar cazando jabalíes por los bosques. Pero, como todos sus compatriotas, es un fanático de la caza. Y cuando no está jadeando o sujetándose la espalda, incómodo, se ve al joven que fue en tiempos, la gracia fluida con la que coloca una flecha en su arco y lo tensa, hasta tocar la oreja; la forma en que su arco parece una extensión de su brazo. El tío Plinio dice que, en tiempos, en Partia, fue un guerrero temible. Pero ahora que lleva de rehén en Roma casi treinta años, solo puede usar esas habilidades para la caza.

Los hombres empiezan a hablar mientras beben un poco de agua y recuperan el aliento.

Marco se mantiene ligeramente apartado del grupo. Recordando las instrucciones del tío

Plinio, y no queriendo decepcionarle, me acerco a Marco y hago todo lo posible para entablar conversación con él.

—¿Te has acercado? —pregunto—. Al jabalí.

Con la expresividad de una fachada de mármol, Marco dice:

—No.

Nada más. Yo continúo, solo para poder decirle a mi tío Plinio que he hecho lo que he podido.

—Pues qué lástima —digo—. ¿Has matado a algún jabalí antes?

—Sí —dice Marco, y se aparta como si yo fuera un leproso.

Nueve Dedos hace callar al grupo y escucha a los perros.

—Bien —dice—. Sigamos, antes de que perdamos por completo a ese animal.

Horas más tarde, exhausto, dolorido, habiendo consumido hasta mi última gota de agua, soy el último en salir al claro.

Y justo a tiempo para ver a Marco arrojar su lanza a la paletilla de un jabalí negro que parece del tamaño de una casa pequeña. Debe de tener dos veces el tamaño del animal que hemos visto esta mañana. Veo al resto de la partida de caza desde la distancia.

Los perros están hambrientos, ladrando como si estuvieran poseídos por las furias. El jabalí recula y sus pezuñas apuñalan el aire. Marco pierde el equilibrio. El jabalí mueve la cabeza a un lado y sus colmillos impactan contra el mango de la lanza de Marcos, y la parten en dos.

Marco cae hacia atrás. No sé cómo, milagrosamente, evita por los pelos que lo ensarten.

El jabalí retrocede una vez más, antes de cargar hacia el resto de nuestra partida de caza. Pasa de estar quieto a una carrera furiosa, antes de que yo pueda respirar siquiera.

Congelado, incapaz de moverme, me invade un solo pensamiento: morir despanzurrado sería una forma excepcionalmente dolorosa de morir.

Cierro los ojos.

Maldigo a la Fortuna y los giros de la vida, que me han traído aquí. Este pestilente verano que ha mandado a toda la élite de Roma al sur, a la bahía de Nápoles; las indicaciones del tío Plinio de que debía ir a cazar esta mañana y hacerme amigo de Marco Ulpio; mi madre, que no ha intervenido, como suele hacer siempre.

Y luego oigo el sonido de una flecha disparada y un golpe sordo, de cuando se entierra en el pellejo y la carne.

Abro los ojos y veo que el jabalí cae de morros en el suelo y se desliza hasta acabar detenido a los pies de Barlaas. El arco del viejo está vacío.

Al cabo de un momento de silencio y respiraciones contenidas, los hombres se echan a reír. Me miro el paquete, esperando que la orina que estoy casi seguro de que se me ha escapado no sea visible. Por fortuna, si algo ha salido, se ha mezclado con mi sudor y las manchas de mi túnica, tan sucia.

Sinnaces está emocionado. Casi dice que el tiro ha sido una victoria para Partia.

—Ha sido la suerte, chico —dice Barlaas, a quien obviamente no le gusta Sinnaces—. Lucha en una guerra y verás. No puedes hacer caer algo tan grande con una flecha, sin la ayuda de los dioses.

Nueve Dedos inspecciona la criatura muerta.

—Creo que eres muy modesto, Barlaas. —Mueve la flecha, que está clavada muy honda en el

animal—. Parece más habilidad que suerte. Ha sido un buen disparo.

Barlaas rechaza el cumplido con un gruñido y una serie de maldiciones en parto.

—¿Conoces la norma, Cayo? —me pregunta Domiciano con una sonrisa petulante. Se aparta el flequillo negro de los ojos—. El último en matar tiene que arrastrar el cuerpo de vuelta al campamento.

Los hombres se ríen.

Dioses, cómo odio la caza.

El tío Plinio, el almirante Secundo, comandante de la flota de Miseno, autor, científico, historiador, consejero y confidente de dos emperadores, está dormido en su escritorio. Con el sol tan alto, la espalda recta y un libro abierto ante él, tiene el aspecto de un hombre enfrascado en su trabajo. Si no fuera porque tiene los ojos cerrados y está roncando.

El despacho del tío Plinio está repleto de colindros de papiro. Están repartidos por encima del escritorio, encima de mesas y sillas, en el suelo, encima de otros; unos pocos incluso han salido al balcón. Cuando lo llaman a Roma, cosa que ocurre a menudo, todo el personal de la casa se pasa el día entero extrayendo papiros, catalogándolos y devolviéndolos al caballero romano o senador que se los entregó con la esperanza de que el texto prestado al almirante Secundo le fuera devuelto algún día. El personal siempre repite la misma broma: a ellos les cuesta un mes quitar los volúmenes de su estudio, y el tío Plinio, cuando vuelve, puede volver a llenarlo en una hora.

Al fondo de la habitación, medio oculto por unas cortinas de una seda translúcida color crema, hay un balcón largo que da al puerto imperial y, más allá del muelle, a la bahía de Nápoles. En el embarcadero que hay abajo, la flota del almirante está muy ocupada, al sol del atardecer. Suenan las sierras, los marineros se ríen, las amarras de los buques se tensan y se aflojan con el vaivén de las olas.

Tomo asiento frente al almirante dormido. Es grande como un oso, todo pecho y hombros, vientre y patillas blancas, mejillas rojas y unas manos enormes posadas en el escritorio. Sus dedos están desnudos, salvo un anillo de cornalina que lleva en el anular izquierdo. A la luz de la tarde, la piedra roja parece morada, casi negra.

El secretario del tío Plinio se aclara la garganta. De inmediato, el tío abre los ojos. Al principio se sobresalta (sus ojos se abren mucho, como los de un lunático), pero se recupera con rapidez. Respira hondo y, tranquilamente, dice:

—Gracias, Espartaco. Eso será todo.

Su secretario inclina la cabeza y sale.

El ritmo de trabajo del tío Plinio sobrepasa su resistencia física. Se despierta antes de amanecer, trabaja por la tarde y duerme menos de cuatro horas por la noche. Hace todo esto con una regularidad estricta, por mucho vino que haya tomado, o por muy lejos que haya viajado aquel día. Ese paso es imposible de mantener, especialmente cuando uno tiene cincuenta y seis años. Por pura necesidad, a veces hace pausas para unas breves siestas, aparentemente satisfactorias, a lo largo del día. Es una rutina extraña, pero, después de llevarla a cabo durante tantos años, el tío Plinio y su secretario ya no son conscientes de su rareza.

—¿Cómo ha ido la caza? —dice el tío Plinio.

—Horrible.

—¿No habéis cazado ningún jabalí?

—Sí, hemos cogido uno —digo—. Un ejemplar notablemente grande, según nuestro guía.

El tío Plinio se acaricia la barba, blanca como la espuma: es una señal de que está a punto de enfrascarse en un debate, como un gladiador que levanta su espada.

—¿No mides el éxito por el resultado de la tarea que habías emprendido?

—Perseguir y dar muerte a un animal solitario no era el motivo por el que me he visto obligado a salir esta mañana. ¿Verdad?

El tío Plinio sonríe.

—Pues ciertamente, no.

—Tú decías que cazar era bueno para el entrenamiento como soldado que pronto tendré que completar, y que me ayudaría a mejorar mis relaciones. Y específicamente me has dado instrucciones de que procure «quedar bien» con Marco Ulpio Trajano, cosa que he tomado como un eufemismo para que me haga amigo suyo.

—Ah —dice el tío Plinio—, ya veo. ¿Eso quiere decir que no estás mejor preparado para la vida de soldado?

—Ni remotamente.

El tío Plinio se echa a reír. Sabe cuáles son mis virtudes y mis debilidades. Aunque trata de mejorar las últimas cuando y donde puede, sabe que no tendré la misma carrera de soldado que tuvo él. No lo parece, viendo al almirante gordo y envejecido, pero el tío Plinio fue un soldado excelente, un jinete muy bueno, y podía arrojar una jabalina tan lejos y tan fuerte como cualquiera. Desgraciadamente, yo no poseo sus rasgos físicos. Siempre he sido ligero de cuerpo, más bien bajo, y tan coordinado como una foca recién nacida. No tengo habilidad alguna con las armas, lanzas, espadas, escudos. Soy un inútil, por mucho que me entrene. Estoy destinado al estudio, no a la vida de soldado, aunque la costumbre requiere que pase al menos un año en las legiones.

—¿Y qué hay de los otros objetivos que hemos establecido para hoy? ¿Has mejorado tus contactos sociales?

—Tengo los mismos contactos que tenía cuando me he ido esta mañana —digo—. No sabría cómo medir su mejora.

—Ya veo. —La sonrisa del tío Plinio se desvanece—. Entonces creo que no estás más cerca de haber formado un vínculo de amistad con el joven Marco Ulpio, ¿no?

—No, no lo he hecho —digo—. Y creo que deberías olvidar cualquier esperanza de que eso pueda ocurrir.

—¿Por qué?

—En primer lugar, no le gusto. Creo que incluso me desprecia. No tengo ni idea de por qué ni lo que he podido hacer para ofenderle, pero su disgusto por mí es palpable, y no existen posibilidades de que disminuya. En segundo lugar, a mí no me gusta él. Es un matón y un bruto. Lo único peor que un patricio arrogante es un patricio arrogante provinciano. Son igual de maleducados y condescendientes, pero con una tendencia mayor a la violencia. Y, en tercer lugar, está loco. —Y describo la escena con el jabalí—. Solo los dioses saben qué estaba intentando probar Marco. Parece decidido a hacerse matar.

—¿Hay algo malo en emular a los romanos de la leyenda? —me pregunta el tío Plinio—. Quizás él sea un joven Rómulo...

—Quizá. No me sorprendería que hubiese matado a su propio hermano.

La sonrisa del tío Plinio desaparece. Está a punto de reñirme, pero, afortunadamente, se le

ocurre otra cosa. Coge su estilo y una tableta encerada.

—Antes de que se me olvide, ¿qué raza de perros habéis empleado hoy?

La insaciable curiosidad del tío Plinio por el conocimiento requiere que yo lo registre y lo comprenda todo. Es solo cuestión de tiempo que publique un tratado en cinco cilindros sobre los perros de caza.

—No estoy seguro —digo.

—Bueno, ¿eran rápidos los perros, se usaban para acorralar al animal? ¿O bien eran más grandes, con mandíbulas fuertes, y se usaban para abatir al animal?

Intento recordar exactamente lo que hacían los perros.

—Creo que los dos.

—¿Puedes describir el color y dibujos de su pelaje?

—Ejem... ¿Marrón?

Deja a un lado su estilo y endereza su anillo de cornalina. Su ceño fruncido debido a la frustración es fugaz, pero difícil de disimular. Odio decepcionarle. Me preocupa que piense: «Bueno, si no puedes ser soldado, si lo único que tienes es tu ingenio, ¿no deberías ser un poco más listo? ¿Más observador? ¿Más docto?».

Vuelve a los Ulpios.

—¿Entiendes por qué quiero que forjes una relación con Marco Ulpio?

—Porque estás obsesionado con su tío, Lucio Ulpio, que está viviendo un ascenso rápido y exagerado. En menos de ocho meses ha pasado de ser un provinciano oscuro, recién llegado a Roma, al consejero más cercano del emperador, posiblemente. —Hago una mueca, lamentando la descripción al momento. Añado a toda prisa—: Después del almirante Secundo, claro está.

El tío Plinio desdeña mi comentario con su garra de oso.

—¡Bah! Yo no estaría tan seguro de eso. Yo siempre he estado cerca del César, pero ese Ulpio parece que me ha sobrepasado. Ayudó a desenmascarar el complot organizado por Marcelo y los de su calaña..., eso hay que reconocérselo. Pero tiene sus propios objetivos. Fíjate en lo que te digo. Y voy a averiguar cuáles son.

Este mismo año, un grupo de senadores y soldados dirigidos por los senadores Marcelo y Cecina intentaron derrocar al César Vespasiano y hacerse con el Principado. La mayor parte de los conspiradores fueron arrestados o asesinados. A Marcelo lo están juzgando ahora mismo en Roma. Lucio Ulpio, el tío de Marcelo, un senador ciego muy excéntrico de Hispania, fue fundamental a la hora de desenmascarar el complot. Como resultado ha llegado a ser muy afín al César. El tío Plinio dice que solo le preocupa que Ulpio pudiera tener motivos posteriores. Pero aunque nunca lo reconocerá, creo que el tío Plinio también está preocupado de que su propia importancia esté disminuyendo junto al sol en ascenso de Ulpio.

—De todos modos —continúa el tío Plinio—, Ulpio puede que ayude a salvar la vida de Vespasiano, pero de poco sirvió. Pobre cabrón. Aunque... —el tío Plinio inclina la cabeza, ofreciendo como hace a menudo un argumento contrario a su pensamiento original— supongo que es mejor morir de causas naturales, por la voluntad de la Fortuna, en lugar de ser envenenado por tus enemigos. Ciertamente, eso ha permitido una transmisión de poder más suave de padre a hijo.

El César Vespasiano ha ostentado el Principado diez años. Murió hace dos meses. Su hijo, Tito, le ha sucedido. El tío Plinio suspiró con alivio cuando el trono pasó a Tito sin violencia, sin guerra civil. Se habían hecho planes para la muerte de Vespasiano y el ascenso de Tito. Pero en

política, nada es seguro.

—Y —continúa el tío Plinio— estás equivocado con Ulpio. No estoy obsesionado con él. Simplemente, tengo curiosidad por su pasado.

—¿Curiosidad? Tienes un libro sobre él, en el cual anotas todos los detalles que vas descubriendo.

—Tengo libros sobre muchos hombres. Incluso es posible que tenga uno sobre ti —dice, con una sonrisa—. Pero «libro» es una palabra incorrecta. Es solo una lista de hechos que no quiero olvidar.

—Sí —digo—, pero ¿cuántos espías has enviado a Hispania a investigar?

—¿Espías? ¿Qué espías? Envié a un amigo a Hispania por varios motivos, uno de los cuales era que investigase a Ulpio. Las respuestas que me dio no me convencieron, así que envié a otra persona. Pero todo esto no es nuevo. Yo estoy al servicio del César. Y es mi trabajo asegurarme de que Ulpio es un amigo, y no un enemigo.

—Pero ¿no ha demostrado ya Ulpio su lealtad al César?

—No. —El tío Plinio niega con la cabeza—. Para demostrar la lealtad, uno tiene que ser honrado. Y Lucio Ulpio no es honrado. Cuenta historias, pero no la verdad..., son historias que no cuadran. Y esconde algo. Pero no sé qué es.

—Ya veo. De ahí tus instrucciones de que yo me haga amigo de su sobrino Marco, ¿no?

—Precisamente. Yo me centro en el Ulpio más viejo, y tú en el más joven. Juntos desenterraremos la verdad. —El tío Plinio empieza a rebuscar en los papeles de su escritorio—. Y ahora que te ha quedado claro el objetivo de nuestra empresa, volvamos a la sustancia. ¿Estás seguro de haber comprendido bien al joven Marco?

—Bastante seguro.

—¿Ah, sí? La primera impresión raramente es la correcta.

—Supongo que esta es una de las raras ocasiones en que es así, pues.

El almirante me mira un momento. ¿Cuántos soldados se habrán encogido bajo esa mirada? Me preparo esperando que comience otro debate, pero no lo hace. Hubo un tiempo en que habría considerado su silencio una victoria. Pero he visto al tío Plinio hacer esta maniobra antes. No se ha retirado. Solo está reuniendo sus fuerzas y buscando un terreno más favorable.

Cambia de tema.

—¿Quién más se unió a la caza? —pregunta—. ¿Estaban los rehenes partos?

—Sí, Barlaas y Sinnaces.

—El viejo Barlaas nunca se pierde una cacería, ¿eh? ¿Hablaron del enviado parto?

—No, que yo sepa. Los otros estaban más interesados en la guerra civil.

—¿Ah, sí? ¿Y qué decía de eso el viejo Barlaas?

—Ya sabes cómo es. Decía que era una pregunta tonta. Que él sabía tanto de la guerra en Partia como nosotros.

—Sí, eso es muy propio de Barlaas.

—¿Representará él algún papel cuando lleguen los enviados partos?

—¿Un papel? Pues claro que representará un papel, pero no hasta el punto que le gustaría al emperador. Normalmente, los rehenes de Roma estarían formados frente a los emisarios partos para demostrar nuestro poder. Sin embargo, Barlaas es demasiado tozudo y tiene demasiado orgullo para controlarlo. Al final se encabritará, si Tito le enseña demasiado el látigo.

—¿Y cuántos partos habrá allí?

El tío Plinio ve lo emocionado que estoy.

—Cálmate, joven Cayo. El enviado parto no será como esos de los que tanto has leído. No se trata del príncipe Tirídates, marchando a través del imperio con cinco mil caballos niseos, devorando el campo a medida que avanzan. Esperamos una partida pequeña, representando a su rey.

—¿Y qué rey será ese?

—Pues el que gane al final —dice el tío Plinio—. Pacoro. El chico. Más joven que tú, me han dicho. Tiene el oeste, Mesopotamia y Seleucia. Su posición es la más fuerte.

Partia está en medio de una guerra civil, y los tres hermanos se disputan el trono. El rey Vologases I gobernó Partia durante casi treinta años. Hace dos años, cuando su salud empezó a flaquear, nombró heredero a su hijo más joven, Pacoro. Los dos hermanos, Vologases II y Artabano, no aceptaron la decisión de su padre. Cada uno de ellos reunió un ejército, y empezó una guerra civil. Siguiendo el consejo del tío Plinio, el César Vespasiano se negó a reconocer a ninguno de los tres hasta que hubiera un ganador seguro. Hemos recibido noticias de nuestros contactos en el este en el sentido de que es probable que gane Pacoro en cualquier momento.

Cuando nombraron César a Tito, este invitó a Pacoro a que enviase emisarios a Roma. Tito quiere asegurarse de que el principal rival de Roma es amistoso. Un emperador recién proclamado no quiere mantener escaramuzas en la frontera, ni una guerra con una potencia extranjera, mientras está aún consolidando su poder en casa. La reunión también era una oportunidad para que ambos líderes fortalecieran su posición en casa, reconociendo cada uno al otro.

El tío Plinio mira el reloj de agua que tiene en el escritorio: normalmente, eso significa que quiere que me retire. Me pongo de pie para irme, y él me dice:

—Nos veremos entonces en el muelle en torno a la décima hora, ¿no?

—¿En el muelle? ¿Por qué? —pregunto, incapaz de ocultar el terror que invade mi rostro.

—Tenemos una cena esta noche. Obviamente.

—No, otra cena no... ¿Es posible?

El tío Plinio sonrío.

—Has olvidado dónde estamos, sobrino. En la bahía de Nápoles la vida social no tiene fin.

Y tiene razón, tristemente. En cuestión de días, me han arrastrado a más cenas que en todo el resto del año.

—¿Y quién la da, esta noche?

—La propia Augusta. Y no podemos declinar una invitación de la hermana del emperador.

Lo único que puedo hacer es dejar caer la cabeza, abatido. Otra noche perdida.

—Nuestro barco partirá antes de la decimoprimer hora —dice el tío Plinio, disfrutando de mi sufrimiento—. Por favor, ven por voluntad propia. Lamentaría mucho tener que hacer que mis marineros te arrastraran al muelle.

No he ido a los baños, así que Zósimo viene a mi habitación con una tela y un cubo de agua fresca. Después de quitarme la túnica manchada, dedica un cuarto de hora al menos a frotarme bien y quitarme todo el bosque que he traído conmigo a casa. Se unta aceite de azafrán en las manos y las frota vigorosamente entre sí, como si intentara hacer fuego, y me da palmaditas en las

mejillas y el cuello, y se limpia el exceso en los costados. Cuando estoy presentable, voy un ratito a hablar con madre.

La encuentro sentada en el balcón, mirando hacia la bahía, que con esa luz desfalleciente, es de un azul cobalto. Ella está contemplando un bote manejado por un solo marinero, que sale lentamente del muelle hacia uno de los barcos, una docena en total, que están allí anclados.

Me dirige una mirada rápida y vuelve a clavar los ojos en el bote.

—Tu tío te ha mandado hoy a cazar, ¿no?

—Sí. —En lugar de sentarme e iniciar una larga conversación, sigo de pie, apoyado en la barandilla.

—No tenías por qué ir, si no querías —dice ella—. Estoy segura de que es peligroso.

—No, no era peligroso —respondo yo—. Ha ido bien. El tío Plinio tenía razón. Es una buena oportunidad. Una oportunidad de aprender habilidades que no poseo.

—Pero tú no eres ningún cazador, ¿verdad?

Sigue mirando el bote.

—No, supongo que no —digo.

—Y no apruebo que pases tanto tiempo con hijos de senadores. Tu tío intenta sobrepasar su clase demasiado a menudo. No deberías imitarle en eso. Nosotros somos ecuestres, después de todo.

Yo asiento con relativo entusiasmo, sin comprometerme formalmente con su propuesta. Es un punto de vista anticuado que no comparto.

—Debemos tener cuidado, Cayo. Tito César buscó el consejo de la Sibila. Y esta predijo un gran desastre para Roma.

Mi madre, en muchos aspectos, es lo contrario del tío Plinio. El almirante es intrépido, pero ella tiene miedo de todo. Hoy es la caza, la clase senatorial, una sacerdotisa virgen con visiones oraculares. Pero a menudo es una veleta que detecta los cotilleos. Supongo que será la nueva historia que circule por ahí, que la Sibila advirtió al César de que se avecinaba un desastre.

—¿Has hablado de esto con el tío Plinio? —digo—. No creo que él confíe tanto en la Sibila... La idea de que una mujer pueda predecir el futuro hablando con el propio Apolo...

Madre chasquea la lengua.

—Tu tío se ríe de los dioses. Un día le ajustarán las cuentas.

Yo no estoy de acuerdo, pero no tiene sentido discutir.

—¿Nos acompañarás esta noche? —intento cambiar de tema.

—No. El mar está muy picado.

Miro el mar, que está tan tranquilo ahora como ha estado todo el día.

—Tengo que irme, madre.

Ella agita la mano para despedirme, sin apartar los ojos del bote.

La undécima hora. Nuestro barco zarpa bajo el sol poniente. Gaviotas de cabeza negra gritan en el aire por encima. Nuestro capitán va y viene por la cubierta dando instrucciones. Bajo la cubierta, los tambores inician su golpeteo constante, hipnótico. Los marinos levantan sus remos (hay unos treinta o así a cada lado del barco) y nos impulsan hacia delante, un golpe cada vez. El tío Plinio, nunca ocioso, está en la proa, dictando una carta. Espartaco marca con furia su tableta de cera, intentando recordar todas las palabras.

Pasamos junto al espigón de la bahía imperial y nos adentramos en la bahía de Nápoles. El mar está calmado, no hay viento.

Miseno está en el punto más occidental de la bahía. Me apoyo en la borda del barco y veo como disminuye poco a poco, hasta que empieza a parecerse a las otras ciudades que hay a lo largo de la costa, grupos de tejados rojos y muros de piedra blanca, separados por bosques verdes y viñedos situados en las empinadas pendientes costeras, como si fueran los asientos de un anfiteatro. Baiae, nuestro destino de esta noche, es la siguiente ciudad por la costa. Más al este se encuentra Puteoli; luego Nápoles, Herculano, Pompeya y Estabia. El Vesubio se alza sobre la bahía. Con esta luz, parece una flecha oscura apuntada hacia el cielo.

Me acerco al tío Plinio en la proa y le digo lo que me ha contado mi madre de que el César había consultado a la Sibila.

—¿Lo sabías?

—Pues claro. Pero no era César todavía. Vespasiano aún vivía.

—¿Estás preocupado?

—¿Preocupado? ¿Por la predicción de una chica impresionable manipulada por unos charlatanes? No, no estoy preocupado. Y tú tampoco deberías preocuparte. No he hablado de esto con el César, pero no se va a dejar embaucar por semejantes tonterías. Tiene una mente fuerte.

—Entonces, ¿por qué visitar a la Sibila?

—Porque lo exige la tradición —dice el tío Plinio, con un suspiro—. Como sabes, los oráculos se custodian en Roma. —Levanta las manos, como protesta—. Y, por favor, no me pidas que te explique por qué nuestro gran imperio todavía consulta un libro de versos que tiene mil años de antigüedad para determinar el destino de nuestra nación. Es una tontería, dejémoslo ahí. Y, de todos modos, como sabes también muy bien, esos famosos oráculos predijeron grandes desgracias para el imperio si «el último de los troyanos cruza el Éufrates» o cuando eso ocurra. La frase la escribieron unos estafadores hace mil años. Hombres que sabían que, si haces una predicción lo bastante vaga, inevitablemente resultará cierta... para una mente débil, claro. Así, cuando el falso Nerón fue avistado cerca y posiblemente cruzando el Éufrates..., las mentes débiles o taimadas que querían socavar la autoridad de nuestro emperador recién proclamado señalaron esa línea de los oráculos y dijeron: «¡Por Júpiter! ¡Estamos condenados!». Los sacerdotes encargados de interpretar el texto hicieron lo que hubiera hecho cualquier hombre sensato en su lugar. Dijeron que los oráculos «no eran concluyentes» y sugirieron consultar a la propia Sibila. Y con eso querían decir: «Por favor, pásale el problema a otra persona». Y, por tanto, para aplacar el alma supersticiosa de los romanos, el César fue. Tal y como yo lo veo, ella le dio unas advertencias muy imprecisas en verso de cómo evitar el desastre, que él, a su vez, transmitió al Senado. Y eso debería ser todo.

—Sin embargo —digo—, las predicciones suenan... preocupantes. Aunque no les demos credibilidad, otros podrían dársela.

—Sí —dice el tío Plinio—. Ese es el problema, realmente. —Juguetea con su anillo de cornalina—. Si tu madre cotillea sobre esto, puedes apostar a que pronto lo sabrá todo el imperio. —Se encoge de hombros—. Pero siempre hay algún desastre en el horizonte. La gente cotilleará, con motivos o sin ellos. No estoy preocupado, mientras el César no se vea envuelto en tales mentiras.

Nuestro capitán aúlla. Los remos se deslizan por un mar tranquilo. El sol sigue ocultándose, y el cielo pasa de un color rosa a un morado oscuro. Se encienden fuegos en los hogares y las villas colosales que pueblan la bahía, y pronto empiezan a surgir en la costa pequeños puntos de luz.

Nos acercamos a Baiae. El lujo y la riqueza que la diferencia de sus vecinos aparecen a la vista gradualmente. Está la cúpula de los baños, una pieza compacta de hormigón como no se ha visto otra igual en Roma, ni mucho menos en la Campania, y las villas, con paredes blancas y tejados de tejas rojas, como cualquier otra en la bahía, pero más grandes, más inmaculadas, organizadas bellamente, hilera tras hilera, mientras la línea de la costa se alza, empinada, con cada arco de las columnatas orientado hacia el mar.

Y luego está el diseño de la propia ciudad. Baiae está situada en la bahía de Baiae, una bahía dentro de otra bahía. La línea de la costa se curva de una manera natural en un semicírculo, culminando en la Punta Epitaffio, un dedo de rocas escarpadas que sobresale del mar. A través de la hábil ingeniería romana, su semicírculo natural se ha completado artificialmente mediante un embarcadero de hormigón y lo que se podría definir técnicamente como un rompeolas, pero que es mucho más ancho que ningún rompeolas, lo bastante ancho como para que encima de él se hayan construido más villas. La línea costera, junto con el rompeolas, crean un lago hecho por el hombre, que sea cual sea el estado de la mar, resulta perfectamente tranquilo. La única entrada al lago está en un espigón largo y estrecho, lo bastante ancha solamente para que pasen a su través el casco de nuestro barco y los remos que lo impulsan. Se han encendido dos fogatas, una en cada brazo del espigón, para ayudar a su visibilidad después del ocaso. Las llamas rugen, mientras nuestro barco pasa a su lado.

En cuanto pasamos el rompeolas, nuestro barco se desliza por el agua suavemente, como una barca en el lago Como.

Los Flavios tienen tres villas imperiales a su disposición en Baiae. Esta noche nos dirigimos a la Villa Pisón, llamada así por la familia a la que pertenecía en tiempos, y que se sitúa por debajo de la Punta Epitaffio, en el extremo más oriental de la ciudad. Un dosel de color morado marca dónde se supone que tienen que desembarcar los huéspedes. Está flanqueado por dos trípodes con fogatas. Mientras nuestro barco espera su turno, la tripulación estira el cuello esperando ver a algún famoso desembarcando en el muelle. Intercambian murmullos emocionados sobre el bátavo, la leyenda de la caza de bestias. «¿Es él? No puede ser. No es lo bastante alto.» Me encuentro yo también estirando el cuello para ver a esa leyenda viva de la arena.

La tripulación vuelve su atención hacia el barco que navega justo detrás del nuestro. Lo tripulan gladiadores vestidos para los juegos, como si fueran a entrar en la arena en cualquier momento: taparrabos o túnicas cortas, cinturones con espadas, glebas de bronce por encima de un acolchado grueso, guardabrazos desde la muñeca hasta el hombro. Algunos incluso llevan los cascos de la clase de los mirmillones o los tracios.

Le pregunto al tío Plinio quién llegará con semejante guardia.

—No estoy seguro —dice, frunciendo el ceño—. Alguien que tiene la necesidad de intimidar. O un empresario del espectáculo, intentando levantar expectación por adelantado sobre los juegos próximos.

Cuando el muelle queda libre, nuestros remos nos llevan hasta la costa con tres rápidos golpes. Un ruido seco marca el fin de nuestro viaje, al topar el barco contra el espigón. Un criado imperial me coge de la mano y me ayuda a bajar a tierra, y nos escolta a lo largo de una columnata iluminada con antorchas. Entramos en un peristilo rodeando un diminuto bosquecillo de limoneros.

El sol ya se ha puesto, y el tono morado del cielo queda casi ahogado por la luz de las antorchas. El jardín hormiguea de hombres y mujeres, vestidos todos con sus mejores sedas y cargados de oro, que rodea sus muñecas y sus dedos, y adorna sus cuellos.

El tío Plinio acepta dos copas de vino de un esclavo y me tiende una a mí.

—Recuerda —dice—. No tenemos ni la alcurnia ni la riqueza suficientes para acabar embriagados en una cena como esta. Somos simples caballeros, que trabajamos al servicio del emperador. Puedes beber dos copas. Procura que te duren.

Veo a la mayor parte de mi partida de caza de esta mañana, mezclados entre los invitados. Los rehenes partos, Barlaas y Sinnaces, están aquí. Domiciano también. Está al otro lado de la sala, rodeado por su séquito de jóvenes patricios. Se ríen como se podrían reír unos jóvenes que beben vino, en voz muy alta y con cierta arrogancia. Individualmente, algunos de ellos son tolerables. Pero juntos resultan insoportables. Aparte de Domiciano, Valerio y Catulo son los peores de todos. Ambos vienen de familias ricas que, debido a su asociación cercana con los Flavios, ostentan un poder y una influencia considerables en Roma.

—¡Almirante!

Nos volvemos y vemos a Virgilio, el recién nombrado prefecto de la Guardia Pretoriana. Saluda a mi tío Plinio con un abrazo. El viejo soldado está delgado y huesudo, con una mata de pelo blanco y la barba a juego.

—He oído que el joven Cayo ha actuado bien hoy —dice Virgilio.

El tío Plinio le dedica una sonrisa comprensiva.

—Sin duda —dice—, no tengo ninguna duda, aunque he oído decir que ha sido el viejo Barlaas el auténtico héroe del día.

Nos volvemos y miramos a los rehenes partos, al otro lado de la sala.

—Cierto —dice Virgilio—. Es un excelente tirador. Gracias a los dioses ese arco nunca apuntará a los cuellos romanos.

—Es raro cómo va vestido el chico —observa el tío Plinio—. Como un romano.

Yo también me había dado cuenta. Mientras el viejo Barlaas lleva un vestido tradicional parto (una túnica larga de Media, unos pantalones metidos en las botas de montar y una daga al costado), el parto más joven va vestido como un romano. Lleva túnica corta y chaqueta, hechas de una seda muy cara, y va completamente afeitado.

—Un hombre se viste según la tarea que desempeña —dice Virgilio—. Se pone una armadura para ir a la guerra, y una toga para dirigirse al Senado.

El tío Plinio asiente.

—Así es.

—Y —continúa Virgilio— un joven que asiste a una cena y que desea acostarse con alguna joven romana... también debe vestirse adecuadamente.

El tío Plinio se sostiene el vientre al reír. Su risa va en aumento hasta que se convierte en una tos. Le empiezan a lagrimear los ojos por el esfuerzo.

A menudo me maravillo por la gama de conversaciones del tío Plinio. Está tan cómodo hablando con un sacerdote en un templo como con un soldado en un barracón. Es como un actor, que puede representar cualquier papel, comedia o tragedia. Y exhibe toda su gama de posibilidades mucho mejor durante una cena. Va de conversación en conversación con toda facilidad. Parece genuinamente interesado y feliz de hablar con quien quiera que coja el brazo del

famoso almirante.

Es una habilidad innata en él, creo. Por mucho que lo intente, no lo conseguiré igualar. Me siento muy cómodo con mis libros y poco más. Cada momento de esta fiesta me parece una tortura.

La observación de Virgilio era humorística, pero me pregunto si será tan descabellada como parece. A pesar de su atuendo, algo separa a Sinnaces de los demás. No se junta con los otros jóvenes romanos. No es parto ni romano; está perdido en algún lugar intermedio.

Cuando se recupera, el tío Plinio le pregunta a Virgilio:

—¿Y dónde está el César? Estará aquí a tiempo para dar la bienvenida a los emisarios partos, supongo.

—No debes preocuparte, almirante —dice Virgilio—. El César estará aquí pronto.

El tío Plinio levanta las cejas.

—¿Y tú estabas con el César cuando fue a ver a la Sibila?

Virgilio mira al suelo, para no encontrarse con los ojos de Plinio.

—No se me permitió entrar, pero hablé con él después.

—¿Y?

Virgilio niega con la cabeza.

—El César estaba..., las palabras de la Sibila le alteraron, aunque no quisiera admitirlo.

—El César nunca será presa de esos charlatanes, ¿no? Los sacerdotes de Cuma son un fraude, es notorio.

—No estuve en la cueva —dice Virgilio—, así que no sé exactamente qué ocurrió. Pero si hubieras visto la cara del César cuando salió... De todos modos, no puede ser una coincidencia, ¿no? El falso Nerón ha cruzado el Éufrates. Tal y como predijeron los oráculos.

El tío Plinio se echa a reír.

—Que un forajido con el pelo rojo cruce el Éufrates no le convierte en Nerón. Las adivinanzas pueden predecir cualquier cosa, mientras el hombre que las lea ignore su razón. Lo que ocurrió en Cumae fue solo humo y espejos. Yo te convenceré de esto, amigo mío —dice el tío Plinio—. Quizá no hoy, pero lo haré.

Virgilio asiente.

—Yo no importo. Al que tienes que convencer es al César.

—Eso me propongo.

Su conversación deriva hacia temas menos acuciantes: impuestos, administración provincial...

Mis ojos divagan.

Veo a nuestra anfitriona, la hermana del César, Domitila, en medio de la multitud. Sus característicos rizos color castaño están peinados hacia arriba, apartados de los hombros, exponiendo su largo cuello, tan inmaculado y suave como si fuera de mármol egipcio. Va de negro, todavía de luto por la muerte de su padre. Muchos dicen que su hermana Vespasia es la belleza de la familia, pero yo no estoy de acuerdo. Tengo que apartar los ojos con gran esfuerzo, para no mirarla demasiado rato.

Detrás de ella, en el extremo más alejado del jardín, se encuentra Marco Ulpio. Habla con una esclava. Guapa, supongo. Alta, con el pelo negro y los ojos azules. Marco hace gestos, furioso. Ella le observa con una mirada helada. Increíble. Está chillando a una esclava en medio de la cena. Comprendo que mi primera impresión era correcta: ese chico es un bruto.

Más tarde, después de un cuarto de copa de vino, una mujer saluda al tío Plinio con un abrazo. Lleva las mejillas pintadas de un rosa tiza, y el pelo rizado y sujeto en la parte alta de la cabeza como una colmena tambaleante.

—¡Mi querida Rectina! —dice el tío Plinio.

—¿Cuándo vas a visitarme en mi nueva villa? —le pregunta ella, batiendo las pestañas de una manera que, si fuera otro y no mi tío, pensaría que está flirteando.

—Pero ¿tienes una villa nueva? —pregunta el tío Plinio.

Ella le da un manotazo en el brazo.

—Ah, hombre malo. Te escribí a principios del verano. Está en el mar, junto a Oplontis.

Un hombre se acerca e interrumpe la conversación. Coge al tío Plinio por los hombros.

—¡Almirante Secundo!

Es grandote y pesado, con los hombros anchos y un vientre también grande; cruzan sus mejillas antiguas cicatrices y tiene los ojos de un azul claro, casi blanco.

Rectina pone los ojos en blanco y dice:

—Plinio, recordarás al senador Sulpicio Petico...

—Pues claro —responde el tío Plinio—. Que ha vuelto recientemente de Siria, ¿verdad?

—Efectivamente —dice Sulpicio—. Efectivamente.

—Ah —el tío Plinio inclina la cabeza, dándose cuenta de pronto—, era ese tu barco, lleno de gladiadores, ¿verdad?

Sulpicio asiente.

—Sí, esos eran mis luchadores. Estoy intentando despertar el apetito de la gente, antes de los juegos. ¿Notaste que se despertaba tu interés lo suficiente?

El tío Plinio se encoge de hombros. Rectina sonríe ante la indiferencia del almirante.

—¿Cuándo volviste de Siria? —pregunta el tío Plinio.

—Llevo en Roma desde las calendas. Justo a tiempo, diría yo.

—¿Ah, sí? —El tío Plinio no le dirige a Sulpicio la mirada de asombro que el otro esperaba.

—Sí. El cuerpo del emperador todavía está caliente y su hijo ya está cayendo bajo la influencia de provincianos de dudosa reputación.

—¿Qué quieres decir con eso?

—El inválido. Ulpio. Ese hombre es un mentiroso, un impostor.

No es nada nuevo. Los senadores son una gente muy celosa. Rivalizan para derribar a sus colegas. Lo he visto demasiadas veces, particularmente con hombres como Ulpio, cuya fortuna está subiendo. El tío Plinio tiene sus sospechas, pero siempre es justo, siempre es juicioso, y nunca abusa de su relación con el César. Responde como lo hace normalmente, cuando se le plantea una queja como esta: coge a Sulpicio por el brazo en un tono que significa: «Lo que me vas a contar es la noticia más importante que he oído en todo el día», y añade:

—Cuéntamelo.

Me excuso cuando Sulpicio empieza a desgranar sus quejas. Decido dar una vuelta por la famosa Villa Pisón. El tío Plinio me perdonará que me separe un rato de nuestro grupo.

Dejo el peristilo y entro en un pasillo ancho y largo. El suelo es un mosaico de piedrecillas blancas y negras. Los nichos contienen estatuas de los dioses y bustos de hombres muertos hace

mucho tiempo. Me detengo a admirar la cara de mármol de Pisón, el último propietario de la villa antes de que Nerón la adquiriese, tras la ejecución de Pisón. Las mejillas hundidas están talladas en mármol, los ojos muertos y la nariz señalando al techo. La pintura está desvaída y descascarillada, revelando el mármol de debajo. Nadie la ha tocado desde hace muchos años. El abandono lo comprendo, pero es raro que no hayan quitado ese busto. Pisón conspiró para matar a Nerón y quedarse con el trono. Yo me imaginaba que una de las primeras cosas que haría Nerón, después de adquirir la villa, sería eliminar el busto del hombre que había intentado matarlo. Quizá le sacaron y solo la restituyeron cuando la villa pasó de Nerón a los Flavios. O quizá Nerón prefirió mantener el busto de Pisón como recordatorio, como advertencia de que el César debe estar siempre vigilante.

Elevándose por encima del murmullo de las conversaciones en el jardín cercano, puedo oír claramente las voces de dos personas que discuten. Parece que viene del otro lado del pasillo, doblando la esquina. La curiosidad me puede. Convencido de que me dará la vuelta y me iré en cuanto haya echado un vistazo, avanzo despacio y atisbo al otro lado. Una vez más veo a Marco y a la pobre chica esclava, discutiendo. La riña es acalorada. La chica está a punto de irse bruscamente, pero Marco le coge el brazo y la sujeta.

Antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, antes de tener tiempo de considerar mis actos, una indiferencia por las repercusiones que es muy impropia de mí, avanzo hacia ellos, me aclaro la garganta y digo:

—Pe..., perdona, Marco, pero creo que no deberías maltratar a esa joven como lo estás haciendo...

Marco deja caer el brazo de la chica y me mira.

Le pregunto a la chica:

—¿Estás bien?

En lugar de darme las gracias por intervenir, la chica escupe en mi dirección y se va corriendo. Cuando se aleja, le dice algo a Marco en una lengua que nunca antes había oído.

Marco la ve alejarse.

Olvidando momentáneamente que he intervenido de una manera muy ruda, motivado por mi genuina curiosidad, le pregunto a Marco:

—¿Qué lengua es esa?

Marco mira hacia el pasillo vacío. Parece agobiado.

—Arameo —me responde, distraído.

—¿Tú hablas arameo? —le pregunto, sorprendido de que Marco sea capaz de hablar con otra cosa que no sean sus puños.

Ya no está centrado en la chica.

—Pues sí —dice, con desdén.

Por su aspecto, podría atacarme en cualquier momento, aquí, en medio de una fiesta.

Intento tranquilizarle.

—Mira, Marco..., quizá no sea asunto mío intervenir en esto, pero parece que has sido muy duro con ella, sea esclava o no...

Él niega con la cabeza.

—Vosotros, los niños mimados patricios, sois todos iguales.

Y sin decir nada más, se va corriendo.

Al cabo de un momento de silencio asombrado, aunque ya no hay nadie junto a mí que pueda oírme, digo en voz alta:

—El niño mimado patricio eres «tú».

Cuando vuelvo al jardín, el tío Plinio me coge por el brazo.

—¿Cómo va lo de intentar quedar bien con el joven Ulpio?

Hago una mueca y el tío Plinio menea la cabeza.

—¿Y los otros chicos de tu edad? Las relaciones que establezcas a esta edad te servirán para el resto de tu vida.

—Por favor, no me hagas hablar con Domiciano ni con ninguno de sus amigos. No puedo soportarlo. Esta noche, no.

El tío Plinio me da una palmada en la espalda.

—No fuerces las cosas, Cayo —dice, admonitoriamente.

—¿Qué significa eso?

El tío Plinio guiña un ojo e inicia una conversación con un senador que pasa por su lado.

Al final de la velada, solo los dioses saben a qué hora, el tío Plinio y yo salimos de la villa hacia la calle, en lugar de dirigirnos a nuestra barca que espera en el muelle.

—¿Adónde vamos, tío?

Me tiende un odre de vino.

—Bebe.

Como doy un sorbo pequeño, el tío Plinio pone la mano bajo el odre y lo levanta. Inmediatamente, me inunda el vino, mucho más fuerte que el que suelo beber, ácido y áspero. Echo la cabeza hacia delante, tosiendo.

—Pensaba que no iba a beber más de dos copas —digo, cuando he terminado de toser.

—Eso era en la fiesta. Ahora necesitarás un poco de valor. Tienes que aprender mucho más esta noche.

Su sonrisa es incluso más amenazadora que sus palabras.

El prefecto Virgilio se une a nosotros en la calle.

—¿Ya está borracho?

—Todavía no —dice el tío Plinio.

—¿Por qué tengo que estar borracho? —pregunto yo, frustrado al ver que soy el único que no está en el ajo. Añoro mi dormitorio, estar a solas leyendo a Cicerón o Livio.

Los jóvenes salen en cuadrilla de la villa. A unos pocos los reconozco como seguidores de Domiciano. Se mueven con la confianza jactanciosa que da el vino, el dinero y el linaje patricio. Algunos aullan como lobos, y luego se pierden en la noche.

—Ven —dice Virgilio.

Suelto una andanada de preguntas mientras seguimos a los jóvenes aullantes por las oscuras calles de Baiae, pero no recibo como respuesta más que un silencio estoico. Mis peores temores se confirman cuando nos detenemos ante la puerta de un burdel.

El grupo al que seguimos se introduce entre dos hombres muy grandes, ante la puerta principal.

—Tío —digo, con los ojos clavados en el burdel—, no lo dirás en serio...

—Piensa en esta noche como una extensión de la tarea que te he dado esta mañana. Esta es otra cosa que hacen los jóvenes. Tienes que hacerte amigo de esos vástagos patricios.

Me gustaría replicar, pero tampoco quiero decepcionar al tío Plinio.

—¿Vas a entrar tú también? —le pregunto.

—Claro que no —dice—. Yo voy a dictarle unas cartas a Espartaco, que está aquí... —señala a su secretario—, hasta que hayas terminado. —Espartaco saca su tableta de cera, sin la cual no sale nunca. El tío Plinio me da una palmada en el hombro—. Ve. Pero no te precipites. Tengo mucho que hacer, mientras espero.

Virgilio me coge bajo su brazo y me arrastra hacia el burdel.

Dentro hay una mujer de mediana edad sentada en una silla, frente a una puerta cerrada. Tiene una tableta de cera en una mano y un estilo de plata en la otra. Un hombre que está de pie a su lado mira de vez en cuando por encima de su hombro. Parecen dos mercaderes que hacen inventario de sus bienes. Las paredes están decoradas con mosaicos de sátiros exponiendo enormes falos, y actos sexuales entre hombres y mujeres, hombres y hombres, mujeres y mujeres, en una variedad de posiciones que parecen más un combate de lucha que lo que supongo que deben de ser las relaciones sexuales. Hay tres sofás. Uno está ocupado por un hombre que ronca ruidosamente. Un pellejo de vino está tirado en el suelo junto a su boca abierta y babeante. Lo reconozco, es un senador que a menudo acude a ver al tío Plinio, un defensor a ultranza de los ideales estoicos.

La mayoría de los jóvenes a los que hemos seguido aquí dentro han desaparecido. Valerio y Catulo están en un sofá, cada uno con una mujer en su regazo. Aunque me importa un higo lo que piensen de mí, había pensado que se sorprenderían de ver que me unía a ellos, y que conseguiría un poco más de respeto por ese esfuerzo. Pero ninguno de ellos se fija en mí.

Sin levantar la vista de su tableta, la mujer pregunta:

—¿Preferencias?

Virgilio responde:

—Oriental. Morena. Alta.

La mujer señala en la cera con un estilo.

—Habitación quince.

Virgilio sigue al hombre a través de la puerta.

Con los ojos todavía clavados en la tableta de cera, la mujer dice:

—¿Y tú?

Yo no digo una palabra porque..., bueno, porque no tengo ni idea de qué decir.

Ella levanta la vista. Está confusa, pero parece reconocer algo en mi aspecto. Algo divertido. Sonríe. Con un tono más blando, dice:

—No te preocupes, joven señor. Estás en buenas manos aquí, en La Polla del Sátiro.

Me escolta a través de una puerta, pasando por un oscuro y largo pasillo. Ruidos extraños surgen de detrás de las puertas cerradas: risas, quejidos, una palmada sonora. Se detiene ante una puerta cerrada. Llama tres veces antes de abrir del todo la puerta. Dentro se encuentra una mujer, de pie junto a una mesa lateral, sirviendo una copa de vino. Lleva la túnica de una manera escandalosamente suelta.

—Un virgen —dice mi guía—. Sé amable.

La mujer medio desnuda me examina un momento. Bebe un poco de vino.

—Quizá deberías mandar también a Aquiles. Por si acaso...

—Buena idea.

Sin habla, veo que mi guía me empuja hacia la habitación y cierra la puerta detrás de mí.

Aunque no estoy seguro de lo que debo hacer o decir, la mujer medio desnuda actúa con una calma notable. Se dirige a la cama. La luz de la lámpara parpadea con tonos dorados en su escote vertiginoso. No es joven, pero tampoco es vieja. Muy bella, ciertamente. Tiene una confianza y una calidez que encuentro consoladoras, aunque también excitantes.

Da unas palmaditas en la cama, a su lado.

Obedezco dócilmente y me siento a su lado. Ella me tiende el vino. Bebo dos sorbos.

—¿Y cómo te llamas, jovencito?

—Cayo Cecilio —digo, croando como una rana.

—Mucho gusto. —Ella coge la copa de vino y da un pequeño sorbo, seductoramente—. Puedes llamarme Roja.

El tío Plinio, Virgilio y Espartaco me esperan en la calle.

—¿Bien? —me pregunta Virgilio.

Me arden las mejillas como una pira funeraria. Miro hacia la calle.

—Dejadlo en paz —dice el tío Plinio. Me pasa el brazo por encima del hombro—. Habla de ello solo si quieres, sobrino. Vamos. Debemos volver.

—¿Y los demás? —pregunto.

—Preferiría dar un paseo tranquilo hasta el muelle —dice el tío Plinio—. ¿No te parece?

Pasamos por las oscuras y estrechas calles de Baiae. Lo único que se oye es el crepitar de nuestras antorchas, y la respiración difícil del tío Plinio.

De repente, oímos gritos por delante. Las voces suenan ahogadas al principio, pero rápidamente se vuelven fuertes y violentas.

El tío Plinio y Virgilio intercambian una mirada y aprietan el paso. Intento mantener su ritmo.

Un hombre grita:

—¡Perro romano!

Otro chilla de dolor.

Damos la vuelta a la esquina y vemos unas sombras, a unos veinte pasos de distancia. Unas siluetas oscuras rodean a una figura de rodillas. Las espadas brillan a la luz de la luna.

El prefecto Virgilio grita:

—¡Alto!

Las sombras negras se quedan inmóviles y luego desaparecen en la noche.

Dejan a un hombre tendido en la calle.

Virgilio corre al lado del hombre.

Es Barlaas, el rehén parto. Le han apuñalado junto a la cadera, la sangre mancha su túnica verde. Parece que lleva armadura bajo la túnica, pero la hoja la ha perforado también. Gime y su rostro está contorsionado por el dolor.

Virgilio presiona la herida de Barlaas para detener la hemorragia.

Notamos que también hay otra sombra a unos diez pasos de distancia, tendida en el suelo. El tío Plinio corre hacia ella.

—Es el centurión —dice—. Manlio. —El tío Plinio pone el oído en el pecho del centurión—.

Está vivo. —Y entonces toca el cuero cabelludo del centurión y levanta la mano ensangrentada. La sangre del centurión parece negra, a la luz de la luna—. A duras penas...

Veo que una mirada de alivio cruza el rostro del viejo parto.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Virgilio.

Barlaas niega con la cabeza.

—Nada.

—Hay demasiada sangre aquí para decir que no ha sido nada —dice Virgilio. Barlaas aparta las manos de Virgilio. Intenta ponerse de pie, pero está demasiado débil y se tambalea, y cae de nuevo al suelo—. No ha sido nada —jadea Barlaas—. Unos ladrones que buscaban monedas.

El tío Plinio me envía de vuelta a la villa imperial a buscar ayuda. Corro sin decir una sola palabra.

Un cuarto de hora más tarde, vuelvo con cuatro pretorianos, media docena de esclavos y dos doctores. Les vendan las heridas a Barlaas y Manlio, y luego los colocan en unas literas y se los llevan a la villa.

Barlaas no dice nada sobre lo que ha ocurrido, por mucho que le presiona Virgilio. Los doctores insisten en dejar que Barlaas duerma, y, al final, el tío Plinio y Virgilio ceden.

Virgilio viene hasta nuestro barco. Hago lo posible para mantener el paso junto a ellos y escuchar.

—¿Ladrones buscando monedas? —dice Virgilio, incrédulo.

—No me parece probable.

—Llevaba armadura. ¿Lo has visto? ¿Qué hombre lleva armadura en una fiesta?

—Alguien que espera un ataque en una calle oscura —dice el tío Plinio.

—Oculta algo.

—Sí, obviamente, pero ¿el qué? —dice el tío Plinio—. Ha sido rehén aquí en Italia durante casi treinta años. Aparte de su tozudez y sus quejas constantes, nunca ha causado ningún problema.

—Quizá Manlio tenga algo más que decir, cuando se despierte.

—Si es que se despierta.

—Manlio es un buen soldado —dice Virgilio—. Mejor que bueno. Habrá hecho falta un pequeño ejército para abatirle de esa manera. —Los labios de Virgilio se curvan, llenos de frustración—. Esto tiene que estar relacionado con los emisarios partos. El momento..., no puede ser una coincidencia.

—Parece probable —dice el tío Plinio—, pero no podemos saberlo con seguridad. Y aunque sea así, si unos pocos partos han llegado antes bajo el amparo de la oscuridad y han atacado a Barlaas..., podría tratarse de alguna disputa tribal, que no sea asunto nuestro.

—¿Qué estás sugiriendo, almirante? —pregunta Virgilio—. ¿Que Barlaas mató a otro bárbaro hace treinta años y su parentela ha buscado venganza ahora, en suelo romano?

—Quizá. No sabemos nada con seguridad.

Virgilio sacude la cabeza.

—Esto no es una disputa entre hombres. Es entre imperios.

—Es probable —afirma el tío Plinio—. En cualquier caso, debemos estar en guardia mientras están aquí.

El tío Plinio se detiene y me coge por los hombros.

—Cayo —me dice—, tengo una nueva tarea para ti, otra que añadir a la lista creciente de este verano. Necesito que te enteres de todo lo que puedas sobre los partos. De Sinnaces, especialmente. Es joven e impetuoso. Podría darte información valiosa. Ciertamente, nos dirá más que Barlaas. No necesito recordarte que se lo debemos todo a Tito y su familia. Y nuestro destino está ligado al suyo. Investigaremos este ataque y nos aseguraremos de que la familia imperial no está en peligro.

Asiento con la cabeza, accediendo.

—Sí, tío.

—Malditos bárbaros —dice Virgilio—. Unos auténticos mentirosos, del primero al último.

BARLAAS

19 de agosto. Baiae, bahía de Nápoles

Odio a los putos romanos. Odio su pelo corto, sus caras peladas. Odio su grosería, su lascivia, su apetito infinito de sexo, comercio y bebida. Odio sus acentos, el del norte, el del sur, el patricio, el plebeyo..., todos y cada uno son un ataque para los oídos, una daga para la paz mental. Odio cómo se visten, los colores vivos, la piel desnuda: brazos, hombros, pantorrillas sin pelos, cinco octavas partes de muslo...

Odio el imperio, hasta el último trocito. Odio el calor opresivo de los veranos, los tentáculos de humedad pegajosos que empañan los pulmones y sofocan el pecho. Odio las asquerosas calles repletas de pobres harapientos. Odio a la gente: pintores, panaderos, soldados, taberneros, criadas, chambelanes, cocineros, carniceros, bataneros..., unos sinvergüenzas todos, del primero al último.

Incluso este doctor que está ahora de pie a mi lado, inspeccionando mi herida, que apesta a vino y sin duda, si aparto los ojos de él un solo momento, registrará mi habitación y me quitará todo lo que tengo de valor y que no he clavado al suelo.

Después de casi treinta años, he llegado a odiar todos los aspectos básicos que hacen que un romano sea un romano, los ladrillos y el mortero de la romanidad. Odio su hipocresía, su fachada de moralidad, mientras bajo mano, en el fondo, son unos libertinos. Odio su desprecio por los harenes, mientras ellos se tiran cualquier agujero que aparece ante ellos, o su desdén por los reyes, mientras se postran a los pies de quien quiera que se haga llamar «césar».

Y sobre todo odio ese sentido romano de superioridad, esa manera que tiene cualquier ciudadano, desde el criado del panadero hasta la mujer del senador, de escupir la palabra «bárbaro», con los labios fruncidos y una expresión de asco, cuando entro en cualquier habitación. Odio que ignoren mi linaje real, que soy descendiente del mismísimo Mitridates, el Gran Unificador, que vengo de una nación tan refinada como la suya es vulgar, y tan culta como la suya es despiadada.

Odio a todos los putos romanos.

Y, sin embargo..., a la hora de la verdad, cuando mis conciudadanos vinieron y llamaron a mi puerta, al abrigo de la oscuridad, ofreciéndome una oportunidad, la oportunidad de rebajar ese orgullo romano que tanto odio, de llevar gloria al reino de los arios, a expensas de los Flavios..., dudé.

¿Por qué?

¿Consideraría Carenos, mi viejo amigo y compañero rehén, que es una traición, si todavía

siguiera vivo? Él me advirtió que no debía apegarme demasiado a mis captores. Vio el peligro inmediatamente, durante nuestros primeros meses en Roma, después de que mi hermano nos tachara de traidores y nos desterrase del hogar de nuestro nacimiento.

Fue hace casi treinta años, después de que nuestro golpe fallase. Gotarez era rey. Sus súbditos le llamaban el Carnicero, por su crueldad. La nobleza se hartó. Carenes y yo viajamos en secreto a Roma para encontrar un candidato adecuado para el trono. Volvimos con Meherdates, el nieto del rey Fraates. Pensábamos que era un golpe maestro. Creíamos que porque la parentela de Fraates tenía más derecho al trono que Gotarez, la nobleza se apiñaría bajo su estandarte y la victoria sería inevitable. Estábamos equivocados. Nos preocupaba mucho más la alcurnia que las cualidades de un rey. Meherdates era indeciso y estúpido, y no se comportaba bien en combate. Algunos se unieron a su causa, pero al final lo abandonaron. Nuestras fuerzas eran pequeñas cuando nos encontramos con el Carnicero en el campo de batalla. Nos derrotó con facilidad. Carenes y yo fuimos hechos prisioneros, pero el Carnicero murió antes de poder imponernos su castigo.

Mi hermano menor, Vologases, fue nombrado rey. Si yo esperaba el perdón por parte de mis parientes, estaba terriblemente equivocado. Hizo que nos llevaran ante él a Carenes y a mí.

—Hermano —dijo, mientras sus hombres nos golpeaban las piernas por detrás, haciéndonos caer de rodillas—. Eres un traidor, esclavo de una potencia extranjera, y ya no eres bienvisto en este país. Mis consejeros dicen que debería mataros a Carenes y a ti por apoyar al Sapo. Pero os voy a perdonar la vida. Os envío a Roma, donde viviréis toda vuestra vida.

Yo escupí como respuesta, y maldije su nombre. Era diez años menor que yo, e hijo de una concubina. Yo tenía mucho más derecho al trono que él. Pero ahora, viendo las cosas retrospectivamente, debo admitir que mi hermano actuó como un verdadero rey, aquel día. Podía haberme matado. Sus soldados estaban dispuestos, tocaban las empuñaduras de las dagas con la mano..., ansiosos por mostrar lealtad a su nuevo rey. Fue un acto magnánimo perdonar la vida a su hermano y mandarlo a vivir en Roma. También fue un acto de fuerza. «¡Mira! Los reyes no tienen miedo de sus hermanos mayores.»

Nos mantuvieron encerrados bajo llave, hasta que se llegó a un acuerdo con Roma. Entonces, un grupo armado de veinte hombres nos escoltó por tierra hasta Siria, luego Asia, y luego Grecia, por donde cruzamos el Adriático. Los vientos invernales llegaron temprano, aquel año, fríos y terroríficos. Las aguas agitaban el barco como si fuera un juguete cuando desembarcamos en Ariminio, en la costa nordeste de la península. Allí supimos que el emperador de Roma, Claudio César, había muerto. Pereció por causas naturales, o bien fue envenenado por su traicionera esposa, según a quién le preguntaras. Recuerdo que pensé: bien, si el César está muerto, nos devolverán a casa. Pero los soldados de mi hermano no se dejaron arredrar. Esperamos en Ariminio mientras se renovaban las negociaciones con el sucesor de Claudio, Nerón, un chico de dieciséis años.

Esperamos cinco meses. Al final nos quitaron las cadenas (¿adónde íbamos a huir?) y nos permitieron movernos por la ciudad. Carenes y yo comíamos aquella extraña comida romana cada noche, quejándonos amargamente de nuestro nuevo hogar. Un día, un hermoso esclavo nos entregó una botella de vino. Un regalo, nos dijo, de nuestro nuevo amo, el emperador Nerón. Se quedó para descorchar la botella y nos sirvió la cena. Todavía ahora recuerdo mi primer sorbo. En Partia hacemos vino de palma. Importamos vino de uvas de Italia o Grecia. En su mayor parte, sin embargo, lo que llega a cruzar el Éufrates es un vino peleón. Esto era muy distinto. Era algo

complejo, pero también ligero y airoso, como beber luz del sol en un trago.

Una sonrisa se abrió paso en mi cara.

—A lo mejor no estaremos tan mal aquí... —dije.

Carenes me examinó con su único ojo. Ya era viejo entonces, frágil, sin carne. Sin embargo, ese ojo de un azul penetrante, casi blanco, podía mantener a raya a una legión.

—Hemos cometido un grave error respaldando al Sapo —dijo—. No era ario, a pesar de ser el nieto de Fraates. Nació aquí. Era romano, un extranjero. Nos dejamos cegar por nuestro odio al Carnicero, nuestro deseo de verle caer. Hemos avergonzado a nuestra familia y nuestros antepasados pensando que el Sapo era digno del trono. No podemos deshacer lo que hicimos, pero sí que podemos vivir con dignidad hasta la muerte.

Y arrojó el vino de su vaso al suelo.

Esperó.

Sin dar el segundo sorbo que deseaba con desesperación, yo hice lo mismo que él, vacié mi vaso y luego la botella misma.

El esclavo estaba horrorizado. Dijo el precio de la botella y que no tenía otra elección que informar de lo que había ocurrido a su amo. Nerón lo nombró la primera vez que le vimos. Estaba furioso, exigía saber por qué habíamos desperdiciado su generosidad. Nosotros nos mostramos desafiantes. No nos gustaba el vino romano, exclamamos. No nos gustaba nada de su maldito país.

En lugar de hacer que nos ejecutaran, como esperábamos, Nerón se echó a reír.

—Bien —dijo, encogiéndose de hombros—, pensaba que era yo el que tenía gustos caros...

La última noche, mis atacantes me hicieron esa pregunta: ¿eres romano o eres ario? Pero la pregunta está mal planteada. El linaje de uno depende de dónde se encuentra. Coge a un romano y llévalo a Dacia o a Egipto, y dirá: «Soy romano, entero y verdadero». Pero, en Roma, pregúntale a un hombre de dónde es y nombrará la ciudad de la que procede, quizás incluso la calle. Y si es de la misma Roma, te dirá incluso el distrito. Y creerá genuinamente que el distrito 16 es superior al 2 o al 5, o cualquier otro de los doscientos que hay en la ciudad. Lo mismo ocurre en Partia. Antes de mi exilio, yo jamás me habría llamado a mí mismo arsaída o parto, como nos llaman los romanos. Yo era de Mesopotamia. Pobre de ti si afirmabas que yo era de Persis, o de un pueblucho atrasado como Hircania.

Sin embargo, cuando empezó mi exilio, me definí por lo que no soy. No soy romano.

Y esto suscita la cuestión: si no soy romano, ¿por qué me resisto a unirme en contra de los romanos?

¿Por qué?

El doctor vuelve a la hora segunda para volverme a vendar la herida.

—El sangrado ha disminuido —dice—. Vivirás.

Le pregunto por Manlio.

—¿Vivirá él?

—Quizá —dice el doctor.

Odio a todos los romanos, como norma. Pero toda norma tiene sus excepciones.

Manlio fue asignado para vigilarnos a Carenes y a mí hace doce años. Sustituía a un viejo veterano desdentado de Germania, que nos vigiló desde que llegamos. Manlio era un centurión

condecorado, que acababa de llegar de alguna guerra fiera en el este, y que estaba muy resentido por aquel nombramiento. Pensaba que estaba por debajo de sus cualidades..., aunque solo lo dejaba ver de vez en cuando poniendo los ojos en blanco. Andaba siempre con la mano apoyada en el pomo de la espada, dispuesto para asesinar a esos rehenes bárbaros, si surgía la necesidad. Mi latín era terrible entonces, y su arameo (la «lengua franca» en Partia), inexistente. Él sabía algo de griego, lo suficiente para gruñir instrucciones, cuando lo consideraba necesario. Y nos comunicamos así, como los animales, gruñendo y señalando, durante años.

La cosa no cambió hasta que murió Carenos. Ocurrió gradualmente. Después de perder a mi compañero, rogué a Manlio que jugara a las tablas conmigo. Él se negó durante dos años. ¡Dos años! En cuanto accedió por fin, y después de enseñarle las reglas del juego, se despertó su espíritu competitivo. Se convirtió en un obseso. Ahora jugamos todas las noches. Él fue mejorando poco a poco, igual que nuestra relación. Solía supervisar mis paseos vespertinos desde la distancia, caminando unos pasos detrás de mí. Ahora prácticamente andamos juntos, como iguales, conversando en latín (que yo he ido aprendiendo, de mala gana). Hablamos de cómo van las cosas en el extranjero, de política romana, que nunca deja de fascinarme. Cotilleamos quién visita a quién después de anochecer.

Odio a los romanos, pero quizá Manlio sea una excepción a la norma. Aunque él no es un romano romano. En realidad, no. Su padre era un esclavo egipcio, liberado a los cincuenta años. Manlio nació y se crió en Alejandría. Se unió a las legiones a los diecisiete años. Había servido en Germania y Dacia, pero nunca había estado en Roma, hasta que fue asignado a la tarea poco exigente de vigilar a los rehenes partos del emperador. En realidad, es tan romano como yo.

Cuando pienso en las guerras en las que ha peleado, en los campos de batalla que ha visto, solo para caer en las calles de Baiae... Se merece algo mejor.

Lo siento, amigo mío, por arrastrarte a esto.

Hasta la sexta hora no vuelve a casa Sinnaces. Irrumpe en la habitación y corre al lado de mi cama. Sé por lo letárgicos que están sus ojos y lo rojas que tiene las mejillas que todavía nota los efectos de la bebida de la noche anterior.

—Estás vivo —dice—. Gracias a los dioses... Acabo de enterarme.

—Apuñalado, pero vivo —digo.

El chico intenta cogerme la mano.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha apuñalado?

Yo le aparto la mano.

—Calla, chico. No pienso confiar en un borracho.

Pienso en su padre, Carenos, cómo derramó el vino de Nerón.

Te he fallado, Carenos. No he conseguido que tu hijo se mantenga fiel a su stirpe, a la tierra de su origen.

Pero la podredumbre ya estaba ahí, antes de que muriese Carenos.

—Menos mal que tu padre no está aquí, para ver que te has convertido en un auténtico romano. Sinnaces se incorpora, tiene lágrimas en los ojos.

Es una discusión que ya hemos tenido antes, normalmente después de que él pase la noche bebiendo con otros chicos romanos. Reacciona siempre igual, como un niño.

—Yo no soy romano.

—Pues respóndeme a esto, chico —digo—. Si un animal parece un elefante, anda tan pesadamente como un elefante y barrita como un elefante, si tiene colmillos y la piel gris, además de un rabo que agita de lado a lado..., ¿no sería justo decir que ese animal es un elefante?

El elefante se queda con la boca abierta. No tiene respuesta a eso.

Se va. Tras él, queda el olor a vino.

Que le vaya bien.

Podría haberme abierto a Sinnaces. Podría haberle pedido ayuda. Pero no confío nada en ese chico. Correría a refugiarse con sus amos romanos a la primera señal de problemas. No lo necesito. Mis atacantes fracasarán. Su plan es demasiado complicado, demasiado elaborado y lleno de contingencias. Y, sin mí, no se atreverán a probarlo.

DOMITILA

19 de agosto. Villa Pisón, Baiae

Nuestros últimos invitados embarcan cuando el sol ya sale. Los observo desde mi balcón, saludando con la mano a aquellos que se molestan en mirar atrás. Hago un esfuerzo por sonreír, como habría querido Tito. Y mi padre también. Los Flavios no tienen preocupación alguna en este mundo. Demuéstraselo.

Nuestro recién nombrado emperador insistió en que se diera una fiesta. Muy lujosa. «Ya ha pasado el tiempo del duelo —me escribió Tito desde Roma—. Tenemos que demostrar al mundo que seguimos adelante.» Lo entendí, me pareció lógico. Aun así, yo sigo de luto. Echo de menos a mi padre. Echo de menos sus bromas vulgares, sus infinitas quejas, su lengua siempre burlona. Echo de menos sus palmaditas en la mano cuando yo estaba preocupada, desde que era una niña pequeña: «lo arreglaremos», decía. Y, normalmente, así era.

No estaba preparada para dar una fiesta. Pero el César insistió.

Es raro que tu hermano sea el emperador. No era lo mismo cuando mi padre accedió a la púrpura. Mi padre siempre había sido el jefe de nuestra casa, el *paterfamilias*, el emperador de nuestra familia. Su ascensión solo significaba que su dominio aumentaba. Y yo estaba ya acostumbrada al ascenso constante de mi padre, de soldado a general, de funcionario civil a senador. Su acceso al principado fue maravilloso, pero también comprensible.

Es diferente con Tito. Nunca fuimos iguales: después de todo, él es el primogénito. Pero Tito siempre me quiso y me respetó. Valoraba mi opinión. Me escuchaba y aceptaba mi consejo. Era mi hermano mayor, no un rey.

Todo cambió cuando murió nuestro padre. Me di cuenta de eso demasiado tarde, y Tito sigue castigándome por ello.

Ocurrió en Roma. Fui a ver a Tito a la sala del trono, mientras él estaba reunido con Ulpio y con el almirante Plinio, discutiendo cómo tratar a mi hermana Vespasia. Eso fue antes de su súbita y ferviente devoción por el culto de Isis, mientras velaba en su lecho de muerte a Cecina, antiguo amante suyo y cómplice en la conspiración de Marcelo para apoderarse del trono. Vespasia y Cecina llevaban meses teniendo una aventura. Ella le quería. Le amaba incluso..., o eso decía. Después de que se conociera la conspiración, y Tito casi corta en dos a Cecina, ella se negó a abandonar la cabecera de su lecho, mientras él iba agonizando, poco a poco. Para Tito aquello era un problema. Socavaba la autoridad del principado. Tito quería mandarla lejos, a una isla remota como, por ejemplo, Pandateria, como hizo Augusto con su hija. Un castigo similar por un crimen similar: la promiscuidad.

O eso decía Tito...

Lo que realmente quería decir es que ambos eran culpables de avergonzar al César. Yo hablé. Le dije a Tito que no podía enviar lejos a Vespasia. O mejor, como lo expresó más tarde Tito, tuve la «temeridad» de decirle al emperador que había algo que él, el César, amo de todos nosotros, no podía hacer. Tito se puso furioso. Ordenó que despejaran la sala. En cuanto estuvimos solos, me explicó, hablando entre los dientes apretados, que la idea de que al César le riñese su hermana menor, ¡una mujer!, resultaba dañina. Posiblemente, irreparable.

—Yo parecía Nerón, encogido ante su madre.

Al día siguiente, Tito me «sugirió» que visitara Baiae durante el resto del verano. El mensaje estaba claro: aléjate de la política. Eres la hermana del César, no su consejera. Resulta indignante lo rápidamente que ha olvidado mi papel a la hora de descubrir la conspiración de Marcelo. Si no fuera por mí, estaría muerto.

—Domitila.

Perdida en mis pensamientos, no he visto al senador Cocceyo Nerva, que pasaba bajo mi balcón. Se ha detenido y ha levantado la vista para mirarme.

—La perfecta anfitriona —afirma—, diciendo adiós a sus últimos invitados, sea la hora que sea.

Me esfuerzo por sonreír. No se puede sonreír con naturalidad en una conversación con Cocceyo Nerva.

La cara de Nerva la domina una nariz grande, imponente. Tiene los ojos negros y fríos, y una barbilla diminuta, casi inexistente.

Dominando con su estatura a Nerva, está el bático, la leyenda de la caza de bestias salvajes. Sus ojos azul tirreno están clavados en el muelle.

Hubo un tiempo en que no podía evitar que el bático me dedicase toda su atención. A principios de este mismo año, un asesino irrumpió en el palacio imperial. Lo habían enviado a matarme, y lo habría hecho, creo, de no ser por el bático. No sé cómo, el bático oyó mis gritos e intervino justo a tiempo. Mi chal quedó desgarrado en el ataque. El bático robó un trozo, y con esa seda verde se hizo una máscara que llevó en la arena. Después de cada una de sus victorias se inclinaba en mi dirección y besaba aquella máscara. Toda Roma cotilleaba sobre la aventura amorosa entre la hija del emperador y el esclavo de la caza. Le envié recado de que quería que parase.

Y eso hizo.

A veces siento un pinchazo de decepción. Su atención era halagadora, y me parecía distinta de la de los senadores que me veían más bien como un medio para conseguir un objetivo político. Pero ha sido lo mejor. Si Vespasia ha estado a punto de acabar exiliada por una aventura con un patricio, no puedo ni imaginar cuál sería la respuesta de Tito si me cogieran con un famoso esclavo.

—Quería haber hablado contigo durante la fiesta —dice Nerva—. Pero no he conseguido encontrarte.

Ha sido intencionado, no una casualidad. Yo he decidido que no me gusta Nerva, y que no tengo interés alguno en hablar con él. Pero, como hermana del César, se espera que sea educada, especialmente con los senadores.

—Bien —le digo—, pues aquí estoy.

—Esperaba poder preguntarte por Julio Caleno..., ¿has conseguido localizarle?

Julio Caleno es un exsoldado que ha tenido mala suerte, un hombre duro y hábil, eficiente, que se dedicaba a tareas que requerían tales cualidades. Nerva y yo confiábamos en él. Para protección, información, envío de mensajes. Desgraciadamente, desapareció en mayo. Me sentía responsable de Caleno. Quería saber qué había sido de él. Así pues, hice que lo buscaran, primero en la ciudad, luego en toda Roma. Nerva se mostró displicente cuando empecé a preguntar por Caleno. «Búscalos en una cantina», me dijo. ¿Por qué habría cambiado de opinión?, me preguntaba yo.

—No —digo—. Julio Caleno sigue desaparecido.

—Sé que has enviado a tu doncella por todas partes, preguntando por él.

—Nunca te falta la información, ¿verdad?

La sonrisa de Nerva es fría.

—Nunca. Pero estoy dispuesto a compartir esa información contigo y con el César, si me lo pedís. Tu padre confió en mí durante un tiempo, pero luego se volvió hacia otros hombres. No resulta beneficioso para tu familia que me apartéis a un lado.

En tiempos, Nerva fue consejero cercano a mi padre, cuando accedió al poder. Pero su importancia fue disminuyendo a lo largo de los años. Y ahora Tito no quiere saber nada de Nerva. ¿Habrá mencionado Nerva a Caleno simplemente para presumir de sus espías? Puede que Nerva tenga espías por todas partes, pero está claro que no se ha enterado de que me han relegado al papel de anfitriona imperial. Si su objetivo es usarme para acercarse a Tito, quedará muy decepcionado.

Ignoro su oferta y señalo con la cabeza hacia el mar.

—Espero que tu viaje sea agradable.

Nerva inclina la cabeza. Si se siente frustrado con mi respuesta, no lo demuestra.

El bático y él continúan bajando por el muelle.

El bático no vuelve la vista atrás.

Mi doncella, Jacasta, me coge por el brazo.

—Ese era tu último invitado, señora. Vámonos a la cama. Necesitas descansar.

—No —digo yo—. Todavía no. Antes tengo que rezar.

El santuario de nuestra familia es una habitación privada y oscura en el ala este de la villa imperial. A esta hora está vacía y silenciosa, excepto por los chillidos ahogados de las gaviotas que se filtran por las rendijas de la piedra. El muro principal está decorado con una pintura, centrada en torno a un hombre vestido con toga, con pliegues de tela por encima de la cabeza, como un sacerdote antes del sacrificio. El hombre representa el espíritu guardián de nuestra familia, pero se parece notablemente a nuestro padre..., a propósito, supongo, ya que los pintores siempre se muestran deseosos de complacer a sus patrones. La figura tiene el cuello y los hombros recios de mi padre, sus mejillas llenas y su sonrisa cómplice. Lleva un cuchillo en la mano, rojo por la sangre sacrificial. Está rodeado por cuatro lares, los dioses que se encargan de proteger nuestro hogar. Parecen chicos con túnicas cortas, bailando, sonriendo y con un cuerno rebosante de vino. La pintura se está desprendiendo, y está manchada de humo. Debajo, en un estante, se encuentran unas estatuas de bronce de los dioses Hércules, Minerva y Vesta, flanqueadas por dos lámparas de aceite encendidas.

Jacasta y yo nos cubrimos la cabeza con nuestros chales antes de entrar. Ella me tiende un pastelito de espelta para ofrecérselo a los dioses. Yo me arrodillo ante el altar y levanto la mano para tocar la de Minerva...

Y entonces toda la habitación, toda la tierra, empieza a temblar.

Mi mano no consigue dar con su objetivo y me caigo hacia delante. Mis antebrazos golpean contra el suelo.

En algún lugar de la villa se rompe un cristal, un hombre grita de dolor.

La tierra sigue temblando. Parece un carro tirado por caballos trotando por una carretera llena de baches.

Las estatuas de bronce empiezan a caer.

Las lámparas de aceite se vuelcan y caen al suelo; sus llamas se extinguen.

Noto el peso de Jacasta en mis hombros, protegiéndome, manteniéndome a salvo.

Y, de pronto, todo termina. La tierra está quieta otra vez.

El silencio es tan amenazador como el terremoto.

—¿Estás bien, señora? —pregunta Jacasta.

—Bien —digo, con el corazón acelerado. Me paso las manos por todos los miembros—. ¿Y tú?

—Sí —dice ella—. Sin daños.

—Ve a ver al personal. Asegúrate de que nadie haya resultado herido.

Jacasta, murmurando para sí, añade el terremoto de hoy a su lista creciente de malos augurios de este año.

La cojo por la muñeca.

—Podemos discutir sobre los presagios en otro momento. Ve.

Ella asiente y luego se va.

Levanto la vista hacia la pintura, al hombre que se parece a mi padre, pero no es mi padre. Su media sonrisa cómplice sigue inamovible.

Por segunda vez hoy, deseo que estuviera aquí.

CAYO

19 de agosto. El despacho del almirante Plinio Secundo, Miseno

El estudio del tío Plinio es un desastre, aunque no estoy seguro de que esté mucho peor que antes del terremoto. En un rincón, junto a una mesa volcada, Espartaco está limpiando un cuenco de tinta de sepia que usan para escribir. Se ha formado un charco negro con la tinta derramada en el suelo. El tío Plinio está de pie por encima del hombro de Espartaco, señalándole y dándole consejos de cómo limpiarlo mejor. Espartaco intenta apartar al tío Plinio.

—Dime, Cayo —dice, cuando entro, sin levantar la vista—. ¿Qué has observado antes del temblor de tierra?

—Muy poco, tío —digo—. Estaba en mi habitación leyendo.

—¿No has hecho observaciones sobre el viento? ¿O el estado del mar?

Niego con la cabeza.

Él se rasca la barba.

—Los babilonios creían que los terremotos los produce la influencia de las estrellas. Pero no hay prueba alguna de ello. Yo he teorizado que el viento queda acumulado en las fisuras de la tierra, y el temblor de tierra es el viento que intenta escapar. Por eso antes de un terremoto, el mar y los cielos están tranquilos. Normalmente. Pero esta mañana...

Espartaco levanta la vista y completa el pensamiento de su amo.

—El mar estaba picado. El viento era moderado.

El tío Plinio niega con la cabeza.

—Así que mi teoría sigue siendo solo una teoría. —Suspira, pero, como pasa a menudo, su decepción se disuelve rápidamente—. ¿Has comprobado cómo está tu madre?

—Sí.

—¿Y?

—Está bien. Físicamente.

El tío Plinio sonríe, cómplice.

—Estoy seguro de que se ha pegado un buen susto. Pero sus nervios se recuperarán. —Vuelve su mirada al suelo—. Ah, bravo, Espartaco. Bravo.

Espartaco ha conseguido recoger y rescatar la mitad de la tinta derramada usando dos tabletas de cera, empujándolas una hacia la otra para capturar el espeso líquido negro.

El tío Plinio pregunta:

—¿Y qué tal tú, joven Cayo? ¿Qué tienes planeado hoy?

—Pues continuaré con Livio —digo—, tomando notas. Ahora que sé que mi madre y tú estáis bien.

El tío Plinio frunce el ceño y se dirige hacia mí. Cuando está cerca, al alcance del brazo, se impone sobre mí, no solo verticalmente, sino también horizontalmente, con sus recios hombros y su barba blanca como la espuma.

—Todo joven tiene que conocer a Livio —dice—. Una empresa noble, ciertamente. Pero es una tarea para mejorar tú mismo. ¿Qué planeas hacer por tu país? ¿Por tu emperador?

—¿Hoy, quieres decir?

Miro más allá a Espartaco, que conoce a mi tío mejor que nadie. Espartaco comprende mi situación apurada, pero se limita a encogerse de hombros.

Al tío Plinio le digo:

—¿Es por lo que ocurrió anoche?

El tío Plinio continúa mirándome. Su expresión no cambia.

—Podría ir a ver a Sinnaces —digo, de mala gana. Es lo último que quiero hacer, pero no tiene sentido postergar lo inevitable—. Podría ver lo que sabe del asalto a Barlaas. O los emisarios que se esperan del rey Pacoro.

El tío Plinio sonríe.

—Una idea excelente. Sinnaces es fanático de los baños, creo.

He visto antes a Sinnaces en los baños, en la sala de ejercicios, intentando hacerse amigo de Domiciano y sus leales, pero sin conseguirlo nunca, mientras ellos luchan, se pelean y siguen con sus cosas.

—Tío —le digo tímidamente, sin querer decepcionarle, pero temiendo los baños de igual modo—. Sabes cómo son los baños, con Domiciano y los de su calaña... ¿No podría intentar un camino distinto?

El tío Plinio me señala con su dedo gordezuelo.

—¿Crees que conoces lo que son las penalidades? Cuando yo tenía tu edad, Nerón era *princeps*. Comparado con Nerón, Domiciano es un rey filósofo. Tendrás que arreglártelas con un matón. Yo tuve que arreglármelas con un tirano.

¿Qué se puede decir ante eso?

Con un suspiro, digo:

—Haré lo que pueda.

—No lo dudo.

Desde los días de Augusto, todos los rehenes partos han tenido una casa proporcionada por el emperador. Una casa en Roma, otra en Baiae, y el batallón de esclavos correspondiente a su posición de antigua realeza. Serán rehenes bárbaros, dice el tío Plinio, pero su presencia es un gran honor para el César, una demostración de su poder.

Una esclava imperial responde a la puerta. Es una anciana, con la espalda encorvada y el cabello vetado de gris. Zósimo y yo entramos en el atrio y ella se va a buscar a Sinnaces.

Oigo la voz de Barlaas en lo más hondo de la casa, insultando a alguien.

—Cayo... —Sinnaces parece confuso al avanzar por el atrio—. Qué inesperado.

Inesperado y nada bienvenido, a juzgar por su expresión. Supongo que Sinnaces y yo somos más conocidos que amigos.

—He venido a ver qué tal está Barlaas.

Los gritos de Barlaas culminan con el sonido de cristal roto. Me imagino a algún pobrecillo (su médico, o quizás un esclavo) evitando por los pelos un proyectil en forma de vaso que acaba de estrellarse contra la pared.

—Como puedes oír —dice Sinnaces—, Barlaas está... igual que siempre.

—¿Y Manlio?

—Está consciente, pero tiene fiebre. No sabe dónde se encuentra.

—¿Vivirá?

Sinnaces se encoge de hombros. No parece importarle el centurión como le importa a Barlaas.

—Los médicos le están atendiendo. Tendrías que preguntárselo a ellos.

—¿Y tú, cómo estás?

—A mí no me atacaron.

—No, claro.

Nos quedamos los dos en un silencio incómodo. Finalmente, después de tragar saliva con pena, le digo:

—¿Vas a ir a los baños esta tarde?

Frunce el ceño.

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno..., podríamos ir juntos.

—¿Vas a ir a los baños? ¿En Baiae? —La confusión de Sinnaces aumenta—. No estoy seguro de haberte visto allí nunca.

—Normalmente, voy a los baños personales de mi tío en Miseno, pero... hoy no.

Sinnaces parece horrorizado. ¿Me corresponde a mí hacer una propuesta tan atrevida? Desde luego, tengo un estatus social más elevado que un rehén parto..., ¿verdad?

Noto que Zósimo va cambiando el peso de un pie a otro; desearía estar en cualquier sitio menos aquí. Es un día triste, cuando tu esclavo se siente avergonzado de ti.

Pienso en el tío Plinio, en ese hombre como un oso que raramente se siente insultado o desanimado.

—Bueno, Sinnaces —digo, con una sonrisa—, ¿qué te parece, vamos juntos?

Sinnaces no se muestra tan comunicativo como yo había esperado. Mientras vamos andando a los baños, le pregunto sobre la visita de los emisarios partos, pero si sabe algo, no suelta prenda.

—¿Y sabes cuándo se espera que vengan esos emisarios?

—Tu tío es almirante de la flota imperial y consejero cercano del emperador. ¿No debería saberlo mejor que yo?

Por la ventana de un apartamento vecino arrojan un líquido que salpica en la calle. Miramos para ver de dónde viene, pero las ventanas están todas vacías.

Pasamos en torno al charco y continuamos andando por la calle. Ni siquiera hemos pasado el charco cuando ya empieza a evaporarse con el brutal calor de agosto.

—Solo tenía curiosidad por oír una versión distinta de la que yo tengo.

Sinnaces me mira como si «yo» fuera el extranjero.

—¿Por qué habría tenido que oír algo distinto? ¿Porque soy parto?

Su incredulidad parece genuina. O bien no sabe nada, o bien los emisarios partos no

estuvieron implicados en el ataque a Barlaas.

Yo sigo insistiendo, para no decepcionar al tío Plinio.

—¿Sabes quién atacó a Barlaas?

En lugar de adoptar un aire conspirativo, Sinnaces parece herido.

—Él no me lo diría nunca.

—Yo no me lo tomaría demasiado a pecho —digo—. Parece un hombre muy reservado.

Sinnaces cambia de tema.

—¿A quién te tiraste anoche?

—¿Perdón? —Noto que mis mejillas se ponen rojas.

—Tu puta. ¿Cómo se llamaba?

—Yo..., ejem..., no sabía que también habías visitado ese establecimiento.

—Llegué después de ti. Todo el mundo hablaba de que el joven Cayo, el pequeño abogado en ciernes, había acudido al burdel. Venga, dímelo. ¿Quién era ella? ¿O fue él?

Pienso en Roja sentada a mi lado en la cama, su vestido dejando un hombro al desnudo.

Me arden las mejillas como el demonio.

—Preferiría no decirlo...

Sinnaces menea la cabeza, frustrado.

—Bueno, de todos modos, casi hemos llegado.

Después de una breve estancia en la sauna, Sinnaces y yo entramos en el *gymnasium*. Como me temía, Domiciano y sus adláteres están allí todos, incluidos Valerio y Catulo. Los jóvenes están luchando por turnos, con un esclavo como árbitro. Se ha formado un semicírculo de espectadores. Domiciano, no sé cómo, se ha procurado un asiento, como un rey que preside su corte.

Sinnaces no siente lo mismo que yo. Ve al grupo de jóvenes, sonríe y se dirige hacia ellos. Corre por delante de mí, como para distanciarse, como para que no resulte tan obvio que hemos llegado juntos.

Marco también está aquí. Noto sus ojos clavados en mí mientras atravieso el *gymnasium*. Esto era lo que yo temía. Se va a fijar más en mí después de nuestro encuentro la noche pasada, por interrumpirle cuando estaba maltratando a esa pobre chica esclava.

Acaba de terminar una competición. Dos jóvenes se levantan del suelo. Uno parece desanimado, el otro como si hubiera conquistado la Galia. El árbitro levanta la mano del vencedor y media multitud le vitorea, y la otra mitad le abuchea.

Catulo se da cuenta de que he llegado.

—¡Por Júpiter! Mira quién ha sacado la nariz de algún libro... Cayo Cecilio, en carne y hueso.

—Mira a Domiciano para asegurarse de obtener la reacción que está buscando.

Yo me sonrojo. Noto la marea que se eleva, cuando el grupo reconoce una oportunidad de continuar con la burla de Catulo.

Mi corazón se desboca. Pienso en el tío Plinio. Estará muy decepcionado. En lugar de dar con la información que necesita, el inútil de su sobrino se ha convertido en el blanco de una broma. ¿Qué haría el gran almirante? Él no se habría sonrojado, eso para empezar, y habría dado una réplica rápida a Catulo, le habría hecho callar, y el olor a sangre no estaría en el aire.

La multitud mira a Domiciano para ver lo que hace su príncipe. Domiciano abre la boca y está a punto de hablar cuando algo capta su mirada. Sus labios se retuercen en una mueca amenazadora.

Me vuelvo a mirar lo que me ha salvado. Atravesando el *gymnasium*, recién salido de la sauna, está nuestro guía de ayer, Nueve Dedos. Lleva un taparrabos y una toalla echada informalmente al hombro.

—Ah, Nueve Dedos —llama Domiciano. Su voz es dulce como la miel.

Recuerdo la broma que hizo Nueve Dedos a expensas de Domiciano, ayer. Pero nuestro antiguo guía no es consciente del peligro: sonrío y se acerca.

—Señor —dice, con una ligera inclinación—. ¿Qué tal te va la tarde? ¿Estás luchando?

—Sí, estamos luchando —dice Domiciano—. Me pregunto si estarás preparado ya...

Nueve Dedos parece confuso.

—¿Preparado para qué?

—Para tu combate, claro.

El aspecto tranquilo de Nueve Dedos empieza a resquebrajarse.

—Ah, no, gracias, *dominus*. Soy demasiado viejo para luchar.

—Tonterías, un hombre como tú..., un cazador cuya lanza nunca está limpia..., eres una fuerza con la que hay que contar. Pero, para ser justos, deberías estar igualado.

—¿Igualado? —Nueve Dedos parece preocupado.

—Pues sí. Igualado. Después de todo, tú eres un gran cazador. El hombre cuya lanza nunca está limpia. Tenemos que conseguir que la pelea sea justa —dice Domiciano—. Tres contra uno debería bastar, supongo.

Sin advertencia alguna, Catulo sorprende a Nueve Dedos e intenta hacerle una llave. El grupo de chicos empieza a vitorearle. Valerio y otros jóvenes cogen de los brazos a Nueve Dedos y se los sujetan a la espalda. Catulo golpea a Nueve Dedos en el vientre. Suena como una bofetada húmeda.

—Señor... —Nueve Dedos apela a Domiciano—, ¿en qué te he ofendido?

Catulo saca un cuchillo. El mango y la vaina tienen rubíes incrustados. Es una pieza de un hombre rico, no de soldado. Aun así, la hoja está hecha de acero.

Estoy horrorizado ante esto, la violencia, la maldad de esta situación. Pero ¿qué puedo hacer yo para evitarlo?

Catulo prueba la hoja con el pulgar. El gesto está destinado a intimidar.

—¡Señor, por favor! —grita Nueve Dedos.

—Bah, deja de quejarte —dice Valerio—. Solo nos estamos divirtiendo un poco.

—Catulo...

La voz viene de algún lugar entre la multitud. Es tranquila, y, sin embargo, fuerte, autoritaria.

—... Si das un paso más con ese cuchillo, te cortaré las manos... —todo el mundo se vuelve, intentando averiguar quién ha hablado—... y se las daré de comer a los perros.

La multitud se aparta en torno a Marco.

De repente, el séquito de Domiciano se queda silencioso; el *gymnasium* se ha convertido en un templo.

La amenaza es una hipérbole. Sin embargo, viniendo de Marco, suena completamente creíble.

El cambio en la actitud de Catulo es obvio. Era invencible hace un momento; ahora está

indeciso. No se mueve, y su boca está un poco abierta. Mansamente, intentando quedar bien, dice:

—Esto no es asunto tuyo, Marco.

Yo ayudo a Nueve Dedos a ponerse de pie.

Domiciano suspira como un actor en una obra de teatro.

—¿Y quién eres tú, a ver?

Sabe perfectamente quién es Marco. Ayer mismo cazaban juntos. A veces hace eso: para mostrar su preeminencia, da a entender que todos los demás son olvidables.

—Marco Ulpio Trajano —dice Marco.

—Ah, sí. El hispano —dice Domiciano—. ¿Qué interés tienes tú aquí, Marco? Este hombre es solo un liberto. Un antiguo esclavo.

Marco se interpone entre el hombre y Domiciano. Su rostro está impasible.

—¿Y eso le hace objeto de tus abusos?

—Sí —dice Domiciano, sin convicción.

—La próxima vez que te propongas tratar a alguien así —dice Marco— porque son esclavos, o antiguos esclavos, ven a decírmelo a mí. Manda a tu chico de los recados. —Marco señala a Catulo.

Domiciano se echa atrás en su silla.

—Marco Ulpio. —Sonríe—. Trajano. Un nombre que no olvidaré. Puedes estar seguro.

—Espero que así sea.

De vuelta en Miseno. El tío Plinio está en su habitación, detrás de una pila de papiros. Yo no he conseguido averiguar nada de Sinnaces, de modo que el día ha sido un fracaso. Estaba seguro de que mi tío se sentiría decepcionado, pero no lo está.

—El mundo no se hizo en un día, muchacho. Costará tiempo. Tú sigue intentándolo.

Describo la escena del *gymnasium*, todavía alterado por la crueldad de Domiciano.

El tío Plinio menea la cabeza.

—Que los dioses nos ayuden si Domiciano llega a emperador algún día.

—¿Qué se puede hacer? —pregunto yo.

—¿Hacer? No estoy seguro de entender la pregunta. ¿Qué es lo que quieres, Cayo?

—Justicia.

—¿Justicia? ¿Y qué tipo de justicia sugieres para el hermano pequeño del emperador? ¿Prisión? ¿Trabajos forzados en las minas?

—Sí.

El tío Plinio bufá, con sorna.

—Creo que es imperativo que entiendas cómo funciona este mundo. Los actos inmorales y tener un carácter horrible no conducen necesariamente al castigo. Si esperas castigo para cada mala acción cometida, vivirás una vida larguísima y llena de sufrimiento. Domiciano es el hermano del emperador. Y nuestro emperador no se da cuenta del mal carácter de su hermano. Bueno, en realidad, no es así —el tío Plinio hace girar su anillo de cornalina—, no es correcto. Tito se culpa a sí mismo del mal carácter de su hermano. Mientras Tito estaba fuera con su padre, haciendo la guerra en Germania y Palestina, Domiciano vivía en una choza en Roma, pobre y abandonado. Mientras Tito aprendía a los pies de su padre, y se ganaba el amor y la admiración

de su padre, Domiciano solo se ganaba la decepción y la burla de su padre. Tito se siente responsable del hombre en el que se ha convertido su hermano. Dudo de que jamás castigue a Domiciano ni le haga responsable de nada.

—¿Así que Domiciano tiene licencia para hacer lo que le venga en gana?

—¡Por supuesto! Todo hombre puede hacer lo que le dé la gana. Tienes que enfocar el problema de una forma distinta. Debes comprender que la victoria no es como tú la concibes. El mal carácter y los actos inmorales de Domiciano significan que él ha perdido. Y eso vale para cualquier hombre. Y aquellos que actúan moralmente, según sus principios, esos son los que han ganado.

Yo niego con la cabeza.

—Eso es filosofía, y no de la que satisface, precisamente.

—Domiciano es un hombre —dice el tío Plinio—. Le llegará su hora. ¿Qué importa si vive un día o cien años? Lo que importan son tus principios, y si los sigues o no.

—¿Así era como vivías con Nerón?

—Principios y vino. —El tío Plinio empieza a reír—. Quizá más vino que principios.

Yo también me río.

—¿Y qué piensas de los actos de Marco Ulpio? —me pregunta el tío Plinio—. ¿Ha cambiado la opinión que tenías de él?

—No, en absoluto. Es un bruto.

—Ah. —El tío Plinio se reclina hacia atrás en su silla. Se rasca la barba. Noto que quizás he encontrado el terreno favorable que él estaba buscando—. ¿Acaso no rescató al cazador de una humillación, o de algo mucho peor?

—Solo por casualidad —digo—. Siempre va buscando pelea. Es más, el incidente solo muestra el orgullo de Marco. Su arrogancia.

El tío Plinio sonríe.

—¿Qué? —digo—. ¿Qué es lo que te divierte tanto?

—Estás celoso, hijo mío. Verde de envidia.

Mi garganta se agarrota por la ira.

—No, no es verdad. Eso es ridículo.

El tío Plinio, todavía sonriendo, me busca la mano por encima de la mesa, pero yo la retiro.

—Mi querido sobrino —dice—, tú tienes muchas virtudes, y la menor de ellas no es ese intelecto que el propio Zenón envidiaría. Pero hay aspectos en los que... —hace una pausa, buscando las palabras adecuadas, palabras que no me ofendan—... te quedas corto. Al menos, a ojos de tu mente. ¿No es posible que envidies la osadía de Marco?

—Nunca. Marco es un bruto.

—¿Un bruto? ¿De verdad? Creo que si examinaras tu conciencia estarías de acuerdo en que estás mostrando una falta de empatía y una gran incapacidad para ver el corazón de tu congénere humano.

Yo niego con la cabeza. No puedo creerlo. El tío Plinio se está poniendo de parte de Marco.

—La empatía —continúa el tío Plinio— es una herramienta vital. No lo olvides. Sin ella, no serías mejor que Domiciano.

Me arde la cara de indignación. Me pongo de pie para irme, pero el tío Plinio señala la silla.

—Siéntate, sobrino —habla con autoridad, pero suaviza su tono—. Por favor. Por favor, siéntate. No quiero ofenderte. No acabemos el día con este humor. Dime por dónde vas con Livio.

Cojo aliento con fuerza, me siento.

El tío Plinio continúa:

—¿Dónde estás ahora mismo? ¿Todavía corre libremente Aníbal por Italia?

Media hora más tarde, Espartaco entra en la habitación.

—Amo —dice—, Escipión ha venido a verte.

El tío Plinio frunce el ceño.

—¿Escipión el filósofo o Escipión el hispano?

—El hispano. Comerciante, creo. Le he señalado la hora que era, pero dice que has pedido verle en el momento en que llegase a Baiae.

—Sí, claro. Tráelo aquí.

Espartaco sale y vuelve con un hombre que, más que andar, anadea como un pato. Su cabeza parece un erizo de mar, pequeña y redonda, con el pelo puntiagudo y negro.

—Escipión —dice el tío Plinio, con calidez. Se pone de pie y se abrazan. El tío Plinio le hace señas para que se siente.

—Me he anticipado unos días a mi programa —dice Escipión—. ¿No estás impresionado?

—Bueno, eso depende. ¿Traes información útil?

Escipión asiente.

—Eso es.

—Entonces estoy impresionado.

—Pero puede que acabes decepcionado. Con Ulpio, sigue habiendo más preguntas que respuestas.

El tío Plinio asiente.

—Uno tiene que hacer la pregunta antes de dar la respuesta.

—Eres un patrón muy benévolo, como siempre.

Escipión mira en torno a la habitación, expectante. Leyendo la mente del hispano, el tío Plinio aúlla:

—¡Vino! ¡Vino para un viajero cansado!

Dos esclavos entran corriendo en la habitación, uno lleva unas copas, otro una jarra de vino. Solo después de que Escipión ha bebido un sorbo, el tío Plinio le estimula para que empiece. Echándose atrás en su silla, el tío Plinio levanta las manos como si estuviera dando la bienvenida a la información con un cálido abrazo.

—¿Bien?

—Los Ulpios son comerciantes —dice Escipión—. Aceite de oliva.

—¿Estás seguro? —pregunta el tío Plinio—. Lo había oído decir antes. Pero también he oído hablar de seda, especias, esclavos. Un hombre juraba por Apolo que los Ulpios habían hecho su fortuna con gatos. Tal es el estado de desinformación sobre Lucio Ulpio.

—Estoy seguro de que es el aceite de oliva —dice Escipión—. He visto sus almacenes con mis propios ojos. El padre de Lucio, el ciego, tu misterioso senador, tenía un negocio respetable. Pero pequeño. Local. Cuando murió, los dos mayores se hicieron cargo de él y lo expandieron.

Continúa teniendo su base en Hispania, en Híspalis, pero los tentáculos de la familia han atravesado todo el imperio y han llegado más allá.

—¿Y ahí es donde te enteraste de todo esto? ¿En Híspalis?

—Sí —asiente Escipión—, pasé casi tres semanas allí. Haciendo preguntas. Entrevistando a todo el que pude. Pero los Ulpios son muy respetados. —Escipión frota el pulgar con el índice—. Gastan dinero, ¿sabes? En juegos, gladiadores, obras públicas... Es difícil encontrar a alguien que diga algo malo de ellos.

—Ya veo —dice el tío Plinio. Su decepción es obvia.

—Es difícil, pero no imposible —dice Escipión, con un guiño—. Son tres hermanos, todos guapos, la envidia de la ciudad. El más joven fue a unirse a las legiones, y los dos mayores, como te he dicho, se dedicaron a trabajar en el negocio de la familia. Cuando murió su padre, viajaron por todo el imperio durante años, y raramente han vuelto a Hispania, y nunca por mucho tiempo. De modo que los Ulpios son tan misteriosos para la gente de Híspalis como para nosotros.

El tío Plinio se toquetea el anillo de cornalina.

—Interesante.

—Y eso antes de los piratas... —añade Escipión.

El tío Plinio bufa.

—Ahora sí que has captado mi atención, Escipión. No tienes que trabajar tan duro.

—No me prives de mi diversión, almirante. Seis semanas en el mar y en el camino, con lluvia o con sol, de Híspalis a Miseno... Me propongo contarte la historia de la manera adecuada.

El tío Plinio levanta su copa de vino.

—Muy bien. Continúa, por favor. Cuéntala como quieras.

—Hace unos quince años, los dos hermanos mayores estaban en alta mar. Algunos dicen que ocurrió en el Adriático; otros, que en el Tirreno. Pero todos están de acuerdo en que vieron unos piratas en la distancia. Intentaron huir de ellos, pero, inevitablemente, su lento barco mercante fue capturado. Los dos hermanos fueron tomados como rehenes. Los piratas querían pedir un rescate en oro a cambio de ellos.

—¿Y así fue?

—Las historias difieren. Algunos dicen que los hermanos huyeron. Otros que se pagó el rescate. Uno asegura que Lucio era un hechicero y que, después de hacer un hechizo, los piratas los devolvieron por mar a su casa.

—Ya. —El tío Plinio frunce el ceño. No ve ningún valor en la ficción—. ¿Y así fue como perdió los ojos Lucio Ulpio? ¿Se los arrancaron los piratas?

Escipión asiente.

—Los piratas le sacaron los ojos a Lucio y se los mandaron al hermano más joven, para demostrar que iban en serio.

—Una historia que yo mismo había oído —dice el tío Plinio—. Aquí en Miseno. ¿Podrás decirme algo nuevo?

—La mayor parte de la gente con la que hablé me contó la misma historia —dice Escipión—. Aceite de oliva, piratas, rescate... Y, como he dicho, la gente de Híspalis admira a la familia. No quieren perderse todos esos juegos y obras públicas que pagan los Ulpios.

Escipión se inclina hacia delante.

—Pero ¿no todo el mundo? —pregunta el tío Plinio.

—No todo el mundo. No, si buscas bien. Hay un viejo al que los de la localidad llaman Bermellón.

—¿Bermellón?

Escipión asiente.

—Por una marca de nacimiento que tiene, una salpicadura roja en la cara. Llevaba dos semanas haciendo preguntas por todo Híspalis, pagando por la información cuando lo necesitaba. Unas pocas veces, la gente me había dicho: «¿Quieres saber la historia real? Pregúntasela a Bermellón». De modo que le busqué. Había sido esclavo de los Ulpios durante años, y continuó en la casa cuando lo liberaron. Pero después de que los hermanos escaparan de los piratas, o de que se pagara su rescate y volvieran a Híspalis, despidieron a Bermellón. Un malentendido, decía él. Pensaban que estaba robando a la familia, mientras los hermanos estuvieron perdidos. Pero él jura por Júpiter que no era cierto... —Escipión se encoge hombros—. Estaba muy furioso por que le hubieran echado. Yo también lo estaría, si tuviera que vivir pobremente junto al río por culpa de un malentendido. —Se encoge de hombros otra vez—. Habló de buena gana. Dijo que le habían tomado el pelo a todo el mundo, descaradamente.

—¿Y qué tenía que contar, pues, ese liberto, Bermellón? —pregunta el tío Plinio.

—Decía que Lucio Ulpio no es Lucio Ulpio.

—¿Qué significa eso?

—Dice que el hombre que era su amo, Lucio Ulpio Trajano, no es el hombre que volvió cinco años después.

—Todavía no lo entiendo... —El tío Plinio está frustrado.

—Bermellón dice que su antiguo amo, Lucio Ulpio, se fue y nunca volvió. El que volvió era un hombre distinto. Dice que a causa de las cicatrices que tenía el hombre nuevo, y de llevar los ojos vendados, y como el auténtico Lucio llevaba muchos años ausente, nadie en la casa de los Ulpios sabía a ciencia cierta si el hombre que aseguraba ser Lucio era Lucio en realidad. O no quisieron darse cuenta. Probablemente, fue un gran alivio para todos que volviera a casa su patrón, o un hombre que aseguraba que era su patrón.

—A ver si lo entiendo: ¿el liberto dice que Lucio Ulpio es un impostor?

Escipión asiente.

—¿Y qué? ¿Los demás hermanos también están en el ajo?

—Sí. Y, probablemente, el sobrino también —dice Escipión—. Bermellón asegura que el chico es una invención. Nadie había oído hablar del joven Marco Ulpio hasta que volvieron los hermanos.

—¿Y qué ganaban los Ulpios dejando que un impostor se uniera a su familia?

—La familia era rica antes, pero no como lo son ahora. Bermellón dice que, antes de despedirle, vio baúles llenos de oro y joyas. Dice que Lucio Ulpio podría comprar o vender al mismísimo emperador.

El tío Plinio frunce el ceño.

—No nos dejemos llevar. No estoy seguro de que un liberto que vive junto al río sea un buen economista. —Menea la cabeza, ¿quién no se deja ganar por un buen misterio?—. Pero ¿por qué? ¿Por qué iba un hombre a fingir que es otro?

—Por deudas, me imagino yo —dice Escipión.

—¿Tú crees —pregunta el tío Plinio— que ese tal Lucio Ulpio tiene tales deudas que ha de

fingir que es otro hombre? Pero ¿que al mismo tiempo es tan rico que puede comprar y vender al emperador? Si tiene unos cofres como esos, ¿por qué no se limita a pagar sus deudas?

—No he dicho que sus deudas fueran de las que se pueden pagar con monedas, ¿verdad que no? Quizá dejó embarazada a una chica equivocada. O quizá mató a un hombre. O a dos. — Escipión bebe un poco de vino—. Como he dicho antes: con los Ulpios hay más preguntas que respuestas.

El tío Plinio se echa atrás en la silla y se acaricia la barba.

—¿Quién es ese hombre? —murmura para sí—. ¿Quién es Lucio Ulpio?

DOMITILA

19 de agosto. Villa Pisón, Baiae

Un pretoriano anuncia que el senador Ulpio está aquí y que quiere hablar conmigo.

—¿Lucio Ulpio? —le pregunto. Como me mira sin entender, añado—: ¿El ciego?

—Sí, señora.

—Muy bien.

Recibo a Ulpio en la terraza oriental, medio círculo de ladrillos de toba de color huevo de ganso, con vistas al lago artificial de Baiae y, más allá del espigón, la bahía misma. Está bordeada por un muro, de unas tres cuartas partes de mi altura. En el otro lado, hay un estanque salado enorme, lleno de salmonetes rojos y otras exquisiteces de agua salada. Unas sombras oscuras corren por debajo de las opacas y verdes aguas.

Ulpio me espera, sentado en un banco, apoyado en su bastón. Tiene la espalda encorvada y los ojos cubiertos por una tela que lleva atada en torno a la cabeza. Su pelo y su barba, que originalmente eran de color rojo cobrizo, parecen más blancos cada vez que lo veo. Tiene cicatrices en torno a los ojos, la piel quemada que sobresale tiene un color rosa moteado. El senador Ulpio disfruta de una cualidad extrañamente intemporal. Se podría asegurar que tiene cualquier edad. Podría tener cuarenta años, o sesenta y cinco. Las heridas que ha sufrido, combinadas con sus muchas excentricidades y su misterioso origen, dan a Ulpio un aire de misterio. Si le preguntas por sus heridas o por su pasado, la respuesta, con su irónica sonrisa, es siempre cambiante, como la brisa del océano.

Lucio Ulpio es un enigma.

De pie junto a él se encuentran sus dos libertos, el parto Ciro, que está susurrando constantemente a los oídos de su patrón, y el gigantón tuerto, Teseo. Teseo no es especialmente alto, pero es recio como la muralla serviana. Lleva un parche cubriéndole el ojo malo. Hoy está manchado de barro desde las rodillas hacia abajo. Un leve rastro de pisadas muestra cuál ha sido su ruta a través de la columnata.

—Lucio —digo, atravesando la terraza hacia el frescor de la columnata—. Qué sorpresa. Pensaba que esperarías hasta que hubiese terminado el juicio de Marcelo para abandonar Roma.

—El juicio —Ulpio levanta el culo brevemente del asiento, como señal de respeto, y luego se vuelve a dejar caer en la silla—, o el propio Marcelo. Y he mantenido mi palabra. Marcelo ha muerto.

Su voz suena neutra. Una se pregunta cuántas muertes ha vivido este hombre para hablar así.

—Ya veo —digo—. ¿Cómo?

Los esclavos se agolpan en la columnata. Colocan una silla junto a Ulpio y, mientras tomo asiento, ponen una mesa también entre ambos, con un cuenco de olivas jugosas y frescas encima.

—El juicio estaba yendo muy bien... —dice Ulpio—, para la acusación, claro. No para Marcelo. En realidad, el resultado estaba bastante claro. Pero el viejo Marcelo no era de los que dejan que otros dicten su destino. Después de que la acusación presentara sus conclusiones y se aplazara la reunión del tribunal por aquel día, Marcelo se fue a su casa y se quitó la vida.

—Me sorprende que no estés más... —hago una pausa, buscando la palabra— ... complacido. ¿No tenías quejas contra Marcelo? ¿Acaso no intentó matar a tu sobrino Marco, muchos años atrás?

Ulpio piensa en la pregunta, y una vez más me sorprende comprobar lo distinto que es este hombre de todas las demás personas que he conocido. Me miente a menudo, creo, sobre todo con respecto a su pasado. Sin embargo, en otros aspectos, es como un libro abierto. Cuanto más tiempo paso con él, mejor se me da determinar qué páginas del libro me está enseñando y cuáles me está ocultando.

—Tienes razón, querida. Tenía agravios contra Marcelo. Pero después de su muerte, cuando me di cuenta realmente de mi victoria, me sentí... indiferente. —Se encoge de hombros—. ¿Has deseado alguna vez la muerte de un hombre?

—No. Cuando era joven, a menudo maldecía el nombre de mi hermana —digo con una sonrisa—. Pero nunca he deseado la muerte de nadie en realidad.

Él asiente.

—Tu padre era un buen hombre. Te mantuvo apartada de Roma la mayor parte de tu vida, alejada de las tragedias y las intrigas. Mi padre murió cuando yo era joven. De hidropesía, dicen.

Un dato semejante sobre el pasado de Ulpio no tiene precedentes. La ironía que suele presidir todas sus palabras está momentáneamente ausente. Yo sigo cautelosa. Un movimiento erróneo y Ulpio el gorrión se asustará y volará lejos.

—La fortuna es voluble —digo—. Mi madre, como tu padre, murió cuando yo era muy joven. —Cojo una oliva. Mantengo los ojos clavados en el cuenco—. ¿Y cómo era tu madre? ¿Te mantuvo a salvo, como mi padre me mantuvo a salvo a mí?

—Mi madre me infligió tragedias, en lugar de evitarlas.

—Parece que era una mujer formidable...

—Sí, lo era, de verdad. —Sonríe—. Se comía crudos a los césares.

—Ah —digo, aunque no entiendo lo que acaba de decir. ¿Qué relación podía tener una provinciana hispana con la corte imperial?

El liberto tuerto Teseo, que, hasta este momento, ha permanecido inmóvil como una estatua, se aclara la garganta. Ciro, el liberto parto, susurra al oído de Ulpio.

Ulpio se echa a reír.

—Era una forma de hablar, claro. No tengo constancia de que se comiera vivo a ningún emperador, aunque no puedo dar fe de sus actos antes de que yo naciera.

El gorrión se retuerce, nervioso. Más preguntas sobre su madre y volará por los aires. Intento un camino distinto.

—¿Fue Marcelo quien te arrancó los ojos?

—No —dice Ulpio, muy serio—. Tres hombres me arrancaron los ojos. Dos están muertos. El

tercero se me ha escapado durante muchos años.

—¿Quién era?

—Un soldado.

—¿Y tiene nombre?

Él sonríe.

—El Zorro.

Espero que diga más, que le dé un nombre a aquel apodo, pero lo deja ahí.

—¿Y tú continuas buscándolo?

—Sí.

—¿Para matarlo?

Se encoge de hombros.

—¿Por qué? La muerte de Marcelo no te ha traído ninguna paz. ¿Por qué iba a ser distinto con ese Zorro?

—Se lo prometí a los dioses. —Ulpio se mete una oliva en la boca. Mastica lentamente—. Y por costumbre. Supongo que llevo tanto tiempo haciéndolo que, si no, ¿qué haría? Y, de todos modos, mi venganza se ha alineado estupendamente con los intereses de tu familia. ¿No es cierto?

—Supongo que sí. Y, ahora, Tito y tú estáis muy unidos, ¿verdad?

—Tu hermano sabe reconocer el talento de un hombre.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es tu talento, senador Ulpio?

—Conspirar.

Yo sonrío.

—Sí, debo admitirlo, parece que se te da muy bien. Y hablando de mi hermano, ¿sabes cuándo vendrá a Baiae?

—Pronto —dice Ulpio—. A tiempo para tu boda.

Me quedo anonadada, pero solo por un momento, y luego no puedo evitar echarme a reír. Llevo tanto tiempo prometida que he perdido la cuenta. El único misterio es por qué me lo dice Ulpio, y no mi propio hermano. ¿Es esto un castigo de Tito? ¿O se revela mejor la voluntad del César a través de un representante, como los dioses revelan la suya mediante prodigios?

—¿Otro compromiso? —digo yo—. ¿Es buena idea? ¿Sabes lo que pasó con mi último compromiso?

—Ah, sí, me había olvidado. Estoy de acuerdo, el viejo Marcelo era una mala unión. Esta es mucho mejor.

—Tendrá que serlo. Es fácil mejorar lo calamitoso.

Ulpio se echa a reír.

—¿Qué ingeniosa! El general Cerialis es un hombre afortunado.

—¿Ah, es el general Cerialis esta vez? Al menos, está más cerca de mi edad que Marcelo.

Ulpio le da palmaditas en la mano.

—Debe de ser difícil —dice—, estar imbuida, como estás tú, del poder del Estado, ser una extensión del propio imperio. Al menos, tu nuevo marido es general. Estará fuera de campaña más a menudo que en casa. Si no te gusta, no tendrás que verlo muy a menudo.

—¿La mejor cualidad de mi marido es que no tendré que verlo a menudo?

—Podría ser peor.

Antes de que yo decida si será cierto o no, nos interrumpen los pesados pasos de un pretoriano que llega a la terraza.

—Señora —dice—, el almirante Secundo está aquí. Ha pedido verte.

—Por supuesto. Que pase.

Ulpio no puede ocultar sus celos.

—¿Viene a verte a menudo el almirante?

Los consejeros más cercanos del César siempre están midiéndose entre ellos. Esta voluntad de sobrepasar al otro se extiende a la familia del César.

El almirante entra en la terraza y su corpachón enorme se dirige hacia nosotros. Su secretario y joven sobrino Cayo Cecilio viene tras él. Aunque están emparentados, Cayo es lo opuesto a su tío físicamente. Cayo habla con voz suave, su figura es esbelta, y me parece que una ligera brisa podría tumbarlo. Plinio, sin embargo, nunca se está quieto, hasta en reposo su aliento parece una tormenta en el mar, y no estoy segura de que nada pueda derribarlo. Brisa, hombre, terremoto, acto de Dios.

—Ah, Ulpio —dice Plinio. Trasluce la misma inseguridad celosa que Ulpio un momento antes—. Pensaba que estabas en Roma.

—Suposición incorrecta, está claro.

La sonrisa de Plinio es falsa.

—¿Sabes, senador?, recientemente, algunos hombres me han hablado de tus travesuras.

—¿Ah, sí? ¿Y quién ha sido?

—El senador Sulpicio, para empezar —dice Plinio.

Hay un cambio visible en Ulpio: se pone tenso, como un gato cuando entra un perro en la habitación. Sulpicio Petico es un senador cuyo hermano fue condenado a muerte por Nerón. Huyó a oriente cuando su hermano fue asesinado y, desde entonces, no se ha sabido mucho de él.

—¿Ha vuelto Sulpicio de Siria ya? —pregunta Ulpio—. Una lástima para Roma.

—¿Siria? ¿Has viajado tan lejos? —digo yo—. ¿Y cuál era la queja del senador Sulpicio, Plinio, sobre nuestro querido amigo Lucio Ulpio?

Dijera lo que dijera Sulpicio, Plinio no piensa repetirlo. No es su estilo. Menea la cabeza y solo dice:

—Nada bueno. Aunque algunas cosas casi me las creo.

Queriendo recuperar la ventaja, Ulpio dice:

—¿Sabes que Domitila está comprometida?

La sorpresa en la cara de Plinio es fugaz, pero inconfundible. No le sorprende que yo esté prometida, porque eso ocurre tan a menudo como cambian las estaciones. Le sorprende más bien, o incluso le hiere, que Ulpio lo sepa antes que él.

El almirante alberga incontables preguntas. ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Habrán dote? Ulpio responde con obvio regocijo. Secundo siempre ha estado muy unido a Tito, y ha trabajado incansablemente por los intereses de nuestra familia. Tiene derecho a sentirse agraviado.

Pero ya no puedo soportar más peleas entre hombres adultos. Con la mano derecha, retuerzo el pendiente que llevo en el lóbulo izquierdo, una señal que solo conoce Jacasta. Siguiendo esa indicación, ella entra y anuncia a mis invitados que se requiere mi presencia en el interior.

Ambos hacen una reverencia cuando me voy.

Por la tarde, después de la puesta de sol, una de mis doncellas me entrega un mensaje. Lleva unos cuantos meses con mi familia, creo, aunque he olvidado su nombre. Es joven y guapa, excepto por su ceja única, dos arcos espesos y peludos que se unen por encima de su nariz, como las alas de un pájaro en el horizonte.

—Hay un hombre en la puerta norte que pide audiencia.

—¿Quién es? —pregunto.

—Se llama Plinio Pinario. Dice que te saluda desde la ciudad de tu padre en Reate. Asegura que tiene una información importante para ti. Pero que solo puede darte esa información cara a cara. También me ha informado de que ya le han echado dos veces antes.

—¿Pinario? —digo—. No recuerdo a ningún Pinario que me pidiera audiencia.

Jacasta gruñe, frustrada. Prefiere que todas las peticiones se filtren a través de ella.

—No se puede esperar que la Augusta reciba a todos aquellos que quieren verla.

—Sí, claro —dice la doncella—. Pero solo quiero llamar tu atención, Augusta, sobre lo que ha dicho. Pensaba que solo tú decidirías si hablar con él o no.

Y duda, sin saber si decir algo más.

—¿Qué más, querida? —le digo.

—Parece que es un enterrador.

Jacasta da un respingo.

—No debería estar dentro de los muros de la ciudad, y mucho menos reunirse con la Augusta. Podría contaminar a nuestra señora con la polución de la muerte.

Pongo la mano en el brazo de Jacasta. Tiene razón, por supuesto, pero se está mostrando demasiado dramática. El hombre no es un leproso.

—¿Cómo te llamas?

—Livia, señora —dice la doncella.

—Gracias hacer hincapié sobre lo que te ha contado Pinario, Livia, pero creo que no sería buena idea que me reuniera con ese hombre. Es un truco que suele usar la gente para hablar conmigo... y en el que soy demasiado astuta para caer. Siempre dicen que solo yo puedo oír lo que tienen que decirme, pero al final su información no me sirve de nada.

Livia se inclina y está a punto de irse cuando se le ocurre algo.

—Señora, también pienso que deberías saber que creo que ha llegado tu hermano.

—¿Ah, sí? Es raro que no haya pedido audiencia aún...

Jacasta fulmina con la mirada a Livia. Sin duda, está furiosa de que esa información se me haya dado a mí directamente.

—Gracias, Livia. No olvidaré que eres una buena sirvienta.

Ella inclina la cabeza y sale.

—Vamos a ver al César —le digo a Jacasta—, me quiera ver o no.

Mi padre raramente venía a Baiae. Lo que tenía que ofrecerle (baños termales, bonitos paisajes, ocio, relajación, disipación) no le atraía. Estaba muy a gusto entre sus cartas, sus libros de contabilidad, sus despachos oficiales y sus proclamas. Cuando tenía que estar aquí, se atrincheraba en la parte oriental de la villa con una legión de escribientes y secretarios y libertos, contando y pesando monedas, abriendo y sellando cartas..., la maquinaria del imperio funcionaba

a todas las horas de la noche.

Ahí es donde encuentro a Tito.

La sala de recepción está vacía, salvo por dos guardias pretorianos que custodian la entrada al despacho de mi padre...

No, ahora es el estudio de Tito.

Les digo a los guardias que se aparten, pero no me obedecen. Uno abre la puerta una rendija, se desliza en el interior y vuelve con Virgilio, la mano derecha de Tito. Ha sustituido a Tito como prefecto de la Guardia Pretoriana, y posiblemente perro de presa del César, aunque sonrío cuando saca la cabeza por la puerta.

—Domitila. ¿Cómo estás?

—Me gustaría ver a mi hermano.

—El César está muy ocupado.

—Soy su hermana.

—Las responsabilidades del cargo —dice, como si eso zanjara el asunto. Y añade—: El César tiene un trabajo que debe acabar esta noche. Sabe que lo entenderás.

¿Está enfadado aún Tito conmigo?

Sea cual sea el motivo, no lo soportaré más. Si voy a pasar mis días calmando los sentimientos heridos de los consejeros del César, y las noches dando fiestas y cenas, si se me pide que me case con un hombre que va a elegir Tito..., entonces, maldita sea, no se me puede despedir como si fuera una doméstica.

Sonríe a Virgilio, me inclino hacia él y susurro a su oído:

—Dile a mi hermano que esperaré. Y dile que, por cada cuarto de hora que me tenga esperando, divulgaré uno de sus secretos. A estos soldados o a cualquiera que quiera escucharme. Empezaré haciendo una lista de sus amantes y de los nombres de sus incautos maridos.

Los ojos de Virgilio se abren mucho, alarmados, pero, aparte de eso, mantiene su compostura.

—Le transmitiré tu mensaje, señora.

Cuando vuelve, Virgilio abre las puertas de par en par y extiende el brazo.

—Por aquí, señora.

La estancia está casi prácticamente como la dejó mi padre: un escritorio macizo, con incrustaciones de porfirio, lleno de papiros; unos sofás situados delante, un suelo de azulejos de cerámica blancos y negros, representando un enorme pez negro con un solo ojo.

Tito está sentado tras el escritorio, vestido con una túnica morada, como un rey. Como Nerón. Su perra Cleopatra corre a saludarme, moviendo el rabo a uno y otro lado. La sala está llena de docenas de libertos y soldados.

Me agacho y le rasco la barbilla por debajo a Cleopatra.

—Deberíais despejar la sala —dice Tito, y el ejército de administradores imperiales sale del despacho.

—Felicidades, hermana —me dice Tito, cuando estamos a solas—. Tienes el honor de ser la primera en hacerme chantaje como César.

En cuanto me siento, veo algo nuevo: una estatua de mi padre. Tiene el cuello grueso del viejo general y el pelo con amplias entradas. El mármol de su coraza y su capa están pintados de rojo y azul. La pintura está fresca, tiene un brillo pegajoso. Quizá Tito eche de menos a nuestro padre, después de todo, a su manera.

—No es chantaje —digo—, si nuestros intereses coinciden.

—¿Cómo podría servir a mis intereses el hecho de que tú intentases arruinar mi reputación?

—No habría ninguna necesidad de hacerlo —digo, confiada—. Sabía que me recibirías en cuanto te diesen mi mensaje.

—¿Así que era un farol?

—No —digo—. El farol implica cierto nivel de suposición, de cerrar los ojos y esperar a que se llegue a un determinado resultado. Yo sabía lo que harías tú.

Ptolomeo, el joven secretario de Tito, entra en la habitación. Nos sirve un vaso de vino de una jarra a cada uno. Diluye el mío con agua de mar, en una proporción de uno a uno. Al vaso de Tito solo le añade una gota. De niño, Tito pensaba que los hombres fuertes tienen que beber vino fuerte. No estoy segura de que haya superado esa idea.

—Eres tú quien debería disculparse —continúo yo—. Te has negado a hablar conmigo, en un estúpido intento de parecer importante. Has usado a tu hermana como ejemplo. Eso ha sido arrogante, innecesario...

Tito levanta las manos como defensa.

—Vale, lo siento. Pero no quería enviarte ningún mensaje. Es que estoy abrumado de trabajo. Y pensaba que venías a quejarte por lo de tu compromiso. Pero ya he aprendido la lección. No se puede obstaculizar a la Augusta. Eres hija de tu padre, eso no debo olvidarlo jamás.

—Gracias. —Doy unas vueltas a mi vino, saboreando el *mea culpa* de mi hermano—. Me alegro de oírlo. Pero no estás valorando mis méritos, Tito. Estoy complacida con la unión.

—¿Ah, sí? —Tito parece que tiene dudas. Cree que le estoy tendiendo una trampa.

—¿Por qué no iba a estarlo? Cerialis es relativamente joven..., un niño, comparado con el último hombre con el que me emparejó nuestro padre. Tiene éxito como general, de modo que alguna inteligencia debe de poseer. Y tiene todo el pelo. O al menos, bastante pelo. ¿Está complacido Cerialis con el enlace?

Tito se echa a reír.

—Sí. No tiene ni idea de que se va a casar con una chantajista y acosadora.

—No se lo digas —le digo, con una sonrisa—. Quiero que sea una sorpresa.

Resulta un alivio reír con Tito, estar de nuevo en el mismo bando que él.

—Me alegro de que apruebes la unión. Porque no te he dejado demasiado tiempo para que te acostumbres. La boda tendrá lugar dentro de dos días.

—¿Tan pronto?

—Forma parte del acuerdo con Cerialis. Otros hombres se sintieron agobiados por los largos compromisos que estableció nuestro padre, solo para verse rechazados en el último momento, en cuanto padre tenía la concesión que buscaba. Esta vez, le he prometido a Cerialis que sería distinto.

—Tienes razón —digo, pensando en todo lo que hay que preparar mientras tanto—. Pero no hay mucho tiempo. ¿Con quién debo hablar para hacer todos los arreglos?

Tito parece confuso. Ha elegido la fecha y el hombre. ¿Qué más hay que hacer?

—Ya veo que tenemos trabajo por delante... ¿Asistirá toda nuestra familia?

Tito hace una mueca, como si le hubieran tocado una herida abierta. Su rostro se endurece.

—No, Vespasia no asistirá.

—Tito, es mi hermana.

—Ella hizo su elección. Ahora sus deberes están con los dioses.

Ptolomeo asoma la cabeza por la puerta y dice:

—El almirante Secundo está aquí, César. Insiste en hablar contigo.

—Claro —dice Tito—. Hazle pasar.

—¿Debo escoltar a tu hermana fuera de la sala? —pregunta Ptolomeo.

Miro a Tito, desafiante.

Para evitar más peleas o posiblemente porque nuestro distanciamiento ha empezado a curarse, el César dice:

—No, se puede quedar.

Secundo llega bañado en sudor; en la frente, en la espalda, debajo del vientre..., y respira pesadamente. Parece que ha ido corriendo a Miseno y ha vuelto. Virgilio va con él.

Tito se pone de pie y abraza a Plinio.

—¡Viejo amigo! —Después de intercambiar algunas cortesías, Tito pregunta—: ¿Qué te trae por aquí que sea tan urgente?

—Tengo que hablarte del asalto al rehén parto, Barlaas.

—Ah, eso —dice Tito, desdeñosamente—. ¿Tenemos que hablar de verdad? Virgilio ya me ha descrito el incidente con detalle. Es un relato extraño, ciertamente. Pero no estoy seguro de por qué te preocupa tanto...

La mayoría se habría desanimado ante la respuesta de Tito. El almirante, sin embargo, no es como la mayoría de los hombres. Le parece interesante.

—Es curioso —dice, acariciándose la barba—. A principios de este año, como prefecto, cuando estabas encargado de mantener a tu padre a salvo y en el poder, te habrías tomado mal estas noticias, estarías muy agitado. Habrías ido directamente a tu padre, a advertirle. Habrías interrogado al propio Barlaas. Habrías detenido a algunos hombres, se habrían llevado a cabo algunos interrogatorios. Se habría derramado sangre. Pero, ahora que eres emperador..., te tomas la noticia como lo habría hecho tu padre. La desdeñas.

Tito sonrío.

—Me alegra mucho proporcionar al almirante nuevos enigmas que resolver. Pero tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos que un robo que acabó mal, ¿no?

Plinio y Virgilio se miran el uno al otro. La mirada es breve, pero obvia.

—Supongo que te refieres a la Sibila, a sus... predicciones —dice Plinio, atragantándose con la última palabra.

Tito ignora la referencia de Plinio a la Sibila.

—El falso Nerón se está convirtiendo en una molestia, y en algo posiblemente peligroso. Estoy en el principado desde hace menos de dos meses. Mi posición sigue siendo frágil. Tener a un hombre en Partia que asegura que es Nerón... socava mi posición como emperador. Es peor que con mi padre. Él ganó la guerra civil y ocupó el principado por la fuerza. En cambio, a mí me entregaron el trono. —Tito coge un trozo de papel—. ¿Has oído las últimas noticias? El gobernador de Bitinia dice ahora que hay rumores de que el falso Nerón ha sido recibido por el rey Artabano. Parece ser que ese rey tiene a un hombre a su servicio, antiguo rehén que estuvo aquí en Roma, y que conocía a Nerón. Ha confirmado la legitimidad del falso Nerón.

Supongo que Plinio ya lo había oído, porque, en lugar de quedarse con la boca abierta, como

yo, permanece muy sereno.

—Simples rumores —dice Plinio—. Y Artabano no ganará la guerra. Lo hará el chico, Pacoro. Y son los emisarios de Pacoro los que vamos a recibir mañana. A través de sus emisarios, el rey Pacoro te reconocerá como legítimo emperador de Roma. En cuestión de pocos meses, a nadie le importará lo que dijera o hiciera un ejército pintoresco en las tierras salvajes de Hircania.

—Deberíamos enviar un ejército al este —dice Tito.

Plinio y Virgilio se vuelven a mirar el uno al otro. Tito lo ve, esta vez.

—¿Qué ocurre? —dice—. ¿Qué tramáis vosotros dos? ¿Pensáis que hago demasiado caso a la Sibila? —Me mira a mí, para ver mi reacción. ¿Está molesto? Es muy poco propio de mi hermano, el general—. Venga, suéltalo —dice a Plinio—. Dime qué es lo que te preocupa.

A Plinio le cuesta soltar prenda, suspira.

Por fin, dice:

—Es... poco sensato actuar de acuerdo con los desvaríos de una niña muerta de hambre en una cueva. Lo que presenciamos fue un espectáculo. Muy convincente, sí, que ha persuadido a muchos líderes romanos durante miles de años. Pero, de todos modos, un espectáculo. El ataque a Barlaas, sin embargo, es una amenaza real para el imperio y para la familia imperial.

—Ulpio está de acuerdo en que deberíamos mandar un ejército al este —dice Tito.

Virgilio jura entre dientes.

—No se puede confiar en el hispano —dice Plinio—. Tiene sus propios designios.

—No estoy de acuerdo —responde Tito. Señala el pliego que tiene encima de su escritorio—. Si me excusáis, caballeros, tengo muchas cosas que hacer.

—Pero tenemos que hablar de la recepción a los emisarios partos mañana... —dice Plinio.

—¿Ah, sí? —pregunta Tito—. Ulpio dice que no debería recibirlos en el camino. Que el César puede reunirse con un rey, pero que si recibe a los súbditos del rey..., los partos lo verán como una debilidad.

—Ulpio no vacila en dar consejos al César, ¿verdad? —dice Plinio, entre dientes. Y luego, en voz más alta, dice—: ¿Entonces quién recibirá mañana a nuestros huéspedes?

Tito me señala a mí.

—Que sean Domitila y Domiciano. Yo me reuniré con los emisarios por la noche, en Puteoli, en la recepción.

El almirante sonrío.

—Buena idea. —Se pone de pie—. Entonces, hasta mañana por la noche, César.

Yo me pongo de pie, igual que Plinio y Virgilio, pero me quedo cuando ellos se van.

—No sabía que habías visitado a la Sibila...

El César frunce el ceño.

—¿Qué te dijo, Tito? —le pregunto—. No es propio de ti, Tito. Ser... devoto.

—No fue nada, hermana. Mis objetivos serían los mismos, con o sin las visiones de la Sibila.

Plinio me espera en la sala de recepción. Juntos caminamos por el oscuro pasillo hacia el muelle.

—¿Estás preocupado por mi hermano?

Plinio sonrío.

—Siempre.

—¿No confías en Ulpio?

Plinio niega con la cabeza.

—Ese hombre es un mentiroso.

—Sí —digo—, pero eso no significa necesariamente que no se pueda confiar en él. Fue vital para desenmascarar a Marcelo.

—No estoy de acuerdo.

Continuamos andando por el pasillo.

Le pregunto:

—¿Crees que Tito se ha tomado en serio las palabras de la Sibila?

Plinio se encoge de hombros.

—Es raro, ¿verdad? No le preocupa nada el ataque a Barlaas. Sin embargo, el falso Nerón, al otro lado del mundo, es una amenaza que no puede tolerar. Tu hermano nunca ha sido un hombre supersticioso. Pero quizá la Sibila le haya seducido...

En el muelle, el barco de Plinio está listo para partir. Cuando el capitán ve al almirante, empieza a gritar órdenes.

Nos detenemos junto a la pasarela.

—Me pregunto —dice Plinio— si, como emperador, reconocer cada una de las amenazas al principado no acabará por volverle loco. En realidad, uno podría decir que eso fue lo que le ocurrió a Nerón, que se enfrentó al atisbo de una amenaza como si fuera un cuchillo que tuviera apoyado en la garganta..., y se volvió más violento, y las amenazas más reales.

—Quizá —digo.

—Sin embargo —dice Plinio—, las amenazas al principado no se pueden ignorar.

Pongo la mano en el hombro de Plinio.

—Por eso el César es tan afortunado de tenerte. Juntos mantendremos vigilados a los visitantes partos.

Plinio asiente.

—Duerme un poco, almirante —digo—. Necesitamos estar muy despiertos mañana.

—¿Dormir? —Plinio parece confuso.

—Sí, dormir. O escribir, o hacer ejercicio a la luz de la luna. Lo que sea que hagas para mantenerte tan vital..., ve a hacerlo. No se puede hacer nada más en Baiae, esta noche.

II

LOS EMISARIOS

79 d. C

CAYO

20 de agosto. Un claro al norte de Neápolis

Los partos entran en el campo a caballo. El redoble de un tambor ahoga el chirrido de las cigarras. Hay tres emisarios, que cabalgan los famosos caballos de raza nisea, tan bellos y elegantes como asegura su leyenda. Dos zainos oscuros, y uno negro medianoche. Van acompañados por una docena de soldados y esclavos. Cabalgando a la retaguardia de la columna van cuatro soldados romanos, escoltas de los partos desde que desembarcaron en la península.

Esta mañana, el tío Plinio y yo hemos abandonado Miseno a una hora infame. Nos hemos reunido con el prefecto Virgilio, Domitila, Domiciano y cuatro docenas de pretorianos en Baiae. Ulpio estaba también allí, junto con Marco y sus dos libertos, el tuerto Teseo y el hombre que está siempre susurrando al oído de Ulpio, Ciro. Senadores y caballeros de diversa importancia estaban también invitados, y los dos rehenes partos. El tío Plinio y yo hemos visto a Barlaas montar en su caballo, con su médico tirándole de la ropa y quejándose de que Barlaas estaba demasiado enfermo para salir de la cama, y mucho menos montar a caballo. Barlaas parecía exhausto, con el rostro ceniciento, pero no ha habido manera de sujetarle. Ha apartado al médico de una patada rápida en las costillas.

Al marchar hacia Neápolis, el tío Plinio me ha recordado la tarea que teníamos entre manos.

—Recuerda, Cayo —me ha susurrado—. Debemos vigilar de cerca a los partos.

Nos hemos reunido con los emisarios del rey Pacoro dos millas al norte de Neápolis.

Ahora, cuatro partos montados se dirigen hacia el centro del campo. Los siguen a distancia los cuatro soldados romanos que los han escoltado a través de Italia. El tío Plinio, Virgilio, Espartaco y cuatro pretorianos han ido a caballo a encontrarse con los emisarios. Las trompetas ahogaban el sonido sordo de los cascos de sus caballos en el campo quemado por el sol.

Las dos partes conversan. Espartaco mueve las manos al traducir. El sol parece brillar con más fuerza mientras esperamos. Mis brazos desnudos y mi nuca descubierta arden por el calor. Goterones de sudor me bajan por la espalda.

—¡Por la polla de Júpiter! —se queja Domiciano—. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?

Domitila hace callar a su hermano. El joven príncipe se aparta el flequillo de los ojos.

La partida en el campo finalmente galopa hacia nosotros.

De los cuatro partos a caballo, dos son altos, barbudos y de aspecto noble. Hermanos, supongo. Posiblemente, gemelos. El tercero es más bajo que sus compatriotas, con una barba poblada y descuidada, y los ojos de distinto color: uno verde y el otro castaño. Los gemelos y el

hombre de los ojos raros llevan la armadura tradicional parta, cota de malla y pantalones remetidos en las botas de montar. El cuarto hombre obviamente es menos importante que los otros tres. No lleva armadura, sino una túnica media bastante desgastada, demasiado larga para su cuerpo menudo y huesudo. Es bastante feo, con la piel pálida poco saludable y la expresión severa, aunque en gran medida queda oculto bajo sus ropas enormes y su gorro escita verde, un sombrero puntiagudo que le cubre la cabeza, la nuca y las orejas.

El tío Plinio presenta primero al parto bajito y despeinado, señal de que es él quien está a cargo de todo. Se llama Arshad. Los hermanos son Farbod y Farhad. El viejo feo es su traductor, Atropates.

Arshad habla en su extraño dialecto, y Atropates traduce al latín.

—Nos sentimos muy honrados de conocer a la Augusta y al hermano del emperador. Pacoro, segundo de su nombre, nuestro rey de reyes, os envía sus saludos.

—Sí, muy bien. Estupendo —dice Domiciano. El joven príncipe no está en su elemento aquí. Su hermana asume su papel de forma natural.

—Espero que vuestro viaje no haya sido difícil —dice.

Arshad, a través de su traductor, dice:

—¿Podemos conversar en griego?

Domiciano se encoge de hombros.

—Por supuesto —dice Domitila.

El griego de Arshad es sorprendentemente bueno, aunque dicen que la influencia de Alejandro todavía se nota en Partia. Describe su viaje a Italia por tierra hasta Siria, y atravesando Asia hasta Tracia, desde donde han venido en barco. Se queja del calor, secándose el sudor de la frente.

—No sé cómo pueden vivir los romanos con este calor. Es como un horno.

—La única forma de escapar al calor —dice Domiciano— es mediante las distracciones. Mañana habrá una selección de juegos para daros la bienvenida a Roma. Tendréis una auténtica experiencia romana.

Arshad asiente.

—Excelente. ¿Habrá gladiadores? No podemos irnos de Roma sin haber visto gladiadores.

Domiciano asiente.

—Ah, sí. Hemos planeado un espectáculo inigualable.

—Nosotros hemos traído a un famoso luchador de Sogdiana —dice Arshad. Da unas palmadas y un gigante emerge de entre el cortejo de los emisarios. No es más alto que los gemelos, pero sí que es ancho y musculoso—. Este es la Lanza Sogdiana, uno de los mejores guerreros partos. Desea probar su habilidad contra un gladiador romano.

Domiciano parece divertido.

—¿Habéis traído a vuestro propio campeón? Bravo.

—¿Qué hay de ese... bá-ta-vo? —pregunta Arshad. Tropezando con el nombre, escupiendo cada sílaba—. Hemos oído su nombre muchas veces desde que desembarcamos. Todo el país habla de él sin parar.

Podría asegurar que el tío Plinio está frustrado por el cariz frívolo que ha adoptado la conversación.

—Las hazañas del bátavo son conocidas por la caza —dice—, no en peleas de gladiadores. Y no podemos hablar por su propietario, el senador Nerva.

—¿No luchará contra nuestro campeón? —pregunta Arshad. Susurra algo a los hermanos y los tres se ríen.

—Ah, sí, seguro que podemos arreglar algo —dice Domiciano.

—Espléndido —dice Arshad.

En el camino de vuelta a Nápoles, el tío Plinio y Virgilio hablan en voz baja. Yo voy cabalgando tras ellos, intentando oírles por encima del sonido de los cascos que resuenan en el camino muy transitado.

—He hablado con los soldados romanos que han escoltado a los partos —dice Virgilio—. Les he preguntado si alguno de los partos pudo estar en Baiae hace dos noches. Su oficial dice que no es posible, que establecieron su campamento a cinco millas de distancia, y que estuvieron vigilando a los partos todo el tiempo.

—¿Y les crees? —pregunta el tío Plinio.

—Pues no estoy seguro —dice Virgilio—. Hay algo raro en esos hombres.

—¿Cómo que «raro»?

—El legado de Rávena tenía órdenes de mandar a sus mejores hombres con los emisarios. Si estos hombres son los mejores o los más listos que tiene... —Virgilio menea la cabeza—. Escribiré a su comandante, a ver qué puedo averiguar.

El tío Plinio asiente y luego me pregunta:

—¿Y tú, sobrino? ¿Has notado algo peculiar?

Con tantas emociones, se me ha olvidado vigilar a Barlaas y a Sinnaces. El tío Plinio ve que estoy violento.

—¿No los has vigilado?

—No —respondo—. Lo siento, tío.

—No importa —dice él—. Tendremos más oportunidades.

—¿Tú los has vigilado? —le pregunto.

—Cuando he podido. Barlaas estaba agitado. Él conoce a estos emisarios. Estoy seguro de ello.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunto.

—Mantener los ojos abiertos. Y vigilar a esos hombres como halcones.

DOMITILA

20 de agosto. Túneles subterráneos bajo el anfiteatro, Puteoli

—*Aparte del elefante* —dice el almirante Plinio, con una voz que se eleva por encima del chisporroteo de las antorchas—, el león es la criatura más noble de todas. En realidad, el león es el único animal que muestra piedad con sus víctimas.

Su porte es el de un filósofo, dando lecciones a su público, no solo a los emisarios partos, sino también a la media docena de romanos que han venido a ver antes de los juegos de mañana a los animales salvajes, que están enjaulados bajo el anfiteatro, en Puteoli. Tras él, un león impaciente recorre los rincones de su jaula. Su gruñido desgano resuena en la cavernosa red de túneles subterráneos.

Ladrillos de terracota, amontonados como si fueran tortitas, reverberan a la parpadeante luz de las antorchas. Más allá de los arcos más cercanos, a nuestra derecha e izquierda, el túnel es de una negrura sin fondo.

—En realidad —continúa Plinio—, el león raramente ataca a mujeres y niños.

Ulpio está encorvado sobre su bastón de caminar.

—¿Qué dices, Augusta? —me pregunta, sonriendo—. ¿Quieres probar las teorías del almirante? ¿Te dejamos en la jaula para pasar la noche, y te recogemos mañana por la mañana?

La multitud se echa a reír.

Si Plinio está frustrado por la broma de Ulpio, no lo demuestra. Espera a que yo responda.

—Lo siento, almirante —digo, con una sonrisa—. No me parece bien pasar la noche con esa bestia, sea noble o no.

—Lo entiendo —dice Plinio, amablemente—, una respuesta razonable. —Se vuelve hacia Ulpio y su tono se vuelve más combativo—. ¿Dudas de la nobleza del león, senador Ulpio? ¿Niegas la naturaleza única de su carácter?

De algún lugar del túnel negro llega el barritar de un elefante. El sonido se ve magnificado por la estrechez de los túneles. El ruido pasa a nuestro lado como un viento intenso.

—Yo dudo de todo —dice Ulpio—. Es una buena forma de evitar que te muerdan.

Plinio sigue mostrándose optimista. Ese hombre podría pasarse toda la tarde hablando de leones, con o sin las interrupciones de Ulpio.

—Cuando el león está muriendo —sigue Plinio, como si Ulpio no le hubiera interrumpido—, si tiene tiempo para la reflexión, a menudo muerde la tierra y derrama una lágrima por la fatalidad de su destino.

—A ninguna criatura le gusta morir —dice Ulpio—. Al menos en eso podemos estar de acuerdo.

El mundo romano se podría dividir entre aquellos que aman los juegos y aquellos que no; aquellos que ven drama, valor y hazañas físicas, y aquellos que solo ven un montón de sangre, carne desgarrada y muerte.

Yo me encuentro en el último grupo. No puedo soportar los juegos. Esta noche, en la que solo se habla de peleas de gladiadores y de caza de animales, y mañana, durante los propios juegos, me morderé la lengua y me lo tragaré todo. Porque eso es lo que se espera de mí. Porque soy la hermana del César. Pero será una ardua tarea.

Mañana todo empezará con el sacrificio de unos animales bellos, a menudo exóticos, traídos de los rincones más alejados del imperio para que mueran como diversión; a mediodía, unos criminales convictos morirán desgarrados por animales hambrientos; y la jornada concluirá con una lucha entre gladiadores con armadura: tajos, pinchazos, golpes..., y a veces se matarán unos a otros. Los tres actos están unidos entre sí por el sufrimiento: un torrente de sangre que empapará la arena del circo. El público se la beberá hasta que apenas puedan ver ya la violencia que están vitoreando.

Los que aprecian los juegos sienten una especie de vértigo la noche antes. Tito es un buen ejemplo. La gira por las jaulas de los animales ha quedado completada, y se ha embarcado en una conversación con Arshad, jefe de los emisarios partos. Tito sonríe. No una media sonrisa, ni un atisbo de sonrisa, cosa que normalmente es lo máximo que se permite, sino una de oreja a oreja, plena. Está explicando las luchas a su huésped parto, aunque su audiencia apenas puede seguir sus complejidades.

—No lo entiendo —dice Arshad en griego—. ¿El hombre al que vitoreáis es de Tracia?

Tito mueve negativamente el dedo.

—No, no. Es un luchador tracio. Es un tipo de lucha.

Estamos mirando a uno de los gladiadores que el senador Sulpicio ha traído al banquete. Los gladiadores van vestidos como irían para las luchas: con armaduras, guardabrazos, espadas y escudos. Los luchadores fuertemente armados llevan cascos de bronce con penachos, con rejillas de metal cubriéndoles la cara.

El senador Sulpicio mira a su *doctore*, un hombre anciano, con el pelo largo y gris, que lleva un látigo. El *doctore* llama a un mirmillón para que se sitúe junto al tracio.

—Generalmente —continúa Tito—, la regla es que un combatiente va fuertemente armado, como este mirmillón, y el otro no, como este tracio. Observarás que el tracio lleva un escudo pequeño, una espada pequeña y curva o sica, así como unos brazaletes que le cubren las manos y los antebrazos. En comparación, el mirmillón lleva un escudo y una espada mucho más grandes, y un casco amplio de bronce. Tracios y mirmillones suelen enfrentarse en la arena. El contraste ofrece unos combates excelentes.

Tres elefantes jóvenes, unidos por la cola y la trompa, pasan entre la gente, dirigidos por un chico. Su entrenador, un alejandrino armado con un palo, va detrás. La multitud sonriente se separa para dejarlos pasar.

—El tipo de lucha tracia requiere la más elevada habilidad como luchador —continúa Tito—. Se eligen matones para que sean luchadores fuertemente armados. Mirmillones, gálicos y

similares. Los lanistas escogen a hombres gigantescos para que se escondan detrás de sus armaduras. Pero para ser tracio, uno debe tener habilidad y astucia; hay que ser estratega. Ver a un tracio sobrevivir y vencer a un oponente fuertemente armado y con armadura es el mejor espectáculo de la humanidad.

—No, error, error, error. No le escuches, Arshad. —Domiciano está borracho y pronuncia incorrectamente el nombre del parto. Suena más bien como «Asnar». Dice—: Los mirmillones son la mejor clase de luchadores que existe.

—Esos son los que te gustan, ¿no? —le pregunta Arshad a Domiciano, señalando al gladiador con una armadura muy gruesa. Hablamos en griego, pero pronuncia la clase de gladiador en latín, como ha hecho Domiciano, pero con mucho cuidado—. El «mir-mi-llón».

Domiciano asiente vigorosamente. No menciona que, en su incesante deseo de escapar de la sombra de su hermano, decide abuchear a todos aquellos que vitorea Tito.

—¿Y cómo ven algo, con esos cascos? —pregunta Arshad.

—Se las arreglan —dice Sulpicio, desdeñosamente—. Unos mejor que otros.

—Quizá podríamos dejar que Arshad probase un casco de mirmillón... —sugiere Tito—. Así podría ver el mundo a través de los ojos de un luchador. —No había visto a Tito tan suelto desde que adoptó la púrpura. Se está divirtiendo.

—Por supuesto, César. —Sulpicio da unas palmadas y el mirmillón se quita el casco. Tiene la barba castaña muy poblada, y el pelo largo lo lleva sujeto en un moño en la coronilla.

—¿Cómo te llamas, gladiador? —pregunta Tito.

—Me llaman Minor —responde el gladiador.

Tito sonríe.

—Ah, ¿y cómo es posible que un hombre tan grande como tú tenga ese nombre?

—Porque soy rápido.

Tito se ríe. Me doy cuenta de que le agrada la chulería del gladiador.

—Bien —dice—, me gustará verte pelear.

Arshad pregunta:

—¿Y cómo acaba uno siendo mirmillón?

Minor se encoge de hombros.

—Fui capturado como esclavo cuando era muy joven. No recuerdo cómo fue.

—¿Y te gusta ser mirmillón? —le pregunta Arshad.

Minor se queda desconcertado ante la pregunta. No creo que se lo haya planteado nunca.

—Es mejor que las minas.

Acompaña a Ulpio en nuestra conversación Teseo, el que tiene un solo ojo. Sulpicio frunce los labios, disgustado. Sus ojos van de un lado a otro, intentando juzgar cómo reacciona el César ante Ulpio. Recuerdo que Plinio había dicho que a Sulpicio no le gusta Ulpio. Pero llevará en Italia el tiempo suficiente para saber que Ulpio está en ascenso, supongo.

Sulpicio no es el único que reacciona ante la aparición de Ulpio y de Teseo. El gladiador Minor también reacciona. Pero, en lugar de gruñir, sonríe y quizás haga un guiño también, aunque tan sutil y rápido que, cuando ha terminado, no estoy segura de que haya ocurrido.

—Y ahora, César —dice Ulpio—, debo advertirte. No te encariñes demasiado con los

gladiadores de Sulpicio. En lo que respecta a la salud de sus esclavos, tiene un historial muy malo.

—Mentiras —dice Sulpicio—. Este hombre es un mentiroso nato, César. No creas ni una palabra que salga de su boca.

Tito ignora esa conversación. No tiene paciencia para las rencillas entre senadores, especialmente delante de emisarios.

El prefecto Virgilio evita que el conflicto vaya a más. Surge entre la multitud, pone una mano en el brazo de Sulpicio y dirige al senador una mirada acerada.

Tito pasa el brazo en torno a los hombros de Arshad y lo aparta de los senadores en disputa.

—El siguiente tipo de gladiador que ves es el reciario. Son unos auténticos villanos, pero su habilidad (porque usan solo una red y un tridente) es asombrosa.

Mientras Tito escolta a Arshad y se lo lleva, la mano de Virgilio sigue apoyada en el brazo de Sulpicio. El senador achica sus ojos de zorro.

—Quítame las manos de encima, plebeyo.

Virgilio alarga su mano libre hacia el pomo de su espada.

—Vamos, vamos, caballeros —digo, interponiéndome entre ellos—, ¿qué pensarán nuestros invitados partos de dos distinguidos ciudadanos romanos derramando sangre la noche anterior a los juegos de gladiadores? ¿Que no podemos esperar a mañana para ver una pelea?

Virgilio sonrío.

—Por supuesto, Augusta. —Su sonrisa se desvanece cuando mira a Sulpicio—. Senador —dice cordialmente, luego se vuelve para marcharse.

Sulpicio hace una ligera reverencia.

—Señora... —dice, y sale rápidamente.

Más tarde, por la noche, Tito me coge del brazo.

—Ven —dice en voz baja—. Tenemos que resolver unas cosas tú y yo antes de que sirvan la cena.

Por un momento, he pensado que Tito se refería a que íbamos a algún lugar a solas, discretamente. Pero al César nunca le falta compañía. Lictores, vestidos de blanco, Virgilio y una docena de pretorianos nos siguen fuera del grupo. Caminamos una corta distancia hasta un almacén vacío, no lejos de los muelles.

Allí nos espera un hombre. Tiene la cara envuelta en sombras.

—Cerialis —dice Tito.

El general Cerialis sale de las sombras y los dos veteranos se abrazan. Tito me hace señas para que me acerque.

—Hermana —dice Tito—, recordarás al general Cerialis.

Cerialis se inclina respetuosamente.

—Por supuesto —digo yo.

Mirando a mi prometido por primera vez desde hace muchos meses, tengo que reconocerlo: Tito lo podría haber hecho peor. Aunque Cerialis no hace que me flojeen las rodillas, tampoco me resulta repulsivo. Tiene cuarenta y bastantes años, todo el cabello es castaño con una veta gris, no por la edad, sino por una marca que tiene desde niño. Su rostro y su cuello tienen el aspecto que la mayoría de los hombres de su edad no pueden combatir, las mejillas hinchadas, como una rana

toro. Pero, aparte de eso, es guapo.

—He hablado con mi hermana —dice Tito—. Está más que dispuesta al matrimonio.

Cerialis sonrío.

—Excelente. ¿Y ha elegido una fecha el César?

—Dentro de dos días.

Cerialis parece un hombre a punto de comprar una esclava muy por debajo del precio de mercado.

Pero a lo mejor soy injusta. No se gana nada esperando.

Nos sentamos y hablamos del viaje de Cerialis a la bahía. Nos interrumpe Ptolomeo, el secretario.

—César —dice—, el senador Nerva solicita una audiencia.

—¿Nerva? —dice Tito—. ¿Cómo sabía que estábamos aquí?

—A Nerva no se le escapa nada —digo yo—. Tiene espías por todas partes.

Cerialis y yo nos ponemos de pie, pero Tito agita la mano.

—Por favor, quédate, Cerialis. Tu consejo me vendría bien.

Mi futuro marido no puede ocultar su sonrisa.

Nerva entra en el almacén con su nariz como la proa de un barco abriéndose camino. Va acompañado por su secretario y el bático.

—César —dice Nerva—. Confío en no molestarte.

Los ojos de Nerva pasan por encima de Cerialis. Se nota que está calculando los distintos motivos por los cuales el César, su hermana y Cerialis podrían estar reuniéndose de esta manera. No se me ocurre ninguna otra explicación.

—No, en absoluto —dice Tito—. ¿De qué quieres hablar?

—He oído la promesa que tu hermano les ha hecho a los partos, de que el bático luchará mañana con su campeón. Sé que el César nunca obligaría a uno de sus senadores a poner en riesgo su propiedad contra su voluntad. Pero también sé que el César desea cumplir su palabra, aunque haya sido su hermano el que haya hecho la promesa.

Tito asiente.

—Continúa.

—He pensado que podría vender el bático a la familia imperial. Así, seríais libres de ponerlo en las luchas de gladiadores, si así lo decidís.

—¿No te importa desprenderte de algo tan valioso? —pregunta Tito.

Nerva mira al bático.

—Es más difícil de controlar de lo que piensas. En realidad, estaría encantado de librarme de semejante dolor de cabeza.

El bático no da señales de entender lo que se está discutiendo.

—Y quizá —continúa Nerva— semejante gesto podría ayudar a salvar la distancia que hay entre nosotros... Entre el César y su leal súbdito. Y, de todos modos, espero que el César pague su valor...

Tito se pone de pie y se dirige hacia el bático. Inspecciona sus brazos, pecho, muslos. Da unas palmadas en las largas pantorrillas del esclavo.

Mira al bático a los ojos y dice:

—Has causado impresión en la caza. Pero ¿sabes luchar?

El báltavo le mira sin entender.

A Nerva, Tito le dice:

—¿Quién era el hombre que traducía para él?

—Caleno —digo yo—. Julio Caleno.

—Eso es —dice Tito—. Caleno. ¿Dónde está?

Nerva me mira con sus pequeños ojos oscuros.

—No está —dice.

Hay algo en la forma en que Nerva dice esto, en la absoluta certeza de su voz, que me pone nerviosa. Pero el momento dura poco. A Tito, con un tono más ligero, le dice:

—Desaparecido. Es un veterano con problemas. Solía beber para escapar de esos problemas.

Tito no ha apartado los ojos del báltavo.

—Entonces, ¿cómo te comunicas con él?

—De ninguna manera —dice Nerva—. Ya no. Señalo hacia un sitio cuando quiero que ande. Ya sabe cómo funciona la caza. Cuantos más animales mata, más mujeres y bebida le doy a cambio. No habla latín ni griego, pero lo entiende más de lo que deja ver. —Nerva sacude la cabeza—. Como he dicho, el hombre es tozudo. Y azotándolo no se resuelve el problema. Lo lleva en los huesos.

—No es buena idea azotar a un preciado caballo de tiro —dice Tito, que sigue mirando al báltavo—. Su amor por el combate es lo que le hace tan valioso. —Se vuelve hacia su entorno—. ¿Tan mísera es la casa del César que no hay nadie que hable... el lenguaje que sea que habla este esclavo?

El cortejo del César intercambia miradas indecisas.

Tras sacudir la cabeza, frustrado, Tito dice:

—¿Dónde está el almirante Secundo? Entre el almirante y su secretario conocen casi todas las lenguas que existen.

Ptolomeo se va corriendo y vuelve con Plinio y su secretario. La frente de Plinio está empapada de sudor; se ha quedado sin aliento, aunque el trayecto desde el mercado era corto. Le explican la situación. Después de intercambiar unos susurros con su secretario, Plinio dice:

—Di lo que necesitas, César. Espartaco y yo podremos traducirlo.

Ahora que se han satisfecho las peticiones del César, su frustración cede. Le dice al báltavo:

—Puede que te compre a tu amo. Si lo hago, quiero que participes en las luchas de gladiadores. ¿Qué tienes que decir a eso?

Plinio y su secretario debaten cómo traducir lo que ha dicho Tito. En cuanto se ponen de acuerdo en las palabras precisas, Plinio habla con el báltavo. El báltavo responde en un dialecto similar y Plinio se echa a reír. Los ojos de su secretario se abren mucho, con la conmoción.

—Dice —traduce Plinio— que cualquiera sería mejor amo que Nariz Grande.

Tito sonríe. Nerva parece indiferente, pero eso no es nuevo: Nerva parecería indiferente con un cuchillo en el vientre.

—¿Sabes luchar? —pregunta Tito.

Plinio traduce. El báltavo responde en su propia lengua y hace una seña con la cabeza hacia los pretorianos.

Plinio sonrío.

—Dice «mejor que esos de ahí». Con esos de ahí creo que se refiere a tus pretorianos.

—¿Ves lo que te decía? —apunta Nerva—. Tozudo.

Tito se muerde el labio, pensando.

—Virgilio —le dice al prefecto—, ¿cuál es tu mejor hombre?

Virgilio mira a sus hombres.

—Pues supongo que el Ganso.

—Bien —dice Tito al báltavo—. Veamos si tienes razón.

Envían a Ptolomeo a buscar unas espadas y escudos de madera, de práctica. Se despeja un espacio. Tito da unas palmadas y los dos hombres empiezan a luchar. El pretoriano es muy hábil, eso es obvio. Empieza el ataque inmediatamente, golpeando el escudo del báltavo. Al final, la espada de madera del pretoriano da en el hombro del báltavo, que hace una mueca.

Sin querer, emito un grito de simpatía.

El báltavo mira en mi dirección. Algo cruza por su rostro. ¿Vergüenza quizá?

El báltavo cambia de táctica. Arroja su escudo a un lado. El Ganso pretoriano sonrío.

—Eso no te ayudará, bárbaro.

El Ganso da dos pasos rápidos hacia delante y ataca con su espada. El báltavo da dos pasos, uno hacia atrás, el otro hacia un lado. La espada de madera del Ganso pasa inofensiva por el aire.

Los dos combatientes repiten esa secuencia una y otra vez. El Ganso agita su espada de madera y el báltavo la evita, con calma y elegancia.

Pronto, mucho más pronto de lo que yo habría pensado, el Ganso se queda sin aliento. Está exhausto. Cada golpe de su espada es más lento. El báltavo está impávido, tan rápido y preciso como cuando empezó la pelea.

Finalmente, después de que el pretoriano aseste un golpe inofensivo, el báltavo desencadena un alud de golpes con su espada de madera en los hombros, casco y brazos del pretoriano.

Los primeros siete impactan en la coraza y el casco del soldado, pero los tres últimos dan en la carne.

La sangre salta por los aires.

El soldado cae hacia atrás. Se le ha caído el casco, y su cabeza está a punto de golpear el suelo de piedra, pero el báltavo se lanza hacia delante y coge del cinturón con la funda de la espada al soldado, y lo deja en el suelo lentamente.

Un ataque violento seguido de un acto misericordioso: el báltavo sorprende constantemente. Es como si le complaciera, sobre todo, resultar imprevisible.

La lucha ha terminado. Me doy cuenta de que me he estado agarrando al brazo de mi silla como si mi vida dependiera de ello.

—Bravo, bravo —dice Tito, aplaudiendo. Dos lictores ponen de pie al pretoriano y lo sacan del almacén—. Tenemos un trato, Nerva. Ptolomeo se encargará del precio.

Vuelvo al grupo del brazo de Tito. Él me susurra:

—Querida hermana, nunca he creído en los rumores, especialmente los escandalosos que hablaban de mi hermana y un famoso esclavo. Pero no ayuda nada que suspires cada vez que la integridad física de ese esclavo se pone en peligro. ¿No?

Me arden las mejillas de vergüenza y de rabia. No debería actuar así. Tito tiene razón. No puedo confesarme a mí misma lo que ha ocurrido. En voz alta, no.

—No sé de qué me hablas.

—Bien —dice Tito—. No creo que nadie lo haya visto, aparte de mí. Mañana, cuando luce el bátavo, quizá debas salir a dar un paseo.

CAYO

20 de agosto. El mercado de Puteoli

Han colocado una plataforma en un extremo del mercado. Un poeta está en el borde, recitando una estrofa subida de tono. Una multitud se ha reunido a mirar. Zósimo y yo estamos algo alejados. Cuando la multitud ríe a carcajadas con un verso final que acaba con las palabras «mi culo», nosotros nos miramos y suspiramos.

Junto a la puerta del mercado, veo a la esclava de ojos azules y pelo oscuro con la que hablaba Marco la otra noche. La chica que me escupió. Se dirige hacia los almacenes. Me siento impulsado a ir tras ella, a explicarme, a decirle que siento haberme metido, que solo quería ayudar.

—Vamos, Zósimo —digo, señalando hacia la chica.

Sé que Zósimo desaprueba que vayamos persiguiendo a una chica esclava entre la gente, pero hace lo que le digo.

Corremos detrás de la chica. En lugar de dirigirse hacia el centro de la ciudad o hacia el muelle, como había imaginado, da un giro hacia un oscuro callejón.

Llegamos a la entrada del callejón y dudo.

—¿Qué pasa, amo? —pregunta Zósimo.

¿Por qué se ha metido esa chica en este callejón oscuro? ¿Voy a repetir el error de antes?

Mi precaución ha puesto nervioso a Zósimo.

—Quizá deberíamos volver a la fiesta... —dice.

Miro hacia la esquina.

La chica camina hacia nosotros. Está con el senador Sulpicio y su *doctore*. Se mueven con rapidez. No sé por qué, pero me siento obligado a esconderme.

—Rápido, Zósimo —susurro—, aquí.

Aparto a Zósimo de la boca del callejón y nos agachamos detrás de una caja.

Sulpicio, su *doctore*, la chica y otro esclavo que lleva una antorcha pasan ante nosotros.

Zósimo está a punto de decir algo, pero se detiene. Siente la misma urgencia que yo de permanecer oculto.

Sulpicio gruñe a su *doctore*:

—Todo está arreglado.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

No oigo la respuesta de Sulpicio.

Los tres van hacia el mercado.

—¿No deberíamos volver atrás, amo? —pregunta Zósimo.

Antes de que pueda responder, oigo un ruido en el callejón. De nuevo me invade el instinto de no moverme. Pongo la mano en el hombro de Zósimo y me llevo un dedo a los labios.

—*Shhh*.

Tres figuras más emergen del callejón. Sus pantalones característicos y túnicas cortas los delatan, antes incluso de ver sus caras.

Partos.

Es Arshad, el jefe de los emisarios, y su traductor, el hombre que lleva el gorro escita. Van acompañados de esclavos con una antorcha.

¿Iban a reunirse los partos con Sulpicio? La idea me parece tan extraña que al momento dudo. Debo de estar equivocado. Quizá los partos pasaban por el callejón, como Sulpicio, viniendo de algún otro sitio.

Cuando estoy seguro de que no va a salir nadie más, me pongo de pie y arrastro a Zósimo callejón abajo para investigar. Se acaba a los treinta pasos.

—Un callejón sin salida —dice Zósimo.

—Sí —digo—. Cosa que significa que Sulpicio se ha reunido con los emisarios partos. Y parece ser que la reunión se ha celebrado en secreto.

Encuentro al tío Plinio admirando una jirafa que conducen por el mercado. Susurra a mi oído:

—Te has perdido el espectáculo, sobrino. —Ve mi expresión inquisitiva y añade—: Te lo contaré más tarde.

—Yo también tengo algo que contarte.

—¿Ah, sí? —Pone su grueso brazo a mi alrededor—. Buen chico. No perdamos ni un momento.

Le describo lo que he visto.

El tío Plinio frunce el ceño.

—El misterio se va haciendo mayor a cada momento, ¿verdad? Un rehén parto asaltado en las calles de Baiae, días antes de que vengan los emisarios partos. Y esos mismos emisarios se reúnen en secreto con el senador Sulpicio, que recientemente ha vuelto de oriente. Mientras tanto, el senador Ulpio, un impostor, tiene influencia sobre el César y ruega que un ejército se dirija a oriente, a Partia. Y Sulpicio odia a Ulpio. —Menea la cabeza—. Hay tres elementos, Ulpio, Partia y Sulpicio. Parecen relacionados, hasta que los miras de cerca y entonces se desmonta todo.

Me da vueltas la cabeza intentando desentrañarlo todo.

—¿Y ahora qué, tío?

—Todo problema tiene una solución, sobrino. Vamos buscando hasta que encontremos la respuesta.

DOMITILA

21 de agosto. Villa Pisón, Baiae

Mañana, justo al amanecer. Cielos color de rosa y el calor opresivo de agosto, incluso a esta hora. Mi estola de seda color rosa flamenco se me pega a las costillas como un trapo húmedo.

Me voy de Baiae en litera, a hombros de esclavos, escondida tras unas cortinas de seda blanca translúcida. Jacasta está sentada a mi lado. Vamos hacia el este, primero a lo largo de la costa, y luego recorriendo la carretera de Herculano, un estrecho puente sobre el mar, y hacia el corazón de Puteoli. Oímos los graznidos de las gaviotas de cabeza negra y el suave chapoteo de las olas contra el muelle. Y luego, una vez dentro de la ciudad, lo que oímos es el clamor de la multitud que vibra con esa sensación de emoción que solo pueden inspirar los juegos. Se hacen apuestas. Se vende vino. Junto a la arena oímos el sonido inconfundible de alguien a quien dan una bofetada, y se inicia una pelea.

Los soldados despejan un espacio y bajan mi litera al suelo. Las cortinas de seda se separan, saco la mano y un pretoriano me ayuda a ponerme en pie.

La multitud contempla la litera con expectación.

—¡Mirad, la Augusta!

—¡La hermana del emperador! ¡Aquí!

Unos soldados mantienen las lanzas perpendiculares al suelo, y empujan a la multitud hacia atrás.

Mientras voy hacia las puertas del anfiteatro, oigo una conmoción detrás de mí.

Alguien me llama por mi nombre.

Me vuelvo y veo a dos soldados que sujetan a un hombre por los brazos. Es pobre, de unos cincuenta años, y va vestido de negro, pero lleva un sombrero verde. Su barba es rala y enredada.

—¿Quién es?

Se lo he preguntado a Jacasta, pero es la doncella con una sola ceja quien responde. Sale de entre el séquito de servidores que seguían mi litera a pie.

—Señora —dice—, es el enterrador que quería hablar contigo. Plinio Pinarío.

La expresión del enterrador es triste y expectante. Solo me costaría un momento hablar con él. Pero ¿qué tipo de antecedente establecería?

—Señora —dice Jacasta—. Debemos entrar.

—Puedo hablar yo con él, señora —dice la doncella.

Jacasta (territorial al instante) está a punto de ocuparse ella misma de la tarea, pero yo agito la

mano. Déjala que lo haga ella.

La doncella se dirige al enterrador. Como están a cierta distancia, con una multitud muy ruidosa entre nosotras, no puedo oír lo que se dice. El hombre habla, la doncella asiente y dice algo como respuesta, y luego le entrega algo. Él sonríe y asiente con la cabeza vigorosamente. Luego sale corriendo y desaparece entre la multitud.

—Bien hecho —digo, cuando vuelve la chica—. ¿Qué le has dicho?

—No era nada, señora. Solo quería dinero. Le he prometido una moneda de oro si se mantenía apartado. No te volverá a molestar.

—Excelente. Bien hecho, realmente —digo—. ¿Cómo te llamabas?

—Livia, señora.

—Sí, claro. Livia. No me olvidaré a partir de ahora.

Jacasta, todavía frunciendo el ceño ante el éxito de Livia, me coge del brazo y entramos bajo los arcos hacia la arena.

—No estoy segura de ella, señora —dice.

—Ah, Jacasta, de verdad. No tienes por qué preocuparte. Nadie te reemplazará, nunca.

CAYO

21 de agosto. El anfiteatro de Puteoli

El anfiteatro es un óvalo de arena, rodeado por asientos de hormigón. Hoy estará lleno, casi treinta mil personas vitoreando, bebiendo y disfrutando como si fuera el mejor día de su vida. Y quizá lo sea. Unos juegos presididos por el propio César en carne y hueso no ocurren todos los días, al menos para los que viven fuera de la capital.

El tío Plinio y yo vamos a nuestros asientos. Por encima de nuestras cabezas, unas tiras rectangulares de lona púrpura (la protección para la gente del sol inclemente de agosto) captan la brisa como velas de un barco.

El tío Plinio señala a Domiciano y su séquito. No se sientan en el palco del César, sino en una parte separada, solo para ellos. También están allí Sinnaces y Marco.

—Ve a ver qué puedes averiguar —dice el tío Plinio—. Procura que el parto beba hasta hartarse. Que se le suelte la lengua.

Respiro hondo.

—Lo harás muy bien —dice, dándome una palmada en la espalda—. Pronto estarán borrachos y dispuestos a fanfarronear, si se les pregunta. Pero recuerda: tú no bebas demasiado. Necesito que estés despejado hoy.

Asiento con un gesto y bajo la escalera hasta el palco de Domiciano. A la entrada, dos guardias me ponen las manos en los hombros, impidiéndome pasar.

Catulo chilla:

—¡Mirad! El filósofo Cayo Cecilio baja de los cielos para juntarse con nosotros, pobres mortales.

Todo el grupo sonríe a la vez, e incluso algunos, los que ya están borrachos, ríen.

—Lo has expresado mal, Catulo —dice Domiciano—. El joven Cayo no es un filósofo, es un abogado. Un joven Cicerón. Obviamente, está aquí buscando información jugosa.

Catulo casi se cae de la silla de la risa, ante esa broma tan mala. Parece que está más borracho que los demás.

—Estoy aquí para ver los juegos —digo. Mi voz suena anémica, igual que me siento yo.

—¡Nooo! —dice Catulo, todavía doblado de risa.

—Demuéstralo —dice Domiciano. Me arroja un odre de vino—. ¡Bebe!

Miro a Domiciano un momento. Será una broma, ¿no? Domiciano, que tiene varios años más que yo, es demasiado mayor para hacer estas tonterías. Pero no, sus amigos y él esperan que beba

de ese odre. El tío Plinio me advirtió de que no bebiera. Pero también se sentiría muy decepcionado si no pudiera introducirme en el grupo de Domiciano, ni obtener valiosa información de Sinnaces.

Quito el tapón de corcho y me lleno la boca con un chorro de vino.

Domiciano y sus amigos empiezan a canturrear, y algunos me vitorean. Y aunque no me gusta ninguno de ellos, ni pizca, sus vítores son bienvenidos, paso del punto en el que normalmente me pararía y sigo bebiendo hasta que el pellejo queda vacío. Cuando he terminado, me doblo en dos, tosiendo, y casi me dan arcadas.

El tío Plinio quedará muy decepcionado. Me dirá: «Bueno, bueno, ¿y los trucos que te he enseñado?». Siempre decía: «Bebe con moderación, o elimínalo todo». Y lo decía en serio. Para no decepcionar a sus amigos o superiores rechazando el vino, el tío Plinio se deshace de él en secreto. No importa dónde esté: en una fiesta, en presencia del emperador. Lo devuelve a la botella o lo tira al jardín. A veces se lo tiende a Espartaco, que tiene que beberse todo de un trago, en secreto. He salido con él de alguna fiesta en la que el tío Plinio está completamente sobrio, y Espartaco, casi inconsciente.

Pero yo no puedo hacerlo, ¿no? Tengo más de una docena de ojos clavados en mí.

De todos modos, beberme todo el odre de vino me ha hecho popular..., o menos ridículo, como mínimo. Cuando voy a sentarme junto a Sinnaces, los jóvenes me dan palmadas en la espalda. Un chico se aparta para que pueda sentarme al lado de Sinnaces. El rehén parto me tiende otro odre de vino. Sonríe, y yo también.

Me satisface sentirme bienvenido aquí... No es una sensación a la que esté acostumbrado, con la gente de mi edad.

Pero mi sensación de victoria queda aplastada, o al menos disminuida, cuando veo a Marco sentado detrás de mí. Me mira con intensidad, desaprobadoramente. Sin pensarlo, ayudado por el vino y la sensación de atrevimiento que proporciona, le devuelvo la mirada y le guiño un ojo. «No me importa lo que pienses.»

Intento no perder tiempo. Sinnaces y yo bebemos vino, y lo acribillo a preguntas: «¿Conoces a los emisarios partos? ¿Y a sus familias? ¿Hablarás directamente con ellos? ¿Qué opinas del rey Pacoro?». Pero a Sinnaces no le interesan mis preguntas. Él, como los demás jóvenes que nos rodean, señala a las mujeres que están en las gradas y las describe lujuriosamente, o se regodea en la sangre que se está derramando frente a nosotros, cuando los animales que admirábamos anoche son sacrificados en la arena.

Estos jóvenes parecen tener un apetito inacabable de mujeres y sangre..., aunque estoy convencido de que solo cuando están las dos cosas juntas. Si los vieras en casa, secretamente, escondido en un armario o debajo de la cama, seguro que serían personas distintas: respetuosos, considerados, menos lascivos, menos violentos. Pero tienen una idea de lo que debe ser un hombre: dominante, fuerte, violento, y todos luchan para demostrar que son la encarnación misma de ese ideal. O al menos, en parte. Domiciano también anima a que sea así. No es un buen hombre.

Pero como su hermano es César, sus seguidores no solo perdonan sus malas cualidades, sino que las emulan.

La mañana continúa y yo sigo bebiendo vino.

Debería parar, pero ¿cómo?

Bueno, la verdad es que llevo bien la bebida.

El último animal que sacrifican es una pantera. Un cazador, con las piernas temblorosas y chorreando sangre, le hunde la lanza al animal por última vez y cae desmayado en la arena.

La multitud ruge.

Un ejército de esclavos entra en la arena. Se llevan los cadáveres, ayudan al cazador ensangrentado a salir cojeando y extienden arena en los diversos charcos y riachuelos de sangre.

Decido intentarlo por última vez con Sinnaces, mientras nos retiramos a comer.

—¿Más vino? —digo, blandiendo un odre.

Sinnaces aparta sus ojos de la arena.

—Sí, por qué no.

Doy un sorbo primero. Al tenderle el odre a Sinnaces le digo:

—Habías dicho que eras pariente de alguno de los emisarios, ¿verdad?

Sinnaces bebe, el sorbo se convierte en una corriente. Cuando ha terminado, se seca la boca con el dorso de la mano.

—De verdad, Cayo... ¿Cuántas preguntas me vas a hacer? Estar sentado a tu lado es una tarea muy pesada.

Una trompeta marca el fin de la caza.

Ya hemos llegado a la mitad del día y no he conseguido nada.

Y lo que es peor: cuando me pongo de pie para irme, veo que Marco me está mirando. Tiene esa expresión típica suya, una sonrisa divertida, condescendiente, como si supiera lo que intento hacer y supiera que he fracasado.

Fallarle al tío Plinio ya es malo, pero que Marco presencie todo el asunto...

Sal en la herida.

BARLAAS

21 de agosto. El anfiteatro, Puteoli

Las ejecuciones empiezan a la hora sexta. Los criminales son encadenados a unas estacas clavadas profundamente en la arena. Todos tienen miedo, pero lo manifiestan de distintas maneras. Unos cuantos lloran en silencio, otros rezan entre murmullos. El más grandote se orina encima, y la orina caliente le cae por las piernas, manchando la arena.

Los romanos son crueles. De verdad. En Media presencié la ejecución de hombres de diversas maneras, muchas de las cuales me gustaría olvidar. Pero nunca por placer. Incluso el Carnicero, cuando mutilaba o mataba, lo hacía por motivos políticos. Tenía un objetivo.

Las partes más bajas del estadio, donde se sientan los ricos, se vacían durante las ejecuciones, porque los más adinerados comen fuera del estadio. Yo estoy invitado a comer con el César, pero me duele demasiado todo para moverme. La herida del costado se me está curando muy despacio..., si es que se cura, y el dolor irradia por todo el flanco cuando me muevo.

Esperaba que me dejaran quedarme allí sentado en paz, pero quizá no vuelva a tener paz nunca más.

El traductor, ese que se hace llamar a sí mismo Atropates, está sentado a mi lado.

No le hago caso. Tengo los ojos clavados en los convictos que tiemblan.

—¿Disfrutas de las ejecuciones? —grazna el hombre.

Parece más viejo que la última vez que le vi, y más demacrado, aunque resulta difícil saberlo con seguridad. En gran parte, está oculto bajo sus ropajes enormes y su gorro escita.

—No especialmente —digo.

Él niega con la cabeza.

—No, no es ese el Barlaas que yo recuerdo. El hombre al que conocí disfrutaba de la vista de la sangre. ¿Cuándo mataste a un hombre por última vez?

—Tú deberías saberlo —digo—. Estabas allí.

—Ah —dice él—, pues hace mucho tiempo, realmente. ¿Por eso nos rechazaste? ¿Porque estás viejo y no tienes práctica?

—No os rechacé.

—Eso es cierto. Pero tampoco estuviste de acuerdo.

—¿Y por eso intentasteis matarme?

Él no se disculpa, se encoge de hombros.

—Si no estás con nosotros, estás contra nosotros.

—Podría haberte denunciado —digo—. Pero no lo he hecho.

—Hasta ahora —dice él—. Hasta ahora.

Sueltan a una pantera hambrienta y furiosa. Va por la arena hacia los criminales encadenados.

—Nos sorprendió verte cuando los hombres del César nos saludaron, a nuestra llegada —dice—. Pensábamos que estabas muerto. Farhad juraba que te había abierto el vientre.

—No tiene mucha habilidad con la espada —respondo—. Es demasiado lento.

El traductor sonríe.

—¿Llevabas puesta la armadura? Claro, fue eso. Siempre has sido muy precavido.

La pantera da saltos por la arena y se arroja hacia un condenado. Sus mandíbulas se cierran sobre el hombro del pobre hombre. La sangre caliente salta en el aire. Un chillido ensordecedor ahoga los vítores de la plebe ebria por encima de nosotros.

Yo clavo los ojos en la arena.

—Bueno —dice él—, dime entonces: ¿por qué no nos has denunciado? ¿Por qué no has corrido a ver a tus amos romanos y les has contado lo que pasó?

—No soy un traidor. No soy romano.

El hombre atacado por la bestia deja de chillar. Los otros convictos contemplan al animal mientras se da un festín con su antiguo colega. El sonido de la carne desgarrada se ve interrumpido ocasionalmente por el chasquido de huesos que se rompen como ramitas.

Uno de los criminales chilla pidiendo clemencia.

—Quizá sea verdad. Pero ¿qué pasará entonces? ¿Dejarás que hagamos lo que queramos, sin más?

Asiento.

—Hay que dejar vivo a Manlio.

Él se ríe.

—Te has aficionado mucho a tu centurión. Supongo que son cosas que pasan.

—Y también —digo— deja fuera de esto a Sinnaces. También es por vuestro interés. Si le pedís que haga algo, lo estropearía.

Aparto los ojos de la carnicería de la arena.

—¿Bien?

Él asiente.

—Si Manlio sobrevive, lo dejaremos en paz.

—¿Y Sinnaces?

—Nos apartaremos de Sinnaces. Pero, si nos traicionas, el centurión y Sinnaces morirán.

—¿Cuándo ocurrirá?

El que ahora se hace llamar Atropates se pone de pie.

—No asistas a la boda. Di que estás enfermo.

Se aleja cuando otro de los convictos chilla de dolor.

DOMITILA

21 de agosto. Exterior del anfiteatro, Puteoli

—¿No tenéis nada mejor que ofrecer? —pregunta Ulpio.

Los esclavos se arremolinan en torno a las bandejas de comida. Los que han tenido el honor de estar invitados al palco del César están sentados en torno a la mesa, bajo un toldo morado.

Conversamos en griego.

—Hay poco que contar —dice Arshad. Está abriendo una ostra con el cuchillo. Hace una pausa para sorber su jugo.

—Un hombre asegura falsamente que es el emperador depuesto, Nerón —dice Ulpio—, entra en tu país con un ejército, une sus fuerzas con las de un rey enemigo tuyo, ¿y no tienes más información que dar?

—Artabano está en Hircania, en el otro extremo del desierto —dice Arshad—. Sabemos tanto como tú.

—Este mismo año —dice Ulpio—, las fuerzas romanas han capturado a un hombre que servía al falso Nerón. En Tracia, antes de que cruzase el Éufrates. Ha dicho que el verdadero nombre del falso Nerón es Terencio. Decía que ese hombre es un antiguo soldado romano.

—No he oído nada semejante —responde Arshad—. ¿Cómo sabes que lo que afirma el hombre es cierto?

—Espera —exclama Plinio—. No estarás intentando decir que ese hombre «es» Nerón...

Arshad se queda en silencio, sin comprometerse.

—¡Ridículo! —dice Plinio—. El hombre que le cortó la garganta al César está ahí mismo. — Señala al otro lado de la plaza a Epafrodito, tesorero imperial y uno de los antiguos libertos de Nerón—. Se dice que Epafrodito ayudó a Nerón a quitarse la vida, después de que la Guardia y el Senado le hubiesen declarado enemigo del Estado.

Uno de los hermanos partos dice algo en dialecto parto.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Plinio.

Ulpio dice:

—Ha dicho: «los romanos mienten».

Plinio está a punto de decir algo, pero, antes de que pueda hacerlo, le interrumpe Tito.

—Tengo una sorpresa para ti, Arshad.

Tito está comiendo un pistacho. Quiere cambiar de tema, porque no se saca nada convenciendo a los emisarios partos de que Nerón está muerto.

—La última pelea de hoy —dice Tito—, será la del b́atavo.

Arshad sonŕe.

—Excelente. ¿Y luchará contra nuestro campe3n, la Lanza Sogdiana?

—Ś —responde Tito—. Mientras accedas a que tu hombre adopte el papel correcto.

—Ah —dice Arshad—, ya veo. Tiene que ser un «mirmill3n», ¿eh?

—Un mirmill3n o cualquier otro luchador muy armado. El b́atavo entrará en combate como luchador armado ligeramente. Como tracio.

Arshad les dice algo a los hermanos partos en su propia lengua. Suena diferente de la lengua que Ulpio ha descifrado hace un momento. Se ríen. Luego, a Tito, en griego, le dice:

—Muy bien. Que sea un «mirmill3n».

—Y haremos apuestas —dice Tito.

—¿Apuestas? —pregunta Arshad—. Vosotros los romanos no pod3is pasar una sola hora sin jugar, ¿verdad?

—No me digas que te da miedo una apuesta amistosa... No es nada. Si gana el b́atavo —dice Tito—, cuando os vayáis de vuelta a Partia, vuestro caballo niseo se queda aqú.

—Te gusta mi caballo, ¿eh? —dice Arshad—. Tienes buen ojo. ¿Y si gano yo?

—¿Qu3 querrás entonces? —pregunta Tito.

Arshad piensa en la pregunta. Sus ojos se fijan en Ptolomeo, el secretario de Tito, que est́a de pie al lado de este.

—El chico.

Arshad parece disfrutar de la preocupaci3n que atraviesa el rostro de Tito.

—Yo tambi3n tengo buen ojo.

El color desaparece de las mejillas de Ptolomeo, aun con el calor que hace.

—El chico no —dice Tito—. Di cualquier otra cosa.

Arshad repite las palabras de Tito con deleite.

—No me digas que tienes miedo de una apuesta amistosa... y, de todos modos, el chico probablemente solo vale una fracci3n del valor de mi caballo.

Viendo que le habían superado en astucia y sin desear mostrar flaqueza, y menos ante el mayor rival de Roma, Tito dice:

—Bien. El chico se va contigo, si gana tu hombre. Si gana el b́atavo, tu caballo es mío.

Se estrechan las manos para sellar la apuesta.

De vuelta a la arena despu3s de comer, le pregunto a Ulpio qu3 dijo Arshad a los hermanos partos que les caus3 tanta risa, despu3s de que Tito dijera que su guerrero tendŕa que ser un luchador fuertemente armado.

—¿Has entendido lo que han dicho?

—Ś —dice Ulpio—. Hablaban en arameo. Cuando han visto que yo entend́a el idioma, se han puesto a hablar en dialecto medio. Pero, claro est́a, yo conozco tambi3n esa lengua. No bien, pero ś lo suficiente para entenderla.

—¿Y qu3 han dicho?

—Él ha dicho: «ligeramente o fuertemente armado, nuestro hombre podŕ hacerlo todo».

—¿Y qu3 significa eso?

—Creo —dice Ulpio— que su hombre tiene más experiencia en el combate de gladiadores de lo que nos han sugerido. Creo que significa que le han tomado el pelo a tu hermano.

La multitud está ebria del todo cuando llegan por fin los gladiadores a la arena. Se ponen todos de pie y los vitorean eufóricamente, y los abuchean ruidosamente también. Hasta el tímido sobrino de Plinio está de pie abucheándolos a voz en cuello.

Noto algo extraño al mirar la parte de la arena donde están Domiciano y los suyos. Nerva está ahí, hablando con Domiciano. Le susurra algo al oído. Es difícil decirlo desde este ángulo, pero parece que Domiciano está sonriendo. ¿Por qué querrá hablar Nerva con mi hermano menor? Después de que yo rechazase los intentos de aproximación de Nerva, ¿se dedicará ahora a Domiciano? No creo que vaya a tener mucho éxito, si pretende usar a Domiciano para congraciarse con el César. Domiciano tuvo escarceos con la política cuando nuestro padre vistió la púrpura, pero padre al final lo desplazó a la periferia y los intereses de Domiciano se volvieron más superficiales. Ahora prefiere el vino y los juegos, más que el Senado.

Las luchas son sangrientas, pero no muere nadie. Al menos, no en la arena. Un hombre, un luchador galo, sufre un corte en el cuello, y la herida es terrible. Mientras lo sacan a rastras, Virgilio dice que el pronóstico no es bueno. Cuando ha caído, se ha oído un grito en la parte de Sulpicio del estadio, y una chica esclava, con el pelo oscuro y unos ojos azules y brillantes, ha bajado corriendo las escaleras del estadio. Virgilio dice que el luchador era de Sulpicio, de modo que es posible que el gladiador herido fuera la pareja de la chica.

El luchador Minor, que gustaba tanto a Tito, es el último antes del bático. Tito, por primera vez, apuesta por un mirmillón. Virgilio le coge la apuesta, aunque se queja amargamente de que no puede permitirse el importe que tendría que pagar si perdiera.

Hay momentos en que Minor parece derrotado, pero Teseo, el liberto tuerto de Ulpio, me susurra al oído:

—Solo está jugando con la multitud. Es un buen luchador. Ganará este combate.

—¿Conoces bien los juegos de gladiadores? —le pregunto.

—Teseo es un veterano de los juegos —dice Ulpio—. Así se ganó la libertad.

Miro a Teseo. No tiene las hechuras de un gladiador. ¿Perdió el ojo en la arena, acaso? Me pregunto qué tipo de golpe puede traspasar la máscara de hierro del casco de un gladiador y lesionarle el ojo.

Tal como predecía Teseo, Minor pasa ostensiblemente de parecer asustado a tomar el control pleno de la pelea. Derriba a su rival con el borde de su escudo. El casco del luchador derrotado sale volando y rueda por el suelo de arena. A la multitud le encanta ese tipo de dramatismo. Minor se quita el casco y se regodea con la adoración de la multitud.

Virgilio suelta una maldición. Tito le da palmaditas en el hombro.

—Ya pago yo tu deuda, anciano. Necesito hombres leales a mi servicio.

Ayudan al gladiador derrotado a ponerse de pie. Está vivo, pero magullado. Minor y él se dirigen hacia el túnel. Unos esclavos limpian el suelo y echan cubos de arena en los charcos de sangre.

La última pelea del día es la del bático. A pesar de mí misma, estoy nerviosa. Tengo los nudillos blancos de sujetarme la estola apretujada sobre las rodillas.

—Dime, Teseo —pregunto—, ¿qué posibilidades le das al bátavo hoy?

Él niega con la cabeza.

—¿Posibilidades? No son buenas. Nunca ha luchado como gladiador. La mayoría de los hombres se entrenan durante meses, antes de llevar a cabo su primer combate. El bátavo es muy hábil, eso es obvio, pero el gladiador lucha de un modo distinto que en la caza o la guerra. Estás solo en la arena. Las armas son extrañas. La multitud es difícil de ignorar, o de usar para tu ventaja. Si la arena es igual de extraña para su oponente que para él, entonces creo que el bátavo tiene posibilidades. —Niega con la cabeza—. Pero el hombre parto tiene más experiencia, creo.

Las trompetas anuncian el siguiente combate.

La multitud empieza a corear: bá-ta-vo, bá-ta-vo, bá-ta-vo.

El bátavo entra en la arena vestido de tracio. Lleva una espada corta y curva, así como un pequeño escudo. Su brazo derecho está escondido, desde el hombro hasta los nudillos, bajo un guardabrazo grande de plata. Aunque lleva un casco grande y con cresta, la multitud sabe que es el bátavo por las dos largas tiras de seda verde de la máscara que llevaba en las cacerías, y que ahora cuelgan a su espalda.

Las puertas se abren al otro extremo de la arena, revelando al guerrero sogdiano. Va acorazado como un mirmillón, con espada larga y un escudo cuadrado de tres cuartas partes de su tamaño. No es más alto que el bátavo, pero mientras este es esbelto, con músculos largos, el campeón parto es ancho como una montaña.

El sogdiano no pierde tiempo. Avanza rápida y metódicamente. Cuando está a tiro, mueve la espada, y el bátavo se desplaza rápidamente, desviando el ataque con su hoja, más corta. Antes de que el bátavo pueda recuperarse, el sogdiano empuja su enorme escudo contra la cara y el pecho del bátavo, enviándolo hacia atrás. Pero este mantiene el equilibrio, dando unos pasos atrás con rapidez, para poner distancia entre él y la espada del sogdiano.

La multitud los abuchea.

Esta misma actuación se repite tres o cuatro veces. Los movimientos del bátavo se vuelven más lentos cada vez; parece que se tambalea.

Ptolomeo está de pie, mirando por encima del hombro del César.

—Está cansado —dice Teseo—. Y esos golpes del escudo..., estará aturdido. Le será difícil concentrarse. Necesita pasar a la ofensiva; si no, perderá.

Como si le hubiera oído, el bátavo se lanza hacia el sogdiano. Apuñala con su espada por abajo, junto al vientre de su enemigo, y luego balancea el escudo bien alto, hacia la cabeza del sogdiano. Lo hace repetidamente, y al final consigue dos buenos golpes contra el casco del sogdiano.

Por un momento parece que el bátavo puede ganar la pelea. La multitud ruga con aprobación, gritando que mate al sogdiano. Tito se inclina hacia delante, sonriendo.

Pero luego se vuelven las tornas.

Mientras el brazo de la espada del bátavo está extendido, el sogdiano da un paso a un lado y, con el borde de su escudo, da dos golpes en la cabeza al bátavo.

El bátavo cae redondo, su escudo se suelta y resbala por la arena.

Yo doy un respingo y me pongo de pie.

La cara del bátavo está enterrada en la arena. Todavía lleva la máscara verde.

La multitud está casi silenciosa, salvo unas pocas personas que murmuran:

—No...

Corro hacia la barandilla del balcón.

El sogdiano da una patada al bátavo en las costillas y el campeón de Tito grita de dolor. El bátavo rueda sobre sí mismo.

—¡Piedad! —grita alguien de la multitud.

Detrás de mí, Arshad está riendo.

El sogdiano, conociendo el protocolo, mira al palco del César para ver si el bátavo vive o muere.

Antes de que yo pueda dar la señal de que el bátavo tiene que vivir, Tito, que sabe lo que estoy a punto de hacer, se pone a mi lado y sutilmente me pone la mano en el brazo para detenerme.

Tito hace la señal de que el bátavo viva. La multitud lanza vítores, el sogdiano se encoge de hombros y arroja su espada a la arena.

El bátavo se pone de pie, despacio. Está mareado y casi se cae. Los dos combatientes se acercan al palco del César y lo saludan. El sogdiano levanta el brazo en el aire, victorioso.

La multitud está callada.

El bátavo parece avergonzado, con la mirada gacha.

Yo miro al palco del César, pero no veo ni rastro de Ptolomeo.

Arshad dice:

—¿Adónde ha huido mi premio?

CAYO

21 de agosto. Las calles de Puteoli

Me siento raro, como si no fuera yo mismo. La cabeza me da vueltas, tengo las piernas tan blandas como puerros demasiado cocidos, la vejiga, a pesar de mis esfuerzos, la noto dolorosamente llena, y juro como un centurión.

Tampoco estoy muy seguro de dónde me encuentro.

En las calles de Puteoli, obviamente. Pero, aparte de eso, no tengo ni idea.

Hemos dejado la arena después de que el bátavo perdiera, y nos dirigimos...

¿Adónde?

Sinnaces y algunos de los demás iban por delante de mí. ¿Adónde han ido?

Intento llamarlos, pero estoy ronco de tanto gritar toda la tarde.

La multitud bulle a mi alrededor. Me apartan a un lado con los hombros, luego al otro.

Sigue dándome vueltas la cabeza.

¿Me han abandonado a propósito? ¿Se ríen de mí en este preciso momento, el pequeño Cayo que tiene que volver a casa solito? Pensaba que quizá, solo quizás, había hecho algunos amigos hoy, pero a lo mejor resulta que no.

Voy por un callejón y tropiezo con un hombre que parece un soldado, aunque lleva túnica de civil. Apenas se mueve un poco, mientras yo retrocedo tres pasos. Sin embargo, parece que la parte agraviada ha sido él.

—Vigila por dónde vas, chico —dice. Va con otros dos hombres. Parecen soldados de permiso. Tienen las mejillas rojas de beber todo el día.

—Lo siento —digo, inclinando la cabeza—. No te había visto.

—Ah —dice—, ¿o sea que no soy digno de que me prestes tu atención? —Da un paso adelante y me pega un empujón.

—No quiero problemas —respondo.

—¿Habéis oído, chicos? —pregunta uno de ellos—. Este mierdecilla no quiere hablarnos. Cree que es mejor que nosotros.

Uno de ellos me coge por el hombro y me da un golpe en el estómago.

El aire sale de mis pulmones de golpe y me quedo sin aliento. Se me doblan las rodillas y me caigo al suelo. El dolor es intenso. Sigo jadeando, intentando coger aire. Pero parece que no voy a poder respirar nunca más.

—Eso te enseñará.

Uno de ellos mira a su alrededor y dice:

—El chico sería más barato que la casa de putas...

—Pues sí.

Mi corazón empieza a latir con furia, como el martillo de un herrero. Desde el suelo digo:

—Mi tío es el almirante Plinio Secundo, almirante de la flota de Miseno.

—Pues claro, chico.

Me cogen por los pies y me arrastran hacia el interior del callejón.

Estoy demasiado asustado para chillar. Me echo a llorar.

Entonces oigo su voz.

—Si os vais corriendo ahora mismo, a lo mejor sobrevivís hoy.

Me doy la vuelta para mirar detrás de mí. Hay alguien en la entrada del callejón. Le da el sol por detrás, de modo que no puedo identificar su cara en sombras.

Da un paso al frente.

Nunca pensé que me alegraría tanto de ver a Marco Ulpio.

Los tres hombres se echan a reír; el vino aumenta su arrogancia soldadesca.

Los dos que me sujetan me sueltan, y los tres corren hacia Marco.

Repto por el suelo hasta la pared del callejón y me siento con la espalda contra la pared. Veo que Marco evita el puñetazo del primer soldado, se levanta, y descarga en la oreja del soldado un madero de un par de palmos de largo que llevaba oculto a la espalda. El hombre cae al suelo. Antes de que Marco pueda hacer nada más, el segundo soldado le da un puñetazo por debajo del ojo. Marco se encoge. El segundo soldado salta por encima de Marco y empieza a tirarle de la túnica.

—¡Tú, pequeño cabrón! —grita el hombre—. ¡Te llevarás lo mismo que tu amigo!

Marco agita los brazos como un animal salvaje, intentando protegerse. Su túnica se desgarró y casi se rompió del todo.

Yo me pongo de pie y..., algo increíble, ataco al hombre. Aterrizo encima de su espalda y trato de sujetarle los brazos.

Una vez, cuando era pequeño, un compañero de clase me dio una buena paliza en el colegio. Después, el tío Plinio me puso un paño frío sobre los diversos chichones de la cabeza, y me dio consejos de cómo evitar las peleas y, si era inevitable, cómo ganarlas. Desde entonces he sobresalido a la hora de conseguir lo primero, y nunca he usado lo segundo. Aunque el consejo del tío Plinio es de hace diez años, todavía oigo su voz con total claridad. «Si el chico es más grandote que tú, ve a por los ojos, Cayo. Métele los dedos, aráñalos, desgárralos, pínchalos. Te parecerá que no puedes hacer nada contra un cráneo duro o un torso de granito, pero los ojos de todos los hombres son vulnerables».

Siguiendo el consejo del almirante, encijo los dedos, formando garras y se las meto al hombre en los ojos.

El tipo lanza un chillido de dolor y, al momento, deja de atacar a Marco.

Mi victoria dura poco. Me arde el cuero cabelludo, porque el otro hombre me tira del pelo y me levanta.

Aúllo de dolor.

—Deja al chico.

Esa voz no es de Marco. Viene de detrás de mí. No puedo volverme a ver quién ha dicho eso.
A continuación, sigue el caos.

Me caigo al suelo. Oigo golpe tras golpe; cuando consigo levantar la vista, el único hombre que está de pie es el liberto de Marco, el tuerto Teseo. A sus pies yacen los tres soldados fuera de servicio. Uno está inconsciente. Los otros dos gimen de dolor. Ayudo a Marco a ponerse de pie. Parece que está tan mal como yo, con un ojo que se está poniendo morado y con el labio sangrando. Su túnica está desgarrada y una cicatriz en su omóplato derecho llama mi atención. Parece que le falta un trozo de carne. Pero es una herida muy vieja, que se produjo hace muchos años.

Marco ve que le miro. Se gira para que ya no pueda ver su antigua herida.

—Gracias —digo—. Gracias a los dos.

—Gracias a que Marco odia a los soldados —dice Teseo—. Los odia como Juno odia a Eneas.

Marco mira a los soldados tirados en el suelo.

—Será mejor que nos vayamos.

Me despierto a la mañana siguiente con un dolor inimaginable. Es como si me hubieran atravesado una de las sienes con una lanza y me hubiera salido por la otra. Me duele todo el cuerpo de los pies a la cabeza, especialmente el estómago, donde el soldado me golpeó para empezar.

Zósimo está sentado en un taburete mezclando hierbas en un mortero. Parece que ha pasado ahí toda la noche, cuidándome.

—Ya tienes que haberte curado.

La voz pertenece al tío Plinio.

Yo vuelvo la cabeza, con muchas precauciones, porque cada movimiento me produce más dolor, y veo al almirante de pie ante mí.

—Ya te he dado la mañana entera para que te lamieses las heridas. Ahora vamos a hablar de lo que ocurrió ayer.

Vuelve el recuerdo de la tarde, pero solo fragmentariamente. Recuerdo la pelea con los soldados, y que Marco vino a rescatarme, y que Teseo vino a rescatarnos a los dos. Y recuerdo la terrible cicatriz en el omóplato izquierdo de Marco. Pero no tengo recuerdo alguno de lo que ocurrió después, ni de cómo llegué a Miseno.

Me incorporo y un torrente de sangre parece correr entre mis sienes.

—Tío —digo, agarrándome el cráneo e intentando mantener a raya el dolor—. ¿No puedes esperar a más tarde?

—No puedo —dice—. Si tienes demasiada resaca, es culpa tuya, no mía.

Me sujeto del brazo de Zósimo y con ojos implorantes, digo:

—Agua, Zósimo, agua, por favor...

—Primero bébete esto —dice, y me tiende una pócima oscura y burbujeante. Yo me bebo el líquido terroso de un trago—. Uf... Por favor, Zósimo, agua.

Mi obediente esclavo sale corriendo de la habitación.

—Empecemos por hablar de lo que bebiste ayer —dice el tío Plinio.

—No tuve más remedio, tío. Domiciano solo me dejaba sentarme con ellos si me bebía un

odre entero de vino.

El tío Plinio meneaba la cabeza.

—Es culpa mía. Te he tenido demasiado protegido. No tienes ni idea de cómo manejar a un matón como Domiciano. —Frunce el ceño y me mira un momento, pensando—. ¿Y cómo te fue recogiendo información de Sinnaces?

Niego con la cabeza.

—¿Así que todo este daño que has sufrido ha sido para nada?

—No del todo —digo: le explico lo que ocurrió después de las peleas de gladiadores, que me atacaron unos soldados y que Marco vino en mi ayuda.

El tío Plinio se retuerce el anillo de cornalina.

—Hum... Es algo, ¿no? Las amistades se forjan en los conflictos. —Sonríe—. Y parece que te portaste bien, chico.

La culpa que siento al no haber tenido éxito con Sinnaces cede un poco. No puedo evitar sonreír.

—Gracias, tío.

—¿Y tienes ahora una imagen distinta de Marco Ulpio?

Reacio a ceder en nuestra anterior discusión con tanta facilidad, me limito a encogerme de hombros.

—A lo mejor. Me rescató de un destino terrible.

El tío Plinio asiente, pero no se regodea. Solo se alegra de que alguien más pueda ver lo ciertas que son sus apreciaciones.

—Vístete —me dice.

—¿Adónde vamos?

—A Baiae. A visitar a los Ulpios.

Una mujer anciana abre la puerta. Es muy menuda, con escasos mechones de pelo gris recogidos en un moño en la coronilla.

—Dile a tu amo que el almirante Secundo está aquí y que quiere verle —dice el tío Plinio.

La anciana es una esclava doméstica, está claro. Sin embargo, es lo bastante atrevida para ignorar al tío Plinio. Por el contrario, se obsesiona conmigo. Me mira a la cara, se acerca, como si fuera un doctor. Me abre el ojo derecho con las dos manos y lo examina, como si me estuviera mirando dentro de la cabeza.

—¿Qué día naciste? —me pregunta.

Se lo digo, y ella asiente gravemente.

—¿Y el año?

—El del consulado de Petronio Turpiliano y Cesenio Peto.

Eso la impresiona.

—Ven, señor, ven.

Nos lleva al *tablinum* y señala un sofá. Nos sentamos y ella se sienta delante de mí.

No hay ni rastro de Ulpio o de Marco, y ella no ha enviado a otro personal a alertarlos de que estamos aquí. Es como si pensara que estamos aquí para verla a ella.

—¿Puedo? —me pregunta, señalando hacia mi mano.

Yo asiento y ella me coge la mano en la suya, la vuelve hacia arriba y la inspecciona.

—Ah —dice, como si algo fuera obvio—, lo que pensaba.

El tío Plinio me susurra al oído:

—Una bruja, sobrino. No le prestes atención. —Y le dice a la mujer—: ¿Está en casa tu amo?

La vieja me mira la palma de la mano.

—Mi señor Ulpio está aquí, y también el joven Marco. Iré a buscar al señor Ulpio para que te vea. ¿Quizás el joven señor quiera visitar al señor Marco en su habitación?

Anteayer, no pensaba en nada que me produjera más terror que sorprender a Marco Ulpio en su habitación. Pero ahora somos amigos. Bueno, eso creo...

El tío Plinio responde por mí.

—Sí, claro, es una idea estupenda.

La anciana inclina la cabeza.

—Señor. Si necesitáis algo más, me llamo Elsie.

Elsie me guía por la villa. La habitación de Marco es grande, con una cama en un lado y un escritorio en una esquina. En una pared hay una pintura de un joven que lleva a un hombre anciano al hombro. El fondo es una noche oscura, iluminada por el momentáneo relámpago. Detrás de las figuras, en la distancia, se ven los muros fortificados de una ciudad, rodeada por un ejército. Eneas alejando a su padre de los muros de Troya.

Marco está leyendo. Elsie anuncia mi presencia y Marco levanta la vista.

Yo pensaba que me recibiría con una sonrisa, después de lo que habíamos pasado los dos juntos el día antes, pero su cara está impasible. Nuestra relación ha progresado mucho menos de lo que esperaba: hemos pasado de antagonistas a algo frío, quizá tibio como máximo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta.

Elsie le interpela.

—¡Marco! El señor Cayo es invitado de nuestra casa. ¿Verdad? Esa no es forma de tratar a un invitado.

Nunca había oído a nadie hablar a Marco Ulpio de esa manera. Ni siquiera a su tío. Que una esclava hable con tal atrevimiento a su señor...

Es asombroso. En lugar de ofenderse por su tono, Marco reconoce que tiene razón. Le sonrío y asiento.

—Bienvenido, Cayo —dice.

Esa mujer, Elsie, es una fuerza de la naturaleza, realmente.

Ella asiente, satisfecha de que Marco haya corregido sus malos modales, y se va.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto.

—Homero —dice él—. *La Ilíada*.

—Ah —digo yo—. Me sorprende. No pensaba que te interesaran los poetas.

Un fallo. Se ha ofendido.

—¿Es que tienes el monopolio de la lectura?

—Yo..., bueno..., claro que no, yo... —Inspirado por el mural de la pared, digo—: Prefiero a Virgilio.

—Claro, es normal —dice él, bruscamente.

—¿Qué significa eso?

—Que a los chicos ricos les gusta Virgilio.

Quiero decirle: «¿Y tú qué eres, pues? Eres dos veces más rico que yo. Tres veces».

Pero el tío Plinio no diría nada semejante. Nunca se ofende. Solo tomaría nota de algo: «El joven Marco Ulpio no se ve a sí mismo como rico». Consideraría eso muy interesante, y se propondría como objetivo averiguar por qué.

Cambio de tema:

—¿Por qué tu esclava ha querido saber la fecha de mi cumpleaños?

Marco sonríe.

—Se está entrenando como sacerdotisa caldea. Ten cuidado, te dirá tu futuro, y la vida ya no será una sorpresa para ti.

He encontrado el único tema de conversación que a Marco parece que le gusta: una vieja esclava llamada Elsie.

—Me ha dicho que la fecha tenía muy buenos auspicios.

Marco está impresionado.

—¿Ah, sí? —Me mira como si me viera por primera vez—: Le preocupaba que me mostrara maleducado contigo. Quizá seas un hombre poderoso, algún día..., uno con el que no debería enemistarme. Cónsul quizá. O emperador.

Me río nerviosamente ante esa absurda sugerencia. Es peligroso hablar de otro *princeps* que no sea Tito.

—No tengo tal deseo, te lo aseguro.

—¿Estás seguro? —me pregunta—. Podrías tener todos los libros que quisieras.

Sonríe. ¿Está bromeando?

—Eso sí que sería una ventaja —digo—. ¿Es una bruja?

—Me gusta pensar que sí.

—Mi tío desconfía de la magia, pero creo que ella le ha puesto nervioso. —Sonrío—. Era algo digno de ver, mi tío nervioso.

—¿Está aquí el almirante?

—Sí, creo que se ha reunido con tu tío.

Marco se pone de pie.

—Deberíamos ir. Igual necesitan un árbitro.

—¿Porque no confío en ti! Nunca he confiado —La voz es la del tío Plinio. Casi está chillando, algo raro en el almirante. El tío Plinio raramente se enfurece. Pero Ulpio le busca las cosquillas como nadie—. A pesar de mi desconfianza por ti, tu sobrino fue a ayudar al mío ayer. Y eso cuenta. Así que te estoy dando la oportunidad de explicarte...

Marco y yo entramos en el *tablinum*. El tío Plinio está en el borde del sofá. Ulpio está inclinado sobre su bastón. Está tan tranquilo como agitado está el tío Plinio.

—¿Qué es lo que quieres, almirante? —dice Ulpio.

—¿Qué relación tienes con Sulpicio? ¿Qué ocurrió entre vosotros dos?

—¿A ti qué te importa Sulpicio? —dice Ulpio—. Has dicho al César que la mayor amenaza para el imperio en este momento son los emisarios partos..., como si tres embajadores fueran un ejército invasor.

—¿Estás seguro de que los emisarios tienen buenas intenciones? ¿Sabías que Cayo vio a Sulpicio reuniéndose con dos de los emisarios partos —dice el tío Plinio—, en secreto?

Ulpio frunce el ceño. Se inclina hacia atrás y susurra a Ciro, su liberto parto.

—Mi disputa con Sulpicio no tenía nada que ver con Partia —dice Ulpio—. No sé por qué Sulpicio se iba a reunir con los emisarios en secreto.

—Vamos, Ulpio —dice el tío Plinio—. Dime lo que ocurrió entre vosotros dos. Podría ayudar a llegar al fondo de lo que han planeado Sulpicio y los partos.

—¿Me estás proponiendo que trabajemos juntos? —pregunta Ulpio.

El tío Plinio niega con la cabeza.

—No. No trabajaremos juntos hasta que me digas la verdad.

—¿La verdad?

—Sí. La verdad. No sobre Sulpicio. Quiero saber quién eres. Quién eres «realmente».

Ulpio sonrío.

—Verdad. Identidad. Son temas algo peliagudos, ¿no?

—Según mi experiencia —dice el tío Plinio—, solo los mentirosos tienen problemas para decir la verdad, y únicamente los impostores no pueden decir quiénes son.

—¿No crees que naciera como Lucio Ulpio? —La sonrisa de Ulpio aumenta. Está disfrutando mucho.

—Pues no.

—Pero no sabes nada, ¿verdad? Solo tienes sospechas.

El silencio del tío Plinio confirma la teoría de Ulpio.

La sonrisa de Ulpio crece más.

—¿Cuántas preguntas de las que hace el gran almirante quedan sin responder? No muchas, supongo. Le debe de molestar mucho que pase. Pero no te preocupes, Plinio. Piensa en esto como un regalo, un desafío intelectual digno del gran almirante.

El tío Plinio está furioso, su cara se pone roja. Pasa a la ofensiva.

—¿Por qué has tratado de convencer al César de que envíe un ejército al este, al falso Nerón?

Ulpio se encoge de hombros.

—No deseo contártelo.

—Eres un impostor. —El tío Plinio señala con un dedo acusador a Ulpio—. Pero yo te desenmascararé. —Se pone de pie de repente—. Ven, Cayo. Nos vamos.

Sin esperarme, sale, como una piedra rodando colina abajo.

—Parece que no lo hemos hecho demasiado bien, lo del arbitraje —dice Marco—. Ven, te enseñaré dónde está la salida.

Mientras seguimos al tío Plinio, la curiosidad me puede.

—Vi tu herida..., la que tienes en el hombro.

Marco frunce el ceño ante mi pregunta. ¿Cree que estoy curioseando? Va a ignorar la pregunta, pero Elsie, que camina detrás de nosotros, se aclara la garganta.

Mortificado una vez más, Marco suspira y pregunta:

—¿Y qué?

—Parece terriblemente dolorosa.

—Así fue.

—¿Qué te pasó?

—Un cuchillo —dice, y lo deja ahí.

Está claro que no quiere hablar de su cicatriz. Me pregunto quién empuñaría un cuchillo contra Marco. No quiero ni pensar cómo debió de quedar el hombre que lo hizo.

III

NUEVO EN LA CIUDAD

75 d. C

CAPITÁN VERECUNDO

17 de octubre. Mar Medio, junto a Seleucia Pieria

Casi los echo. No parecía que pudieran costearse el precio. Eran cuatro, y no llevaban ni un solo esclavo. Eso solo ya es una señal de pobreza.

Además, el mayor de todos estaba tan ciego como Polifemo, una vez que Ulises terminó con él, y parecía un mendigo, con harapos y todo. Como es invierno, el mar y los vientos son traicioneros. Pensé: «Vayan adonde vayan, el precio es doble». ¿Cómo podrían permitirse semejante precio un mendigo y tres adláteres?

Pero cuando me tendieron una bolsa llena de monedas de oro que triplicaba el precio, pensé: «Su dinero es tan bueno como el de cualquiera, ¿no?».

—¿Adónde vamos? —les pregunté.

—A Siria —dijo el hombre ciego—. Y zarpamos antes de una hora.

Salimos de Pérgamo hacia el este. Desde el principio resultó obvio que eran un grupo muy raro. Yo pensaba que eran padre e hijo, o quizá tío y sobrino, con dos esclavos. Pero no respetaban ningún tipo de jerarquía. Los esclavos se dirigían a los otros dos como sus iguales. Y los cuatro dormían en la cabina alquilada, en lugar de echar a los esclavos a la cubierta, como habría hecho cualquier patricio respetable. Y siempre comían juntos, a veces riéndose, pero normalmente peleándose por el pan rancio y la salsa de pescado.

Y más extraño aún: hacia la mitad de nuestro viaje, supe que estaban persiguiendo a un eunuco. Y muy poderoso, con amigos importantes. Les oí hablar de él. El eunuco esto, el eunuco lo otro, que si el eunuco había ido aquí, que si el eunuco había ido allá.

Llevo quince años de capitán de este barco y he tenido a bordo a todo tipo de personas por todo tipo de motivos. Cuatro hombres persiguiendo a un eunuco peligroso por todo el imperio es, sin embargo, con mucho, lo más extraño.

A pesar de su camaradería, parecen todos muy nerviosos. No tienen paciencia, levantan la voz enseguida. Es como si acabaran de escapar de alguna amenaza a sus vidas. Me recuerdan a mi tripulación después de pasar una tormenta y sobrevivir. No inmediatamente después, cuando todos están felices de estar vivos, sino al día siguiente, cuando están exhaustos y lo único que quieren es poner los pies en tierra firme.

Casi ha llegado el fin de nuestro viaje cuando empiezo a sentir pena por el chico. Su tío (porque al final me he enterado de que el hombre ciego es el tío) espera grandes cosas de él. He oído al ciego hablar de sus planes para el chico, como si fuera un busto de mármol que un artista

quisiera cincelar. Mis planes. Tu futuro. Tengo una sensación horrible que me recorre la columna vertebral, porque me suena todo demasiado familiar.

Fue un padre autoritario el que me envió fuera de mi hogar antes de los catorce años. Mi padre era un liberto. Había hecho fortuna en los negocios, después de conseguir la libertad, pero su pasado servil le impedía dedicarse a la política. Mi padre nunca llegó a aceptar del todo ese hecho. Podía ganar todo el dinero que quisiera, pero tenía prohibido disfrutar del poder que otorgaba ese dinero. Y se centró en mi carrera política. Mis primeros recuerdos son de mi padre acosándome, importunándome, amenazándome para que aprendiera las habilidades que pensaba que necesitaría para tener éxito en la política. A los catorce años, me harté.

Hui. Me fui por mar: me pagué un pasaje en un barco haciendo el trabajo de remero.

Era la primera vez que subía a un barco, y me enamoré de todo esto. A lo largo de los cuarenta años siguientes fui ascendiendo, desde remero corriente a capitán.

Veó al chico pelearse con su tío y pienso: «¿Cuánto falta para que huya este chico?». Le doy un año.

Una vez sorprendí al chico llorando. Fue en mitad de la noche, y estaba solo en la proa. Le dejé a su aire. Le pregunté por él a uno de los libertos. Me dijo que el chico había perdido a un amigo en Rodas, no hacía demasiado tiempo. Y no me contó nada más.

A pesar de mí mismo, al final caigo víctima del encanto del inválido. Hace bromas, y a menudo son divertidas. Además, sabe mucho de muchísimas cosas, y sabe contar bien una historia. En resumen, es el perfecto compañero de bebida.

En el mar no es nada despreciable tener un buen compañero de bebida.

Ahora ya estamos casi al final del viaje. Mañana por la mañana llegaremos al puerto de Seleucia Pieria. Mientras mi pasajero ciego y yo disfrutamos del vino junto a la popa, mi curiosidad me impele a hacerle las preguntas que llevo semanas haciéndome.

—¿Cómo te llamas?

El ciego me sonrío.

—¿No te lo he dicho nunca?

—Pues no.

—Qué raro que esperes hasta ahora para preguntarlo.

—Pensaba que me mentirías. ¿Por qué pedir una mentira?

El inválido asiente.

—En estos momentos, respondo al nombre de Ulpio.

—¿En estos momentos? —murmuro—. Está bien, Ulpio, ahora que te has confiado conmigo, dime: ¿por qué te diriges a Siria?

—¿No me lo habías preguntado ya?

—Me dijiste que querías ver el Éufrates antes de morir, cosa que, obviamente, es mentira.

—¿Por qué? ¿Porque soy ciego?

—Sí, eso para empezar. —Junto las manos, buscando algo que me ayude—. Vamos, Ulpio. No tienes nada que perder. No te hará ningún daño decirle la verdad a este viejo capitán y lobo de mar. Dime quién eres «de verdad».

El ciego rumia un poco, sujetando su vaso de vino. Lo hace girar.

—¿Quieres saber la verdad? —me pregunta—. ¿Quieres saber quién soy?

—Sí.

El ciego sonríe, travieso.

—Soy Nerón Claudio César. Hace siete años fui depuesto, traicionado por un conciliábulo de senadores ambiciosos y soldados. Desde entonces persigo a los hombres que me hicieron esto..., a los hombres que me quitaron los ojos y mi trono. Hice un juramento a Apolo de que me vengar a.

Estoy medio borracho, quizá tres cuartos de borracho, así que reacciono despacio.

Finalmente, suspiro.

—Vale. No me lo cuentes.

Vuelvo a llenar nuestros vasos y bebemos hasta el amanecer.

NERÓN

15 de diciembre. Antioquía, Siria

Marco grita. El sonido es terrible.

El dolor debe de ser espantoso.

Se me revuelve el estómago.

Aunque Marco ha bebido el vino suficiente para tumbar a un elefante, y está mordiendo un cinturón de cuero para ahogar sus gritos, mientras Teseo corta una tira de piel del tamaño de mi mano y se la arranca del omóplato, el dolor es demasiado fuerte.

—¡Sujetadle fuerte! —chilla Teseo.

—¡Ya lo hago! —chilla a su vez Doríforo—. Tienes que darte prisa. Cuando vuelvan los gladiadores de Sulpicio, si no hacemos desaparecer ese tatuaje, estamos todos muertos.

Ciego como estoy, no puedo ver lo que está ocurriendo.

No veo la cara de Marco apretada contra la mesa. No veo a Doríforo, mi liberto y actor, sujetando a Marco. No veo a Teseo, mi liberto tuerto, antiguo gladiador, cogiendo un cuchillo. No veo las tiras de carne ensangrentada que arrancan de la espalda de Marco.

Pero sí que lo oigo, entre gritos, mientras Marco jadea, cogiendo energía para chillar de nuevo. Oigo el desgarrar húmedo y elástico de la carne. Suena como si estuvieran descuartizando a un carnero después del sacrificio, después de cortarle la garganta y abrirle el vientre en canal.

Y esto es una especie de sacrificio, en realidad. A cambio de la sangre y el dolor de Marco, los dioses le concederán la libertad.

Pero esto no es una manumisión. No es un esclavo al que su dueño ha concedido la libertad. No es un acto público, supervisado por un magistrado, permisible bajo la ley. Marco no será conocido como liberto, ni llevará para siempre la marca de su amo, sin poder escapar plenamente jamás de su pasado servil.

Esto es algo distinto por completo. Este es el paso final de Marco para ser libre, no solo de una vida de servidumbre, sino libre de su propio pasado.

Hoy, Marco nace de nuevo.

Conocí a Marco una mañana de junio de un calor abrasador, la noche después de que mis propios soldados me depusieran, me arrancaran los ojos y me arrebataran mi imperio. Marco era el esclavo de la celda donde me tenían prisionero. Su amo le pegaba y lo aterrorizaba. Era un pajarillo tembloroso, a punto de echarse a volar al menor atisbo de conflicto.

Pero eso no es justo, ¿verdad? Estoy intentando contar una buena historia, y no la verdad.

Marco era tímido, pero también era valiente, a su manera, cosa que, considerando sus circunstancias, hacía su valentía mucho más notoria.

Tres soldados me arrastraron a la prisión. Su líder, un centurión llamado Terencio, al que Marco llamaba el Zorro por su pelo rojo y sus ojos oscuros y pequeños, ordenó a Marco que me dejara tirado en el frío suelo de la celda, muriéndome de hambre y de sed. Pero la compasión de Marco superó su terror. Cuando se fue el Zorro, Marco se hizo cargo de mí y me cuidó hasta que recuperé la salud. Me trajo agua, mantas y todo lo que necesitaba para sobrevivir. Me trajo esperanza.

Al final, le envié a buscar a Doríforo, mi antiguo liberto, que se ganaba la vida como actor. Los tres orquestamos mi huida. Doríforo me ayudó a escapar, sin duda, pero fue Marco quien me salvó. Sin él, yo estaría muerto.

Eso fue lo que inspiró mi decisión de educar a Marco y hacer que de esclavo pasara a ser algo más. No solo porque me había salvado la vida, sino porque ya sabía, incluso entonces, cuando era solo un pajarillo asustado, que había algo bajo su tímido aspecto exterior.

Esto no era totalmente nuevo para mí. Me había interesado por algunos esclavos antes. Los tomaba bajo mis alas, los educaba, los llevaba de la nada a algo. En tiempos, Teseo se llamó Espículo. Un gladiador en la arena, propiedad de un bruto que pensaba que el mejor uso que podía dar a Teseo era como alimento para otros luchadores. Pero yo vi potencial en él. Era del tamaño de una montaña, pero se movía con rapidez, y con cierta gracia. Compré a Teseo por una bicoca, hice que le entrenaran, y después de que dominara la arena y ganara su libertad, le convertí en jefe de mi guardia personal.

Sin embargo, Teseo siempre será un liberto. Yo no intenté hacer con él lo que estoy haciendo con Marco. Nunca se me ocurrió que pudiera chasquear los dedos y borrar su vida de servidumbre. Hasta que me ocurrió lo contrario (en una sola noche me transformé de emperador en prisionero), no comprendí lo increíblemente volátil que es la identidad de uno, lo maleable que puede llegar a ser.

La jerarquía de Roma es tan injusta como inflexible. Debajo de todo están los esclavos, los más bajos entre los bajos; por encima de los esclavos, están los libertos, antiguos esclavos; luego, los mercaderes y comerciantes; luego, los caballeros, y, por fin, la clase senatorial. Actores, prostitutas y semejantes están también cerca del fondo, quizás un punto por encima de los esclavos, pero, definitivamente, por debajo de los libertos. Cada escalón está también dividido por riqueza y linaje..., aunque cómo se aplican esos factores difiere según la clase en cuestión. Los senadores consideran el «pedigrí» (el número de antiguos cónsules que hay en cada familia, el número de antiguos pretores) más importante que la riqueza. A los libertos, en comparación, no les puede importar menos quiénes fueron tus padres. El tamaño de los cofres de cada uno es la forma que tienes de juzgar la valía de un hombre.

Ese sistema funcionó igual durante casi mil años. Y entonces llegó Augusto, que se proclamó a sí mismo el ciudadano más importante, el *princeps*, y se puso encima de todos los demás.

La jerarquía de Roma tiene una forma ingeniosa de perpetuarse. Cada persona de un escalón hace todo lo que puede para ascender al escalón superior, en lugar de derribar todo el sistema. Si un esclavo no se siente feliz, en lugar de decidir que quiere ser senador, chasquear los dedos y conseguirlo, mira al escalón que está por encima del suyo, y hace lo posible para llegar ahí. El objetivo del liberto no es liberar a otros esclavos, sino poseer tantos de ellos como se pueda permitir. Los caballeros trabajan incansablemente para que sus hijos se conviertan en senadores,

los senadores aspiran a convertirse en el siguiente emperador, y el emperador trabaja como un loco para quedarse donde está, por encima de todos los demás.

Durante gran parte de mi vida, yo miré por encima del hombro todo esto. Alternaba con esclavos, actores y prostitutas. Daba importantes puestos ministeriales a libertos o caballeros, mientras fueran capaces o yo disfrutara de su compañía. Solo después de que yo cayera, después de ser depuesto y cegado, aprecié el sistema tal y como es. El poder lo es todo. El poder político, financiero, físico y sexual. Y el poder solo existe si lo usas. Un esclavo es un esclavo no por la voluntad de los dioses, sino porque un hombre tuvo la oportunidad de conquistar a otro.

En cuanto comprendí esto, me resultó muy fácil superarlo. ¿Por qué no chasquear los dedos y convertir a un esclavo en un ciudadano libre?

Y mi plan estaba funcionando. Un día, el pequeño esclavo que salvó mi vida era Marco, esclavo de Creonte. Al siguiente, no lo era. Era Marco Ulpio, heredero de una fortuna hecha con el aceite de oliva.

Después de huir de Roma, fuimos a buscar a Teseo a la isla de Sardinia. Allí tuve la buena fortuna de conocer a Marco Ulpio Trajano, prisionero en el campamento. Era un mercader hispano que había sido secuestrado años atrás. Nos contó que su hermano había muerto, después de que su barco mercante fuera asaltado por los piratas. Su hermano, Lucio, tenía aproximadamente los mismos rasgos que yo, en peso, altura y color de pelo. Faltaban desde hacía años. Nadie conocía su destino, que uno estaba vivo y cautivo, y el otro, muerto. El hermano muerto me ofrecía una oportunidad: un nombre, una familia, un entorno, para reintegrarme al imperio. Para renacer como un hombre nuevo. Cuando dejamos Sardinia, yo ya era Lucio Ulpio Trajano. Marco era mi sobrino: Marco Ulpio Trajano. El anciano Marco había viajado tan extensamente y durante tantos años que, según dijo, la gente se sorprendería si «no» volvía a Hispania con un hijo.

El plan era perfecto.

O así lo pensé yo.

Teseo me advirtió. Dijo que borrar el pasado de Marco, en lugar de manumitirlo como a cualquier otro esclavo, iba en contra de la naturaleza, y que los dioses nos castigarían. Hablaba de esas preocupaciones constantemente durante nuestros viajes, sobre todo de noche, después de que Marco se hubiera ido a dormir. Yo le daba unas palmaditas a mi viejo amigo en la mano y le decía: «No te olvides, Teseo, de que yo era un dios. Sé lo que estoy haciendo».

Había pensado que la transformación de Marco era completa.

Pero estaba equivocado.

Ocurrió hace unos meses, cuando estábamos en Pérgamo. Íbamos siguiendo el rastro de uno de los conspiradores en el golpe que me derrocó, el eunuco Haloto. Supimos que no habíamos dado con Haloto por un día o dos. Se dirigía a oriente, a Siria. La noche antes de ponernos en marcha de nuevo por la carretera, Teseo nombró una vez más sus preocupaciones por el borrado del pasado de Marco. Y lo mencionó por primera vez.

El tatuaje.

Dijo:

—Y, por supuesto, está la marca de su amo.

Era de noche, después de haber bebido bastante vino. Yo estaba reclinado en un sofá, pero las palabras de Teseo me hicieron incorporar de golpe, con un sobresalto.

—¿Cómo?

—La marca de su amo. En su omóplato izquierdo.

—¿De qué hablas? —le pregunté—. Le dije a Marco si llevaba la marca de su amo, y me dijo que no.

—Pues sí que la lleva. Pone Creonte, tan claro como el día.

A menudo, a los esclavos se les tatuaba el nombre de su amo, para que nunca existiera ninguna duda de si un hombre o una mujer era, o bien una pertenencia, o bien un ciudadano nacido libre. Yo pensaba que Marco no tenía semejante marca.

—¿Cuándo se lo preguntaste? —me pregunta Teseo.

—Hace años.

—Era un niño —dijo Teseo—, y su marca está en la espalda. Probablemente, no lo sabía o lo había olvidado.

Me puse furioso... conmigo mismo, más que nada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque suponía que lo sabías. Siempre estabas alardeando de tener el poder de los dioses. Yo pensaba que lo considerabas dentro de tu providencia.

Después de quejarme y protestar durante un tiempo, dije:

—Hay que quitarle ese tatuaje esta noche. Le arrancaremos la carne de la espalda.

Pero ninguno de nosotros consiguió reunir el valor suficiente para hacerlo. Le dejamos dormir, y nunca sacamos el tema con Marco.

Hasta hoy, nuestro primer día en Antioquía, cuando se hizo necesario quitarlo, o bien nos arriesgábamos a perderlo todo.

Habíamos salido de Pérgamo y habíamos navegado hasta la ciudad portuaria de Seleucia Pieria, y nos dirigíamos tierra adentro a Antioquía. De camino hacia la ciudad, bajo el sol brutal del desierto, justo ante las puertas de la ciudad, dimos con dos esclavos a los que estaban crucificando.

Marco se quedó merodeando, mirando a los esclavos muertos.

En las puertas de la ciudad había unos gladiadores que registraban los carros y acosaban a la gente, pero solo a los que salían de la ciudad, no a los que entraban, de modo que nos dejaron en paz.

—Me pregunto de qué irá todo esto... —me dijo Teseo.

—Un mal presagio —dijo Doríforo.

Preguntamos por alojamiento junto al foro. Mientras estábamos allí, Marco no pudo evitarlo: tenía que saber qué hicieron los pobres diablos que estaban fuera de las puertas de la ciudad para merecer la crucifixión. Se lo preguntó a un comerciante, pero el hombre no compartía la empatía de Marco.

—Ellos mismos tienen la culpa —dijo—. Una familia de esclavos escapó del hogar del senador Sulpicio Petico. Los que viste en las cruces eran el padre y la madre.

Me cuesta recordar el nombre. Sulpicio cometió una traición cuando yo era *princeps* (no recuerdo cuál, ahora mismo) y fue condenado a muerte. Sulpicio huyó a oriente por miedo a atraer mi ira, por ser pariente de un traidor. Debió de huir aquí, a Siria.

—¿Y por qué huyeron? —preguntó Teseo.

—Sulpicio iba a hacer gladiador al chico. Los padres no querían que muriera, así que toda la familia huyó. Sonó la alarma en la ciudad antes de que hubieran ido muy lejos. Los padres fueron

descubiertos intentando escalar las murallas de la ciudad.

—¿Y la hija y el hijo todavía están huidos? —preguntó Marco.

—Eso dicen. Los gladiadores del senador Sulpicio han estado buscando día y noche a sus esclavos perdidos.

—¿Quién es el senador Sulpicio? —preguntó Marco.

—Es uno de esos romanos a los que no les va bien en Roma —dijo el comerciante—, así que vino a Antioquía para ser un pez gordo en un estanque pequeño. Pero es el hombre más rico de Asia, con tantos gladiadores como soldados tiene el emperador. Antioquía es su ciudad.

El comerciante estaba equivocado, desde luego: existían pocas posibilidades de que Sulpicio tuviera muchos gladiadores. Yo conocía a Sulpicio de mis días de emperador. En Roma no tenía influencia. Era un matón cuando se presentaba la oportunidad, bruto sin civilizar y no especialmente listo. Pero debía de tener poder e influencia en Antioquía, si un hombre cualquiera de la calle hablaba así de él.

—¿Y el gobernador?

—¿Te refieres a Ceionio Cómodo? —preguntó el comerciante—. A ese hombre le importa un pito Antioquía o Siria. El gobernador lleva aquí desde enero y, creedme, está contando los días hasta que pueda volver a Roma. No es que tenga miedo de Sulpicio, no. Simplemente, es que no le importa en absoluto, mientras Sulpicio no le dé trabajo. Le parece estupendo dejar que Sulpicio haga lo que le dé la gana.

Marco estaba más preocupado por los esclavos asesinados que por la política local.

—Una forma muy cruel de castigar a una madre y un padre por intentar proteger a sus hijos —dijo.

El comerciante se mostró indiferente.

—La ley es la ley. Los esclavos saben lo que les espera, si escapan.

—Tiene razón —dijo Teseo, más a mí que al comerciante—. La ley es la ley.

—¿Sois nuevos en la ciudad? —preguntó el comerciante—. Bueno, pues yo, en vuestro lugar, esperaríais una visita de los gladiadores de Sulpicio. Están registrando a todos los que entran y salen. Solo porque hayáis conseguido atravesar la puerta no significa que os vayan a dejar en paz...

Aquella misma tarde, después de encontrar un alojamiento de alquiler, todos estuvimos de acuerdo: había que quitarle el tatuaje a Marco de inmediato. Era demasiado peligroso mantenerlo, cuando los gladiadores de Sulpicio iban puerta por puerta buscando esclavos fugitivos.

Marco estuvo de acuerdo.

—Quitadme el nombre de ese maldito hombre.

Y ahí es donde estamos ahora: Marco chillando, Teseo jugando a cirujano y Doríforo luchando para sujetar a Marco.

Y, de repente, cesan los gritos.

—Se ha desmayado —dice Teseo.

—Date prisa, termina de una vez —apunta Doríforo.

Cuando le han quitado todo el tatuaje, Teseo cura y venda la herida.

Marco sigue inconsciente cuando, horas más tarde, oímos un golpe violento en la puerta.

Teseo se va y cuando vuelve oímos los pasos pesados de una docena de hombres, y el ruido del registro de nuestro alojamiento. Abren las cómodas, tiran los muebles.

—¿Cuántos esclavos hay en esta casa? —pregunta una voz ronca.

—No soy la persona adecuada para responder a eso —digo, señalando los ojos que me faltan—. Puede haber uno o cien.

Solo obtengo como respuesta un silencio airado.

—Tenemos tres esclavos —dice Teseo—. Todos comprados esta tarde. Hemos llegado a Antioquía esta mañana.

—¿Tres? —La voz suena incrédula—. ¿Para un alojamiento como este?

Es un alojamiento grande. Cree que debería haber más.

—Como he dicho —dice Teseo—, acabamos de llegar.

Teseo dice la verdad. Liberamos a todos nuestros esclavos cuando salimos de Rodas. Tenemos una norma: no mantener los esclavos más de tres meses. Según nuestra experiencia, tres meses es el tiempo que puede pasar hasta que los esclavos empiezan a hacer preguntas. Marco insiste en que los liberemos y no los vendamos. Es un hábito muy caro, pero nos lo podemos permitir.

—¿Qué estáis buscando? —pregunto.

—Esclavos fugitivos —dice el que manda—. Un chico y una chica. Jóvenes. El chico tiene unos catorce años; la chica, unos dieciséis.

—Verás que todas nuestras esclavas son mayores —dice Teseo.

—¿Y él?

—Está señalando a Marco —susurra Doríforo a mi oído—, dormido en un sofá.

—No es un esclavo —dice Teseo.

—¿Qué le ha pasado?

—Vino —dice—. Nos tumba a todos, hombres o niños. El gran igualador.

—Despiértale —dice el gladiador.

Oigo que Teseo despierta a Marco con una ligera palmada en la mejilla.

Marco murmura, medio despierto, todavía borracho.

—Ponte de pie —dice el gladiador.

—¿Qué clase de ciudad es esta —digo yo— en la que un gladiador puede abordar a un ciudadano romano libre?

—Simplemente me aseguro de que no nos estáis engañando, ¿vale, viejo?

—No soy viejo —murmuro—, solo estoy ojeroso.

—Desnúdalo —dice el cabecilla—. Asegúrate de que no lleva la marca del amo Sulpicio.

Se oye rasgar una tela.

Doríforo susurra:

—Están inspeccionando los brazos de Marco, su cuello.

—¿Qué te ha pasado aquí —dice otro gladiador—, mirando la espalda?

—Se ha caído del caballo hoy —digo—. Unas carreteras muy traicioneras, en esta maldita ciudad, ¿no?

—¿Eres gladiador? —pregunta Teseo.

—Sí —dice el gladiador jefe.

—¿De qué tipo? —pregunta Teseo. Intenta desviar la atención de Marco, tocando el único tema de conversación que les importa a los gladiadores: las peleas.

—Mirmillón —dice el gladiador.

Teseo deja escapar una risita despectiva.

—Los mirmillones son todos unos mierdas.

Noto que la atención del hombre se desvía de Marco.

—¿Y tú qué sabes de eso?

—Yo era gladiador —dice Teseo.

Una pausa mientras el hombre examina a Teseo. Pero nadie podría mirar a Teseo, tuerto y ancho de hombros, e imaginárselo haciendo otra cosa que luchar.

—¿De qué tipo?

—Tracio.

—Bah —dice el hombre, con fingido asco—. Los tracios son todos unos tramposos. Y eres demasiado grande para ser tracio.

No necesito tener ojos para saber que Teseo está sonriendo. Le encanta sorprender a su oponente.

—Todo es cuestión de velocidad, amigo mío.

—¿Eres rápido?

—Como una anguila.

—¿Dónde has luchado?

—En Roma.

El hombre silba.

—¿Y ya no luchas?

—Estoy retirado. Me gané mi libertad.

—¿Es cierto eso? —El gladiador está impresionado. Su tono se vuelve más ligero—. Así que no tienes miedo... —dice, provocando a Teseo.

—Quizá. —Noto la sonrisa en la voz de Teseo.

Hay una sensación de comunidad entre los gladiadores, mientras no estén en la arena, una sensación de pertenencia, de saber que alguien comparte tus penalidades.

—Si has luchado en Roma —dice el gladiador—, habrás visto unas cuantas cosas...

—Sí —dice Teseo—. Yo diría que sí.

—Quizá puedas venir a la escuela del amo Sulpicio. Me gustaría oír hablar de los trucos que aprendiste allá.

—Págame unas copas y de acuerdo.

—Me llaman Minor.

—Teseo.

Oigo que los dos se estrechan las manos. Es raro, pero el hombre más mortífero que conozco es también el más afable, el hombre de quien todo el mundo quiere hacerse amigo.

—¿Tardarás mucho más? —pregunta Teseo.

—No —dice el gladiador jefe—. Ya hemos terminado aquí. —Da unas palmadas y dice en voz alta—: Vamos a la casa siguiente, venga, gordos cabrones. Tenemos que acabar antes de que salga el sol.

Se van.

Marco está roncando.

—Joder —dice Doríforo—. Hemos estado muy cerca.

Sí. Lo hemos estado.

Dos días después celebramos la Saturnalia. El único día del año en que la estúpida jerarquía de Roma se invierte, en que los amos sirven a los esclavos, y los esclavos tienen libertad para hacer lo que quieran. Jugar, beber.

Yo me he apartado de las festividades la mayor parte del día. No tengo ganas de celebrar nada. No cuando nos faltan tantas cosas por conseguir. Pero, por la noche, cuando llega la hora de hacer la cena para nuestras esclavas (las tres mujeres que compramos al llegar), Doríforo me saca de mi habitación.

—Ven —me dice—. Tú ayudarás con la cena. Los dioses se sentirían muy furiosos, si no participases.

—¿Y cómo voy a cocinar sin ojos...?

—Ya lo he pensado. No podrás usar la ceguera como excusa.

Doríforo me guía hacia la cocina. Teseo, que sabe cocinar muy bien, dirige a Marco, y pronto también a mí. Hacen que pele gambas, y pronto me encuentro cubierto de desechos y oliendo a mar.

—Marco —dice Teseo—, coge los pistachos del *tablinum*.

—Ya he terminado —digo yo, orgulloso, después de haber pelado la última gamba—. ¿Puede ayudarme alguien a lavarme?

—Ven —dice Doríforo—. Las toallas están en la otra habitación. —Me coge del brazo y me lleva a la habitación de al lado—. Espera aquí —dice, y le oigo abrir y cerrar armarios.

De la otra habitación viene olor a quemado.

—¡Doríforo! —llama Teseo desde la cocina—. Te necesito. Ahora.

Doríforo pone mis manos en la puerta de un armario.

—Quédate aquí. Ahora vuelvo —dice, y sale corriendo a ayudar a Teseo.

No contento con esperar, abro el armario y empiezo a buscar a tientas una toalla.

—¡Para! —chilla Marco desde la habitación de al lado, no estoy seguro de a quién.

Sigo buscando en el armario.

—¡Espera! —chilla Marco, esta vez más fuerte.

Llevo tantos años con mis compañeros que ya sé cómo anda cada uno de ellos. Los conozco por la longitud de sus pasos y la fuerza con la que colocan los pies en el suelo, tanto si están dentro o fuera, bajo la lluvia o en un sendero soleado del bosque. De modo que sé que la persona que corre hacia mí es Marco.

Mi mano toca la inconfundible curva de un hombro..., un hombro esbelto, huesudo. Inconfundible, pero tan inesperada (ya que es muy raro encontrar un hombro humano en un armario) que tiendo también la otra mano libre para ver si el hombro está unido a algo más. Mi otra mano toca carne: una mejilla, la comisura de un labio.

Marco está detrás de mí. Suspira, derrotado.

Teseo y Doríforo entran en tromba en la habitación.

—¿Quién eres tú? —pregunto a la persona que se esconde en nuestro armario.

—Es una chica —dice Teseo—. De unos dieciséis años.

—La esclava perdida de Sulpicio —digo yo.

No es una pregunta, así que nadie siente la necesidad de responder.

Encerramos a la chica en un dormitorio. Marco intenta explicarse.

El día después de que le quitásemos el tatuaje del omóplato, con resaca y sediento, se arrastró hacia el cruce de calles en busca de agua fresca. Llenó una vasija, pero estaba demasiado cansado para volver de inmediato. Esperó para recuperar fuerzas. Cuando estaba bebiendo agua y reuniendo fuerzas, oyó un estornudo. Cerca se volcó un ánfora, una de esas enormes que se usan para llevar vino o aceite de oliva por todo el imperio. En su costado había un agujero grande. Marco metió la cabeza y vio a la chica que estaba abrazándose las rodillas. De inmediato, supo quién era.

—La crucificarán si la cogen —dice—. Ya viste lo que les hicieron a sus padres.

—No podemos permitirnos atraer la ira del senador más poderoso de toda Asia —dice Doríforo—. Cada momento que ella esté bajo nuestro techo, nos ponemos en peligro. No hemos llegado hasta aquí, tan lejos, para que nos destruya una chica esclava. Debemos devolvérsela a Sulpicio.

—¡Cobarde! —le gruñe Marco a Doríforo.

La ligereza que sentíamos por la Saturnalia ha desaparecido. De nuevo estamos con los nervios a flor de piel..., como ha ocurrido desde que casi perdimos a Marco en Rodas. Y de eso se trata, de que Marco sobrevivió, y su amigo Orestes, en cambio, no. Fuimos siguiendo al eunuco Haloto hasta Asia y le preparamos una trampa en Rodas, pero él también nos seguía. Aunque conseguimos sorprender a Haloto, miembros de su culto, Torco, secuestraron a Marco y a su amigo. Salvamos a Marco, pero llegamos demasiado tarde para salvar a su amigo, que fue asesinado para contentar a un oscuro dios germano.

Marco no pudo salvar a Orestes, pero sí que podía salvar a aquella chica.

—Teseo —le pregunto—, ¿qué opinas?

—Estoy de acuerdo con Doríforo en que debemos tener mucho cuidado —dice—. Si la presencia de esta chica en nuestra casa es un peligro importante para nosotros, deberíamos devolvérsela a Sulpicio. Pero creo que el peligro ha pasado. Nuestro hogar ya ha sido registrado. Es muy improbable que lo vuelvan a hacer. Y ahora soy amigo de Minor. Tenemos a un hombre dentro, por así decirlo, si deciden registrar otra vez nuestro hogar.

—¿Qué me estás proponiendo? —pregunto.

—Yo solo puedo hablar por mí mismo —dice Teseo—, pero no quiero causar la muerte de una jovencita, sobre todo después de que Marco haya dado su palabra de protegerla. Propongo que ella se quede aquí, mientras siga ciertas normas. Y la más importante de todas es que no puede salir de esta casa. Nunca.

¿En eso me he convertido? ¿En dueño de una pensión para esclavos y libertos, marginados y fugitivos?

Asiento con la cabeza, pero corto a Marco antes de que pueda darme las gracias.

—Es un acuerdo muy frágil —digo—. Solo accedemos a mantenerla a salvo mientras el peligro para nosotros no sea grave. Eso podría cambiar. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Sacamos a la chica.

Le explico que la mantendremos oculta, de momento, pero que eso podría cambiar. Ella me da

las gracias, aunque no con tanta vehemencia como yo había esperado. Pero, claro, ha perdido a sus padres y ha pasado dos noches durmiendo en un ánfora vacía. Debe de sentirse exhausta y destrozada. De encontrarme en su lugar, yo lo estaría.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Olympias.

En cuestión de días, Olympias se ha convertido en miembro de nuestra tribu. Su presencia nos ha demostrado claramente lo que nos faltaba. Durante cinco años, mi mundo ha olido a cuero, a acero afilado y olor corporal mal disimulado. Ahora, siete días después de aceptarla, caminar por nuestra casa es como andar por un prado primaveral. Hay flores en todas las habitaciones, una hazaña en sí misma, considerando que a ella no se le permite salir de nuestro hogar. Y el incienso que quema es más fresco, menos medicinal que el que quemábamos antes. Dos veces he cogido a Teseo cogiendo aire y luego suspirando como un jovencito enamorado. Ayer ella se ofreció a peinarme bien y a recortarme la barba, no porque sea esclava, sino porque tiene instinto maternal. Sintió compasión por el hombre ciego y despeinado que recorría las habitaciones de nuestro hogar.

Mientras me quitaba un enredo grande y pegajoso de debajo de la barbilla, le pregunté:

—¿Tan desagradable soy?

—No, desagradable no —dijo ella—. Pero se puede mejorar.

Doríforo se mostró escéptico al principio, pero ahora es su mayor defensor. Ella solo tuvo que reírle las bromas, maravillarse ante sus impresiones, aplaudir sus disfraces. Es actor, después de todo. Incluso ha apreciado su creación más reciente, un persa llamado Ciro, y le ha dado unas indicaciones de cómo hacer más creíble el disfraz.

El mayor impacto, sin embargo, ha sido en Marco. Es feliz de nuevo, por primera vez desde Rodas. Le oímos hablar con Olympias (¡hablar!), en lugar de permanecer en un hosco silencio. Incluso le oí reír el otro día. Supongo que ella es un par de años mayor que él. Él intenta impresionarla con historias de los sitios donde ha estado y lo que ha visto. Pero, por suerte, a ella no le ha dado por adular al chico rico que la recogió.

—Yo vivía en Alejandría —le oí decir anoche.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es muy bonito. Es la ciudad más bella del imperio.

—He oído decir que hay muchas serpientes. No me gustan las serpientes.

Marco tuvo que reconocer que era verdad.

—No, a mí tampoco me gustan las serpientes.

Esta noche, después de que Marco y Olympias se hayan ido a dormir, Teseo y yo discutimos sobre la nueva mujer que hay en nuestras vidas.

—Has educado a Marco para que sea un patricio, y va y se enamora de una esclava... Se parece a ti.

Asiento.

—Supongo que sí. —Mi primer amor fue una esclava. Se llamaba Acté—. Olympias me recuerda a ella.

—¿Porque sabe manejar a un adolescente rijoso?

Sonríó.

—En parte. Sí.

Olympias es inteligente y maravillosamente observadora. Noto sus ojos clavados en mí, intentando descifrar al excéntrico senador de Hispania. Me hace preguntas, intenta saber más, sutilmente. Debe de saber que hay algo más, aparte de las cosas que admitimos.

Hoy me ve cruzar la habitación sin Doríforo, usando solo mi bastón.

Tap, tap, tap.

No puede evitarlo.

—Amo Ulpio...

—Yo no soy tu amo, Olympias. Solo eres mi invitada. Puedes llamarme Lucio.

—Lo siento am..., lo siento, Lucio —dice ella, torpemente—. Normalmente haces que tu liberto te ayude a andar. Pero ahora mismo has ido andando sin él, como si pudieras ver.

—Sí.

—¿Y cómo lo has hecho?

—Es lo que nos faltaba en nuestra casa. Alguien que me apreciara. ¿Piensas que Teseo o Marco admirarían a un hombre ciego que atraviesa una habitación? No, son inmunes a mis hercúleos esfuerzos diarios.

Ella se echa a reír. Dioses, qué bonito es oír reír a una mujer.

—Como me lo has preguntado tan amablemente, te lo diré. —Le hago señas de que se siente a mi lado. Sostengo mi bastón en el aire—. Como ves, querida, he cogido mucha habilidad con el bastón. Puedo dar unos golpecitos, así —y doy tres golpecitos en el suelo, y luego lo muevo de un lado a otro—, y también moverlo de lado a lado. Haciendo esto, capto cómo es el terreno, y puedo notar los objetos que me bloquean el paso. No solo se trata de que el bastón dé con un objeto o un bache en la carretera. Es el sonido que hace el bastón el que me da confianza para moverme hacia delante, o me avisa de que debo proceder con cautela. Cuando el terreno es nuevo, debo moverme con lentitud. Pero he cubierto todo el terreno de este alojamiento ya muchas veces, y tengo un mapa mental, aunque sea rudimentario.

—Impresionante —dice ella.

—Ah, no estoy seguro de que sea impresionante. No felicitarías a un pájaro por mover las alas, en lugar de caer en picado y matarse, ¿verdad?

Olympias es una alegría en nuestra casa. Sin embargo, ella está muy preocupada por su hermano Alexander. Constante e insoportablemente preocupada. Agradece nuestra generosidad por aceptarla, de modo que hace un gran esfuerzo para asegurarse de que no pagamos el precio emocional de su estado. Pero su dolor resulta obvio. Lloro casi cada día. Lo hace en privado, pero la oímos a través de estas paredes finas como el papel.

La mejor noticia que puede recibir es no recibir ninguna noticia, en absoluto. Si su hermano ha podido escapar de los gladiadores de Sulpicio y huir de la ciudad, solo se confirmaría mediante un silencio ininterrumpido. Y si tiene éxito y huye de Antioquía, existen pocas probabilidades de que ella le vuelva a ver algún día. Si lo descubren, sin embargo, a juzgar por el trato que dio Sulpicio a sus padres, el chico tiene pocas posibilidades de sobrevivir.

Esas son las dos opciones que se abren ante ella: Alexander vive, pero ella no lo vuelve a ver nunca más, o bien lo descubren y lo crucifican. Vaya dilema para una chica de dieciséis años,

sobre todo después de haber perdido a sus padres este mismo mes.

Por la noche recibo una carta.

—¿De quién es? —pregunto.

Oigo que Doríforo desenrolla el papiro.

—Del senador Sulpicio.

Doríforo me lee la carta. Es una invitación para que visite su hogar.

—¿Qué espera conseguir este hombre invitándome a su casa, por Júpiter?

—La invitación no es solo para ti, sino también para Teseo —dice Doríforo.

—Ah, claro. Su gladiador Minor le debe de haber hablado de Teseo. Quiere que el gladiador romano retirado vaya a enseñar a sus luchadores de pacotilla provincianos a ganar.

—Puedo ir —dice Teseo—, pero ¿no existen riesgos en que vayas tú? ¿Por qué darle la oportunidad de averiguar quién eres en realidad?

—No sé a qué te referes, Teseo. Soy Lucio Ulpio, hispano. Rey de los olivos. Además, me aburro. No me niegues la oportunidad de escapar de este pequeño alojamiento.

El recinto de Sulpicio está a menos de una milla al norte de los límites de la ciudad. Llegamos a mediodía.

Nos saluda un esclavo que nos lleva ante su amo. Oigo el sonido hueco de nuestros zapatos en el suelo del atrio antes de salvar unas escaleras, y luego el sonido de madera que cruje contra madera, y hombres que gruñen, que gritan, que silban y que se ríen.

—Estamos en un balcón —dice Doríforo— que da al campo de entrenamiento. Dos gladiadores están luchando.

El látigo del *doctore* resuena abajo.

—¿Eres un inválido?

La voz es profunda y rasposa, como piedrecillas bajo la rueda de una carreta. Sulpicio.

Sulpicio seguramente me conocería en Roma. Pero no me preocupa que me reconozca. Fue hace muchos años, y yo no soy en absoluto el que fui antes. Soy como un trozo de gamba pelada antes de que Teseo la arroje a la sartén. La gente solo nota lo que me falta: los ojos.

—Sí, soy ciego —digo a Sulpicio—, pero no un inválido. Lucio Ulpio —digo, y le tiendo la mano.

Él no la coge.

—¿Por qué has venido a ver a mis luchadores, si no puedes verlos?

—Puedo oír lo que tú ves —digo.

—¿Ah, sí?

—Ponme a prueba.

—Está bien —dice Sulpicio.

Ruge a su *doctore*, que está abajo, y que a su vez ladra unas instrucciones a sus hombres.

Oigo pies que rozan el suelo arenoso del campo de entrenamiento, mientras dos luchadores ocupan sus posiciones. Doríforo está detrás de mí, tal y como habíamos planeado. Me toca el codo izquierdo y la cadera derecha. Según el sistema que hemos ensayado antes, el codo izquierdo significa un luchador del tipo gálico. Cadera derecha significa clase de los hoplomacos, una

denominación de luchador muy poco usada.

—Un gálico y un hoplomaco —digo a Sulpicio—. Extraña pareja.

—¿Cómo lo has sabido? —Sulpicio no es capaz de esconder su sorpresa.

—Ya te lo he dicho —digo, señalando hacia mi oído derecho—. Puedo oírlo.

—Ha sido una casualidad afortunada.

—Si fuera una casualidad —digo—, sería muy afortunada, realmente.

Empieza la lucha. Los pies se deslizan por la arena; los gladiadores que están ociosos silban y susurran; ocasionalmente, se oye un resonar de madera contra madera.

Doríforo me toca el codo izquierdo y luego me da tres golpecitos en el hombro derecho.

—Una defensa efectiva de tu luchador gálico.

Otro que no es Sulpicio, quizás uno de sus esclavos, ante mi habilidad para seguir la lucha, murmura:

—Vaya...

Doríforo y yo continuamos. Él me señala cada ataque y cada defensa, y yo se las describo a Sulpicio. Es un buen truco. Pero, en realidad, no es demasiado difícil. Las luchas de gladiadores no son muy complicadas que digamos: ataques y defensas, ataques y defensas, hasta que uno de los dos hombres acaba victorioso.

—Basta —dice Sulpicio, y el *doctore* detiene la lucha.

Sulpicio me coge la mano y la sacude.

—Vaya oído que tienes.

Y así, Sulpicio y yo nos hacemos amigos. Nos lleva a dar una vuelta por sus instalaciones. Ha pasado de un extremo al otro. Antes pensaba que mi falta de vista me impedía saber nada del mundo físico. Ahora piensa que, a pesar de mi impedimento físico, lo capto y lo entiendo todo. Me pide mi opinión sobre mosaicos y esculturas, si el busto de su abuelo tiene algún parecido con él. (Incluso me deja un tiempo para que pase las manos por el mármol). Y me pregunta qué opino de la dieta de los gladiadores, o de cómo tratar una herida de su mirmillón favorito. En lugar de poner reparos, yo represento mi papel.

—Sí, sí, veo un parecido en la barbilla y en los ojos.

—Ah, sí, tiene mala pinta, tendrás que preguntarle a mi hombre, Teseo, cómo tratarlo.

Teseo y Minor se han reunido. Los dejamos hablar mientras Sulpicio y yo disfrutamos de la comida en el pórtico que mira al campo de entrenamiento.

Ya al final de nuestra comida, se oye una conmoción abajo. Doríforo se inclina y me susurra que cuatro visitantes están entrando en el campo de entrenamiento por unas puertas dobles. Comerciantes, dice Doríforo, por sus ropas bastas y su falta de oro. Llevan un caballo entre ellos. Sentado encima va un chico de unos catorce años, con las manos atadas a la espalda y un trapo tapándole la boca.

—Parece asustado —susurra Doríforo.

—¡Amo! —chilla un esclavo desde abajo—. Estos hombres han encontrado a Alexander.

—¡Excelente! —ruge Sulpicio, que se pone de pie junto a nuestra mesa—. ¿Dónde se escondía este maldito chico?

—En nuestro almacén, senador. Le hemos cogido intentando ocultarse en un carruaje que se dirigía al puerto.

—¿Y su hermana? ¿Alguna señal de ella?

—Ninguna. Solo hemos encontrado al chico.

—¡Que se adelante ese pequeño sinvergüenza! —chilla Sulpicio.

Oigo los ahogados gritos de resistencia de Alexander, mientras le arrastran por la arena.

—Que hable. Quitadle el trapo —dice Sulpicio—. ¿Dónde está tu hermana, chico?

—No lo sé. —La voz de Alexander tiembla por el miedo.

—Me lo dirás, chico —dice Sulpicio—. Tengo la manera de conseguir que hable la gente.

Oigo que el chico empieza a sollozar.

—A lo mejor dice la verdad —le digo a Sulpicio—. Si se separaron, es posible que no sepa hacia dónde huyó ella.

—Quizá —dice Sulpicio, en voz baja. Luego, en voz más alta, les dice a los hombres que están abajo—: Tú. ¿Cómo te llamas?

El mercader le da su nombre.

—Tendrás tu recompensa hoy, pero tu trabajo no ha terminado. Volverás a Antioquía y harás saber allí que este chico, Alexander, el esclavo fugado, será crucificado en el mercado mañana. A menos que aparezca su hermana. Si ella aparece, quizá vivan los dos.

Después de que el mercader se haya ido, le pregunto a Sulpicio:

—¿Crees que el plan funcionará?

—Nunca habrás visto a un hermano y una hermana más unidos que estos dos. Ella no querrá que le pase nada malo a su hermano..., si puede evitarlo.

—No veo qué importancia tiene —digo—, una chica esclava. Seguro que tú tienes muchísimos esclavos.

—Si un esclavo se escapa y consigue huir, da esperanzas a los demás. Piensan: quizá yo también me pueda salir con la mía. Si algún esclavo piensa eso, ya es malo. Pero si se les ocurre a tus propios gladiadores, entonces puede ser mortal. Ningún esclavo mío consigue escapar. Sin excepciones.

—¿Y matarás al chico si su hermana no aparece? —le pregunto—. He oído que planeabas entrenarlo como gladiador. Quizá tenga algo de talento. Sería una pena desperdiciarlo matándolo.

—Como he dicho, es mi política. Tendré que dar ejemplo con él.

—¡No puedes confiar en él! —Marco me coge el brazo, intentando que apoye su causa—. Díselo. No se puede confiar en Sulpicio.

Marco se ha apegado mucho a Olympias, no quiere perderla. A decir verdad, yo tampoco...

La chica está furiosa y llora.

—Ya he perdido a mis padres. No puedo perder también a Alexander.

—Pero Sulpicio podría matarte —dice Marco—. A pesar de su promesa.

—Si mata a Alexander —dice Olympias—, será como si me matara a mí también.

—Podemos rescatar a tu hermano —dice Marco—. Podemos entrar en el recinto de Sulpicio esta noche.

—No has visto como era aquello, Marco —replica Teseo—. Es imposible entrar sin ser visto.

—Eso es cobardía.

—¡Maldita sea, Marco! —digo yo—. No puedes usar siempre los puños. Hay que pensar. ¿No

has aprendido eso todavía?

Marco sale hecho una furia.

—Por favor, amo Lucio. —Olympias me coge del brazo—. Tienes que dejarme que haga esto. No puedo dejar morir a mi hermano.

Olympias es una esclava. Pide permiso para todo..., incluso para poner fin a su huida.

—Es una tontería tomar una decisión ahora —digo—. Lo que os propongo es esto: te escoltaremos mañana hasta el mercado. Te llevaremos disfrazada, y te dejaremos que tomes tú la decisión de revelarte o no.

—Gracias —dice Olympias, y me besa en la mejilla—. Gracias.

Toda Antioquía ha aparecido para no perderse la oportunidad de ver crucificar a un muchacho. El foro, según Doríforo, está rebosante de gente. Noto su gran número, el pulso de la multitud en torno a nosotros, mientras nos abrimos camino hacia el mercado. El estado de ánimo general es sombrío, pero también hay la sensación de expectación que se suele notar en las multitudes, de violencia que burbujea por debajo de la superficie, como una olla a punto de hervir.

Hemos venido los cuatro con Olympias. Vamos armados con una espada o una daga metida en el cinturón, aunque yo probablemente me haría más daño a mí mismo que a un posible oponente, si la usara. Olympias va cubierta con un manto con capucha. Se propone descubrirse, pero, con la cara oculta, podría cambiar de opinión hasta el último momento.

—Hay una plataforma al otro lado del mercado —dice Doríforo—. Sulpicio está encima, con el chico. Y sus gladiadores. Hay docenas.

—¿Y el gobernador? —pregunto yo.

—Está ahí también. Está en un estrado aparte, con sus soldados.

—Bien. Quizás haya cierto orden. ¿Qué aspecto tiene el gobernador?

—Aburrido. Como si pensara que el sol brilla demasiado y quisiera meterse dentro.

Nos abrimos camino más cerca de la plataforma. La profunda voz de barítono de Sulpicio atraviesa el foro.

—¡Es la sexta hora! —grita—. ¡Si estás aquí, Olympias, habla ahora! De otro modo, fiel a mi palabra, ¡tu hermano morirá!

—Está sujetando un cuchillo junto a la garganta del chico —susurra Doríforo.

—Por favor, no... —susurra Marco detrás de mí—. No se puede confiar en él.

Noto que Olympias pasa a mi lado.

Ella grita:

—¡Alto! ¡Estoy aquí!

—Se ha quitado la capucha —dice Doríforo—. Sulpicio ha bajado el cuchillo.

Hay una conmoción a nuestro alrededor, no el flujo y el reflujo normales de una multitud. Esto es algo distinto.

Oigo que se desenvainan espadas. Un hombre grita de dolor. Alguien me coge por los brazos, me arroja al suelo y me arrastra hacia el estrado. Caigo en el suelo de madera del estrado y noto que el frío acero me toca el cuello.

Otro hombre grita de dolor.

Parece que a Teseo no ha sido tan fácil someterlo como a mí.

—¡Suelta tu arma o tu patrón morirá! —chilla Sulpicio.

Silencio.

La multitud espera a ver si Teseo rinde su espada.

Sulpicio debía de tener gladiadores ocultos entre la multitud. Supongo que sospechaba que Olympias había recibido ayuda para mantenerse escondida tanto tiempo.

—¡Alto!

Una nueva voz. Una voz molesta y que rezuma autoridad. ¿Ha decidido nuestro gobernador hacer algo más que observar? Quizá fuera nuestra única esperanza de sobrevivir a la brutalidad de Sulpicio.

Un cuerpo cae junto a mí. Un gemido claro me dice que es Doríforo.

—El gobernador ha bajado de su estrado —me dice—. Sus soldados tienen las armas desenvainadas. Yo diría que debe de haber tantos gladiadores como soldados. Si va a haber una pelea, será un baño de sangre.

—Sulpicio —dice el gobernador—, ¿qué es todo esto? Yo pensaba que buscabas a un esclavo, no que te proponías empezar una revuelta.

—Estos hombres —dice Sulpicio, con la voz temblando de rabia— me han engañado. Han ocultado a mi esclava, ¡mi propiedad!, mientras disfrutaban de mi hospitalidad.

—Gobernador Cómodo —digo yo, todavía de rodillas—. Es un placer conocerte. —Me pongo de pie, despacio—. Soy el senador Lucio Ulpio Trajano. Lamentablemente, no he tenido la oportunidad de conocerte antes de estos desafortunados acontecimientos.

—¿Un senador? Nunca había oído hablar de ti.

—¿No? Qué lástima. Debemos de tener algún amigo común, dado tu ilustre cargo. —El gobernador no parece haber entendido mi alusión, de modo que añado—: Me refiero al emperador, por supuesto.

—Ya veo. Cuentas al César Vespasiano entre tus amigos, ¿no?

—Sí, claro. Nuestra familia le respaldó desde el principio, cuando aspiraba al principado. Te invitaría a escribir a Roma para confirmarlo. Espero —añado— que, entre tanto, un gladiador díscolo no me rebane la garganta.

Más silencio cuando nuestro gobernador intenta hacerse cargo del senador ciego y hablador que tiene delante.

—Me pregunto una cosa, gobernador —digo—. Como ves, no tengo el beneficio de mis ojos, pero sí que creo que la mitad de Antioquía contempla atentamente los asuntos romanos, cosa que, según creo, podemos estar de acuerdo en que no es asunto de ningún provinciano.

—Pues sí —dice el gobernador.

—Y este sol me abrasa terriblemente. Quizá podríamos encontrar un lugar a la sombra y tomar una copa de vino para discutir todo esto como romanos civilizados, y no como bárbaros que ponen cuchillos en la garganta del otro...

—Sí —dice otra vez—. Estoy de acuerdo. Absolutamente. Sulpicio, que tus hombres depongan las armas de inmediato.

—Dos de mis gladiadores han resultado heridos, gobernador. Parece que uno de ellos podría morir. El liberto de este hombre es el culpable.

—En lo que respecta a esclavos muertos —dice el gobernador—, parece que tienes muchos, este mes. Pero eso no es asunto mío. Discutiremos esto como caballeros. Haz que tus gladiadores

vuelvan a su recinto. Ahora mismo.

Pasa un momento incómodo en el que Sulpicio sopesa sus opciones. Si Sulpicio fuera listo, habría seguido inmediatamente las órdenes del gobernador. No se gana nada con hacerles la guerra a los soldados de Roma. Pero Sulpicio no es listo. Le domina el ego, y no la razón. Por un momento pienso que ordenará a sus gladiadores que ataquen. Si lo hacen, hoy se derramará una cantidad horrible de sangre.

Pero, al parecer, Sulpicio no es una criatura completamente dominada por el ego y el vicio.

—Ya habéis oído al gobernador —dice a sus hombres—. Deponed las armas.

Nos reunimos en la residencia del gobernador. Nos sentamos a la sombra, en torno a una mesa. La brisa que viene del río es fresca y agradable, pero no consigue calmar la ira de Sulpicio.

El gobernador habla el primero.

—Bien, Sulpicio, ¿por qué no nos explicas cuál es tu agravio? No estoy seguro de haberlo entendido bien antes. Había demasiado acero desenvainado...

—Sabía que mi esclava no podía haber estado oculta tanto tiempo como lo hizo sin la ayuda de alguien —gruñe Sulpicio—. Tenía gladiadores entre el público, esperando a ver con quién llegaba Olympias. Cuando ella se ha revelado, ellos han saltado encima de los hombres que la trajeron. Ese hombre, Ulpio —escupe el nombre—, no solo me robó a mi esclava para quedársela él, sino que visitó mi hogar y disfrutó de mi hospitalidad. Los dioses saben qué otras humillaciones había planeado.

—¿Es eso cierto? —pregunta el gobernador. Ahora está ligeramente interesado.

—Lo es —respondo.

Sulpicio golpea con la mano en la mesa.

—Pero —añado— no puedes echarme la culpa por no devolver a la chica. Mi sobrino la descubrió y la trajo a casa. Pero ella no es muy habladora que digamos. Fue después de la muerte de sus padres, y estaba terriblemente acongojada. Y nosotros éramos nuevos en la ciudad y no conocíamos los pormenores de los esclavos perdidos de Sulpicio. Pensamos: «Mira qué suerte, una esclava nueva», y la pusimos a trabajar.

—¡Mentiroso!

—Por favor, Sulpicio —dice el gobernador, ya cansado de la conversación—, no discutamos como niños.

Continúo, con una voz tan inocente como la de un niño.

—Y no puedes echarme la culpa, gobernador, por no ver la marca que indica que es propiedad de Sulpicio..., si es que la tiene. —Señalo mis ojos desaparecidos.

El gobernador se echa a reír.

—Muy cierto. Debes estar de acuerdo con eso, Sulpicio.

—En cuanto nos dimos cuenta de que la chica pertenecía a Sulpicio, la trajimos al foro, esta mañana. Y, gobernador, no olvidemos que estamos hablando de una propiedad..., ¡no de la Constitución! ¿Qué problema hay que no se pueda remediar?

—Tienes razón —dice el gobernador—. Bueno, Sulpicio, ya te han devuelto a tu esclava. ¿Qué precio quieres como compensación por tus problemas?

—Este hombre y su liberto deben ser arrestados.

El gobernador hace un sonido como un chasqueo de lengua, reprobando a Sulpicio.

—Vayamos hacia delante, no hacia atrás, ¿de acuerdo? Son ciudadanos romanos, y no serán arrestados por una escaramuza que ha acabado con unos cuantos pinchazos para tus gladiadores. ¿Y no están para eso los gladiadores, para recibir unos pinchazos?

—Tiene unos gladiadores maravillosos, gobernador —digo—. He tenido el placer de oírlos practicar. Siento muchísimo el malentendido y el daño causado. Para repararlo, estoy dispuesto a ofrecer cien mil sestercios.

El gobernador queda impresionado. Ahora se ha dado cuenta de lo rico que soy, y es de ese tipo de hombres a los que impresiona la riqueza.

—Una oferta más que generosa.

—Doscientos mil —exige Sulpicio.

—¿Por dos gladiadores heridos? —pregunto.

El precio es absurdo, pero ¿a mí qué me importa? Tengo una fortuna que no podré gastar en una vida entera.

—Bien —digo—. Es excesivo, pero deseo una reconciliación.

—Estupendo —dice el gobernador. Y murmura—: Bien hecho, Sulpicio.

—Y —digo—, ya que estamos, y ya que voy a hacerte más rico de golpe, ¿cuánto quieres por la chica y su hermano? Te han causado demasiados problemas para que los conserves. —Al gobernador le digo—: La chica hace una especie de té de canela sin el que no puedo vivir.

El procónsul suelta una risita.

—No está a la venta —dice Sulpicio, enfadado—. Ni tampoco su hermano.

—No seas tonto. Todo está a la venta —digo—. Di un precio.

La silla de Sulpicio se desliza hacia atrás.

He olvidado con quién estaba tratando. La lógica y la razón no son amigas de Sulpicio. Tendría que haber apelado a su ego, en lugar de llamarle tonto.

—Si quiero más dinero tuyo —dice Sulpicio—, lo tendré. Lamentarás haberte cruzado conmigo, Ulpio.

Oímos los zapatos de Sulpicio alejarse a lo largo de la columnata.

—Gracias, procónsul —digo, intentando ocultar mi frustración al tener que dejar a Olympias en manos de Sulpicio—. Tu intervención de hoy ha sido muy apreciada.

—Sí —dice el gobernador—, al final hemos conseguido tratarlo todo civilizadamente. Pero creo que deberías tomarte la observación que ha hecho Sulpicio cuando se alejaba como una amenaza.

—Ah, sí, estoy seguro de que lo era. Pero nada que no pueda manejar.

—Creo que tendrás que irte de Antioquía, y quizá de toda Siria, por ahora.

—¿Es necesario realmente?

Me muerdo la lengua. El gobernador es perezoso y débil, y en lugar de desarmar a Sulpicio por su insubordinación y sus amenazas, y despojarle de sus gladiadores, prefiere el curso de acción más fácil, es decir, expulsarme a mí.

—Me temo que sí, Ulpio. No lo hago sin lamentarlo. Veo que estoy diciendo adiós a uno de los pocos romanos auténticos a este lado del Adriático. Pero no puedo permitirme más disturbios en la zona. Necesito concentrarme en los rumores que vienen de Tracia.

—Ah —digo yo—. ¿Qué rumores?

El gobernador se inclina hacia mí. Apesta a ajo y a romero.

—Rumores de un hombre que asegura ser el propio Nerón en persona —dice en voz baja.

Mi corazón da un brinco.

—¿Otro falso Nerón?

El procónsul se ríe.

—Eres un auténtico amigo de Vespasiano, al hacer hincapié en la falsedad del impostor. Pero es un rumor curioso, ¿no? Nerón vivo y sano, conspirando para recuperar el trono...

—¿Crees que Nerón está vivo?

—No sé si está vivo el último de los troyanos. Pero este impostor más reciente, ciertamente, no es Nerón. —La voz del gobernador baja hasta convertirse en un simple susurro—. Tenemos a un hombre que desertó del ejército novato del falso Nerón. Llegó aquí, a Antioquía, hace tres días. Estaba herido, casi a punto de morir, y pidió hablar conmigo. Me dijo que el hombre que finge ser Nerón es un fraude. Un antiguo soldado, al parecer.

—Ah. —No puedo evitar inclinarme hacia delante, esperando impaciente más información.

El gobernador continúa.

—Ese desertor... había creído que el hombre que aseguraba ser Nerón era realmente Nerón. —Se ríe—. Siguió al impostor durante meses, ciegamente. Cuando descubrió la verdad, que el hombre que aseguraba ser Nerón solo era un impostor, intentó huir del campamento. Pero fue apuñalado y casi lo matan.

—¿Te dio el nombre del impostor..., su nombre real?

—Pues sí. —La voz del gobernador no es ya un susurro—. Lo tengo escrito en alguna parte. Pero créeme: no habrás oído ese nombre antes, nunca.

—Me gustaría hablar con ese desertor —digo—. Me interesa mucho lo que tenga que contar.

—No estoy seguro de que sea una buena idea —dice el gobernador—. El emperador es muy sensible a todo lo que respecta a los falsos Nerones. Ya sabes cómo se puso con lo del último. Probablemente, no debería haberte contado nada en absoluto. Estoy seguro de que sabrás guardarte para ti todo lo que te he contado.

—Por supuesto —digo—. ¿Y qué vas a hacer con esta información?

—Por el momento, nada —dice el gobernador—. Tampoco estoy seguro de lo que podría hacer. Tendré que confirmar esta información, antes de contárselo a Roma. Y ni siquiera sé cómo es ese falso Nerón. Estoy seguro de que todo se arreglará solo. —Da unas palmadas pidiendo más vino—. ¿Cenamos esta noche, antes de que te pongas en marcha mañana?

Marco está muy alterado. No puede aceptar que Olympias pertenezca a Sulpicio.

—No podemos hacer nada —le digo.

Marco lucha para contener las lágrimas. ¿Se ha enamorado de la chica, en tan poco tiempo? ¿Cuánto tiempo me costó a mí enamorarme de Acté? Una hora quizá. Dos, como mucho.

—Eres un cobarde —dice Marco, reviviendo nuestra discusión de ayer. Pero su voz ahora suena abatida, en lugar de furiosa.

—Sé que estás muy enfadado..., enfadado por haber nacido esclavo, enfadado por haber perdido a tu amigo en Rodas, enfadado por haber perdido a Olympias. Estás furioso con la crueldad de este mundo. Pero a menos que uno tenga un ejército, la fuerza bruta te consigue pocas cosas. Tienes que usar esto. —Y señalo mi sien derecha—. Necesitas aplicar la razón. Es la única

forma de distinguirte.

—No pierdas la esperanza —dice Teseo—. Esto no ha terminado aún. El resultado se ha aplazado, nada más. Te contaré una historia. Cuando empecé como gladiador, había otro esclavo, un galo al que todo el mundo llamaba Cucaracha, que se entrenaba conmigo. Era un palmo más alto que yo, y dos veces más fuerte. Mi amo de entonces mimaba a Cucaracha: comida, mujeres, vino... Mientras yo estaba apaleado y hambriento. Estaba destinado a ser víctima de la espada de Cucaracha. Cuando nos entrenábamos, Cucaracha me daba siempre una paliza. Me desarmaba y me golpeaba una y otra vez con su espada de madera. Yo habría llorado por las noches, pero estaba demasiado dolorido y exhausto para perder energías llorando. Mi primera pelea en Roma fue contra Cucaracha. Casi me mata. Si la multitud se hubiera salido con la suya, yo habría muerto aquel día. Cucaracha estaba a punto de rematame, y la multitud le vitoreaba, pero los dioses...o, mejor dicho, un dios intervino. Tendrías que haber visto a Nerón frente a la multitud. Era una fuerza de la naturaleza. Le habrían seguido si se hubiera tirado por un barranco. El César señaló que yo debía vivir. La multitud se agitó y gritó, pidiendo clemencia. Y viví. Nerón me compró ese mismo día. Me entrenó, me alimentó, me educó. Pasó más de un año antes de que peleara de nuevo en la arena. Yo era más fuerte, más rápido, estaba mejor entrenado. Años después, cuando ya me hice un nombre, me enfrenté con Cucaracha por segunda vez.

—¿Y ganaste? —pregunta Marco.

—Por supuesto, ganó él —digo.

—¿Y lo mataste? —pregunta Doríforo.

—Mejor que eso —dice Teseo—. Lo humillé. Jugué con él, como un gato con un ratón, y él me rogó que le perdonara la vida. Y gané, al final. Solo me costó tiempo. Y paciencia. Las auténticas victorias no se obtienen en un solo día. Tienes que tragarte el orgullo y la ira, y esperar.

—¿Me ayudarás a recuperarla? —pregunta Marco.

—Tienes mi palabra —dice Teseo.

—Todos nosotros lo haremos —digo yo.

Le doy una patada a Doríforo, que dice:

—Sí, claro, todos nosotros.

—¿Y qué pasa con ese falso Nerón? —pregunta Teseo. De repente, su voz suena cansada. Está cansado de perseguir enemigos por todo el imperio.

—Quiero hablar con el desertor. Quiero el nombre real del falso Nerón.

Hay luna llena, o eso me ha dicho Teseo. Él nos guía hasta la puerta de la prisión. Por lo que oigo, hay dos guardias.

—¿Quién anda ahí?

—Amigos —dice Teseo—. Amigos con dinero.

—¿Y eso?

—Hay dos guardias —susurra Teseo.

Probablemente, sean esclavos. Posiblemente, soldados. De cualquier manera, unas monedas no les vendrán mal.

—Nos gustaría ver al prisionero —digo—, el que está herido.

—No se permite a nadie ver al prisionero. Especialmente, a esta hora.

—Estamos dispuestos a pagar —digo yo.

—¿Ah, sí? —pregunta uno de los guardias.

—¿Cuánto? —pregunta el segundo guardia—. ¿Una moneda? Estaréis bromeando. Os costará mucho más que eso.

Teseo levanta una moneda de la mano. A la luz de la luna ellos no ven su color.

—No cualquier moneda —dice Teseo—. Mirad.

Y les arroja la moneda.

Uno de ellos la coge al vuelo y silba.

—Oro.

—A ver, trae aquí —dice su colega.

—¿Cuánto costará que nos dejéis pasar dentro? —pregunto.

Hay una larga pausa, mientras los hombres intentan pensar en el número más alto que se podría conseguir.

—¿Tres?

—Pondremos cinco para cada uno —digo—, pero nos tenéis que dejar un poco de intimidad con el preso. ¿De acuerdo?

Los dos guardias se echan a reír. Es el mejor día de su vida.

El único sonido que se oye dentro son los ronquidos de un hombre.

—Han traído un camastro a la celda —dice Teseo—. Hay un hombre echado en él. Parece herido.

Teseo me guía hasta un taburete cercano. Oigo que despierta al preso dormido.

El hombre se sobresalta. Empieza a gritar, pero el ruido queda ahogado enseguida por la enorme mano de Teseo.

—Necesitamos que te tranquilices —digo—. Si prometes bajar la voz, mi amigo te quitará la mano de la boca. Si no..., no estoy seguro de lo que pueda hacer.

—Está asintiendo —dice Teseo, oigo que suelta la boca del preso.

—¿Qué queréis? —pregunta.

—Un nombre.

El hombre bufa con desdén. Sabe a qué me refiero.

—Es un impostor. Pero supongo que ya lo sabéis. Si pensaseis que es Nerón de verdad, no querríais su nombre.

—Cierto. Muy astuto. —Decido hacerme amigo del desertor. Quiero algo más que un simple nombre—. He oído que eres un verdadero creyente. ¿Pensabas que ese hombre era el auténtico Nerón?

—Nerón es un dios —dice él—. Y está vivo. Lo sé.

—¿Ah, sí?

—Te estás riendo de mí —dice él—, pero yo conozco a Nerón. O más bien le conocía.

—No me río, amigo mío. Yo también creo que está vivo. ¿Cuándo viste por última vez al último de los troyanos?

—Él me tocó una vez, me tocó la mano. En Roma.

—Un acontecimiento de muy buen augurio.

—Así fue.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Durante su gira por Grecia.

—Ah, sí, ya veo. ¿Y cómo fue que te uniste al ejército del falso Nerón?

—Yo quería servir a mi emperador. Sabía que todavía estaba vivo. Lo sabía. Nerón nunca nos habría abandonado. Cuando oí decir que estaba vivo y en Tracia, con un ejército, me fui de Grecia..., dejé a mi mujer y a mis hijos, lo dejé todo, y le encontré en Tracia. Pero no era lo que yo había imaginado. Solo había unos doscientos hombres. No tenían más que un puñado de tiendas, el resto dormía bajo las estrellas. Sus armas eran viejas y oxidadas. Y el hombre que aseguraba que era Nerón estaba oculto la mayor parte del tiempo. Pero yo no perdí la fe. —Se ríe, despectivamente—. Como he dicho, apenas vi al impostor. De vez en cuando, se subía a una roca enorme que había en medio del campamento, y todos nos reuníamos a su alrededor.

—Ah, y entonces ¿qué hacía? ¿Pronunciaba un discurso?

—Más bien un sermón. Nos decía que había sido elegido por los dioses para enmendar una gran injusticia, y que nos contaría las grandes hazañas para las que estaba destinado. Nosotros salmodiábamos su nombre y maldecíamos al usurpador que le había quitado la corona. Uno de sus consejeros más íntimos era un sacerdote de Apolo. El sacerdote sacrificaba una docena de animales en aquella misma roca, y luego leía sus entrañas durante horas. La roca estaba manchada de rojo por la sangre.

—¿Y cómo descubriste que era un impostor?

—Aparte de aquellos sermones, yo nunca me había acercado a él. Cuando se subía a la roca, llevaba una corona de laurel y un manto púrpura. Tenía la barba roja y espesa. Representaba bien el papel. Pero esos sermones no bastaban para mí. Yo necesitaba acercarme a él. Tenía que hacerlo. Si conociste a Nerón, lo comprenderás. Sabrás la atracción que tiene. Una noche, me deslicé por el campamento hasta la tienda del impostor. La lona estaba iluminada desde dentro por la luz de las antorchas. Él estaba reunido con su *consilium*. Sabía que no debía espiarle, pero quería verle otra vez de cerca, oírle hablar, aunque solo fuera una vez. Me agachó sobre el suelo y levanté la tela de la tienda un poco, y miré hacia dentro.

—¿Y?

Su voz se enfurece.

—Era todo una mentira. En cuanto se quitaba el ropaje púrpura y la corona de laureles, no parecía un senador, ni mucho menos un dios. Y él y sus hombres hablaban de sus planes como forajidos, no como un emperador y su *consilium*.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Hablaban de los sermones, de cómo mejorarlos, de cómo hacer que resultasen más creíbles. Hablaban de qué ciudades tomar y de cuáles saquear, o de cómo engañar a más gente para que se unieran a ellos.

—¿Y oíste algún nombre?

—Sí.

—¿Qué nombre oíste? ¿Quién es el impostor?

—Eran todos antiguos soldados. Todos habían servido juntos. Se llamaban unos a otros por su antiguo rango. Sus hombres sobre todo lo llamaban centurión. —Bufa—. Un centurión normal y corriente.

—Pero ¿oíste su nombre?

—Sí. Terencio. Sus hombres le llamaban Terencio.

Terencio. El hombre a quien Marco llama el Zorro. El centurión que hace cinco años me sacó a rastras de la cama y ordenó a sus hombres que me arrancaran los ojos con unas espadas al rojo vivo. Quizá yo ya hubiera sospechado aquello, aunque nunca lo había dicho en voz alta. Hemos estado siguiendo a los hombres que me traicionaron por todo el imperio durante cinco años. Todos dejaron un rastro, excepto Terencio. Era lo bastante atrevido para sacarle los ojos al César. ¿Por qué no asegurar que él mismo era el propio César?

—¿Y qué plan tiene? —pregunto—. ¿Qué se propone hacer el falso Nerón?

—Matar a sus enemigos y recuperar el trono.

IV

YO, CAYO

79 d. C

DOMITILA

22 de agosto. Villa Pisón, Baiae

Descubren el cuerpo del enterrador el día de mi boda. Jacasta me trae la noticia, después de su visita diaria al mercado.

—Estaba flotando en el lago —dice Jacasta—, dentro de la muralla de ladrillo.

Estamos a la sombra de la columnata, junto al estanque de los peces. Las colas de las carpas rojas rompen la superficie con una salpicadura de agua.

—¿Estás segura de que era el mismo hombre que intentaba hablar conmigo tan desesperadamente?

Pienso en el hombre delgado que estaba de pie junto al estadio, en Puteoli, y al que impedían el paso los pretorianos, sujetándose el gorro verde. Parecía serio, esperanzado.

—Sí, señora —dice—. Yo hablé con los pretorianos que lo sacaron del agua. Tenía la cara muy hinchada y estropeada, pero lo reconocí del día de las peleas de gladiadores. Llevaba la misma túnica negra, calvo y con barba negra.

Yo me negué a verle porque la hermana del César no debe tener por costumbre reunirse con enterradores. Sin embargo, ahora que se ha ido, la decisión me parece cruel.

—Era de Reate, ¿verdad?

Reate era la ciudad de nacimiento de mi padre. Todavía tenemos un hogar familiar allí.

Jacasta se encoge de hombros. No se acuerda de dónde era.

—Me gustaría verlo —digo.

Livia, la doncella que se encargó de hablar con el enterrador, puede oír la conversación. Dice:

—No hay necesidad, señora. No deberías acercarte a un enterrador, ni siquiera a uno muerto.

Jacasta está de acuerdo, aunque de mala gana.

—Tiene razón. Y no tenemos pretorianos suficientes para escoltarte —dice—. Los han llamado para ayudar a sacar al enterrador del lago.

Más allá de la columnata, andando por el jardín bajo el sol inclemente del verano, está el bátavo. Desde su derrota, Tito lo ha puesto a trabajar como guardia imperial.

—Podemos llevarlo a él —digo, señalando al bátavo.

En los barracones de los pretorianos, nos escoltan a los establos. Encontramos a Virgilio y a los tres pretorianos de pie junto a un cuerpo desnudo.

—Señora —dice Virgilio—, esto es inesperado. —Hace señas a sus soldados de que nos

dejen espacio y, con la mano en mi brazo, me aparta del cadáver—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verlo —digo, volviendo a acercarme al cuerpo sin vida.

—¿Ah, sí? —Virgilio parece confuso—. ¿Le conocías?

—Eso creo —digo—. ¿Puedo verlo más de cerca?

Él asiente de mala gana y nos dirigimos hacia el cadáver.

La piel del hombre parece de reptil, casi verde, y está hinchado. Unos mechones de pelo negro sobresalen de sus sobacos, le cubren el paquete y la polla encogida. Los pies apuntan en distintas direcciones. Parece más anguila que humano.

Aun así, su barba y su cabeza calva son inconfundibles.

—Yo le conozco...

—¿Quién es?

—Intentó hablar conmigo un par de veces. Es..., era enterrador. Le dijo a mi doncella que tenía una información importante para mí. Pero... —mi voz empieza a sonar a la defensiva— no puedo contar el número de veces que he oído algo semejante. Pensaba que era un simple oportunista y no quise reunirme con él.

Virgilio asiente.

—¿Ha sido asesinado? —pregunto.

—No lo sé —dice Virgilio—. Tiene un corte en la frente, pero solo hemos encontrado eso. Creo que lo más probable es que estuviera andando por el rompeolas, resbalara, se diera en la cabeza y se ahogase.

Virgilio me mira, comprensivo. ¿Parezco triste? ¿Culpable?

Quizá me sienta algo culpable. No estoy segura de que, si hubiera hablado con el enterrador, hubiese impedido su muerte. Pero no podía hacer más de lo que hice.

Virgilio dice:

—No me preocuparía por eso, señora. Lo más probable es que fuera lo que esperabas: un oportunista. Y que su muerte no tenga nada que ver contigo. Era solo un hombre que no pudo mantener el equilibrio.

—Ven, señora —dice Jacasta, cogiéndome del brazo—. Tenemos que planificar muchas cosas hoy.

—Ah, sí —apunta Virgilio, levantando sus blancas cejas—. La boda. Espero con ilusión ese momento.

Nerva viene por la tarde, mientras están dando los últimos toques al vestido de novia. Livia sujeta un espejo, y dos costureras están de rodillas midiendo la tela y cosiéndola.

—¿Qué quiere? —le pregunto.

—Dice que tiene noticias del soldado perdido —dice Jacasta—. Julio Caleno.

¿Perdí un enterrador y recupero a mi veterano perdido?

—Déjale pasar.

Nerva entra en el *tablinum* con determinación, dando unos pasos tan largos como le permiten sus cortas piernas. Su esclavo le sigue de cerca. Se detiene y hace una reverencia.

—¿Tienes noticias de Julio Caleno?

—Sí, señora —dice—. Es solo un detalle, pero es prometedor.

—¿Bien?

—He recibido noticias de un acreedor en Benevento. Decía que un hombre pedía un crédito citándome a mí. Le dio el nombre de Caleno, y coincide con la descripción de nuestro amigo común.

¿Ahora resulta que Caleno es nuestro amigo común?

—Creía que pensabas que Caleno estaba en una taberna en algún sitio, emborrachándose...

Nerva se inclina ligeramente.

—Al principio, señora. Pero, como su ausencia continúa, he empezado a preocuparme. Hice que lo buscaran mis ojos y mis oídos. Ahora mismo solo tenemos una ligera idea de su paradero, pero es un comienzo.

—Gracias, Nerva. Espero tener más noticias.

—Encantado, señora. —Su sonrisa no llega a sus fríos ojos—. Como he dicho, estoy aquí a disposición del principado, por si me necesitáis. Mis ojos y mis oídos podrían tener un buen uso. Y han visto muchas cosas, estos últimos días...

Eso está destinado a provocarme. Nerva quiere que le pregunte: «¿Y qué cosas son esas, querido Nerva?». Y quiere ser recompensado por las respuestas que me dé. Consulados, gobiernos, sacerdocios. Eso le funcionó en el pasado, con Nerón. Y al principio del reinado de mi padre. Ayudó a desenmascarar a senadores o a unos caballeros traidores, y recibió su recompensa.

Pero me pregunto qué parte de la información de Nerva es real y cuánta es inventada. ¿Por qué ha venido hoy Nerva? ¿Realmente ha tenido noticias de Caleno? ¿O ha sido todo inventado, para poder traspasar mi umbral?

—Muchas gracias por la oferta —digo, sin comprometerme.

Él hace una reverencia y se vuelve para irse.

—Nerva —digo, y vuelve la cara hacia mí—. ¿Estabas acaso hablando con Domiciano en los juegos?

Él sonríe.

—Pues... sí. Hablé con Domiciano.

—Me pregunto por qué. ¿Qué podéis tener en común Domiciano y tú? Tú eres un político. Y Domiciano no.

Nerva sigue sonriendo. Parece, quizá por primera vez, que no encuentra la palabra adecuada.

De repente, a Livia se le cae un espejo. Grita e inmediatamente se disculpa. Todos la miramos cuando lo recoge. Una grieta larga corre de una esquina del espejo a otra.

—Lo siento mucho, señora.

—No te preocupes, Livia —digo—. Tenemos más, estoy segura.

Livia inclina la cabeza y sale corriendo a buscar otro espejo.

Me vuelvo a Nerva.

—¿Por dónde iba?

—Te preguntabas por qué hablaba yo con tu hermano. En realidad, señora, estaba buscando el consejo de tu hermano. Entiende mucho de peleas de gladiadores; en cambio, yo soy bastante ignorante.

—Ya veo —digo—. Bueno, pues fuiste a hablar con el hombre adecuado. Las peleas es una de las pocas cosas que mi hermano conoce bien.

Cuando Nerva ya se ha dado la vuelta para retirarse, pregunto:

—¿Te veremos en la boda?

Nerva hace una mueca.

—Creo que no estoy invitado.

BARLAAS

22 de agosto. Baiae, la bahía de Nápoles

El almirante Secundo entra veloz por la puerta. Casi ni se fija en el doctor que está sentado en el borde de mi cama, cambiándome los vendajes de la herida.

—Me han informado de que estás demasiado enfermo para asistir a la boda —dice el almirante.

Empieza a recorrer mi habitación, escrutando cada artículo, como si pudiera encontrar una daga con la etiqueta «para el vientre del César» en un estante.

Yo hago una mueca cuando el doctor quita el vendaje.

—Sí —digo—, como puedes ver, no estoy muy bien.

—Sin embargo, has podido asistir a los juegos de gladiadores...

—He empeorado.

—¿Y cómo está Manlio, tu centurión?

—Vivo —digo—, pero consumido por la fiebre. No hace más que decir un nombre de mujer. Un amor perdido de su juventud en Alejandría, quizá.

El almirante mira al doctor, que asiente, de acuerdo con mi relato. Se sienta en la silla junto a mi cama y me mira a los ojos.

—Es el momento —dice, muy serio.

—¿El momento de qué?

—De decirme lo que sabes. Dime quién te atacó y por qué.

Incapaz de mirar al almirante a los ojos, observo al doctor, veo cómo trabaja.

—No sé de qué estás hablando. Me atacaron unos bandidos.

—Estás en una situación difícil —dice el almirante—. Eso lo entiendo. Sientes lealtad hacia tu tierra natal, hacia los tuyos. Sin embargo, tienes amigos aquí en Roma.

Sigo mirando al doctor.

—¿Qué pasa con el senador Sulpicio? —pregunta el almirante.

—¿Quién es el senador Sulpicio? —le pregunto yo—. Todos los romanos me parecen iguales.

El almirante se echa atrás en su silla y se rasca la barba blanca.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunta—. ¿Treinta años?

—Serán veintinueve en octubre —digo.

El almirante sonrío.

—Veintinueve años. Y de mala gana, si vas contando los números con tanta precisión. No puedo culparte por ir contando los años. Yo también lo haría, si estuviera retenido en Partia contra mi voluntad. Pero ¿te ha faltado algo, durante esos veintiocho años? ¿No has tenido esclavos y bellos hogares? ¿No se te ha tratado como a un hombre de sangre real, como te mereces?

—Que se jodan tus esclavos y tus bellos hogares —digo, entre los dientes apretados—. Soy un rehén, poco más que un esclavo.

El doctor termina y se va de la habitación discretamente.

—¿Acaso te ha puesto cadenas algún romano? —pregunta el almirante, fingiendo confusión—. No, ya me lo imaginaba. Si tienes alguna queja por ser un rehén, creo que le corresponde recibirlas a tu hermano, el rey Vologases.

Pienso en esa maldita tienda, hace tantos años. Yo de rodillas ante mi medio hermano, con el pecho hinchado. El olor a aceite de crocus y a carne quemada. Una lámpara que crepitaba, al oscilar.

—Los Flavios han sido buenos contigo, Barlaas. Y, sin embargo, tú retienes información importante.

—No los veintiocho años —digo.

—¿Cómo?

—Vine aquí bajo el reinado de Nerón.

La cara del almirante se endurece ante la mención de Nerón. Es una oportunidad para volver las tornas. Para distraer.

—¿Por qué todos los romanos parece que han visto un fantasma, cuando se menciona el nombre de Nerón? Sé que los pobres de la calle piensan que Nerón va a recuperar su trono, pero yo no creía que tú, el gran almirante, hiciera caso de la Sibila.

El almirante frunce el ceño.

—Nerón se ha ido —dice—. Los Flavios gobernarán durante una generación.

—Hay un hombre al otro lado del Éufrates, a la cabeza de un ejército, que no estaría de acuerdo contigo.

El almirante respira agitadamente.

—¿Es ese el plan? ¿Ayudar al falso Nerón a recuperar el trono?

Yo me echo a reír.

—Triste día aquel en que el famoso almirante delira como un lunático.

El almirante me golpea en el pecho con su gordo dedo.

—¿Por qué no vas a la boda, Barlaas?

—Ya te lo he dicho. No me encuentro bien.

—¿Quién te atacó?

—Unos ladrones.

Estamos en un callejón sin salida.

El almirante cambia de rumbo. Se pone de pie y se aleja hasta la otra pared. Allí, en un estante, se encuentra una figura de un cocodrilo tallada en ámbar. Una baratija que ni siquiera recuerdo de dónde viene.

—¿Sabías —me pregunta— que el cocodrilo, después de darse un festín de pescado, tiene restos de comida atrapados entre los dientes? Y hay un pájaro que camina entre las hileras de

dientes afilados y mortales, quitándole esos pedacitos de comida. Una forma muy peligrosa de ganarse el pan. Pero el pájaro está acostumbrado al peligro. No lo ve.

El almirante coge la talla y la admira.

—Se me ocurre que la precaria situación de un rehén en Roma es similar a la del ave que camina por dentro de las mandíbulas del cocodrilo. Se olvida de que su vida se podría perder fácilmente si lo decidiera así el cocodrilo.

—¿Y tú eres el cocodrilo?

El almirante vuelve a dejar la figura en el estante.

—Roma es el cocodrilo. Yo soy solo uno de sus muchos dientes afilados. Intenta no olvidarlo.

Cuando se ha ido el almirante, llamo a Sinnaces.

—No vas a la boda mañana —digo.

—Sí, sí que voy.

—No, no vas a ir.

—Tengo que ir.

Miro al chico, intentando calibrar su expresión. ¿Es simplemente el deseo de no perderse una ocasión social, o hay algo más? Han prometido dejar a Sinnaces fuera de esto. ¿Me he equivocado al confiar en ellos?

—¿Por qué? —le pregunto—. ¿Por qué tienes que ir?

Hace una pausa más larga de lo que sería conveniente.

—¿Por qué tienes que ir, Sinnaces?

—Te demostraré que estás equivocado, Barlaas —dice, y se va corriendo.

CAYO

22 de agosto. Villa Cerialis, Nápoles

La boda se celebra en el hogar del general Cerialis, una villa al borde del mar, en las afueras de Nápoles. El novio está en el muelle cuando llegamos: saluda a los invitados a medida que van llegando. Va vestido con una bonita túnica de seda, de color rojo oscuro, el oro adorna su cuello y sus muñecas, y brilla a la luz de las antorchas como un pez en el agua. Estrecha la mano de todos los hombres vigorosamente, con una sonrisa de oreja a oreja.

Debe de haber unos doscientos invitados, solo los más cercanos al emperador están presentes. El tío Plinio ha conseguido persuadir a Tito de que no invite a los emisarios partos. Ha habido una pelea entre Ulpio y el tío Plinio sobre ese tema. Ulpio ha dicho que sería muy desconsiderado no invitar a los partos. En cambio, el tío Plinio pensaba que era peligroso. Cree que el hecho de que Barlaas no asista significa algo.

—Oculta algo, César —le dijo al emperador.

Es testimonio de su larga amistad que el César haya decidido no hacerlo. Y, además, se ha alegrado mucho de poder insultar a los partos, después de que le hubieran engañado para conseguir llevarse a su secretario favorito, Ptolomeo. Tito ha demorado la entrega de Ptolomeo hasta esta mañana, pero su orgullo ha superado al amor que siente por el muchacho. No quería parecer débil echándose atrás de la apuesta que había perdido.

Sinnaces será el único parto que asista. Normalmente no sabes que estás viendo a un parto, porque suele ir vestido y afeitado como un romano. Pero esta noche parece que ha descubierto su herencia. Va vestido de parto, con pantalones, una túnica media y una daga sujeta al cinturón.

La novia y su familia llegan por mar; dos barcos en total, llenos de familiares, amigos y otros invitados, que se deslizan en la bahía después de que oscurezca, con todos los muelles bañados por la luz amarilla de las lámparas. Los barcos se han despojado de cualquier recuerdo de su uso original, que era la guerra, y se han convertido en embarcaciones de placer, con asientos tapizados y bien aprovisionados de vino y tanques de agua de mar, llenos de ostras y otros alimentos locales. Esta noche, después de la ceremonia, los barcos llevarán a todos los invitados a la bahía a dar un paseo..., a beber y relajarse hasta el amanecer.

El tío Plinio y yo seguimos a la fila de invitados desde el muelle hasta la casa y luego el jardín. Un sacerdote está de pie en el extremo más alejado, y una docena de pretorianos armados están mezclados entre la gente.

El tío Plinio encuentra a Virgilio entre la multitud.

—¿Son todos los hombres que has traído?

—Es una boda, almirante —dice Virgilio, sonriendo—. Pensaba que había traído demasiados. El tío Plinio frunce el ceño.

—Virgilio, ya sabes que yo...

Virgilio pone una mano en el hombro del tío Plinio.

—Cálmate, almirante. Te estoy tomando el pelo. Hay el doble de soldados fuera, dispuestos a intervenir si fuera necesario.

Más tranquilo, el tío Plinio asiente.

El jardín continúa llenándose de invitados. Conversaciones tranquilas y fáciles llenan la noche.

Encuentro a Sinnaces saliendo del jardín y corro a reunirme con él.

—Sinnaces —digo, y le cojo por el brazo.

Sinnaces se detiene, pero no me mira a los ojos.

—¿Qué quieres, Cayo?

—¿Adónde ibas? La ceremonia está a punto de empezar.

—Adiós, Cayo —dice, y se va corriendo.

—Qué raro... —murmuro yo para mí.

Encuentro al tío Plinio y le tiro de la manga.

—He tenido una conversación muy extraña con Sinnaces —susurro. Empiezo a explicárselo, pero se inicia la ceremonia antes de que pueda terminar.

En un extremo del jardín, frente al sacerdote, aparece la novia, del brazo del emperador. La multitud se queda en silencio.

Ella está increíblemente guapa. Tiene el pelo color almendra rizado y recogido formando una nube sin peso por encima de su cabeza. Lleva un vestido blanco con un cinturón de cordón atado a la cintura.

El César y su hermana se detienen ante el sacerdote. Los pretorianos y la guardia imperial los custodian a cada lado. El bátavo, que ha sido nombrado guardia imperial desde que perdió en la arena, está allí también.

El sacerdote hace que los contrayentes pronuncien sus votos. Lleva en la mano una cuerda, que usará para atar las manos de la pareja para sus votos. Pero el sacerdote es muy viejo y muy torpe. Se le cae la cuerda.

La audiencia se ríe de forma suave y benévola. El sacerdote sonrío y también sonrío la novia y el novio.

El viejo sacerdote empieza a inclinarse para recoger la cuerda, pero Domitila lo detiene con un ligero toque en el brazo, y se agacha ella misma para recogerla.

Entonces se oye un sonido..., algo que silba por el aire.

Y una flecha se clava en el pecho del sacerdote.

La flecha debe de haber pasado justo por encima de la cabeza de la Augusta.

La audiencia se queda en un silencio asombrado.

El sacerdote mira la flecha, sus ojos se abren mucho, llenos de terror.

Una mancha de sangre empieza a formarse en torno a la flecha.

El sacerdote grita de dolor.

El bátavo es el primero en moverse, arrojando su cuerpo encima de la novia. Con el escudo,

que lleva atado al brazo izquierdo, la protege, apuntando en la dirección desde la cual ha venido la flecha.

Se mueve con rapidez y, en su precipitación, desequilibra al sacerdote y a Cerialis. Ambos hombres caen al suelo.

El César (sus instintos como general se hacen cargo al instante) saca la espada de la vaina de uno de los pretorianos que están de pie a su lado, y empieza a gritar instrucciones a sus soldados.

Una segunda flecha golpea el escudo del bático con un golpe sordo.

El prefecto Virgilio, preocupado solo por la seguridad del César, tira al emperador al suelo. Tres lictores se echan encima, protegiendo al César de todo daño.

Una tercera flecha esquiva el escudo del bático y se le clava en la carne. Grita de dolor.

Finalmente, la asombrada audiencia se da cuenta de lo que está ocurriendo, y los invitados empiezan a chillar.

Todos los soldados sacan las espadas y miran a su alrededor, confusos.

El tío Plinio llama a Virgilio y señala hacia donde vienen las flechas. Hay una ventana abierta en la casa de Cerialis, que da al jardín.

Pero ahora ya está vacía, y sus cortinas ondean con la brisa del mar.

DOMITILA

22 de agosto. Hogar del general Cerialis, Nápoles

Me inclino a recoger la cuerda que se le ha caído al sacerdote. Antes de que pueda incorporarme oigo un sonido extraño, una palmada sorda, y luego noto el peso de alguien que está tirado encima de mí, una sombra negra, cálida y sudorosa, cubriéndome como una manta.

El corazón se me acelera.

Tito grita algo a sus soldados.

Oigo ese sonido de nuevo, y el hombre que está encima de mí emite un grito de dolor. Noto que su cuerpo se encoge cuando grita.

Se pone de pie y me ayuda a levantarme.

Es el bático. El dolor ha eliminado todo el color de su cara.

Miro a mi alrededor en el jardín, intentando comprender lo que ha ocurrido. Ahora los invitados están chillando. Tito está a mi lado. Coge al bático por el brazo y dice:

—Llévala al barco, de vuelta a Baiae. No dejes que le ocurra nada.

—Tito, ¿qué estás...?

Antes de que pueda terminar, el bático me arrastra por el jardín, a través del atrio y salimos de la casa. Hay pretorianos a cada lado de nosotros, con las espadas desenvainadas y los escudos levantados.

El bático corre por el muelle hacia los barcos. Volvemos la cabeza a un lado y a otro, buscando un ataque que no llega.

Tres soldados están muertos en el muelle, con la garganta cercenada. No tenemos tiempo para lamentarlo. El bático me arrastra a uno de los barcos.

Los invitados de la boda, llenos de pánico, salen corriendo de la casa de Cerialis. Algunos nos siguen hacia los barcos, más de los que éramos al llegar.

El prefecto Virgilio va en nuestro barco. Grita órdenes, exigiendo que salgamos inmediatamente o, si no, «los despellejará vivos».

Veo que se llevan a Tito al barco que va detrás del nuestro, rodeado de lictores y pretorianos. Otro grupo de soldados rodea a una figura que debe de ser Domiciano.

Nuestro barco zarpa. Los remos nos mueven por la bahía.

El barco de Tito es más lento en salir del muelle. El general se resiste a retirarse.

Jacasta está cerca, llamándome, pero no la veo.

El bático me empuja hacia la cubierta y, con unos brazos como ramas de árbol, se coloca

encima de mí.

Tengo la cara apretada contra la cubierta. Huele raro..., distinto de como olía horas antes, cuando vinimos navegando desde Baiae. Huele a medicina, o a un vino fuerte.

—Este olor... —digo.

El b́atavo me mira y yo seńalo hacia la cubierta y luego mi nariz. Se inclina y huele las tablas de madera.

Virgilio nos mira. Sus ojos se achican, tambi3n se inclina y huele la cubierta. De rodillas, chilla:

—¡Volved a la costa! ¡Volved a la costa ahora mismo!

Se oye un silbido y un crujido, como una antorcha que volase por el aire, y veo que tres flechas incendiarias aterrizan en la cubierta del barco de Tito.

El barco arde.

El b́atavo me arrastra hacia la borda.

—No, no, no —digo—. No s3 nadar.

3l me arroja por encima de la borda. Doy en el agua con la cara por delante.

Mientras me hundo por debajo de la superficie, debido al peso de mi vestido, noto el calor de nuestro barco, que ha estallado en llamas.

CAYO

23 de agosto. Hogar del general Cerialis, Nápoles

—¿Ella no se ha ahogado!

El César está empapado; su túnica púrpura es como una segunda piel.

El olor a fuego, a madera quemada, a resina y a carne, flota desde el mar. Los botes continúan buscando supervivientes. A lo largo del muelle, aquellos que han sobrevivido al naufragio, pero no al fuego, gritan de dolor.

El tío Plinio está tranquilo.

—¿Alguien ha visto a la Augusta? Cayo y yo la hemos visto caer al agua, pero su barco estaba lejos de la costa, cuando le prendieron fuego. Parece que se dirigía hacia el este, en medio del caos. Y no estaba entre los que hemos ayudado a salir a la costa.

—Está viva —gruñe el César.

El tío Plinio y yo, gracias a la Fortuna, no habíamos subido a los barcos que se dirigían a Baiae. Estábamos de pie en el muelle, ayudando a los que escapaban, cuando empezaron a disparar flechas incendiarias desde algún lugar de la costa, y los tres barcos que llevaban al César y a su familia se incendiaron.

El tío Plinio ha reaccionado con rapidez. Ha ordenado a los soldados que quedaban y a los esclavos imperiales (cualquiera que tuviera pulso) que dirigiera todos los barcos disponibles a rescatar a tiempo a los que habían abandonado los barcos en llamas. Gracias a ellos se han salvado muchas vidas. El César no ha necesitado la ayuda del tío Plinio, sin embargo. He visto al César coger a Domiciano y sumergirse en el agua, cuando las llamas consumían su barco. Se ha metido a Domiciano debajo del brazo y ha nadado hacia la costa, mientras las barcas todavía buscaban a supervivientes en el mar.

—¿Ella sabe nadar? —pregunta Virgilio.

Tito niega con la cabeza.

—No. Pero está con el bátavo. Son los mejores nadadores de todo el imperio. Nadan con la armadura puesta. Estoy seguro de que podrá nadar con una mujer de menos de sesenta kilos.

—No soy indiferente al destino de tu hermana, César —dice el tío Plinio—. Pero nuestros barcos están registrando el agua. Si no se ha ahogado, la encontrarán. También tenemos que actuar contra aquellos que han intentado arrebatar no solo la vida de tu hermana, sino también la de toda la familia imperial. Tenemos que movernos rápidamente para detenerlos, antes de que puedan hacer algún otro intento.

—El almirante tiene razón —dice Virgilio, con un ojo todavía clavado en sus tropas a lo largo de la costa.

—¿Qué propones, almirante? —dice el César—. ¿Sabes quién ha hecho esto?

—Han sido los emisarios partos —contesta el tío Plinio—. Tengo pocas dudas.

—¿Y cómo han conseguido entrar aquí?

—Sinnaces —responde el tío Plinio. Eso explica mi extraña conversación con él, esta misma tarde.

—Estoy de acuerdo con el almirante —apunta Virgilio—. Ningún romano podría disparar flechas de esa manera.

—El uso de las flechas es poco concluyente —dice el César—. Pero estoy de acuerdo en que son los sospechosos más probables. —Y a Virgilio le dice—: Coge unos soldados y ve a ver a los partos, con la excusa de que quieres comprobar que estén a salvo. Si están implicados en el ataque de esta noche..., quizá sea obvio. Lleva los hombres suficientes para protegerte, pero no tantos que parezca que vas a la guerra. Y, Virgilio... —añade—, tráeme a Ptolomeo de vuelta.

Virgilio asiente y sale corriendo.

Viajamos a Baiae, a la villa imperial. Nos reunimos en el salón del trono. Ulpio y Marco se unen a nosotros en la segunda hora. Estaban en la boda, pero como el tío Plinio y yo, no habían embarcado en medio del caos.

Durante la tercera hora, llega Virgilio, sin aliento. Sangra por una herida en el brazo. Parece que acaba de combatir.

—¿Y bien? —pregunta el César.

—He hecho lo que me habías pedido —dice Virgilio—. Hemos ido a la casa que les dejaste a los emisarios partos. He llevado a veinte hombres. Hemos llamado a la puerta y hemos dicho que había habido violencia en la boda, y que solo queríamos ver si estaban bien. El viejo intérprete, Atropates, ha respondido a la puerta. Me ha invitado a entrar en el atrio. Los tres emisarios partos estaban allí. También los cuatro soldados romanos encargados de vigilar a los partos. Su presencia nos ha tranquilizado bastante..., no del todo, pero sí lo suficiente para que ellos nos sorprendieran.

—¿Qué quieres decir?

—No sé cómo ni por qué, pero los guardias romanos están aliados con los partos. Han atacado a nuestros hombres, han apuñalado a sus camaradas soldados sin advertencia alguna. Y han recibido la ayuda de unos gladiadores. Una docena de ellos al menos han entrado corriendo en el atrio. Hemos perdido a cuatro pretorianos antes de poder someterlos. Hemos matado a uno de los traidores romanos y a unos cuantos gladiadores. Hemos capturado al parto Arshad, a su traductor y a unos cuantos esclavos suyos.

—¿Y los hermanos?

—Han conseguido escapar, junto con muchos de los soldados partos.

—¿Escapar?

El César está furioso.

—Sulpicio —dice Ulpio—. ¿Quién si no habría suministrado gladiadores?

—Quizá —dice Virgilio—. Pero no he reconocido a ninguno de los gladiadores. Los que hemos matado no llevaban marca alguna.

—Tienen que ser de Sulpicio —dice Ulpio—. Sulpicio fue visto hablando con los partos, hace

dos noches. ¿No es cierto, Cayo?

He estado contemplando su discusión como si fuera una mosca en la pared. Pero ahora noto el peso de una docena de ojos clavados en mí. Había olvidado que le hablé al tío Plinio del encuentro secreto de Sulpicio con los partos, y que este se lo contó a Ulpio.

—¿Es cierto eso? —pregunta el César.

Es la primera vez que reconoce mi existencia, desde que es emperador.

Noto que se me sonrojan las mejillas, de un rojo brillante y moteado.

El tío Plinio me hace señas de que hable.

—Yo..., bueno, ... sí —digo—. Sulpicio se reunió con los partos la noche antes de los combates de gladiadores, el día que llegaron. En secreto, creo. Pero no sé de qué hablaron.

El César maldice. Sigue un momento de airado silencio. Entonces pregunta:

—¿Y qué ha sido de Ptolomeo? ¿Estaba en su casa? ¿Dónde está ahora?

Virgilio mira al suelo.

—Tenemos a Ptolomeo. Pero...

—Dilo, Virgilio.

—No está bien, Tito. Le han torturado.

—¿Cómo? ¿Por qué? —El César está visiblemente conmocionado.

—Buscando información.

—¿Qué información?

—Estaba demasiado débil para decírnoslo.

—¿Y vivirá? —pregunta.

Virgilio asiente.

—Eso creo.

—¿Y Sinnaces? —pregunta el tío Plinio—. ¿Estaba con los partos?

—No estoy seguro —responde Virgilio—. Podría ser que estuviera. Pero, si estaba, escapó con los hermanos.

—No lo entiendo —dice el César—. ¿Qué esperaban conseguir los emisarios del rey Pacoro atacando a la familia imperial de esta manera? Yo reconocí a su líder como legítimo rey de Partia. Y eso solo ya es una victoria. ¿Qué creían que iban a ganar?

—¿Y cómo han conseguido convencer a unos soldados romanos para su causa? —añade Virgilio—. ¿Y posiblemente a Sulpicio también?

La habitación queda en silencio. Nadie sabe la respuesta a esas preguntas.

Miro al tío Plinio. Estoy seguro de que tiene una teoría, pero no se decide a expresarla hasta estar seguro.

—¿Qué hacemos ahora, César? —pregunta Virgilio.

—¿Cuántos hombres tenemos?

Virgilio y el tío Plinio intercambian una catarata de números, pensando cuántos soldados están estacionados en Baiae, Puteoli y Miseno, y debatiendo cómo desplegarlos de la mejor manera posible.

—No sabemos con seguridad si Sulpicio está implicado —dice el tío Plinio—. Y no sabemos si los partos han huido hacia su protección. Deberíamos enviar soldados al complejo de Sulpicio, pero también a las carreteras que se dirigen al norte y al este, por si los partos han intentado

escapar a Roma. Y mis marineros deberían continuar registrando la bahía, para encontrar a Domitila.

—De acuerdo —dice el César—, yo conduciré a los hombres que vayan a casa de Sulpicio.

—No puedes hacerlo —dice el tío Plinio, muy serio—. Ya no eres prefecto, Tito. Ya no eres un soldado. Ahora eres el César. Eres el propio Estado. Debes permanecer aquí, en Baiae, y la mayoría de tus hombres deben quedarse también aquí, protegiéndote.

El César está a punto de discutir, pero Ulpio, extrañamente, acude en ayuda del tío Plinio.

—Tiene razón, César. Tu seguridad es primordial. Debes quedarte aquí.

El César sacude la cabeza, lleno de frustración, pero comprende que sus consejeros tienen razón. Es el mismo consejo que le habría dado él a su padre, cuando Tito era prefecto.

—Llevaré a unos hombres al complejo de Sulpicio. Está cerca a caballo, al norte de Miseno —dice Virgilio—. ¿Lo atacamos ya?

El César niega con la cabeza.

—No, es ciudadano romano. No rompemos la puerta de ningún ciudadano por simples sospechas.

Nos sorprende mucho el comentario del César. Como prefecto, Tito rompía de una patada todas las puertas que le daba la gana. Parece que el Tito emperador de Roma es más juicioso.

—Barlaas sabe algo —dice el tío Plinio—. El ataque que sufrió la noche antes de que llegaran los emisarios partos no puede ser una coincidencia. Debieron de enviar hombres por anticipado, secretamente, para obligarle a ayudar.

—Y es posible que esté implicado también... —dice Virgilio.

—Quizá —dice el tío Plinio—. No podemos descartarlo. Pero creo que Barlaas lo vería como algo poco honorable.

—¿Puedes hacerle hablar? —pregunta el César.

—No lo sé —responde el tío Plinio—. Lo he intentado antes y he fracasado. Pero vale la pena volverlo a intentar.

El César asiente.

—De acuerdo.

—Dame a los partos capturados —dice Ulpio—. Ya veré lo que puedo sacarles.

—¿Tienes experiencia en interrogatorios? —pregunta Virgilio.

—Sí —dice Ulpio, ominosamente.

—Bien —dice Virgilio—. Pero déjame a él. —Señala al liberto tuerto de Ulpio, Teseo—. Le he visto luchar y vale por diez soldados.

—Voy contigo —dice Marco a Virgilio.

Él, como yo, ha estado mirando en silencio sin intervenir. Pero ahora parece lleno de fuego. Me había olvidado de la chica con la que intentaba hablar en la cena de Domitila. Es una esclava de Sulpicio.

Estoy sorprendido de que Virgilio se muestre contento y acepte la ayuda de Marco. Probablemente se echaría a reír, si me ofreciese yo como voluntario. El tío Plinio dice que Marco impresionó mucho, hace unos meses, en combate, cuando redujeron a Marcelo y sus exsoldados en el Templo de Júpiter.

—Encuentra a mi hermana. Encuentra a los partos perdidos —dice el César. Parece exhausto—. Usa todos los medios que estén a tu alcance.

Voy andando con Marco hacia la puerta.

—¿Puedo preguntarte por qué quieres ir con Virgilio? ¿Es por la chica..., la esclava con la que te vi hablar?

Él asiente.

—Sí.

—¿De qué la conoces? —le pregunto.

—Hace unos años estábamos en Antioquía cuando Sulpicio también vivía allí. Ella se fugó. Nosotros intentamos protegerla, pero no lo conseguimos. No quiero fallarle otra vez.

Me sorprende que, como siempre, resulte que el tío Plinio tenía razón. Mi primera impresión de Marco estaba equivocada. No es un bruto. Ni mucho menos. Tiene la sensibilidad de un poeta, pero eso solo resulta evidente para aquellos a quienes él decide mostrárselo. Es un caballero, pero más te vale estar a buenas con él.

Si no es así, que los dioses te ayuden.

DOMITILA

23 de agosto. La costa, cerca de Oplontis

Su brazo me rodea, sujetándome apretada contra las tablas de madera. Llevamos horas flotando. La corriente nos ha arrastrado hacia el este. El mundo es gris y sombrío, el sol inminente, pero todavía oculto por la tierra. Estamos agotados. Si pienso lo cerca que hemos estado de morir, de quemarnos vivos, me dan ganas de vomitar. Me preocupa que mis hermanos y Jacasta no hayan tenido tanta suerte como yo.

Nuestros atacantes seguramente habrán empapado todos los barcos con algo que los ha hecho arder y prender rápidamente. ¿Quién podría querer matar a tantísima gente? ¿Qué es lo que intentaban conseguir? Parece que la primera flecha iba destinada a mí. Pero ¿no podría ser un truco para hacer que toda la familia corriese hacia los barcos?

Después de tirarme por encima de la borda, el bátavo se ha zambullido detrás de mí, me ha sacado a la superficie y hemos empezado a nadar todo lo rápido que hemos podido, alejándonos de los barcos en llamas. Hemos encontrado un trozo de madera en el agua y nos hemos agarrado a él como ratas mojadas.

No nos hemos dirigido hacia la costa. Nuestro barco se había adentrado bastante en la bahía antes de arder. Además, estaba tan oscuro que nos costaba orientarnos. Hemos dejado que la fuerte corriente nos apartara de los barcos en llamas. Hasta que ha llegado la luz gris de la mañana no ha resultado obvio lo mucho que nos habíamos alejado hacia el sudeste, hacia Pompeya y Estabia, en lugar de ir hacia la seguridad de Baiae.

Señalo un trozo de playa rocosa y abandonada.

—Ahí —digo—. Es un lugar tan bueno como cualquier otro para salir del mar.

Él mira por encima de su hombro. Vamos moviendo nuestra improvisada balsa agitando los pies hasta la costa.

En cuanto estamos cerca, vadeamos por el agua poco honda. Hace horas que he perdido los zapatos; las rocas me apuñalan los pies. Cuando consigo salir del agua, parece que llevo el vestido de novia pintado en la piel, y pesa cinco veces más que seco.

Nos dirigimos hacia los árboles. Las cigarras cantan a nuestro alrededor. Solo entonces veo la herida del bátavo, un agujero ensangrentado en su omóplato. Anoche le debió de dar una flecha y, mientras estábamos flotando hacia el este, ha conseguido romper el mango y, poco a poco, metódicamente, sacar la punta. Gritaba de dolor, y yo pensaba que se iba a desmayar, pero desde entonces apenas ha dado muestras de estar herido.

Intento inspeccionar la herida, pero él me aleja de un empujón.

—Bien —dice.

Nos dirigimos hacia el nordeste y damos con una granja. El bátavo me ayuda a pasar por encima de una valla antigua, y cruzamos el campo hacia la casa. Hay una cuerda con ropa recién tendida. El bátavo coge unas cuantas prendas. Yo intento detenerlo, porque la hermana del emperador no debería robar ropa a algún pobre granjero, pero el bátavo niega con la cabeza y señala mi vestido de novia empapado y su taparrabos y su brazo cubierto con el guardabrazo.

—No bueno —dice.

Tiene razón. Si no nos cambiamos, llamaremos la atención allá donde vayamos.

De las joyas que llevaba anoche, han sobrevivido a nuestra huida hacia el este dos brazaletes de oro y un pasador del pelo. Me quito uno de los brazaletes y lo cuelgo en la ropa que queda en la cuerda. No tengo ni idea de cuánto valdrán las ropas de los granjeros, pero estoy bastante segura de que el cambio, dos túnicas por mi brazalete, es una verdadera ganga.

Vamos hacia el bosque, fuera de la vista, a cambiarnos.

El bátavo se marea por el esfuerzo. Apoya una rodilla en el suelo del bosque y coge fuerzas. Me pregunto cuánta sangre habrá perdido.

Hemos robado dos túnicas similares de tamaño y color, un marrón claro y poco llamativo. El bátavo se mete detrás de un árbol para darme intimidad. Me quito el traje de novia. El sol ya ha salido, y el aire calienta mi piel húmeda.

En cuanto nos hemos cambiado, el bátavo y yo comparamos nuestros nuevos trajes. La túnica, que es igual que la suya, a mí me queda grande, enorme, mientras que para él es demasiado pequeña, y casi enseña todos los muslos. Con el cinturón de mi traje de novia, me ajusto la cintura, y así la túnica tiene un poco más de forma.

—Deberíamos volver a Baiae —digo, señalando al oeste.

Él niega con la cabeza.

—Peligroso.

—Tengo que averiguar si mis hermanos están vivos. Tengo que ayudar en lo que pueda.

Él vuelve a negar con la cabeza.

—Demasiado lejos por tierra —dice—. Demasiado peligroso.

El bátavo tiene razón. La ruta a Baiae por tierra es ardua. Y hasta que Tito no tenga tiempo de encontrar y arrestar a los hombres que intentaron matarnos, podría ser peligrosa. Viajar por barco sería más seguro y mucho menos difícil.

—Vale —digo, señalando al este, la dirección desde la que sale el sol—. Desde el mar, parecía que la ciudad más cercana estaba al este de aquí. Supongo que es Pompeya. Pompeya tiene un puerto grande. Podemos pagar un viaje de vuelta a Baiae desde allí.

El bátavo asiente y empezamos a caminar hacia Pompeya.

CAYO

23 de agosto. Hogar de Barlaas, Baiiae

El doctor viene a abrir la puerta. El tío Plinio pide ver a Barlaas, pero el doctor dice que el rehén parto no está.

—¿Dónde está? —pregunta el tío Plinio.

—Se fue la noche de la boda, señor. No le hemos visto desde entonces.

—¿Y qué ha sido de Manlio?

—Por fin ha despertado, señor.

—Llévame con él —dice el tío Plinio.

El doctor niega con la cabeza y empieza a explicar que Manlio necesita descansar, pero el tío Plinio lo empuja y pasa a su lado.

El centurión todavía está en la cama. Una venda le envuelve la cabeza y parece frágil, una sombra del hombre con el que fui a cazar, hace solo cinco días.

—Almirante Secundo... —dice, intentando ponerse de pie.

—Por favor, no te levantes —responde el tío Plinio, agitando la mano—. No hay necesidad. Y no tenemos tiempo. Estoy aquí por un asunto importante, Manlio. Necesito respuestas, y las necesito ahora. —El tío Plinio le explica el ataque a la familia imperial—. Los partos han escapado, y la Augusta ha desaparecido. Necesito que me cuentes todos los detalles que puedas de lo que ocurrió la noche que os atacaron.

Manlio hace una mueca y se concentra. Le cuesta un esfuerzo considerable recordar.

—Creo que empezó el día antes del ataque... Dos hombres vinieron a ver a Barlaas. Uno era romano, un soldado. No iba de uniforme, pero se notaba. El otro hombre..., no estoy seguro de dónde salía, pero llevaba un gorro extraño, al estilo oriental. Era delgado, algo encorvado, todo huesos.

—¿Un gorro escita? —pregunta el tío Plinio—. ¿Con la parte superior curvada y cónica, con unas tiras que colgaban por encima del cuello y las orejas?

Manlio asiente.

—Sí, así era exactamente.

—El segundo hombre coincide con la descripción del traductor parto. ¿Se llamaba Atropates?

Manlio niega con la cabeza.

—No lo sé. Yo había estado entrenándome en el patio, y solo los vi cuando se iban. Ambos me saludaron con un gesto, mientras pasaban por el atrio. Después, Barlaas parecía preocupado. Y

furioso.

—¿Fueron esos los mismos hombres que os atacaron?

Manlio se concentra, le cuesta un gran esfuerzo.

—El soldado —dice. Duda al principio, pero luego parece más convencido—. Sí, estoy seguro de que era el soldado quien nos atacó. Fue la noche de la fiesta de la Augusta. Barlaas y yo volvíamos a casa andando desde la villa imperial. De repente, noté un golpe en la cabeza. No lo vi venir. Me volví y vi al soldado. Sonreía. Saqué la espada y me preparé para pelear. Pero me cayó un segundo golpe desde detrás. Después todo quedó negro. —Manlio niega con la cabeza—. Quizás esos hombres fueran los mismos que intentaron matar al emperador. Pero Barlaas nunca haría una cosa semejante. Lo conozco bien. Matar a la familia que ha estado cuidándolo todos estos años... Le parecería algo sin honor.

—Quizá no sea el propio Barlaas quien ha disparado las flechas —dice el tío Plinio—. Pero podría haberlo impedido y no lo hizo. Eso es traición. ¿Dónde está?

—No lo sé —dice Manlio.

—Sí, pero le conoces —dice el tío Plinio—. Eres su amigo más íntimo. ¿Adónde va a pensar o a beber? ¿Adónde iría a enterrar la cabeza en la arena?

—Te llevaré allí —dice Manlio.

BARLAAS

23 de agosto. La bahía imperial, Miseno

Los romanos pueden ser unos incultos y más duros de mollera que una losa de travertino, pero sobrepasan a todas las demás naciones en dos habilidades: la ingeniería y la navegación.

Tomemos Miseno, como ejemplo, que es la sede de la flota de oriente.

Vengo aquí a menudo, a un acantilado que queda por encima del puerto, para maravillarme contemplándolo. El puerto se extiende hacia el norte y el oeste, y es tan vasto que desaparece a la vista. En la costa opuesta, hay unos muelles llenos de barcos, almacenes y barracones. Más allá, una montaña de rocas coronadas por árboles verdes, el punto más occidental de la bahía de Nápoles. Esta mañana, la flota está más atareada que de costumbre. Casi todos los barcos con remos se están alejando del puerto; sus oficiales de cubierta aúllan instrucciones, aunque para mí, suavizados por la distancia, sus gritos parecen más bien amables exclamaciones de ánimos.

Manlio me preguntó una vez por qué me gusta tanto venir aquí. He olvidado la mentira que le conté como respuesta. No quería admitir la verdad: que mirar este puerto, esta hazaña de la ingeniería, disminuía un poco la amargura de que los romanos me tengan como rehén. ¿Quién puede lamentar verse sujeto, contra su propia voluntad, por una nación que puede hacer esto? ¿Quién podría resistirse a semejante dominio de mar y tierra?

Llevo viniendo a la bahía de Nápoles cada verano desde hace casi treinta años. Encontré este punto de observación, una roca plana con vista de la bahía, mientras caminaba con Carenes. Fue en nuestro cuarto verano en Roma. Ambos nos maravillamos silenciosamente del tamaño del puerto, de la audacia visionaria que se requirió para concebirlo, y no digamos construirlo. Volvíamos a menudo. Nos sentábamos y veíamos ir y venir los barcos, cantar los marineros, jurar, el sonido de las sierras que cortan la madera, mientras continuaban la tarea incesante de reparar sus barcos desgastados por la intemperie.

Solo Manlio sabe que vengo aquí. De modo que cuando oigo el crujido de una ramita que se rompe bajo una bota, sé que es mi centurión. Despierto, finalmente.

Pero no viene solo.

El almirante se sienta a mi lado, en la roca. Manlio se queda de pie a distancia, con el desgarbado sobrino del almirante.

El almirante se rasca la barba, blanca y poblada.

—¿Te gusta mi puerto?

Asiento.

—Es un buen sitio para venir a pensar.

—¿O para ocultarse?

No digo nada.

—Sabías que ocurriría durante la boda, ¿verdad?

Mi silencio hosco me delata.

—¿Qué más sabías, Barlaas? —me pregunta el almirante.

Sigo con la boca cerrada.

—¿Has oído cómo se hizo? —me dice—. Quemaron tres barcos llenos de gente. Docenas murieron o se ahogaron. Los saqué personalmente del agua. —Levanta la mano—. Huele. Todavía tengo pegado el olor a carne quemada.

Me enfurezco.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Que traicionase a mis compatriotas?

—¡Por favor! —El almirante bufa—. Tus compatriotas se están matando los unos a los otros en una guerra civil. Uno se olvida de sus «compatriotas» cuando le conviene. Los romanos hacemos lo mismo.

Miro hacia el puerto.

El almirante me pregunta:

—¿A qué rey de Partia sirves?

Me agito incómodo. ¿Cuánto sabe este hombre?

Él remacha.

—Debe de ser duro, ver a tu hermano menor convertirse en rey, en lugar de ser tú. El hijo de una concubina, nada menos... No te preocupes, que nosotros los romanos también hemos tenido a hijos de puta que han derrotado a hombres mejores que ellos y han dirigido nuestro imperio.

—Él era un buen rey —digo, sin poderlo evitar.

—Sí —dice el almirante—. Vologases era un hombre noble..., o eso he oído decir. Su gente le quería. Y ahora está enfermo, o posiblemente muerto. Me pregunto dónde está ahora tu lealtad.

—Con el legítimo heredero de mi hermano.

—¿Y quién es ese?

—Pacoro.

—Ya veo. Ahora acabo de comprender que nosotros esperábamos a unos emisarios de Pacoro..., pero no fueron esos los que llegaron a Roma, ¿verdad?

Lentamente, de mala gana, niego con la cabeza.

—No.

—¿Qué rey? ¿A qué rey sirven los emisarios?

Sigo mirando al puerto. Un barco pasa, todavía cerca. Sesenta remos se mueven por el agua, como las patas de un ciempiés.

—Artabano —digo—. El cuarto de su nombre.

El almirante asiente. Ya lo sospechaba.

—El hermano al que peor le fue en la guerra civil ha elegido las medidas más drásticas.

—No sabes ni la mitad —digo yo.

—¿Qué es lo que no sé?

Me callo de nuevo. ¿No ve en qué posición me está poniendo?

—Los hermanos escaparon, pero nosotros tenemos a su líder, Arshad, y a unos pocos esclavos suyos.

—No es a él a quien necesitas.

—¿Ah, no? ¿Y a quién, pues?

Los hombres de Artabano están retenidos en los establos pretorianos, más allá de los límites de la ciudad de Baiae. Un senador, ese raro, que no tiene ojos y seduce a todo aquel con quien habla, Lucio Ulpio, y varios pretorianos están fuera cuando llegamos. Ulpio se seca el sudor de la frente. Un soldado está limpiando su hoja, pasando un trapo sucio por el acero manchado de sangre.

Antes de que el almirante hable con Ulpio, se detiene y sujeta a su sobrino por los hombros.

—Cayo, necesito que vayas a buscar a Espartaco a Miseno.

El chico lo ve todo, lo que está ocurriendo en los establos y lo que su tío no quiere que presencie. Es un buen chico, el sobrino. Delicado y rata de biblioteca, pero respeta a su tío, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de los chicos romanos. No discute, asiente sin más, se da la vuelta y se va corriendo.

—Tengo a Barlaas —dice el almirante a Ulpio, y le explica lo que sería obvio para cualquiera que tuviera ojos—. ¿Qué has encontrado aquí?

—Nada. —Ulpio sigue secándose el sudor de la frente—. Solo que los partos sangran exactamente igual que nosotros.

Ulpio nos lleva al interior del establo. El recinto está oscuro, iluminado solo por una vacilante lámpara de aceite. Han sacado a los caballos de sus cubículos y han metido en su lugar a mis compatriotas capturados. Hay un hombre que cuelga del techo por las muñecas. Su barbilla toca su pecho. La sangre gotea desde su boca. Tose tres veces, con una tos húmeda y débil. Al entrar en la habitación veo que es Arshad. En mis tiempos, él no era un guerrero, sino un hombre que estaba entre bastidores, moviendo los hilos y haciendo lo que le ordenaba el Carnicero. Ha estado en el lado opuesto de escenas como esta, muchas veces. El traductor, que se hace llamar Atropates, está de rodillas en el exterior de los cubículos, encadenado a la pared. Me mira y sus labios se curvan hacia abajo con asco. Sigue llevando su gorro escita, no sé cómo.

Señalo a Arshad que está colgado del techo.

—¿Por qué habéis empezado con este?

—Pensábamos que era mejor empezar por el líder —dice un soldado.

—Un buen plan —digo—, pero tenéis al hombre equivocado.

Los soldados intercambian confusas miradas. Miran al almirante para que los guíe, pero él se limita a mirarme a mí, esperando una explicación.

Yo me dirijo hacia el traductor.

—Nos has traicionado —dice.

—No he tenido necesidad —digo—. Las flechas os han delatado. Los romanos no asesinan con flechas. El veneno o la multitud, así es como matan a sus rivales.

Me quedo de pie junto al traductor arrodillado y pongo mi mano en su gorro escita. Al almirante y a Ulpio les digo:

—Recordaréis a un rehén parto que estuvo en Roma durante décadas, hijo de un rehén,

descendiente del rey Fraates en persona. Hace casi treinta años, los arios eran gobernados por el rey Gotarez. Un rey tan violento y caprichoso que se le conocía como el Carnicero. Se planeó un golpe. Más de treinta nobles firmaron un pacto. Carenes y yo vinimos a Roma, y pedimos al emperador, Claudio César, que devolviera a su rehén real a Partia, para poder ponerlo en el trono como verdadero rey de reyes, desafiando así las pretensiones del Carnicero al trono. Un acto por el que después yo pagaría con mi libertad. Claudio estuvo de acuerdo. Llevamos a Meherdates, nieto de Fraates, al otro lado del Éufrates. Resultó un desastre como comandante. Se había acostumbrado a la vida fácil de Roma, e ignoraba el arte de la guerra. Era indeciso, mezquino, cruel, cobarde. Al principio, los hombres se apiñaron a su lado porque estaban desesperados por derrocar al Carnicero. Pero, poco a poco, a medida que se fue revelando su carácter, esos mismos hombres desertaron del usurpador. Al final fue derrotado en el campo de batalla y arrastrado ante el Carnicero, encadenado y a su merced. Y el Carnicero hizo honor a su nombre.

De un golpe, arranca el gorro escita del prisionero, revelando la cabeza calva y desorejada del traductor.

—El Carnicero le cortó las orejas, y Meherdates será conocido para siempre como el Sapo.

El Sapo me escupe.

—El Sapo está aliado ahora con Artabano. Y quién mejor que un antiguo rehén romano para dirigir la misión de matar al emperador romano en suelo italiano...

El almirante está conmocionado, con los ojos muy abiertos.

Ulpio se ríe.

—No puedo creerlo —dice el almirante—. Yo conocía a Meherdates. Quizás hayan pasado más de treinta años desde que le vi por última vez, pero yo le conocía... ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—Ha sido una decisión astuta —dice Ulpio—, disfrazarse de intérprete. Nadie mira dos veces a un intérprete.

—Te trataron bien aquí —dice el almirante—. ¿Por qué vuelves a asesinar al César y a su familia?

Meherdates no responde. Mira amargamente a la pared.

—Porque —digo yo— Roma arruinó su vida. Por culpa de Roma, será para siempre un extranjero para los arios. Pasar un tiempo aquí supuso no tener lugar en el mundo, ser extranjero a ambos lados del Éufrates. Hasta que encontró a Artabano, un rey que le ha dado utilidad; un rey en medio de una guerra civil, y que acepta la amistad de todos aquellos que están dispuestos a dársela.

Mientras Ulpio y el almirante están aún a distancia, me arrodillo y le susurro a Meherdates:

—¿Has mantenido tu palabra? ¿Has dejado a Sinnaces fuera de todo esto?

El Sapo levanta los ojos del suelo y los clava en los míos. Sonríe.

—Parece que ninguno de los dos ha mantenido su palabra.

Noto un pinchazo de arrepentimiento en el estómago. Nunca me he preocupado demasiado por Sinnaces. Pero si lo que dice el Sapo es verdad, es una sentencia de muerte para el chico.

Ahora me doy cuenta de que el Sapo, a diferencia de los demás, debe de saber cómo ha sido la vida de Sinnaces. Los dos nacieron y se criaron en una tierra extranjera. El Sapo supo qué mentiras contarle a Sinnaces para que le ayudara en su causa.

—¿Por qué matar a los Flavios? —pregunta el almirante cuando se acerca—. ¿Qué esperabais

conseguir?

—El hombre al que tú llamas César no tiene derecho a ese nombre.

—¿No? —pregunta el almirante—. ¿Y eso por qué?

—Nerón es el heredero legítimo —dice Meherdates—. Está vivo. Él y su ejército han unido sus fuerzas con Artabano. Primero tomarán Partia. Luego Siria. Luego, todo el Imperio romano.

El Sapo quiere demostrar su valía. El almirante lo ve también e intenta usarlo para su ventaja.

—¿Y qué les ocurrió a los emisarios de Pacoro? —pregunta.

—Los interceptamos en Tracia —alardea el Sapo—. Y ya no están.

—¿Y qué pasó con los soldados romanos que se suponía que os iban a escoltar a través de Italia?

—Tampoco están. Los matamos a unas millas a las afueras de Rávena.

—Entonces, ¿quiénes son los soldados romanos con los que vinisteis?

El Sapo sonríe.

—Son soldados de Nerón, juramentados para devolverle su legítimo trono al último de los troyanos.

El almirante hace una pausa, perdido en sus pensamientos.

Ulpio sigue hablando.

—¿Adónde han ido tus amigos? Seguramente, teníais un lugar adonde retiraros, adonde huir, si os desenmascaraban. ¿Se han ido con Sulpicio?

El Sapo me mira a mí. Quiere provocar más daños, ahora que todo está dicho y hecho.

—Pregúntale a Barlaas. Él y el chico, Sinnaces, estaban implicados. Ha sido Barlaas quien ha disparado las flechas a la hermana del César.

Yo exploto, lleno de ira.

—¡Mentira!

Es mentira, pero resulta creíble. El almirante sabe que soy hábil con el arco. Por fortuna, el general tiene una mente fuerte y no se le puede confundir fácilmente.

—Entonces, ¿por qué atacar a Barlaas en las calles, cuatro días antes del atentado contra la familia real? —pregunta el almirante—. ¿Por qué intentar matarlo, si conspiraba con vosotros?

—Para recordarle dónde se encuentran sus lealtades —dice el Sapo.

—¿Hacia un rey al que no ha conocido?

—Hacia sus compatriotas —dice el Sapo.

—¡Mentira! —chillo, incapaz de controlar mi ira.

Ulpio agita la mano.

—Todo este debate es absurdo. ¿Salimos fuera?

El almirante asiente, pero veo que está pensando. Quizá no esté convencido de que yo esté implicado, pero las cosas no quedarán así. Tendré que probar que no he tenido nada que ver en el atentado contra la vida del César. Y si no puedo...

Pues entonces estoy muerto.

Nos reunimos fuera. Mi vista necesita un momento para ajustarse al cegador sol del verano.

—Meherdates cree que el falso Nerón es realmente Nerón —dice el almirante, meneando la cabeza—. Resulta turbador. Estaba en Roma cuando Claudio era emperador. Nerón estaba

entonces en la corte. Seguro que se conocieron. El apoyo de Meherdates al falso Nerón dará crédito a los rumores.

Ulpio parece agobiado. Ausente, dice:

—Se vieron una vez. Solo de pasada.

El almirante está a punto de decir algo, pero se lo piensa mejor. Por el contrario, se rasca la barba y mira a Ulpio, como si intentara resolver un rompecabezas.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Esperaremos —dice el almirante—. Tenemos hombres registrando la bahía en busca de los partos, y tenemos a otros acampados junto al complejo de Sulpicio. Seguiremos aplicando presión a los hombres que hemos capturado. Al final conseguiremos darle la vuelta a las cosas.

—Me gustaría ayudar, almirante —digo, ansioso de probar que yo no estaba implicado—. Envíame a Sulpicio.

El almirante frunce el ceño. Todavía está indeciso, no sabe si soy amigo o enemigo.

—¿Y qué harás, si tienes que luchar contra los tuyos?

—No lo sabía antes..., y sigo sin saberlo, pero estoy a favor de Pacoro. Del heredero legítimo de mi hermano.

—¿Y si Sinnaces está con ellos? —pregunta el almirante—. Sé que el chico y tú no sois muy buenos amigos, pero aun así...

—Si está implicado, Sinnaces debe ser castigado.

—Pero tú eras íntimo de su padre...

—Sí. Pero Carenes estaría de acuerdo en que habría que castigar a Sinnaces. Y querría que yo lo hiciera.

El almirante asiente.

—Muy bien —dice.

El almirante me deja sentar con él y con Ulpio en el carruaje que nos lleva de vuelta a Baiae. Es buena señal, me parece. Si el almirante tuviera la más mínima sospecha de que yo había ayudado a incendiar los barcos imperiales, tendría que ir a pie y solo a Baiae. Posiblemente, encadenado. Si el almirante está a mi lado..., es que todo va bien. Susurra al oído del César. Pero, aun así, tendré que probarme.

—El César debería volver a Roma —dice Ulpio.

El almirante asiente.

—Sí, debería volver a Roma. Pero dudo de que escuche nada, hasta que sepa que su hermana está a salvo.

—Tú podrías convencerle.

El almirante sonríe.

—Estaba a punto de decir lo mismo de ti. En realidad, parece que se te da bien, eso de aconsejar a emperadores. Me pregunto dónde desarrollaste esa cualidad. Ciertamente, no en Hispania...

Ulpio tiene algo apretado en la mano. Parece un trocito de ladrillo de terracota, suavizado por el tacto. Lo frota con el pulgar. No responde al almirante.

La carreta oscila.

Escuchamos el sonido de los cascos en las piedras.

DOMITILA

23 de agosto. La carretera de Pompeya

Entramos en Pompeya por la puerta de la Sal. Hoy es el festival de Vulcano, me había olvidado. La gente acude a la ciudad desde el campo circundante. Se han encendido hogueras a lo largo de la carretera, y los campesinos sonrientes y medio borrachos echan peces a las llamas, una ofrenda para el dios del fuego. Se tocan trompetas en cada esquina, prácticamente. Todo en conjunto (el ruido, la multitud agitada, la actividad) nos proporciona una buena cobertura al bátavo y a mí. Con nuestras túnicas gastadas y las caras manchada de polvo, parecemos una pareja cualquiera que espera disfrutar del festival.

Dentro de los muros de la ciudad, el olor a pescado frito y a sabrosa salsa de pescado atrae al bátavo hasta una cantina de la carretera. La mujer que trabaja detrás del mostrador lo mira a los ojos y, mientras entrega su pedido a un cliente, por encima de la multitud que nos rodea, nos chilla precios y recomendaciones.

Yo tiro del brazo al bátavo.

—Ven, tenemos que encontrar un barco primero.

—¿Necesitáis pasaje para un barco? —dice la propietaria—. Imposible. Hoy no. La ciudad está de fiesta, todos muy borrachos.

La propietaria parece formidable. Con los hombros recios, los ojos pequeños y astutos, y una sonrisa confiada. Lleva el pelo rizado y sujeto en forma de colmena. Es un peinado de moda y razonablemente bien hecho, considerando que ella no debe de tener, como yo, media docena de doncellas que la ayuden.

—Tendremos que probar suerte —digo yo.

—Yo podría ayudaros.

—¿Tú podrías llevarnos en barco a Baiae?

—Mejor que eso. Tengo una habitación que podéis alquilar aquí, antes de zarpar mañana.

Probablemente, ella tenga razón. El Festival de Vulcano es una festividad que la gente se toma muy en serio. Y no sabemos si será seguro viajar hasta que averigüemos algo más del atentado contra mí. Una habitación para pasar la noche es una buena idea.

La propietaria ve que yo asiento. Me dice:

—Sí, pero no será barata. Es la única habitación que queda libre en toda la ciudad. —Mira mi túnica desgastada—. No estoy segura de que os la podáis permitir.

Tiene práctica regateando, y parece que disfruta. Como suelo ocuparme de los senadores de

Roma, yo también estoy preparada para el regateo.

—El problema no es que no pueda permitírmela —digo, mientras busco en el bolsillo y saco el brazalete de oro que me queda—, sino que lo que tengo para pagar probablemente compraría todo el edificio.

La mujer me coge la mano y examina el brazalete más de cerca. El trabajo es muy bueno, resulta obvio. Es la joya de una mujer rica, y ella se imagina llevándola, demostrándole al mundo el éxito que tiene.

Me suelta la mano.

—Ciertamente, es un objeto bonito. Pero no compraría un edificio entero. Ni de lejos. Podría darte la habitación y pasaje hasta Baiae. Conozco a un capitán. Me hará un buen precio. Creo que eso sería justo.

—Y todas nuestras comidas —añado.

Ella finge que se muestra reacia, pero sabe que es un chollo.

—Bien. Pero solo porque me dais pena. No quiero que durmáis en la calle.

Tiende la mano para coger el brazalete, pero yo lo aparto hacia mí.

—Y, además —digo—, tendrás que hacer que alguien envíe un mensaje a Baiae de mi parte. Si no pueden viajar por barco, podrán viajar por tierra.

Ella chasquea los dedos y aparece un niño de unos doce años.

—Este es mi sobrino, odia los festivales, ¿verdad, Estatio? Estará encantado de entregar un mensaje en Baiae de tu parte.

El chico parece algo contrariado, pero sabe muy bien que no debe contradecir a su tía.

—Y también —digo— necesitamos medicinas para tratar una herida.

—Sí, sí. De acuerdo.

—Y una espada —añade el bátavo.

La propietaria, desesperada por apoderarse del brazalete, busca en la cantina. Tiende un cuchillo largo al bátavo.

—Tendrás que arreglarte con esto.

Le tiendo el brazalete.

Ella lo admira un momento y luego chasquea los dedos. El chico coge tinta y un rollo de papiro.

Quiero que Tito sepa que estoy viva, pero mandarle un mensaje directamente podría ser peligroso. Cualquiera que me esté buscando podría seguir al chico al volver aquí. Se lo enviaría a Jacasta, pero estaba en mi barco cuando se incendió. No sé si está herida o si está viva siquiera.

¿A quién entonces?

Livia. No estaba en los barcos la noche que nos atacaron. Le podría enviar un mensaje a Tito.

Escribo la nota: «Tito, la chantajista está viva y bien. Volverá cuando sepa que hay seguridad».

Le entrego el mensaje al chico.

—Tienes que entregarlo en la Villa Pisón, y dárselo a Livia, una doncella de la casa imperial. Es guapa, pero tiene una sola ceja espesa. No le entregues esta carta a nadie más. ¿Entendido?

Él asiente y sale corriendo.

La propietaria está a mi lado. Ya lleva el brazalete. Mira al bátavo y sonrío.

—¿Os enseñó vuestra habitación? —Piensa que soy una mujer rica, casada, que ha huido con un esclavo, o algo igual de sórdido—. Estoy segura de que estaréis ansiosos por instalaros.

Horas más tarde, después de que se ponga el sol, el bátavo está de pie fuera, con los brazos cruzados, la espalda erguida, mirando hacia la negrura infinita de la noche.

Las celebraciones para el dios del fuego están cesando poco a poco.

En algún lugar, un perro ladra y un bebé llora.

—Ven adentro, por favor.

Él me mira, niega con la cabeza.

—No es seguro.

El bátavo está de guardia desde que la propietaria nos dejó entrar, rompiendo su vigilia solo una vez, para cenar. El esfuerzo parece absurdo. Nadie sabe que estamos aquí. Estoy segura de que medio mundo piensa que estoy muerta.

Cojo al bátavo de la mano y lo empujo hacia la puerta.

—Vamos, entra. No te lo voy a repetir. Tenemos que poner más bálsamo en tu herida.

Él entra. Es un esclavo, después de todo, tiene que obedecer.

El bátavo tiene que quitarse la túnica para que yo pueda aplicarle el bálsamo en el hombro, donde la flecha le perforó la carne. Su costado y sus hombros están cubiertos de antiguas cicatrices. Una es particularmente truculenta: tiene dos dedos de ancho, y va desde el pecho hasta la clavícula.

Él se sienta en la cama y yo me siento a su lado.

Noto una sensación rara en el estómago, un aleteo, una sensación de ligero mareo. Esto es nuevo para mí. Nunca he estado a solas con otro hombre, sin el peso de la familia y el Estado sobre mis hombros. Sí, tuve una noche de bodas, que apenas recuerdo, y poco más. Recuerdo a un hombre viejo, con aliento avinagrado, los huesos que crujían, la cabeza calva, la espalda encorvada, los ojos vidriosos, y la impresión del abismo entre mis quince años y su medio siglo. La ceremonia fue corta: la noche juntos, más corta aún. Él me ordenó que me desnudara y me echara en la cama. Él se echó encima de mí, se levantó la túnica, y estaba muerto antes de la mañana. De aquella espantosa noche de bodas, conservo el apodo de la Viuda, que nunca me podré quitar de encima. Me quedé destrozada la primera vez que lo oí. Yo pensaba que era verdad, que mi contacto significaba la muerte, y por eso no me volví a casar. Años después me enteré de que mi padre pensaba que usar a su hija primogénita como señuelo para atraer senadores tenía mucho más valor que una unión propiamente dicha. Hubo muchos compromisos, pero ninguno de ellos acabó en matrimonio.

El aleteo de mi estómago se ve sobrepasado por un pinchazo de rabia, mucho más familiar, destinado a mi padre, no solo por obligarme a casarme con un viejo, y por la humillación que ello supuso, sino por la falta de experiencia que he tenido con el amor y con los hombres. La impotencia resulta enloquecedora.

Podría haber tenido aventuras en secreto, como hacía Vespasia. Pero no lo he hecho. No estoy segura de cuál es el motivo. Quizá me preocupaba perder algo de mí, en el proceso.

El bátavo mira por encima de su hombro.

—Gracias.

Yo sigo frotándole el bálsamo en la herida.

—Entiendes el latín mucho mejor de lo que dejas entender, ¿verdad?

—Entiendo algo. No todo.

—¿Así lo tienes más fácil como esclavo? ¿Fingiéndolo que no entiendes lo que te dice tu amo?

—No es más fácil para mí. Es más difícil para él.

—Ah, ya entiendo. Es por rencor.

—¿Rencor?

—Rabia. Despecho. Odio.

Él asiente.

—Sí, por rencor.

—Eso lo entiendo.

Cuando acabo de aplicarle el bálsamo y de vendar la herida, el batabo va a ponerse la túnica, que está colgada en la pared.

Casi me río por la comparación entre él y mi difunto marido. Aliento avinagrado y huesos que crujían, contra largos músculos y vello negro. Muerte contra vitalidad.

—Espera —digo.

Él se vuelve y me mira.

Pronto volveremos a Baiae, luego a Roma. De nuevo, me veré obligada a casarme con un hombre que no he elegido.

Pero esta noche no.

—Quítate el taparrabos —le digo—. Y tumbate en la cama.

Como una jovencita en su noche de bodas, él hace lo que se le ordena.

V

FUEGO Y CENIZAS

79 d. C

CAYO

24 de agosto. Hogar del almirante Plinio Secundo, Miseno

El 24 de agosto empieza con otro terremoto.

Es por la mañana. En un momento dado, estoy leyendo con diligencia a Livio, tomando notas. Al siguiente, el mundo se mueve debajo de mí.

Me agarro a mi escritorio.

Las tejas de terracota traquetean en el tejado, por encima.

Luego la negra sombra de Zósimo me protege.

Un jarrón resbala de mi escritorio y se rompe en el suelo.

De repente, todo ha terminado.

Zósimo me mira.

—¿Estás bien, amo?

Yo lo aparto con un gesto de la mano.

—Sí, gracias. Estoy bien.

Él parece preocupado.

—Muchos terremotos este verano —dice—. Es un mal presagio.

Hago recuento de los daños. Menos el jarrón, la habitación está igual que cuando me he ido a la cama.

—Sí, estoy de acuerdo en que no es habitual —digo—. Pero no estoy seguro de que los dioses nos quieran decir algo. Veamos qué tal le ha ido al tío Plinio, ¿de acuerdo?

DOMITILA

24 de agosto. Pompeya

El bátavo y yo estamos haciendo el amor cuando empieza el terremoto. Yo me había puesto encima de él, agarrando con las manos la espesa mata de pelo negro que tiene en el pecho, y sujetando su cintura con mis muslos. Cuando el bátavo se da cuenta de que el terremoto está agitando el techo por encima de nuestras cabezas y podra derrumbarse, se da la vuelta y se coloca encima de mí, y cubre mi cabeza con sus brazos.

Y entonces se acaba el terremoto.

Nuestros ojos se encuentran. Sonreımos. Nos reımos, indecisos al principio, y él mete la cabeza en el espacio entre mi hombro y mi cuello, y nos reımos con ganas.

Él todavía está dentro de mí. Nos besamos y empezamos de nuevo, como si nada hubiese ocurrido.

BARLAAS

24 de agosto. A dos millas al norte de Nápoles

Los perros siguen ladrando, incluso después del terremoto. El escándalo que arman me está volviendo loco.

—¡Que los haga callar alguien! —grito.

El chico, el sobrino de Ulpio, Marco, dice:

—Según mi experiencia, chillarle a un perro no hace más que empeorar la cosa.

—¿Eres experto en perros o qué?

—Sí —dice, el muy arrogante.

Manlio me pone una mano en el brazo para calmarme.

—Tíralo de una vez —digo.

Marco arroja el dado contra la pared.

—¡Maldita sea! —Manlio menea la cabeza—. Venus otra vez. Tienes la suerte de Ulises, chico.

Marco está de rodillas. Se inclina hacia delante y, con ambas manos, atrae sus ganancias hacia él. Un chico de su edad normalmente se regodearía después de unas cuantas tiradas buenas. Pero él parece que tiene la experiencia suficiente para saber que no debe hacerlo.

—¿Cuándo tenemos que empezar a preocuparnos por tu hombre, Teseo? —pregunto.

—Estará bien —dice Marco—. El mundo se puede acabar, pero Teseo seguirá estando bien.

—Pero ¿y si no está bien? ¿Y si su amigo, el gladiador de Sulpicio, resulta que no es amigo suyo en absoluto?

—Teseo nunca se equivoca.

Estamos en una casa vecina al complejo de Sulpicio. Virgilio y sus pretorianos la confiscaron ayer. Hay dos docenas de soldados repartidos por el atrio, jugando a los dados, bebiendo y echando siestas para pasar el rato. Otra media docena están fuera, con los ojos en el complejo de Sulpicio, buscando cualquier señal de los hombres de Artabano. Al otro lado de la habitación, está el joven tribuno militar, Catulo, a quien Virgilio puso a cargo, cuando volvió a Baiae. Es uno de esos idiotas ricos que siguen a Domiciano todo el día, riéndole las gracias. Sin duda, lo nombraron legado única y exclusivamente porque es amigo del hermano del César.

—Digamos que tu hombre, Teseo, confirma que los partos están dentro —señalo al joven tribuno—. ¿Qué posibilidades hay de que el chico ordene que sus soldados entren en el complejo?

Los tres miramos al chico que está a cargo.

—Las órdenes del prefecto fueron que debíamos esperar y observar —dice Manlio—. Y eso es lo que haremos.

Manlio es un buen soldado. No está en su naturaleza cuestionar la autoridad.

—He tenido resfriados más viejos que ese chico —digo yo—. Míralo. Ya está sobrepasado, y lo único que estamos haciendo es jugar a los dados y pasar el rato. No va a tener pelotas para ordenar que traspasemos las vallas de Sulpicio.

Marco resopla.

—Estoy de acuerdo.

—Es él quien está al mando —dice Manlio—. Démosle el beneficio de la duda. Aunque los partos estén dentro, no se van a escapar —coge los dados—. ¿Otra partida?

El chico y yo asentimos.

Veo al chico coger los dados y tirar. Su técnica, la forma en que tira los dados y las bromas que hace con sus adversarios indican que juega como un hombre de los muelles, más que como el hijo mimado y agasajado de un patricio.

—¿Cuál es tu historia, joven Marco?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde aprendiste a jugar a los dados?

—En Hispania.

—¿Con pillos hispanos?

Se ríe.

—Quizá.

—¿Y qué tienes que ver con esto? ¿Por qué te preocupa tanto lo que le ocurra a Sulpicio?

El chico piensa la respuesta.

—Hay una chica... En su casa.

Manlio, siempre un caballero, dice:

—Ah, una chica. No digas más.

Yo sigo presionándole.

—Sulpicio lleva más de una década en Siria. ¿Dónde conociste a esa chica suya?

Marco me ignora y tira los dados. Eso me molesta. ¿Es porque me considera un bárbaro? Parece cómodo, y eso es algo que quiero cambiar.

—Vale —digo—, guarda en secreto tu pequeño romance. Pero dime esto: ¿qué estás intentando demostrar?

Eso atrae la atención del chico.

—¿Qué quieres decir?

—La caza en la que participamos juntos, por ejemplo. Eras un hombre endemoniado, intentando probarte a ti mismo, ser el primero en la refriega. No lo hacías por esos mimados de mierda con los que cazábamos. Odias a esos chicos más que yo incluso. No niegues con la cabeza. Eres un extraño, como yo, a pesar de los esfuerzos que haces. Y eso me plantea la pregunta: ¿qué es lo que estás intentando demostrar? ¿Contra quién te estás midiendo?

El chico me ignora y vuelve a tirar.

—¿Es por ese extraño tío tuyo? ¿O tus orígenes son tan patéticos que esperas poderlos borrar por entero, con lo que haces?

El chico no muerde el anzuelo. Mira los dados.

—Vuelvo a ganar.

Un soldado junto a la ventana exclama:

—El liberto ha vuelto.

Teseo, flanqueado por dos soldados, entra por la puerta delantera.

Se dirige hacia el tribuno. Los hombres se reúnen a su alrededor.

—Mí amigo de dentro, el gladiador, me ha confirmado que los partos están aquí.

Catulo frunce el ceño.

—Pero tú no has visto a los partos con tus propios ojos, ¿no?

Teseo, que es un hombre honrado, dice:

—No. Pero confío en él.

—¿Ha explicado por qué un senador romano proporcionaría alojamiento a unos asesinos partos? —pregunta Catulo.

—¿Qué importa eso? —dice Marco—. Los partos están ahí dentro.

El pequeño tribuno frunce el ceño. No piensa aceptar órdenes de ningún provinciano como Marco, especialmente de ninguno que sea unos años menor que él.

—Si los partos están dentro —dice Catulo—, lo que no sabemos con seguridad, y yo dudo mucho de que estén ahí, no se van a ir a ningún sitio, ¿verdad? Cuando el prefecto Virgilio vuelva, él decidirá si atacamos los muros de Sulpicio.

Marco se muestra incrédulo. Maldice entre dientes.

—Y hay más —dice Teseo—. Mientras esperaba a Minor, vi a una mujer entrar en la propiedad. No mucho tiempo después, salió con tres hombres. Los cuatro llevaban mantos que les cubrían la cabeza, de modo que era imposible saber quiénes eran. Pero Minor dijo que eran partos. Nuestros soldados no los detuvieron. Les dejaron salir tranquilamente.

Teseo no dice lo más terrible de todo: para que cuatro personas salgan de casa de Sulpicio y se alejen a pie sin ser molestados, Catulo debe de haber dado la orden de permitirlo. Uno de ellos podría haber sido Sinnaces.

Me vuelvo hacia el tribuno antes de que pueda hacerlo Marco.

—¡Estúpido! ¿Les has dejado escapar?

—Nuestras órdenes son retener a los partos —dice el tribuno—. No veo que tres hombres vestidos con mantos romanos pudieran ser partos.

Yo levanto las manos, lleno de indignación.

—Pero ¿quién ha dejado a este mocoso a cargo?

Un soldado leal me coge por el cuello.

—¡Bárbaro! ¿Te atreves a hablar así de un soldado romano?

Manlio se interpone entre nosotros.

—Cálmate, amigo. No podemos permitirnos peleas como esta.

Marco señala con un dedo al tribuno.

—Catulo. Controla a tus tropas, o el complejo entero de Sulpicio nos oír.

Un soldado empuja a Marco desde detrás, y Teseo se arroja hacia el hombre como un loco.

El soldado que me sujeta el cuello me tira al suelo, de cara.

Con los ojos pegados a un bonito mosaico de Neptuno bajo el mar, oigo el primer puñetazo.
Sigue una refriega incubada durante un buen rato.

CAYO

24 de agosto. El despacho del almirante Secundo, Miseno

El tío Plinio está leyendo en su despacho como si el terremoto no hubiera tenido lugar. Los libros esparcidos por encima de su escritorio y por el suelo quizá parezcan más desordenados que de costumbre, pero no estoy seguro.

Sin levantar la vista del libro que lee, dice:

—Sobrino.

—¿Se ha sabido algo ya? —pregunto.

Él levanta la vista.

—¿De quién?

—De alguien, de Virgilio, de Domitila, de Barlaas...

—No hay noticias todavía, joven Cayo. Te lo habría dicho, si las hubiera.

Me dejo caer en el asiento que está frente al suyo.

—Domitila debe de haberse ahogado... —digo.

—Por el contrario —niega el tío Plinio—: que no haya noticias es una buena noticia, diría yo. Los cuerpos no se hunden. Si ella se hubiera ahogado o se hubiera quemado terriblemente la noche de su boda, el cuerpo habría aparecido en la costa, en algún lugar. He hecho que la marina la busque día y noche. Si no la han encontrado flotando en la bahía, probablemente signifique que se ha escapado por su propio pie.

—¿De verdad crees eso?

—Sí, lo creo.

—¿Y los partos perdidos? ¿No te preocupa que puedan intentar matar al César y a su familia de nuevo? ¿O escabullirse a Partia?

—Paciencia, joven Cayo. Las oportunidades están en su contra. Tuvieron la ocasión y fallaron. Ahora estarán escondidos en alguna parte, esperando que llegue el momento adecuado para escabullirse de Italia.

—¿Y a qué están esperando?

El tío Plinio se encoge de hombros.

—A que nuestra atención se fije en otras cosas. Pero no tienes que preocuparte por eso.

Algo capta mi interés en el libro abierto que tiene el tío Plinio en el escritorio. Veo nombres de antiguos emperadores. Claudio, Nerón.

—¿Qué estás leyendo, tío?

—Ah, nada.

Es una de esas raras ocasiones en que el tío Plinio no quiere contarme lo que está leyendo. Inclino la cabeza para echar un vistazo mejor al libro, que está al revés.

—¿Estás leyendo las historias de Fabio Rústico? ¿Y las memorias de Córbulo? ¿Por qué ese interés por la corte de Claudio?

El tío Plinio parece... incómodo, quizá. Se echa atrás en su silla y suspira.

—Ulpio hizo un comentario extraño ayer.

—¿Ah, sí?

—¿Sabes el parto al que capturamos, Meherdates?

—¿El Sapo?

—Sí, el «Sapo». —El tío Plinio casi se atraganta al pronunciar el apodo—. Ayer, después de que Barlaas nos ayudara a descubrir su verdadera identidad, Meherdates aseguró que el falso Nerón es realmente Nerón, el emperador depuesto. Meherdates y Nerón estuvieron en Roma al mismo tiempo, cuando Claudio era emperador. Se supone que se conocieron. En teoría, Meherdates debería de estar bien situado para juzgar la veracidad de las cosas que asegura el falso Nerón. Naturalmente, me ha preocupado mucho esa revelación. Ulpio, sin embargo, no estaba de acuerdo. Dijo que Nerón solo vio a Meherdates una vez. «De pasada.»

—¿Crees que es una observación extraña?

—Es curiosamente concreta, ¿no te parece? ¿Cómo es posible que un provinciano hispano, que se supone que no ha puesto los pies en Roma hasta este mismo año, sepa algo que solo debería saber el círculo más íntimo de Nerón?

—¿Así que has estado estudiando a Rústico para ver... qué? ¿A ver si Ulpio está citando a algún historiador?

—Precisamente —dice el tío Plinio—. Rústico y Córbulo tenían conocimiento de primera mano de la corte de Nerón. Esperaba averiguar que Ulpio, a sabiendas o sin saberlo, estuviera citando a un historiador de memoria.

—¿Y?

El tío Plinio niega con la cabeza.

—Nada. El comentario sigue siendo un misterio.

—¿Cuál crees que es la explicación?

El tío Plinio juguetea con su anillo de cornalina. Parece cansado.

—Solo se me ocurre una explicación —dice—, pero me resulta muy violento decirlo.

—Deberías beber algo fresco, tío, y relajarte al sol, con una buena comida y un buen libro.

—Estupendo consejo, sobrino.

—Pero —digo, mientras me pongo de pie para irme— no sé cómo has podido leer con los perros ladrando tanto. No han parado desde que hubo el terremoto.

—¿Y ya se han callado? —pregunta el tío Plinio. Sus ojos están clavados en el papel que tiene encima del escritorio—. No me había dado cuenta.

DOMITILA

24 de agosto por la mañana. Pompeya

Nos quedamos en la cama durante horas, dormitando, haciendo el amor, riendo, intentando por todos los medios ahogar el incesante ladrido de los perros. Yo estoy echada de lado, apoyada en el codo. Él está de espaldas, mirando al techo. Paso la mano por el vello de su pecho.

—Ya es hora —digo.

—¿Hora?

—Sí, de que me digas cuál es tu nombre real.

—Bátavo.

—No, el que te dio tu madre.

Al cabo de una larga pausa, me dice:

—Alwin.

—Alwin —digo, sonriendo—. Un buen nombre.

—En tiempo, los romanos me llamaban Albanus. Antes.

—¿Antes de que fueras esclavo?

Asiente.

—¿Te dieron un nombre romanizado? ¿Por qué? ¿Luchaste con las legiones romanas?

Vuelve a asentir.

—Auxiliares. No mucho tiempo.

—¿Qué te ocurrió durante la revuelta.

Niega con la cabeza, reacio o incapaz de contarme lo que le sucedió cuando sus compatriotas se rebelaron contra el dominio romano. Pongo la mano en la terrible cicatriz de su pecho.

El misterio que es el bátavo se hace más espeso. Quiero saberlo todo. ¿Cómo llegó a luchar como auxiliar? ¿Qué le ocurrió durante la rebelión bátava? ¿Por qué fue hecho prisionero y vendido como esclavo? ¿Luchó para escapar del yugo del Roma, solo para perder su libertad?

Veo que se resiste a hablar de la rebelión. Puedo esperar. Hay cosas más urgentes.

—Aquella noche que me salvaste la vida, hace unos meses, en palacio... —digo—. ¿Por qué estabas allí?

Jacasta y yo volvíamos de una cena y encontramos a un hombre con un cuchillo que nos esperaba. Mató a dos de mis esclavos y me habría matado a mí también. Pero el bátavo apareció, como materializándose en el aire. Mató al atacante y me salvó la vida. Nunca tuve una explicación adecuada de por qué estaba en el palacio imperial en mitad de la noche.

Después de una larga pausa, dice:

—Para verte.

—¿En mitad de la noche? ¿Para qué, para declararme tu amor? ¿Para violarme? ¿Para qué?

Le cojo la barbilla hasta que hago que me mire a los ojos.

—¿Qué planeabas hacer aquella noche?

Él se encoge de hombros.

—No lo sé. Pero tenía que verte.

Un cuarto de hora más tarde hay ruido fuera.

Una explosión.

El ruido no se parece a ninguno que haya oído antes. Es ensordecedor, y tan fuerte que hace temblar la tierra.

El bátavo va a la ventana. Se pone el taparrabos, se queda pegado a la pared y aparta la cortina. Mira una vez, con la cabeza en ángulo, intentando obtener un panorama mejor de la calle.

Su mirada se endurece.

—Vístete. —Coge mi túnica, tirada en el suelo, y me la arroja—. Ahora.

Instintivamente, abro mucho los ojos, llena de ira. Estoy a punto de decirle que, a pesar de lo que ha ocurrido aquí en Pompeya, no puede darme órdenes ni tirarme prendas de ropa.

Él se lleva un dedo a los labios y susurra: *shhh*.

Suena un golpe en la puerta.

El bátavo coge el largo cuchillo que le ha dado la propietaria y se queda pegado a la pared.

Yo me pongo la túnica rápidamente.

Alguien golpea la puerta, una vez, dos veces, y la puerta se rompe y se abre. A los dos primeros hombres que entran en la habitación, no los reconozco. El tercero es el enorme campeón sogdiano, la Lanza Sogdiana, que luchó contra el bátavo hace unos días. Los tres van armados con espada.

El primer hombre apenas ha traspasado la puerta cuando el bátavo lo coge por el hombro, lo hace girar apartándolo de la puerta y lo apuñala repetidamente en el cuello. Los otros dos entran en el alojamiento sin darse cuenta de que hay un hombre con un cuchillo detrás de ellos, apuñalando a su colega. El enorme sogdiano levanta su espada e intenta golpear con ella al bátavo. La habitación es tan pequeña y está tan atestada que el bátavo no tiene sitio para eludir el golpe. Se lanza hacia delante, por debajo de los brazos del parto, se tira al suelo, y al levantarse, apuñala al segundo hombre en la entrepierna. Este se dobla en dos, lleno de dolor, y veo que el sogdiano ya se ha dado la vuelta con la espada levantada, y está a punto de lanzar un segundo golpe al bátavo.

—¡Cuidado! —chillo.

El bátavo ve la hoja que viene hacia él. Todavía de rodillas, el bátavo usa al parto herido como escudo. La hoja del sogdiano se clava en la espalda de su camarada. El parto moribundo chilla de dolor.

Lanza Sogdiana está desequilibrado, pero el bátavo está en el suelo, bajo el segundo atacante, e incapaz de aprovechar la ventaja.

Yo sigo en la cama. Cerca hay una jarra grande, llena a medias de agua. La cojo con ambas manos y se la estampo al sogdiano en la cabeza. El hombre cae sobre una rodilla y se lleva la

mano libre instintivamente a los cortes que le ha hecho la jarra en el cuero cabelludo.

En lugar de rematarlo, el b́atavo se concentra en mi seguridad. Me coge por la muñeca y tira de mí, sacándome del lecho. Vamos hacia la puerta y salimos a la calzada, a un palmo por debajo de la acera.

La herida de flecha del b́atavo se ha vuelto a abrir y sangra de mala manera.

La calle está atestada de gente que mira al horizonte, algo hacia el noroeste. No tenemos tiempo para ver lo que ha captado la atención de la ciudad, porque se oye un grito escalofriante detrás de nosotros. Al volvernos, vemos al sogdiano, que sale corriendo por la puerta del apartamento.

Levanta la espada por encima de su cabeza. El b́atavo me aparta de un empujón y yo caigo violentamente al suelo duro, de piedra negra. Él trastabilla hacia atrás, esquivando por los pelos la hoja del sogdiano.

La multitud deja espacio libre para los dos combatientes, pero solo parece medio interesada en la lucha a vida o muerte que se ha entablado entre ellos. Lo que miran, que está en el horizonte, parece más importante.

No me atrevo a levantar la vista.

El b́atavo y la Lanza Sogdiana se miran, jadeando y conteniendo el aliento. Ambos asumen la postura de los gladiadores y empiezan a dar vueltas el uno en torno al otro, como luchadores en la arena.

El sogdiano murmura una maldición en una lengua que no conozco.

Me levanto y me subo a la acera elevada.

Detrás del b́atavo hay un almacén con herramientas a la vista. Coge un azadón largo y, con los ojos clavados todavía en el parto, rompe la cabeza del azadón con el pie, convirtiendo así el largo mango de madera en una lanza improvisada. Avanza rápida y metódicamente hacia el sogdiano y lo apuñala con la lanza.

El sogdiano lo esquiva y corta un trozo del palo de madera. El b́atavo sigue avanzando y se lo clava al sogdiano en el vientre. Luego retrocede, anticipando el movimiento de la espada del sogdiano. La hoja del sogdiano hace un pequeño corte en el pecho del b́atavo, un arañazo largo y sangriento, pero no fatal.

Los dos luchadores se miran una vez más.

La atención del sogdiano está enteramente centrada en el b́atavo. A mí me ha perdido de vista.

Me quito del pelo el último artículo de valor que me queda: una peineta, una mariposa de oro con dos pinchos largos y afilados. Me muevo despacio hacia el sogdiano, mientras él continúa dando vueltas en torno al b́atavo.

Cuando el sogdiano está solo a unos pocos palmos de distancia, le clavo la peineta en el cuello. Él suelta un chillido de dolor y se tambalea, agitando los brazos sin control. Su codo me da un golpe y me desequilibra. Mientras caigo, veo que el b́atavo vuela hacia el sogdiano.

Me doy un fuerte golpe contra la acera de piedra.

Alguien grita con mucho dolor.

Aturdida, intento levantarme.

El b́atavo está de pie encima del sogdiano, muerto. Me uno a él.

—¿Cómo?

—¿Cómo nos ha encontrado? —digo—. No lo sé.

Sigo mirando al sogdiano muerto. ¿Quién le ha dicho a los partos cómo encontrarnos?

El bátavo me coge del brazo y señala hacia el horizonte.

Me vuelvo a mirar. Por un momento, la extrañeza de lo que veo es tal que desconfío de mis ojos.

En el horizonte, del pico del monte Vesubio sale una nube de humo... de un blanco grisáceo, brotando sin cesar hacia arriba y llenando el cielo. Empieza tan ancho como el pico de la montaña, pero, a medida que se extiende por el aire, se va expandiendo, como las ramas de un árbol, con venas latentes de humo, consumiendo las nubes y el propio cielo. Es como si el Vesubio estuviera incendiado, una conflagración potente e insaciable.

—¿Qué es eso? —pregunta el bátavo.

—No lo sé.

Justo entonces pasa algo inexplicable: empieza a nevar. Estamos en el mes de agosto más caluroso desde hace años, y del cielo cae nieve.

Extiendo la mano.

Los restos blancos se posan en mi palma y mi brazo.

La nieve está...

Caliente.

Me llevo a la cara lo que ha recogido mi piel. Son cenizas, no nieve, como los residuos de una fogata después de un sacrificio.

—Es hora de que nos vayamos —digo. Recojo mi peineta de oro del cuello del sogdiano—. A Baiae. Con mi hermano.

El bátavo asiente. Me coge de la mano y nos dirigimos hacia el mar.

El muelle. Reina el caos. Estamos a media tarde, y, sin embargo, el cielo cada vez está más oscuro. Las cenizas calientes siguen cayendo, y además cae también piedra pómez, de peso ligero y poroso, del tamaño de gujarros, como si fuera granizo. No son mortales por sí solas, pero sí que hacen daño.

El viento aúlla, y el mar es un tumulto de olas y espuma, arrojando a los barcos contra el espigón. El bátavo nos abre camino entre la multitud. Los marineros están echando hacia atrás a la multitud llena de pánico. Vemos a un hombre, que parece un mendigo, saltar del embarcadero a un barco. Dos marineros lo agarran y lo tiran al agua. El hombre desaparece bajo las olas espumeantes. Yo bajo el ritmo..., pienso que podremos hacer algo para ayudar al hombre, pero el bátavo me arrastra sin parar por el muelle.

Pasamos junto a un viejo con una niña. Parecen perdidos y asustados.

—Ahí —digo, señalando un barco—. Ese de ahí.

El capitán está en el embarcadero, ordenando a su tripulación que aten la vela y añadan más parachoques entre el barco y la costa. Como todos los barcos que hemos visto, no se propone abandonar Pompeya. Parecen tranquilos.

—¿Eres el capitán de este barco? —pregunto.

Voy vestida con mi túnica robada y un manto gastado. El capitán me mira y dice:

—Lárgate de aquí. No damos paseítos gratis. Hoy no.

—¿Cuánto costaría ir hasta Baiae? —pregunto.

Él me mira. Mi voz, clara, con fuerte voluntad, acostumbrada a salirse con la suya, le hace

pensar un momento. Apostaría a que raramente oye una voz como la mía, y nunca procedente de una mujer. Me mira más detenidamente.

—Un día normal, de Pompeya a Baiae te costaría unos... mil sestercios. Pero hoy —y señala la nube de humo del Vesubio— no podrías permitirte.

Le enseño mi peineta. Es una mariposa de oro macizo, con dos rubíes como ojos.

—¿Qué es esto? —dice él. Reconoce su valor.

—La mitad de tu recompensa por llevarnos a Baiae...

—¿La mitad?

—Tengo otra que hace juego en casa. Te la daré en cuanto nos lleves a Baiae.

—¿Vives en Baiae?

La piedra pómez continúa golpeando sin parar el muelle. El cielo está tan oscuro casi como si fuera de noche.

—Tengo una casa de verano allí.

—¿Entonces eres rica?

—Mucho.

Él asiente, como si hubiera llegado a una conclusión. Me ofrece su mano.

—Capitán Verecundo, a tu servicio.

En la distancia se oye un ruido sordo, como un trueno.

El viejo y la niña están justo en el mismo sitio que donde los dejamos, de pie en el muelle, anonadados.

—Capitán —le digo—, esos dos vienen también conmigo. Ordena que los ayuden a subir a bordo.

—Como desees, señora —dice, y luego grita a su tripulación—. ¡Zarpamos hacia Baiae! ¡Ahora!

Su tripulación parece petrificada.

—En Baiae tendréis todo el vino que podáis beber, chicos. —Da unas palmadas—. ¡Vamos!

El viento aúlla. Oleadas de espuma blanca impulsan nuestro barco hacia atrás, lejos de la seguridad de Baiae. El capitán Verecundo grita instrucciones a sus remeros, pero sus palabras apenas se dejan oír por encima de los vientos violentos. El cielo está negro, espeso por la ceniza que cae, y que se acumula en la cubierta del barco como si fuera nieve. La piedra pómez y unas piedras ardientes y negras golpean la cubierta como si las lanzaran con una honda. Cincuenta remos crujen a cada golpe por el agua, y suena como si estuvieran a punto de partirse en dos.

Parece que no nos hemos movido desde hace horas, que las olas y nuestros remos han llegado a un punto muerto. Pero es imposible decir si es así o no, porque la costa es invisible.

La niña que encontramos en el muelle se llama Petra. Está acurrucada con su abuelo junto al mástil. He ido a verla a menudo, a decirle que todo irá bien. Mis palabras sonaban más huecas cada vez, mientras mi intranquilidad se va solidificando y se va convirtiendo en terror.

—¡Señora! —exclama el capitán—. No podemos llegar a Baiae. El mar y el viento no nos lo permiten. Nuestro barco se partirá en dos, si continuamos. Debemos dirigirnos a la costa.

—Bien —digo yo—, haz lo que tengas que hacer, capitán. Pero no a Pompeya. A cualquier sitio menos a aquel de donde venimos.

—Nuestro camino lo decidirá el viento.

Grita unas instrucciones a su tripulación y el barco vira hacia el este.

Nos movemos con las olas, en lugar de ir contra ellas. Nuestro barco se mueve tan rápido que susurra.

Continuamos hacia el este. No se ve la costa hasta que, de repente, está increíblemente cercana. Veo cuatro barcos de la flota imperial embarrancados en la playa, ante una villa enorme.

—Ahí, capitán —digo, señalando hacia los barcos—. Llévanos ahí.

Junto a la costa, el agua está llena de cenizas y piedra pómez flotando. La ceniza es como cemento, y une las partículas de piedra pómez convirtiéndolas en grandes losas flotantes. Rebotan contra el casco mientras este surca las olas hacia la costa.

El barco toca la costa con una sacudida, y los marineros saltan hacia el mar espumeante y tiran de los cabos, arrastrando el barco hasta la orilla.

Siguen cayendo cenizas, con mayor frecuencia aún. Los barcos imperiales son sombras negras en la playa. Un marinero corre hacia nosotros, con la mano encima de la cabeza para protegerse de la piedra pómez que cae.

—Soldado —le digo—, ¿quién está al mando de vuestros barcos hoy?

El marinero no reconoce a la mujer pobremente vestida que tiene ante él. Pero mi voz tiene un efecto similar al que ejerció sobre el capitán de nuestro barco. Replica rápidamente:

—El propio almirante, señora.

Mi corazón se esponja. El almirante Secundo. Plinio. No podía haberme encontrado con un hombre mejor.

—¿Dónde está?

—Intentábamos rescatar a la viuda Rectina de Oplontis, pero los vientos nos han obligado a desembarcar aquí. —El marinero señala hacia la villa—. Nos hemos refugiado en el hogar de Pomponiano.

—Capitán —le digo a Verecundo—, tú y tu tripulación encontraréis refugio aquí. Pero dejadme ir primero.

—Gracias, señora. Esperaremos en el barco.

El bátavo y yo seguimos al soldado hasta la villa.

De repente, la tierra se mueve. El bátavo me coge del brazo y caemos los dos en la playa.

En cuanto el terremoto ha terminado, el bátavo me ayuda a ponerme de pie y continuamos hacia la villa.

Llegamos los tres a la villa de Pomponiano. El atrio está iluminado por dos débiles lámparas de aceite. Hay más de una docena de personas en torno a una mesa larga. Se acaba de servir la cena. El personal de la casa está retirando el primer plato. Por debajo del tragaluz, donde antes se recogía el agua en una cisterna, ahora hay un montón de cenizas calientes y piedra pómez. Todo el mundo está encogido, como si el techo estuviera a punto de caerles sobre la cabeza en cualquier momento. La mesa está en un ángulo extraño, y sin apenas vajilla.

Cuando entro en el atrio, Pomponiano se levanta y empieza a agitar el dedo negativamente.

—No tenemos sitio en esta casa para los pobres. ¡Fuera!

Yo me quito la capucha.

—Vamos, Pomponiano —digo—, no es forma esa de tratar a un huésped, un día como hoy.

Hay respingos en toda la mesa.

Plinio, a quien no había visto al principio, se pone de pie. Está sonriendo.

—¡Domitila!

Viene hacia mí al instante y me rodea con sus brazos de oso. Luego me aleja un poco y me admira, como un pariente perdido hace tiempo. Sus ojos van al bátavo y luego vuelven a mí.

—Sin duda, tendrás muchas historias que contar...

Yo miro más allá de Plinio, a los huéspedes encogidos.

—Vosotros también, estoy segura.

Él sonríe.

—Quizá no se note mucho, pero la verdad es que estoy en plena misión de rescate.

Plinio y su sobrino estaban en Miseno esta mañana. Han vivido el terremoto, pero no pensaban que fuera nada grave. Hasta que han visto la nube de humo encima del Vesubio. Plinio planeaba investigar, y ha preparado tres cuatrirremes para que le acercaran más al fenómeno. Al partir, ha recibido un mensaje de Rectina, que vive en Oplontis, que está situado justo a los pies del Vesubio. Rectina decía que caían cenizas y piedras del cielo, que estaba tan oscuro como si fuera de noche, y que el viento desfavorable le había impedido escapar.

—De modo que mi empresa científica se ha convertido en una misión de rescate. Buenas intenciones que han desbaratado el viento y el mar. No hemos conseguido llegar a Oplontis. Los vientos nos han traído aquí. Pobre Rectina. Quizás esté esperándome todavía...

Le cuento a Plinio parte de mi historia, refiriéndome lo menos posible al bátavo.

—Nos dirigíamos a Baiae —digo—, pero en estas condiciones el viaje era prácticamente imposible.

—No, imposible del todo —dice Plinio—. Ahora mismo, el mar no se puede transitar.

Siempre había pensado que Plinio estaba perpetuamente sereno, demasiado interesado por el mundo para dejarse turbar por él. Pero esta emoción mientras el mundo se acaba es realmente curiosa.

Y loca, también.

Parece emocionado por la novedad de lo que está ocurriendo. Solo cuando Plinio deja de hablar, de pie como está, y espera mi respuesta, noto que su aliento es fatigoso, más de lo habitual. Lo que está ocurriendo con el aire, el calor, las cenizas, no le beneficia nada.

—Bueno, ¿qué ha ocurrido, Plinio? ¿No has podido alejarte navegando, así que has decidido organizar un festín?

—Sí, ¿por qué no? —dice él—. ¿Cómo si no debiéramos esperar hasta que el mar sea navegable? Y hablando de comer..., ¿tienes hambre?

Estoy a punto de decir que no, pero Plinio me pasa el brazo por encima del hombro.

—Quién sabe cuándo tendremos la oportunidad de comer otra vez, señora. Todos necesitamos energías.

Nadie habla. Escuchamos a Plinio masticar con fuerza, y el sordo rebote de las piedras pómez que golpean el tejado. Ocasionalmente, alguna rebota y pasa a través del tragaluz, y todo el mundo de la mesa da un respingo, aterrados.

Todo el mundo excepto Plinio.

El capitán Verecundo está invitado a unirse a nosotros. Su tripulación se refugia en una habitación aparte, con los marineros de Plinio. El bátavo se sienta con los demás esclavos, en un

rincón del atrio. Nuestra noche en Pompeya ha terminado, y de nuevo somos ama y esclavo.

Plinio explica qué ocurrió la noche de mi boda, después de que los barcos se incendiaran. Cómo ayudó a la gente a salir del mar, y el enfrentamiento entre los pretorianos de Virgilio y los partos.

—¿Cuántas personas murieron? —pregunto.

—Bastantes, la verdad. Tus hermanos han sobrevivido, gracias a los dioses. Pero he visto a tu hermano escapar de cosas mucho peores.

Sonrí, pensando en mi invencible hermano mayor. No estoy segura de haber considerado nunca que Tito no estuviera vivo y bien.

—¿Y mi doncella, Jacasta? —pregunto.

—Sufrió quemaduras en la mano y en el brazo. Bastante malas. Pero sobrevivió.

Suspiro con alivio.

—¿Y los partos?

—Desaparecidos. Tu hermano envió soldados por toda la región para encontrarlos. Pero hasta el momento no han tenido éxito.

Los esclavos que están al otro lado de la habitación intercambian teorías de lo que está ocurriendo fuera. Nuestra mesa se queda en silencio, escuchando.

—Los gigantes se están alzando en revuelta —dice un anciano—. Han conseguido abrirse camino hasta la superficie, desde las profundidades del infierno. Se oyen sus trompetas tocando el toque de guerra. Están enfurecidos. ¿Y quién no lo estaría? Cuando nos encuentren, nos aplastarán con sus manos. Estamos locos por no salir corriendo. Locos.

—Todo el campo está incendiado —dice una mujer con el pelo gris—. Se huele la carne quemada. —Olisquea el aire—. Cuando acabe este día, nos quemaremos todos.

El erudito Cecinio Rufo, huésped de Pomponiano cuando empezó todo esto, está sentado en el otro extremo de la mesa.

—El caos y el fuego están consumiendo el mundo —susurra—. Los dioses nos están castigando.

Muchos en la mesa asienten con la cabeza.

Plinio, sin embargo, se echa a reír.

—Rufo —dice—, me decepcionas. ¿Acaso no has leído mi libro? Lo que ocurre hoy no es nada nuevo.

—Tu libro no describe nada parecido a esto. —La voz de Rufo ha perdido su despegue erudito. Suena como una ramita a punto de partirse en dos.

—Por el contrario —dice Plinio—, tienes que ver el libro segundo, capítulo ciento diez. En él describo montañas, siempre ardiendo, en las cuales la naturaleza se enfurece, amenazando con consumir la tierra con el fuego. En el pasado se observaron nubes de cenizas en esas montañas. Está el monte Etna, en Sicilia, la cumbre del Cofantus, en Bactria, y la Torre Blanca, en Susa. Hay una montaña en Etiopía...

—Recuerdo el fragmento, almirante —interrumpe Rufo—, pero no sé qué tienen que ver esas montañas con los fuegos que están consumiendo el campo.

—No dejemos que el miedo venza a nuestra razón.

Plinio disfruta del debate. Pero, de repente, se ve asaltado por una tos violenta. Cuando acaba, durante un breve momento, parece derrotado; tiene los ojos vidriosos y está sin aliento.

Plinio se aclara la garganta y continúa, aunque no con el mismo vigor de antes.

—También describía un hecho en la Guerra Social, durante la cual la isla de Hiera, una de las Eolias, sufrió un fuego enorme que ardió durante varios días, hasta que el Senado llevó a cabo los sacrificios adecuados y el fuego cesó. Es obvio, ¿no? Lo que estamos viendo es el mismo fenómeno. La diferencia entre los fuegos de Hiera y los fuegos del Vesubio no es de tipo, sino de grado.

Para Plinio, el mundo no se acaba; simplemente, se ha vuelto más interesante.

Miramos mientras él sigue mojando pan en la salsa de pescado.

Plinio envía a su secretario Espartaco para que vea si los vientos son más favorables. Vuelve con dos hombres. Ambos rostros quedan ensombrecidos cuando entran en el atrio; uno de ellos está inclinado sobre un bastón.

Avanza por el atrio.

—¡Por los dioses, Ulpio! —digo, dándome cuenta de quién es. Va acompañado de su liberto, Ciro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Una docena de pretorianos y marineros entran en el atrio.

—¿Y dónde es aquí? —pregunta Ulpio.

—Estaba.

Él se echa a reír.

—¿Ves, Ciro? Hemos confundido la señal. Estábamos haciendo un recado del César, navegando hacia Baiae. Pero el mar tenía un plan distinto para nosotros. Los vientos y el mar nos han empujado hasta aquí.

El secretario de Plinio añade:

—El mar está peor que nunca, almirante. No hay esperanzas de navegar hoy.

El capitán Verecundo parece conocer a Ulpio. Se levanta de la mesa y los dos se abrazan.

—Qué adecuado que dé contigo el día más extraño de mi vida.

Hablan en voz baja un momento, como viejos amigos. Yo estoy demasiado cansada para intentar averiguar de qué se conocen.

Se despeja un espacio para Ulpio a mi lado. Hay un cambio notable en Plinio. Mira a Ulpio con una mirada que raramente muestra: desconfianza. O, posiblemente, desagrado. Yo pensaba que la frialdad entre ellos ya se había disipado.

Ulpio no ve la mirada de Plinio. Pide pan, salsa de pescado, vino.

—He estado pensando en ti, Ulpio —dice Plinio.

—¿Ah, sí? —Ulpio moja el pan en la salsa.

Una piedra enorme choca contra el techo. Todos los que estamos en la sala nos agachamos y miramos hacia arriba. Esperamos a ver si el techo se derrumba.

Plinio permanece concentrado en Ulpio.

—Sí —dice—, he pensado mucho en un comentario que hiciste.

—Tendrás que ser más concreto, Secundo. Soy el ingenio en persona.

—Recordarás que recientemente me dijiste, con absoluta certeza, el número de veces que el rehén parto, Meherdates, se reunió con el emperador Nerón. Fue una observación muy notable —dice Plinio—. ¿Cómo puede conocer algo que ocurrió en la corte imperial un provinciano

hispano?

Hay un cambio en Ulpio. Deja el pan y vuelve sus ojos inexistentes hacia el almirante.

—En fin —continúa Plinio—, encontrándolo inexplicable, fui a los historiadores, a los autores que estaban en Roma en aquellos momentos, durante el reinado de Claudio, cuando Nerón era un príncipe que corría por palacio. Leí a Rústico, y a Córbulos, y a otros historiadores. Pensaba: «Así lo ha tenido que saber Ulpio».

El liberto de Ulpio le susurra al oído, pero este agita la mano y lo despacha.

—Sin embargo, he revisado todas las historias y no he encontrado ni una sola palabra sobre el número de veces que Meherdates se reunió con el tirano.

—Plinio —digo yo, intentando superar lo que parece una discusión sin sentido alguno—, es una ocasión muy rara para hablar de historia. ¿No puede esperar eso a otro momento?

Plinio me ignora. Dice a Ulpio:

—Podría decirte el número de veces que «yo» vi a Nerón. Pero yo estuve allí, en Roma. No lo encontrarás en ningún libro de historia. Estoy seguro de que Nerón pudo habértelo dicho también, ¿verdad?

Una serie de piedras grandes va golpeando el tejado y los que están en torno a la mesa tiemblan. Nuestro anfitrión, Pomponiano, cuyo valor se está desvaneciendo por momentos, chilla como un pajarillo.

No estoy segura de cuál es la queja que tiene Plinio contra Ulpio, pero está claro que no es ni el momento ni el lugar para discutir.

—Vamos, Plinio —digo—. Estoy segura de que eso puede esperar. Ulpio acaba de pasar por una situación muy difícil..., igual que todos nosotros.

Plinio mira a Ulpio.

—Confiesa —dice.

—¿Confesar el qué? —pregunta Ulpio.

Plinio espera lo que parece una eternidad, luego sonrío, como si hubiera conseguido una gran victoria.

—Veo que tengo razón. —Se ríe—. Un cobarde no puede escapar a su naturaleza. —Echa su silla hacia atrás con la ayuda de su secretario—. Creo que voy a cerrar los ojos y a descansar un poco, mientras esperamos a que los mares se despejen.

El aliento del almirante es fatigoso. Tiene problemas para ponerse de pie. Su secretario tiene que ayudarlo.

—Lo siento, Lucio —le digo a Ulpio, cuando Plinio se ha ido—. No estoy segura de qué es lo que se le ha metido en la cabeza al almirante.

—Yo sí —dice Ulpio—. Pero no es culpa tuya.

—¿Qué asunto del César te ha traído aquí?

Ulpio llena los huecos que dejó la historia de Plinio. El senador Sulpicio es sospechoso de haber ayudado a los partos, de modo que Tito ordenó a los soldados que vigilaran su hogar, secretamente. El prefecto Virgilio dejó a un joven tribuno a cargo que no detuvo ni interrogó a ninguno de los que salieron. Una mujer visitó a Sulpicio, y luego se fue, con tres hombres. Todos se dirigieron hacia el este, hacia las ciudades que hay en torno a la bahía, en lugar de ir tierra adentro o hacia el norte.

—Marco y Teseo estaban allí —dice Ulpio—. Me enviaron recado contándome lo de los tres

hombres que salían de la casa de Sulpicio. No habría sido de mucha ayuda vigilarla, ni asaltarla tampoco, en realidad. Así que, con el beneplácito del prefecto, cogí a dos docenas de soldados para ver si podíamos encontrar a los tres hombres que salieron de casa de Sulpicio.

—¿Y?

—Pues no los hemos encontrado. Fuimos primero a Puteoli. Lo que me parecía más probable es que hubieran ido al puerto de mayor tamaño para asegurarse pasaje en un barco. Sería la forma más segura de escapar de Italia. No hemos tenido suerte allí, así que nos hemos dirigido al este. Hemos ido a Herculano, y luego a Pompeya, y entonces el viento y los mares nos han enviado hacia aquí.

—A lo mejor yo sé lo que les ocurrió a esos tres hombres...

Le digo a Ulpio que los tres partos nos encontraron al bátavo y a mí en Pompeya.

—¿Y había tres? ¿Estás segura? ¿Y el bátavo los mató a los tres?

—Sí.

Ulpio niega con la cabeza.

—¿Cómo podían saber dónde estabais? ¿Sabía alguien que os escondíais en Pompeya?

—Envié a un chico para que entregara un mensaje a una de mis doncellas. Escribí una carta a Tito haciéndole saber que estaba viva. El chico tenía que entregársela a mi doncella.

—¿Qué doncella? —pregunta Ulpio—. ¿Jacasta?

—No —digo—. Una chica distinta.

Ulpio frunce el ceño.

—¿Es de fiar?

—Sí —respondo.

Ulpio está pensando, pero, con los ojos tapados con una venda, parece una estatua sin vida.

—Es posible que tu mensaje fuese interceptado. O que el chico que lo entregó supiera quién eras tú e intentara aprovecharse... El caso es que, de algún modo, la noticia de que estabas en Pompeya llegó a los partos.

—Es posible —digo—. Pero el chico que contraté no parecía conocerme. ¿Y qué habrían ganado los partos matándome?

—Era su misión. Matar a los Flavios. Y Tito estaba demasiado bien protegido. Además, sospecho, necesitaban alguna distracción para escapar de Italia. Algo que atrajera la atención fuera de los puertos. ¿No sabían acaso que la Fortuna estaba de su lado?

—¿Lo estaba?

—Sí. El Vesubio ha proporcionado una distracción mejor de la que ellos podían haber soñado jamás.

Otro temblor sacude la tierra.

CAYO

24 de agosto. Hogar del almirante Secundo, Miseno

—Cayo —dice mi madre, con voz temblorosa—, ¿cuánto tiempo debemos quedarnos fuera?

—Mientras continúen los temblores —digo—. Los edificios han aguantado hasta ahora. Pero llegará un punto en que no podrán resistir más.

Estamos en el jardín, bajo un limonero. Docenas de gordos limones han caído al suelo, sacudidos por los temblores de tierra. El tío Plinio ha partido a su misión de rescate hace varias horas. Yo he intentado ocuparme dentro, pero los temblores se han hecho demasiado intensos. He enviado a Zósimo al muelle para ver si llegan noticias del tío Plinio. Ha vuelto negando con la cabeza.

—Nada, amo. Los marineros con los que he hablado dudan mucho de que el barco de tu tío pueda volver, dado el viento y el mar. Podrían estar esperando a unas condiciones más favorables.

Me imagino a mi tío Plinio en casa de Rectina, en Oplontis, o donde quiera que haya desembarcado, tranquilo, confiado, disfrutando del mundo que se muestra ante él. Intento con todas mis fuerzas emular ese ejemplo. Hago que Zósimo traiga a Livio y, tomando asiento junto a mi madre, sigo tomando notas.

Los temblores continúan.

Mi madre abandona su labor y encuentra consuelo entre los brazos de su doncella. Juntas y acurrucadas, se acunan la una a la otra, esperando que todo termine. Yo aprieto el estilo y cierro los ojos.

El cliente hispano del tío Plinio, Escipión el Hispano, llega a la octava hora.

—Escipión —le digo—, ¿qué estás haciendo aquí?

—He venido a ver a tu tío antes de irme al norte. A ver si me necesita.

Mira hacia el jardín y ve a mi madre y a su doncella debajo de un limonero. Ve mis libros y la tableta de cera.

—Pero ¿qué estás haciendo? —pregunta—. ¿Estás leyendo? El mundo se acaba. Debes buscar la seguridad.

—El tío Plinio está en una misión de rescate junto al Vesubio. Espero que vuelva.

—Estás loco. —Escipión me coge por los hombros—. Ven. Yo me dirijo al norte, a Roma. He hablado con gente que está huyendo de las ciudades que están bajo el Vesubio. Cuanto más cerca estás de la montaña, mayor es el peligro. Todo el mundo se dirige hacia el norte, hacia la

seguridad. Tu tío mismo es posible que ya haya iniciado el camino hacia allí.

Lo aparto de mí.

—Todo va bien. No hay que temer a la naturaleza —digo, imitando al tío Plinio.

Escipión niega con la cabeza.

—Veo que la tozudez viene de familia, ¿verdad? Si sobrevives, dile a tu tío Plinio que estuve aquí.

Se vuelve y se va.

Zósimo ve marchar a Escipión.

—Amo Cayo, sé que debemos esperar al almirante, pero hay muchos en casa que están asustados... —dice—. Temen por su vida. ¿Cuánto tiempo más nos quedaremos?

Hay dos esclavas que están de pie detrás de Zósimo. Tiemblan, tienen la cara pálida, los hombros caídos. Parecen derrotadas y aterrorizadas.

Quiero esperar al tío Plinio, ser valiente..., pero ¿haría él lo mismo? No lo creo. Su principal preocupación serían los que están a su cargo en la casa.

—Tienes razón, Zósimo. Reúne a toda la servidumbre. Diles que se lleven solo lo que puedan cargar encima. Dejaremos una nota para el tío Plinio, para que sepa dónde encontrarnos.

DOMITILA

25 de agosto. Hogar de Pomponiano, Estabia

Es casi por la mañana, y estoy rodeada de antorchas. Sin embargo, está tan oscuro como una noche sin luna. Con el brazo extendido, veo mi mano y nada más allá.

El jardín está lleno de cenizas y piedras apiladas que me llegan hasta las rodillas. La ceniza ha cambiado. Antes era gris, casi blanca. Ahora es de un negro siniestro. Vadearla es como empujar nieve muy pesada, después de un temporal. El olor putrefacto del azufre también es nuevo. Me quema la nariz y me lloran los ojos. Pasamos junto a unos esclavos de Pomponiano que están intentando apagar una viga de madera que se ha incendiado. A mitad de camino del jardín oigo roncar a Plinio.

Pomponiano llama a su puerta.

—¡Almirante! —Sueno exhausto y tembloroso—. Por favor, despiértate. Nuestras vidas están en peligro.

El secretario del almirante no espera a que se levante su amo. Empieza a abrir la puerta, pero se la bloquean la ceniza y las piedras que hay acumuladas en el jardín. Espartaco da una palmada en la puerta.

—¡Amo!

Oímos al almirante desde el otro lado de la puerta.

—¿Qué pasa, Espartaco? ¿Estás sujetando tú la puerta? Apártate.

—¡No amo! —chilla Espartaco—. Son los cascotes. Nos llegan hasta las rodillas en el jardín. Tendrás que empujar.

—¿Ah, sí? Qué curioso —dice Plinio—. Está bien. A la de tres. Una, dos y tres.

Espartaco y Pomponiano tiran de la puerta. Oímos que Plinio gruñe al empujar desde el otro lado. La puerta se abre lo suficiente para que el almirante salga, encogiéndose.

Plinio mira el suelo, maravillado ante los restos acumulados. Huele el aire.

—¿Es eso azufre?

—Sí, amo —dice Espartaco—. El fenómeno se ha vuelto más siniestro. Ahora las cenizas son negras, y los temblores de tierra, más frecuentes.

—Curioso —dice Plinio.

El aliento trabajoso del almirante ha empeorado. Sueno como si acabase de echar una carrera por el jardín.

—Almirante —digo—, me temo que el hogar de Pomponiano se nos podría caer encima de la

cabeza. Necesitamos un plan.

—Sí —dice él—. Tenemos que reunirnos todos.

En el interior del atrio el aire está espeso por el calor y la amarga fetidez de las cenizas.

La multitud reunida ante Plinio cuchichea.

—Tal y como lo veo, tenemos dos posibles opciones, o tres —dice él—. Podemos quedarnos dentro, podemos ir a los barcos, o bien ir a pie hacia el norte.

La multitud grita sus preferencias.

Plinio agita los brazos y todos se callan.

—Debemos elegir la opción menos peligrosa, por supuesto. Quedarnos dentro es quizá la más peligrosa. Las casas de ladrillo como esta pueden soportar algunos temblores, pero solo hasta cierto punto. Creo que solo es cuestión de tiempo que la casa de Pomponiano se venga abajo.

—Pero si nos vamos —dice alguien—, está demasiado oscuro para caminar. Y las piedras que caen podrían matar a un hombre.

—Estoy de acuerdo. La oscuridad no es ideal, pero la falta de luz no matará a ningún hombre —dice Plinio—. En cuanto a las piedras, podemos usar algo que haya en esta casa para protegernos.

—¿Y para ir adónde? —chilla un hombre.

—Lo más seguro es volver a la costa y esperar a que mejore el mar —dice Plinio—. Somos muchos, y dirigirnos hacia el norte, por un terreno difícil, sería lento y peligroso. Y...

Plinio tose incontrolablemente. Se rehace apoyando una mano en el hombro de su secretario. Cuando acaba, la sangre le mancha el labio inferior. Continúa:

—Y no sabemos si las condiciones son peores, tierra adentro. Podrían muy bien serlo. —Coge aliento con fuerza—. ¿Bien? ¿Vamos a la costa?

La multitud está de acuerdo con la sugerencia del almirante, pero en silencio y a regañadientes.

El mar es un revoltijo de piedra pómez y cenizas flotantes. El cielo está tan oscuro que no vemos más allá de donde rompen las olas. No tenemos esperanza alguna de partir por mar. Tendremos que esperar.

Muchos llevamos un cojín atado encima de la cabeza para protegernos de la piedra pómez que sigue cayendo. Otros, como el bático, se han hecho escudos improvisados con artículos de la casa de Pomponiano, mesas y sillas, quitándoles las patas.

El capitán Verecundo y su tripulación deciden probar suerte tierra adentro.

—Buena suerte, señora —dice—. Espero encontrarte en Baiae viva y bien.

—Buena suerte, capitán.

Se van en medio de la oscuridad. Aquellos que nos quedamos nos refugiamos junto al casco de uno de los barcos de Plinio. Se han quitado las velas para hacer de toldo. Tenemos que sacudirnos cenizas y piedra pómez de encima de nuestro cuerpo, una y otra vez, por temor a quedar enterrados vivos.

La mañana no llega. Me pregunto si alguna vez llegará, si el sol se ha extinguido del todo. El aire está denso, lleno de azufre y cenizas. Noto que me atraganto con él. El mar sigue revuelto e

innavegable, y el viento no cesa.

De repente, en la distancia, en dirección al Vesubio, oímos una explosión, tan fuerte que sacude la tierra, seguida por el sonido de un infierno llameante que abrasa el campo.

Se ve un fuego en la distancia.

Miramos en dirección al Vesubio. Esperamos ver un fuego que nos consuma a todos.

Pero el fuego no llega. Solo un olor muy fuerte a azufre.

La gente llora y reza a los dioses.

Voy junto a Plinio y me arrodillo a su lado.

—El mar no mejora, almirante. Deberíamos irnos. Salir corriendo.

Centra sus ojos en mí, despacio.

—¿Domitila? —dice.

Parece desorientado. Su secretario está a sus pies, poniéndole un trapo mojado a su amo en la frente. No creía que fuera posible, pero su respiración ha empeorado.

—Agua, Espartaco, por favor.

Espartaco se va.

Cojo a Plinio por el brazo.

—Tenemos que llevarte adonde el aire es menos opresivo —digo, intentando ayudarle a ponerse en pie.

Se levanta del suelo un palmo o así, pero luego vuelve a caer encima de la vela que está usando como cama.

—Yo creo que me quedaré aquí. —Su voz es solemne—. Asegúrate de que tu hermano te escucha —dice.

—Plinio, no hables...

Agita la mano, interrumpiéndome.

—Escúchame, señora. Asegúrate de que el emperador oye tus consejos. Él confía en ti. Se apoya en ti.

Noto que casi no puedo contener las lágrimas.

—Debes apartar a todos los demás de él. Pero, primero, antes de irte, tráeme a Ulpio. Solo necesito tener unas palabras con él.

Con la ayuda de su liberto, llevan a Ulpio hasta Plinio. Hablan entre susurros. Ulpio asiente, gravemente.

Plinio se quita un anillo y se lo tiende a Ulpio.

Cuando han terminado, Plinio me hace señas de que me vaya.

—Tendré que hacer un esfuerzo final —dice—. Pero, si no puedo hacerlo, tú debes mantener en marcha a este grupo. Ve al norte. Quédate en ese lado del río Sorno. Dale un buen margen al Vesubio.

Cojo la mano de Plinio y la beso.

—Eres un honor para el imperio. —Me echo a llorar—. Para nuestra familia.

—Igual que tú, querida mía.

El grupo está organizado en doble fila. Tenemos diez antorchas, que apenas proporcionan la luz suficiente para ver un paso en ninguna dirección. Uno de los esclavos de Pomponiano, un chico de la región de la Campania, que conoce bien la zona, va a la cabeza de la columna. Procuro que

la pequeña Petra y su abuelo estén cerca de mí.

Plinio es el último en unirse a la fila. Espartaco ayuda a su amo a ponerse en pie y coloca el brazo del almirante por encima de sus hombros.

Dan dos pasos hacia nosotros y Plinio se derrumba. Su respiración se hace más agitada.

Espartaco grita:

—¡No, no, no!

La respiración de Plinio se hace más rápida y breve.

No podemos hacer otra cosa que mirar.

El aliento final de Plinio parece atascarse en sus pulmones: aspira, pero no puede espirar. Se aprieta el pecho, su cuerpo hace espasmos durante un tiempo; finalmente, se relaja y la vida se escapa de él.

El almirante, el invencible, incansable Plinio, ha muerto.

Espartaco solloza.

Todos nos quedamos paralizados.

El bátavo se dirige hacia Plinio y pasando la mano por encima de la cara del almirante le cierra los ojos. Coge a Espartaco por el brazo y le pone de pie a pulso.

—Ven—dice el bátavo.

Tira de Espartaco hacia nosotros, obligándole a seguir. Se une a la fila, todavía sollozando.

Empezamos a caminar hacia el norte.

El cuerpo de Plinio queda en la costa, enterrado bajo cenizas ardientes y negras.

La colina es empinada y muy poblada de árboles. Todo el mundo sujeta la túnica sucia del hombre o la mujer que tiene delante, formando así una cadena humana. Nuestras antorchas proporcionan la luz suficiente para no tropezar en la tierra, pero poco más. El chico local parece conocer el camino, y durante un tiempo avanzamos con un objetivo claro.

Luego oímos una explosión en la distancia. Nos detenemos y esperamos que un fuego nos consuma. La tierra tiembla, y unas pocas personas pierden el equilibrio y caen al suelo del bosque.

Pero el fuego no llega.

Seguimos andando.

Nuestras antorchas empiezan a quedarse sin combustible. Se apagan una tras otra. Cuando la última se ha apagado, es como si estuviéramos encerrados en una habitación en medio de la noche y sin ventanas.

Hay un peso en la oscuridad. Una presencia.

Estamos de pie en silencio, temblando de terror.

Más de una persona llora.

Me arrodillo junto a la pequeña Petra, la niña a la que trajimos de Pompeya. No la veo, ni ella me ve a mí. Pero cojo su mano y susurro que todo irá bien.

—¿Por qué nos hemos detenido?

La voz pertenece a Ulpio.

Ciro, su liberto, debe de haberle explicado que las antorchas se han apagado, porque Ulpio dice entonces:

—¿Qué importa eso?

Para el senador ciego, todos los días están sumidos en la oscuridad.

—Ulpio —digo, intentando controlar el miedo en mi voz—, ¿puedes guiarnos tú a través de todo esto?

—Por supuesto —dice—, si alguien me pone delante de la fila.

Ulpio se dirige hacia la parte delantera. El chico local que había dirigido hasta entonces se queda a mi izquierda, cogido a mi túnica.

Ulpio empieza a caminar sin avisar. Está bien moverse de nuevo. La oscuridad todavía es abrumadora, pero el sonido de nuestros pies en el suelo del bosque, y el bastón de Ulpio dando golpecitos a árboles y rocas mantienen el pánico a raya.

Caminamos durante horas, nos alejamos de la colina y salimos del bosque.

Hay un punto gris en el horizonte. Parece un ojo gris gigantesco, que nos mira andar hacia él.

Seguimos subiendo monte arriba hacia el ojo gris. Poco a poco, la negrura se aclara, y entramos en una niebla densa y grisácea. Luego, también la niebla empieza a disiparse. Un cuarto de hora más tarde, salimos a la luz del sol.

Es mediodía, el sol está en lo alto del cielo.

Algunos chillan, llenos de esperanza. Otros caen de rodillas y le dan gracias a su dios favorito.

Detrás de nosotros vemos una pared de humo gris que se extiende al norte y al oeste, hasta donde alcanza la vista.

Ulpio pregunta por qué está reaccionando así la gente.

—Nos hemos librado de la oscuridad —dice Pomponiano.

—Ah —contesta Ulpio—, pues qué afortunados sois.

BARLAAS

25 de agosto. Dos millas al norte de Nápoles

Marco vuelve con el prefecto *Virgilio* y tres pretorianos. Tienen la cara muy seria.

—Los barracones de *Baiae* están vacíos —dice *Marco*. Se había ido horas antes a buscar ayuda—. Toda la bahía huye hacia el norte. O bien, se esconde, esperando a que esto termine. —*Menea la cabeza*—. Algunos dicen que se han visto unos gigantes en las colinas en torno al *Vesubio*.

—¿Gigantes?

Marco asiente. El chico no es de los que se asustan fácilmente, pero lo que está ocurriendo aquí, sea lo que sea, lo tiene estremecido..., a todos nos tiene igual.

El prefecto *Virgilio* mira a su alrededor, a la villa vacía, la que había dejado llena de soldados. Se sorprende al encontrar solo a *Teseo*, a *Manlio* y a mí mismo.

—¿Cuánto hace que huyó *Catulo*?

—Tres horas, cuatro quizá —dice *Manlio*—. Justo antes de que enviásemos a *Marco* a buscar más ayuda. El legado dijo que se les necesitaba en otro sitio a él y a sus soldados, para que ayudaran con lo que está ocurriendo en el *Vesubio*.

Sin ocultar mi disgusto, digo:

—Ese pequeño romano de mierda estaba asustado. Se le veía en los ojos.

—Entonces, ¿cuántos somos, en total? —pregunta *Virgilio*—. Ocho..., ocho contra... ¿cuántos? ¿Al menos una docena de partos y un ejército de gladiadores?

Teseo llama desde la ventana desde donde vigilaba la villa de *Sulpicio*.

—*Sulpicio* planea irse antes de amanecer —dice—. Tenemos que movernos ahora mismo.

Abandonamos la villa. Fuera, el aire es cálido y espeso. Estamos en la cima de una colina y el complejo de *Sulpicio* está debajo, con un bosque de árboles poco espeso entre ambos. Hacia el oeste está el *Vesubio* y la nube de humo arremolinada e inacabable.

—Ocho contra un ejército... —dice *Virgilio*, mirando el *Vesubio*—. Pero podría ser peor. *Apolo* protege a aquellos que se refugian a la sombra del *Vesubio*.

Nos quedamos allí de pie mirando el fuego, hipnotizados.

Teseo empieza a andar colina abajo y le seguimos en fila india hacia la villa de *Sulpicio*.

A mitad del camino de la colina, oímos una explosión, un estampido rugiente, y el suelo se mueve. Yo levanto los brazos, intentando mantener el equilibrio. Dos de los pretorianos caen al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta el prefecto.

Nadie tiene la respuesta.

Llegamos a un bosquecillo de limoneros. Un gladiador nos espera, el hombre de Teseo en el interior. Es probable que luchara en los juegos (los combates de gladiadores parece que ocurrieron hace una vida entera), pero no consigo situarlo, sin el casco.

—Es Minor —dice Teseo—. Ha accedido a ayudarnos.

Minor guiña los ojos y nos cuenta.

—¿Es todo?

—Me temo que sí —dice Teseo.

—¿Y cuántos hay dentro? —pregunta Manlio.

—Sulpicio tiene treinta gladiadores —responde Minor—. Hay otra docena de partos, y cuatro soldados romanos.

—Mierda... —dice el prefecto.

—¿Y cómo está Olympias? —pregunta Marco.

—Se alegrará mucho de verte —contesta Minor.

Olympias debe de ser la chica de la que hablaba Marco antes.

—¿Y qué hay de los gladiadores? —pregunta Virgilio—. ¿No hay ninguno contigo?

—Tres de ellos, seguro —dice Minor—. Llevamos años con Sulpicio y estamos hartos de su crueldad. Pero uno —mira a Marco—, el hermano de Olympias, quedó muy mal herido en los juegos. Así que no podrá ayudarnos mucho. De los demás..., no estoy seguro. Si fuera otro día cualquiera, apostaría a que lucharían para salvar la vida de su amo. Pero hoy... —Mira en dirección al Vesubio—. Somos muy supersticiosos —dice—. Me refiero a los gladiadores. Los dioses tienen nuestro destino en sus manos. Deciden si viviremos o moriremos en cada combate. Así que todo esto... —Hace una pausa, intentando abarcar el mundo en general—. Están asustados. Quizás aprovechen la oportunidad para escapar.

—¿Cuál es el plan de Sulpicio? —pregunta Virgilio—. ¿Nos está esperando?

—Nos ha tenido dispuestos para luchar desde que llegaron los partos —dice Minor—. Sabía que estabais vigilando su casa..., tus hombres lo han dejado bien claro. Las capas rojas no se disimulan muy bien, en el bosque. También hemos visto a la mayoría de tus hombres hacer el equipaje e irse, hace unas horas, pero Sulpicio no se relajará hasta que los partos se hayan ido del todo.

—¿Es ese el plan? —pregunta Virgilio—. ¿Que los partos huyan?

Minor asiente.

—Tienen un barco en Puteoli preparado para llevarlos a Italia.

—¿Está dentro el chico ario? —pregunto—. Sinnaces.

Me imagino a Sinnaces escapando en un barco, mirando la costa italiana que va desapareciendo en la distancia.

—¿El parto, quieres decir? —pregunta Minor—. No sé su nombre, pero es un chico parto. De unos dieciocho años. Pues no lo lleva muy bien. Va andando muy nervioso día y noche.

Noto los ojos de todos los hombres clavados en mí. ¿Notarán mi vergüenza?

—El chico es mío —digo yo—. Morirá por mi mano, no por manos romanas.

Esperan que diga algo más, pero ¿qué más podría decir? El honor exige que mate a ese chico.

Manlio, sabiendo que no tengo nada más que decir, rompe el silencio.

—¿Y cómo vamos a entrar?

—De la misma forma que he salido yo —dice Minor. Se arrodilla y dibuja en la tierra dos cuadrados grandes, conectados por un rectángulo pequeño—. Aquí hay una antigua tubería lo bastante ancha para que un hombre esté dentro de pie, y que conecta con los baños. Nos llevará hasta esa parte de la villa de Sulpicio. —Señala uno de los cuadrados. Luego señala al segundo cuadrado grande—. Esto es el Lanista. Aparte de unos cuantos gladiadores que patrullan la villa, el resto estarán todos ahí.

—¿Podemos encerrar a los gladiadores dentro del Lanista? —pregunta Virgilio.

—Pues no lo creo —responde Minor—. La puerta está abierta. Y en el momento en que Sulpicio o los partos nos vean, harán sonar la alarma y todos los gladiadores vendrán corriendo.

—¿Y qué haremos entonces? —pregunta Virgilio—. No podemos luchar contra tantos hombres a la vez.

—Yo puedo encargarme de ellos —dice Marco.

Se levantan unas cuantas cejas.

—¿Tú? —pregunta Manlio—. ¿Vas a ocuparte de treinta gladiadores tú solo?

Marco levanta la vista hacia el sol poniente.

—Sí, pero después de que oscurezca. Y necesitaré un pollo y un traductor.

—¿Qué? —pregunto yo, obviamente irritado.

He llegado a tolerar a Marco, pero no puedo soportar su arrogancia. Sobre todo, en combate. En mi experiencia, así es como consigues que te maten.

El chico me ignora.

—Teseo —pregunta—, ¿qué tal tu etrusco?

—Una mierda —dice Teseo.

—No importa —apunta Marco, y luego se vuelve a Minor—. ¿Puedes hacerme entrar en el Lanista sin que los partos den la alarma?

Minor asiente.

—¿Realmente vamos a dejar nuestra vida en manos de este chico? —pregunto.

El prefecto Virgilio mira a Marco.

—¿Qué planeas hacer?

—Les voy a decir que se vayan —dice Marco. Empieza a examinar mi manto, aunque es dos veces mayor que el de su tamaño—. ¿Puedes prestármelo?

La breve explicación de Marco basta para convencer a Virgilio: quizá no funcione su plan, pero dejémosle intentarlo. Yo me muestro en contra, pero solo hasta cierto punto. Es la única oportunidad que tengo de coger a Sinnaces y limpiar mi nombre. Lo tengo todo en contra, con el plan de Marco o con cualquier otro.

Seguimos a Minor por una zanja, con el agua hasta las rodillas. Nos movemos despacio, tan agachados como podemos, hasta llegar a la tubería. Es lo bastante alta para que un chico pueda estar de pie, pero yo tengo que inclinarme como un gigante entrando en la choza de un campesino. Pero servirá para su objetivo. Al cabo de unos cien pasos, podemos entrar en los baños de Sulpicio. Nos esperan dos personas. Un gladiador con el brazo en cabestrillo y una chica con unos asombrosos ojos azules.

Cuando la chica ve a Marco, corre hacia él y se abrazan.

Olympias, supongo.

El gladiador con el brazo en cabestrillo nos ve salir de la alcantarilla y dice:

—¿No hay más?

—No te preocupes —dice Minor, señalando a Marco—. Tenemos un plan.

Marco pasa el dedo por el borde de la alcantarilla y usa el lodo que ha cogido para pintarse un dibujo en la cara, unas rayas bajo los ojos, a lo largo de la nariz y dos en la barbilla.

—¿Qué plan es ese? —pregunta el gladiador herido.

Minor nos lleva al terreno de entrenamiento, un rectángulo de arena rodeado por un edificio de dos pisos y una columnata.

El cielo está gris, y se pone cada vez más oscuro.

Marco empieza a cavar un cuadrado grande en el suelo, del tamaño de tres carretas de bueyes, una junto a otra.

Suena una campana. Nuestra presencia ha sido detectada.

Los gladiadores salen al terreno de entrenamiento y por el balcón. Parecen exhaustos y frágiles, dispuestos a matar a quien sea para salvar su piel.

Hay docenas, nos rodean por todos lados. Golpean las espadas de acero contra los escudos de madera, gruñen, silban y canturrean. Todo ello para intimidarnos.

Y funciona.

Somos todos guerreros bien entrenados, pero hemos luchado en las guerras suficientes para saber que normalmente es cuestión de número. Ellos tienen el número suficiente, nosotros no.

¿Hemos cometido un error pensando que este chico podría, de alguna manera, superar esas probabilidades en contra? Pero este chico tiene algo especial. Lo vi cuando cazábamos juntos, hace lo que parece toda una eternidad. Lo vi cuando jugábamos a los dados, lo oí en la voz de Sinnaces cuando hablaba de Marco, el hispano; lo veo ahora. Es listo, centrado, decidido, está un poco loco..., y todo ello lo necesitaremos si queremos salir de aquí con vida.

La chica, Olympias, se abre paso hacia nosotros. Ha traído los dos pollos que Marco le había pedido. Los lleva colgando de las patas, y agitando las alas.

Los gladiadores se resisten a atacar, no estoy seguro de por qué. Hay algo extraño en Marco, su forma de andar, incongruente; su forma de hablar, en una lengua extraña; las marcas que lleva en la cara, mi manto, que le va enorme... Entiendo que ellos se resistan. Parece un sacerdote o un hechicero demente.

Marco murmura algo en una lengua extranjera y Teseo chilla a Minor:

—Diles que has traído a un sacerdote de Vulcano.

Minor chilla eso, y el rugido de los gladiadores, sus gruñidos y el golpeteo de metal contra madera... disminuye.

Hay una conmoción en el balcón, arriba. Sulpicio y los soldados romanos, los cuatro traidores, están junto a la barandilla. Los hermanos partos, Farhod y Farhad, y Sinnaces, también están allí. Sinnaces se muerde los labios nerviosamente, aunque no estoy seguro de que me haya visto aún.

—¿A qué estáis esperando? —grita Sulpicio—. ¡Matadlos!

Marco reemprende sus cánticos, esta vez más alto. Teseo traduce.

—Es un sacerdote de Vulcano. Está aquí para deciros cómo sobrevivir a la ira de su dios.
Los gladiadores no se mueven.

Entonces se oye una explosión en la distancia, como la que hemos oído antes, y la tierra tiembla violentamente.

Cuando termina el temblor, los gladiadores están muy callados.

Marco coge uno de los pollos de manos de Olympias. Se arrodilla y lo sacrifica con su daga. Vierte la sangre en la arena. Él continúa con sus extraños cánticos.

—¡Matadlos, matadlos a todos! —grita Sulpicio.

Pero sus gladiadores están hipnotizados.

Marco inspecciona el diminuto y sangriento hígado del pollo, lo coge entre los dedos pulgar e índice.

Canta, y Teseo traduce.

—El dios del fuego está furioso...

Marco señala a Sulpicio.

—... con vuestro amo.

Marco sacrifica el segundo pollo.

—Pronto —dice Teseo, traduciendo los cánticos de Marco—, Sulpicio y todo lo que ama arderán. Si queréis libraros, solo tenéis una esperanza.

Marco señala hacia la puerta.

—Huid —dice Teseo—. ¡Huid!

Los gladiadores se quedan inmóviles un momento, intentando captar esas palabras.

Sulpicio chilla a su *doctore* que azote a los gladiadores para sacarlos de su estupor. El *doctore* desenrolla su látigo, pero Minor agarra al *doctore* por las muñecas y le sacude la cabeza.

Los gladiadores están cansados, son supersticiosos, están aterrorizados por lo que está ocurriendo cerca del Vesubio, y no quieren hacer otra cosa que huir. Pero años de servidumbre hacen que abandonar a su amo sea casi imposible. Se llega a un punto muerto, que parece imposible de romper.

Pero hoy no faltan fenómenos extraños.

Las cenizas empiezan a caer a nuestro alrededor como la nieve, cálida, oliendo a fuego.

Los gladiadores la miran, horrorizados. Todos lo estamos.

Marco canturrea.

—Huid —dice Teseo—, o arded.

Un gladiador se abre camino entre la multitud, hacia la puerta. Los demás le siguen. Pronto se convierten en una avalancha, empujándose entre sí, corriendo hacia la puerta.

Sulpicio grita a sus hombres que se detengan, los amenaza con la muerte, si le abandonan.

—Joder, por el culo de Júpiter —dice Virgilio—. Ha funcionado...

Los gladiadores salen corriendo por un extremo del terreno de entrenamiento, corriendo para salvar su vida. Se abre una puerta al otro lado, y Sulpicio, los soldados romanos traidores y mis compatriotas entran en el terreno de entrenamiento.

Se forman dos líneas de batalla. Todavía nos superan en número, pero no como antes. Ahora es una lucha justa.

Frente a mí se encuentran los dos hermanos, Farhad y Farbod, con las dagas en la mano.

Cargan, corriendo con toda su alma.

Solo tengo tiempo para lanzar una flecha. Para matar a un hombre. Pongo la flecha en la cuerda de mi arco, la echo atrás y apunto al hermano de la izquierda.

Abro la mano y la flecha parte.

Da en el blanco; la fuerza es tal que envía al hermano hacia atrás, antes de caer al suelo.

El segundo hermano aminora la marcha para ver morir al chico.

¿Me dará eso el tiempo suficiente para lanzar otra flecha?

Busco en mi aljaba...

El hermano sigue corriendo hacia mí.

Coloco la flecha...

Y la daga de Farhad me perfora el pecho, junto al hombro. Mi mano izquierda instintivamente deja caer el arco y va hacia la hoja, para evitar que penetre más profundamente.

La fuerza de Farhad nos envía a los dos hacia atrás, hacia el suelo, y golpeamos la arena. Él está encima de mí, con las manos en la daga. Retuerce la hoja y yo grito, con un dolor agónico.

He dejado caer la flecha, pero la veo caída en el suelo junto a mí.

Farhad saca su daga de mi pecho y yo chilló, y un torrente de sangre llena el hueco dejado por la hoja.

Farhad levanta la hoja para acabar conmigo.

Agarro la flecha, a lo largo del mango, junto a la punta, y se la clavo en el cuello. Perfora la carne por debajo de su oreja. Sus ojos se abren mucho, sorprendidos.

Deja caer la daga.

La sangre brota de su boca.

Empujo la flecha aún más hondo, y sus manos caen a los costados. Sus ojos están oscurecidos, sin vida.

Aparto el cadáver a un lado.

La batalla continúa en todo el terreno de entrenamiento. Virgilio y sus pretorianos están enfrente de los soldados traidores. Manlio y Teseo, rodeados de soldados partos. Recupero mi arco y coloco una flecha. Abato a uno, dos, tres partos, rápidamente, con manos expertas, como cuando era joven.

Manlio mata a un soldado romano traidor, cae sobre una rodilla, intentando recuperar el aliento. Me sonrío desde el otro lado del terreno de entrenamiento.

Marco guía a la chica, Olympias, y a su hermano fuera de la lucha. Se los está llevando hacia la seguridad.

En el otro lado del terreno, mirando hacia la puerta, está Sinnaces. Se dirige hacia la puerta, demasiado asustado para luchar.

Me ve. Nuestros ojos se encuentran.

Corre.

Yo salgo corriendo hacia la villa. Dentro, los pasillos están vacíos, salvo por unos pocos esclavos. Todos chillan cuando me ven correr hacia ellos, y caen al suelo. Llego al atrio y veo el manto negro de Sinnaces desaparecer en torno a una esquina.

Lo sigo bajando unas escaleras, y luego atravesando un pasillo, y cierra una puerta enrejada tras él.

—¡Alto! —grito entonces.

Él levanta la vista, mientras trastea con la cerradura.

Saco una flecha de la aljaba, levanto el arco, apunto. La flecha pasa entre los barrotes de hierro y se le clava en el hombro. Él cae hacia atrás, chillando de dolor. Sorprendentemente, tiene la fuerza suficiente para ponerse de pie de nuevo y acercarse a la cerradura. Sabe que cerrar esa puerta es la única forma que tiene de salvar la vida.

La cerradura chasquea.

—Me has traicionado —digo—. Y también el recuerdo de tu padre.

—Tú eres un chaquetero —dice—. Eres tú quien ha traicionado a su país.

Oigo que la cerradura chasquea de nuevo. Pongo otra flecha, la dejo volar. Apuntaba a un lugar entre dos barrotes de hierro, al pecho del chico, pero fallo por un par de centímetros, y rebota en uno de los barrotes de hierro, sin dar a Sinnaces por poco.

Él sonríe y sale corriendo, desesperado.

De vuelta en el terreno de entrenamiento, la batalla ha terminado. De los tres pretorianos que hemos traído con nosotros, dos están muertos. Otro está herido, pero lo lleva con entereza varonil. Teseo está limpiando su hoja. Parece que ha estado en el mercado, o haciendo una excursión, más que combatiendo por su vida. Manlio tiene cortes y hematomas, pero está vivo. Todavía no ha recuperado todas sus fuerzas, de modo que la lucha de esta noche le ha dejado exhausto. Sonríe cuando me ve.

Virgilio está arrodillado junto a un soldado, uno de los traidores romanos. El soldado tiene la nariz grande y roja, como suele ponerse a un hombre que bebe demasiado. Tiene una herida muy fea, un corte a través del vientre, amplio y ensangrentado. Está echado de espaldas, jadeando y escupiendo sangre.

—¿Cuál era vuestro plan? —pregunta Virgilio.

El hombre escupe en dirección a Virgilio.

El prefecto mete la mano en el vientre herido del soldado.

El traidor suelta un grito.

—Puedes ponértelo fácil —dice Virgilio—. Dinos adónde planeaban huir tus amigos huidos.

—Que te jodan.

—Ten sentido común, soldado —dice Virgilio—. Esta podría ser tu oportunidad.

—¿Mi oportunidad?

—De compensar la traición que has cometido.

El soldado se echa a reír. La sangre gotea de las comisuras de sus labios.

—El traidor eres tú. Tú apoyas a un usurpador del trono. Yo sirvo al último de los troyanos. El emperador legítimo.

Virgilio pone los ojos en blanco.

—No me digas.

El soldado es un auténtico creyente. Levantando la voz, dice:

—Yo solo sirvo a Nerón Claudio César, emperador de Roma.

Virgilio vuelve a meter la mano en las tripas del hombre, y el soldado aúlla de dolor. Virgilio quita la mano y oímos el patético jadeo del soldado.

Y luego se muere.

—Joder —dice Virgilio. Levanta la vista—. ¿Queda alguno más vivo?

Manlio niega con la cabeza.

—Están todos muertos o huidos.

—¿Y Sulpicio?

—Desaparecido.

—Joder —repite Virgilio.

Oímos ruido y nos volvemos, y vemos a Marco que vuelve al terreno de entrenamiento. Lleva con él a Sulpicio. La cara del senador está llena de cortes, y lleva los brazos atados a la espalda. La chica, Olympias, y el gladiador herido están con ellos.

Ese chico no deja nunca de sorprenderme.

—Pensaba que habías huido... —le digo a Marco.

—Había llevado a Olympias a la casa, para que estuviera a salvo. Estábamos en el despacho de Sulpicio cuando él ha entrado corriendo. Ha abierto su caja fuerte y estaba llenando una bolsa de oro. —Marco da una patada a las piernas de Sulpicio por detrás y el senador cae de rodillas—. Este hijo de puta codicioso podía haberse ido, pero quería su dinero.

Teseo va hasta donde está Marco y le inspecciona los cortes en la cara.

—¿Estaba solo?

—No, su *doctore* estaba con él —dice Marco. Está agotado, pero sonrío—. Nada de lo que no pudiera ocuparme.

DOMITILA

26 de agosto. Tres millas al norte de Estabia

Hay una ciudad en las colinas, por encima de Estabia. Cuando la gente que vive allí ve que nos aproximamos (unos refugiados exhaustos y sucios), nos traen agua y pan. Pasamos la noche acampados junto a una fogata, escuchando las historias de una mujer de la localidad, que asegura que ha vivido lo suficiente para ver a Aníbal marchando por aquellas colinas con sus elefantes. Nos alegramos de tener distracción.

La nube del Vesubio ha desaparecido. A la mañana siguiente, el aire está menos lleno de humo, menos gris. Y los temblores se han detenido.

Por el momento.

Decidimos volver por donde hemos venido. El terreno entre este lugar y Baiæ es traicionero, y nos costaría días enteros de caminar lo que en barco sería solo cuestión de horas. Volvemos por la misma ruta que hicimos en la oscuridad. A la luz del día, el bosque es ominoso. Una espesa capa gris de ceniza lo cubre todo, y no hay animales. Ningún pájaro piando por encima. Ningún ciervo que desaparece entre los arbustos.

El sol, el glorioso, cálido y bello sol, está en el cielo una vez más. Parece una prueba clara de que el mundo no ha terminado.

Llegamos a la costa y encontramos el mar en calma. Hay piedra pómez flotando en el agua, pero no las enormes islas de piedras que se habían formado la noche anterior.

El secretario de Plinio encuentra el lugar donde dejó a su amo. El cuerpo está enterrado bajo varios palmos de cenizas. Se arrodilla, presentándole sus respetos.

El barco del capitán Verecundo ha desaparecido. Él y su tripulación ya habrán zarpado, o quizá su barco se vio alejado de la playa durante los temblores, y solo los dioses saben dónde estarán ahora.

Espartaco me ve mirando hacia la bahía, en busca del barco que me trajo aquí.

—Augusta —me dice—, no te preocupes. Dos de nuestros tres barcos están dispuestos para partir de inmediato. Podemos llevarte a casa.

—¿Y el tercer barco?

—No se puede reparar. Otra víctima que debemos dejar en la playa.

Antes de partir, vamos al agua para quitarnos la ceniza del pelo y la piel, vadeando con el agua hasta los hombros. El mar está caliente y de un gris nuboso, manchado por los desperdicios del Vesubio. La sensación del agua en la piel me resulta agradable, es un alivio poder quitarse las

cenizas y la porquería que llevo pegada a la piel desde hace días.

El bátavo está a mi lado.

—Albanus —digo, muy bajo para que nadie más pueda oírlo. Él se está frotando el vello negro que tiene en el pecho—. Vamos a volver a Baiae hoy. Lo que ocurrió en Pompeya... no puede volver a suceder nunca más.

Sus ojos se apartan de mí y se clavan en el horizonte. ¿Está triste? Es difícil decirlo.

Asiente.

Sin advertencia, se sumerge debajo del agua. Aparece de nuevo a unos pasos de distancia y nada alejándose de la costa, un brazo tras otro, y luego se queda flotando a solas en el mar.

Nuestro barco se dirige hacia el oeste. El Vesubio queda del lado de estribor, visible por primera vez en dos días. La montaña está distinta. Parece más baja, con un pico menos agudo, como si la tercera y última parte de una granada se hubiera cortado y eliminado. Las ciudades que había a los pies de las colinas ya no están. Pompeya, Herculano, Oplontis..., todas desaparecidas, como si nunca hubieran existido. En su lugar solo hay un vacío gris, un desierto de cenizas. No hay árboles ni edificios. El fuego debe de haberlo quemado todo, o bien lo ha enterrado bajo las cenizas que caían. ¿Cuántas personas habrán perecido? ¿Cuántos miles?

La gente de nuestro barco mira la extensión yerma en silencio. Hasta los remeros han hecho una pausa en su tarea para mirar y murmurar una plegaria.

—¿Dónde está nuestra casa? —le susurra Petra a su abuelo.

Su abuelo llora en silencio.

Convenzo a Espartaco de que vayamos primero a Miseno, para poder contarle al sobrino de Plinio cuál ha sido el destino del almirante. Tiene derecho a saberlo tan pronto como podamos decírselo.

Pasamos a través del rompeolas hasta el puerto de Miseno. Hay confusión, pero no está devastado. Las calles de la ciudad y los tejados rojos están cubiertos de cenizas grises, pero no son tan espesas allí como en Estabia, y tampoco hay piedra pómez. Unos cuantos edificios se han venido abajo, y un barco está tirado en el muelle con el casco abierto por una grieta, como un huevo. Cerca, un hombre y su esclavo están quitando un calamar de un tejado.

El sobrino de Plinio está en el muelle cuando llegamos. Seguramente habrá visto los barcos que se aproximaban, y los habrá reconocido como dos de los tres con los que partió su tío.

Nuestro barco se desliza hacia el embarcadero, los marineros arrojan unos cabos a sus colegas de la costa.

Cayo espera junto a la pasarela. Ve a Espartaco, pero no a su tío. Está inquieto. Examina la cara de Espartaco, luego la mía.

Antes de que podamos dar otro paso más, Cayo se echa a llorar.

Al cabo de una hora, nuestro barco zarpa de nuevo para llevarme a Baiae. Llegamos cuando el sol se está poniendo.

Los pretorianos del muelle me reconocen. Antes de llevarme a toda prisa a una litera que me espera, señalo a Petra y a su abuelo.

—Estos dos vienen conmigo. Son huéspedes de la familia imperial. Trátalos de acuerdo con su posición.

Los soldados afirman, y atravesamos la ciudad.

A Baiae le ha ido más o menos como a Miseno. Un manto gris lo cubre todo, han caído algunos edificios. Aparte de eso, la ciudad sigue en pie. Los pretorianos me dicen que la ciudad fue abandonada ayer, bien temprano, y que su población empieza a volver ahora mismo. Ya se ve a algunos propietarios de pie junto a sus edificios, evaluando los daños. Por todas partes, hay esclavos que barren las cenizas.

Livia está en el atrio cuando yo llego.

—Señora —dice—, gracias a los dioses que estás viva.

—¿Recibiste mi mensaje? —digo—. ¿De Pompeya?

—Sí, señora. E hice lo que me ordenaste. Se lo di a tu hermano.

—¿Se lo contaste a alguien más?

—No, señora —dice—. Claro que no. Hice solo lo que me pediste. ¿Por qué?

—Alguien sabía dónde estaba.

—¿Qué quieres decir?

Le cuento lo del ataque de los partos, cómo era posible que supieran dónde me encontraba. Livia parece conmocionada.

—Quizás alguien te viera llegando a Pompeya... Eres la mujer más famosa del imperio, después de todo. —Me coge la mano—. Pero no tendrás que preocuparte más por los partos.

Me explica que los partos han sido todos capturados o han escapado de Italia.

—¿Cómo está Jacasta? —le pregunto.

Livia se muerde el labio.

—Llévame con ella.

Livia me coge de la mano y me acompaña por la villa hasta la habitación de Jacasta, junto a la mía. Está echada, y medio despierta cuando llegamos, pero se pone de pie vacilante cuando me ve.

—Señora —dice, con lágrimas en los ojos—. Estás viva...

Ahora que está de pie, veo que tiene vendajes en el brazo izquierdo y en el cuello. Como me había dicho Plinio, se quemó mucho cuando el barco fue incendiado, antes de poder saltar al agua. Me cuenta que se agarró a un trozo de madera hasta que el almirante la sacó del agua.

Le duele mucho. Se mueve despacio, y veo una mueca de dolor en su rostro cuando vuelve a echarse en la cama.

Me ve mirarla y dice:

—Estoy bien, señora, de verdad. Un poco incómoda, pero ya se me pasará.

Aquella noche sueño con unas colinas negras e impenetrables por encima de Estabia. Oigo que un niño llora pidiendo ayuda, así como el chasquido de unas llamas invisibles. Busco al niño frenéticamente, pero la oscuridad es total. La tierra tiembla, y yo caigo de rodillas.

Me despierto con unas náuseas intensas y un sabor metálico en la boca. El mareo persiste hasta la sexta hora. A Jacasta (que en contra de los consejos de los doctores ha abandonado su lecho para verme) le preocupa que mis náuseas sean por la exposición a las cenizas y el calor del Vesubio.

—Deberías ver al doctor —dice.

—No, no lo necesito —digo, haciendo un esfuerzo para comer un poco de pan—. Ya se me han pasado las náuseas.

Jacasta me mira fijamente. Luego sonrío. Se asegura de que estamos solas.

—Cuéntame otra vez qué ocurrió en Pompeya.

CAYO

1 de septiembre. Exterior de la casa de Lucio Ulpio Trajano, Roma

De vuelta en Roma, en medio del caos. Las estrechas callejuelas están atestadas de gente, los edificios de pisos se alzan por encima, arrojando largas y frías sombras. Una sinfonía de ruidos constantes, caóticos: terracota que se rompe, saludos en latín, despedidas en hebreo, una maldición en bactriano, risas, gritos, regateos; algo líquido (¿agua? ¿vino? ¿orina?) salpica una losa de travertino; los perros ladran, los niños lloran, una serpiente sisea. Se oye el sonido regular de una espada vieja y oxidada que roza una piedra de afilar. Y el olor. Ungüentos medicinales, salsa de pescado fermentada, aceite de freír, pan recién horneado, orina rancia, amoniaco del batán, y siempre, en cada esquina de la ciudad, algo que arde. Madera, incienso, mirra, romero, braseros.

Ese caos solía requerir un descanso, un viaje al sur o al norte, a las colinas o al mar, a algún sitio tranquilo y lento, para restaurar la paz mental de uno. Ahora, después de lo que ha ocurrido en la bahía, encuentro consolador todo este manicomio, y amenazadora la tranquilidad de la Campania.

Acudo a ver a los Ulpios temprano, no mucho después del amanecer. La anciana, Elsie, me deja entrar. Por la forma que tiene de sonreírme, sé que me tiene lástima.

—Por aquí, señor.

Marco y su tío están en la biblioteca, enzarzados en una intensa conversación. Frente a ellos tienen el mapa de Partia. Durante un breve instante, pienso que será un buen dato para contárselo al tío Plinio. Pero me coge por sorpresa, como ha ocurrido a menudo desde su muerte, la espantosa realidad de que nunca más podré contarle nada.

El vacío oscuro en mi estómago crece; noto las piernas pesadas.

—Cayo —dice Ulpio, después de que Elsie anuncie mi llegada—. Bienvenido. —Me hace señas hacia una silla.

—No puedo quedarme mucho rato... —digo—. Van a abrir el testamento del tío Plinio esta mañana. Tendré que estar en su ca...

Mi voz se quiebra cuando me doy cuenta de que lo estoy diciendo mal. Ya no es «su» casa, por ley. Hoy mismo me enteraré de quién la ha heredado. Me pone muy triste pensar que estará en posesión de otra persona.

—Tendría que estar allí a la hora tercia —digo.

—Claro —dice Ulpio.

Aventuro una mirada a Marco. Tiene la misma sonrisa de compasión que Elsie. Me pregunta por mi viaje de vuelta a Roma, intentando distraerme. La ruta, el tiempo. Me pregunta por mi madre.

—¿Vas a ver al emperador? —le pregunto yo, desviando la conversación a un tema más serio —. ¿Vas a pedir ir a Partia? ¿A enfrentarte con el falso Nerón?

Marco asiente.

Eso suscita dos preguntas, a las que el tío Plinio quería dar contestación antes de morir. ¿Por qué está obsesionado Ulpio con el falso Nerón? ¿Y quién es Ulpio?

Pero no tengo la fuerza suficiente para proseguir investigando esos dos asuntos, al menos no con el vigor que lo hacía el tío Plinio.

—¿Conoces bien Partia? —pregunta Ulpio.

—No, en absoluto.

Marco señala un trecho de tierra junto al mar Caspio.

—Se rumorea que el falso Nerón está por aquí. En Hircania. Con Artabano. Probablemente, allí fue donde huyeron Sinnaces y los partos desaparecidos.

—No me imagino cómo se puede viajar tan lejos —digo, maravillándome ante el mapa.

—¿Quieres venir con nosotros? —pregunta Ulpio—. Se lo podríamos preguntar al César. Seguro que él estaría de acuerdo.

—Ah, no, no creo que pueda —digo—. Espero ocupar algún cargo poco importante el año que viene, quizá presidir la corte Centumviral. Y no estoy seguro, después de la muerte de mi tío... —Intento luchar contra ella, pero hay emoción en mi voz—. No sé qué deberes tendré aquí, en Roma.

—Marco —dice Ulpio, levantando las manos—, por favor, ayúdame.

El joven Ulpio va hacia el más viejo y le ayuda a ponerse de pie y a caminar hasta una silla que está al lado de la mía. Ulpio se sienta y apoya su bastón. Me da palmaditas en la rodilla.

—Yo apenas conocí a mi padre —dice—. Murió cuando todavía era muy joven, pero recuerdo bien dos características suyas. El hombre era un borracho, y era una vergüenza. Y realmente tenía que serlo mucho, para que lo viera hasta un niño de tres años. Desde esa situación de privilegio te ofrezco el siguiente consejo. Has tenido una de las mayores fortunas que puede tener un hombre. Has tenido un modelo, un modelo ejemplar. Ha muerto, pero todos los hombres tenemos que morir. Antes de que exhalase su último aliento, disfrutaste de muchos años buenos con el almirante. Debes estar agradecido. Llórale, porque el almirante se merece que le lloren. Pero agradece a los dioses haber tenido el tío que tuviste.

Me cuesta un esfuerzo sobrehumano no llorar al oír su consejo.

—Gracias —le digo.

Alguien se aclara la garganta.

Me vuelvo y veo unos ojos azules. Pertenecen a la chica, Olympias. Ulpio debe de haberla traído a su casa, después de que arrestaran a Sulpicio.

—Amo Cayo —dice ella, haciéndome una reverencia—. Siento muchísimo la pérdida de tu tío.

Susurra al oído de Marco, y este me dice a mí:

—Tengo que irme, Cayo. Te escribiré cuando estemos en Partia.

Nos abrazamos y se va con Olympias.

Me quedo a solas con Ulpio.

—¿Sabías que yo estaba con tu tío cuando murió? —me pregunta Ulpio.

—Sí, lo he oído decir.

—No es ningún secreto que yo no le gustaba, pero creo que en sus últimos momentos llegamos a una especie de acuerdo. —Se quita un anillo de oro del bolsillo, que lleva una gran piedra de cornalina. El anillo del tío Plinio—. Antes de morir, tu tío me dijo que te ofreciera toda la ayuda que me pidieras. Y me dio este anillo para que te lo entregara a ti.

Cojo el anillo y admiro la piedra de un rojo oscuro.

—¿Te dijo que me cuidaras? No parece muy propio del tío Plinio. Él no...

—Tu tío no confiaba en mí. No temas decirlo, Cayo. Me despreciaba. No me pidió que cuidara de ti, sino que te ayudara, si me necesitabas. Es una diferencia importante. Tu tío era un hombre muy listo. En sus últimos momentos, me dijo algo que yo sabía en mi corazón, pero que no había comprendido. Sabía que yo tengo una deuda, y que estoy intentando pagarla. No confiaba en mí para que te cuidara. Pero dijo que, como parte de mi expiación, debía hacer lo que me pidieras. No soy tu mentor, sino tu humilde servidor. Estoy seguro de que esto no tiene sentido para ti, y no tienes por qué aceptar mi oferta. Solo te hago saber que fue un trato al que llegamos entre tu tío y yo. Tienes un amigo entre los Ulpios. No dudes en llamarnos, si surge la necesidad.

Menos de una hora más tarde, estoy en casa del tío Plinio. Espartaco, su secretario, me saluda en la puerta. Tiene el mismo aspecto que yo, perdido.

Nos abrazamos.

—Ven —dice, cogiéndome del brazo—. El pretor está aquí.

La casa del tío Plinio no ha cambiado nada desde la última vez que la vi; sin embargo, parece muy extraña, al entrar en el atrio, nada familiar, vacía.

El pretor está en el estudio. Ha traído a un secretario para registrar todo lo que ocurra, varios esclavos como asistentes y una virgen vestal, vestida de blanco y con la cabeza inclinada. La mujer lleva en la mano un rollo de papiro sellado.

El testamento del tío Plinio.

El pretor es un hombre serio, de baja estatura y con temperamento. Se ha tomado la libertad de sentarse en el escritorio del tío Plinio.

—Ven. Siéntate —dice, señalando una silla. No levanta la vista de su tableta encerada—. ¿Empezamos?

—¿Esperamos a alguien más? —pregunto yo.

—No —dice el pretor. Chasquea los dedos—. El testamento.

La virgen vestal frunce el ceño ante la falta de decoro.

—Me entregan el testamento del difunto, Cayo Plinio Secundo —dice el pretor, mientras coge el papiro de su secretario—. Confirмо que el sello está intacto.

El secretario del pretor, de pie junto a su hombro, inspecciona el sello.

—Yo, como testigo, confirмо también que el sello está intacto. —Toma nota.

El pretor abre el sello de cera y desenrolla el papiro.

—Bien —dice—. Es breve.

El secretario, mirando por encima del hombro del pretor, asiente.

—El testamento dice lo siguiente: «Yo, Cayo Plinio Secundo, manumito a mi secretario, Espartaco, con efecto en la fecha en que se lea este testamento. Tomará el nombre de Espartaco

Plinio. Y le regalo a Espartaco Plinio la suma de cincuenta mil sestercios. Lo recomiendo para el servicio de mi sobrino, Cayo Cecilio, pero desde este día en adelante es un hombre libre, y él decidirá su propio camino».

El pretor se aclara la garganta.

A mi lado, Espartaco llora en silencio. ¿Había esperado esto? Quizá. Pero, de todos modos, es un acontecimiento importante. Sirvió al tío Plinio fielmente durante años. Más años de los que tengo yo.

—Felicidades —digo.

El pretor continúa.

—«Como acto final, adopto como hijo y heredero a mi sobrino, Cayo Cecilio. Si él lo elige así, a partir de ahora tomará mi nombre y será conocido como Cayo Plinio Cecilio Secundo. Debe heredar todas mis propiedades, incluidas toda la tierra y las pertenencias, ya sean seres humanos o de otro tipo, títulos, propiedades, salvo lo que he exceptuado en mi legado para Espartaco Plinio» —El pretor hace girar el dedo—. Etcétera, etcétera.

Noto un pellizco doloroso en el pecho, pena o alegría; posiblemente, ambas cosas.

El pretor levanta la vista.

—¿Bien?

Intento rehacerme y digo:

—Lo siento. ¿Lo he oído bien?

El pretor suspira. Le estoy haciendo perder el tiempo.

—Heredas todas las propiedades de tu tío, si decides ser adoptado por él. Hay más disposiciones aquí que no tengo que leer, si eliges hacer lo que tu tío esperaba que hicieras. Es un gran honor, dado el gran renombre de tu tío y su relación con la familia imperial. Por no mencionar su gran tesoro.

—Él te quería como a un hijo —dice Espartaco—. Debes decir que sí. Es lo que él habría querido.

—Sí —digo luchando con mis emociones—. Digo que sí.

—Estupendo —replica el pretor. Mira a su secretario—. ¿Tenemos aquí todo lo que necesitamos para llevar a cabo esto ahora mismo?

—Sí —afirma el secretario.

El pretor me hace pronunciar un juramento para aceptar formalmente ser adoptado por el tío Plinio. Solo soy medio consciente de las palabras que me hace decir.

Cuando el pretor ha terminado, dice:

—Bueno, eso cubre a Secundo, aquí. ¿Debemos manumitir también formalmente a Espartaco?

Espartaco asiente.

—¿Tenemos todo lo necesario para hacerlo? —pregunta el pretor a su secretario.

—Sí.

—Bien —dice el pretor—. Quizá llegue a los baños, después de todo.

Me mira a mí y luego mira a Espartaco.

—¿Por qué está llorando todo el mundo? Se podría creer que estamos en un funeral...

BARLAAS

1 de septiembre. Palacio Imperial, Roma

Han pasado años desde que me invitaron al palacio Imperial, y no digamos al salón del trono, el santuario íntimo del César. Me había olvidado de su majestuosidad y su opulencia.

Es un sitio tan bueno para morir como otro cualquiera, supongo.

Los pasillos del palacio están forrados de mármol blanco con vetas grises más oscuras, rotas ocasionalmente por arcos y columnas de porfirio. El suelo es un arcoíris de rectángulos de mármol verde, rosa y rojo. Los soldados pretorianos y los libertos imperiales pasan corriendo a nuestro lado como ratones, la mayoría tomándose el tiempo para despreciar al bárbaro que se atreve a recorrer los pasillos de palacio. La visión de un rehén parto que es mucho más alto que ellos es tan notable que apenas notan que voy escoltado por el prefecto de los pretorianos en persona.

La entrada al salón del trono es lo bastante ancha para que pase un elefante a su través. Dentro, Tito está en un estrado, sentado en una silla curul. Inspecciona la hoja de su espada y durante un momento me pregunto si me cortará la cabeza él personalmente. Antes de que tomara la púrpura, cuando era prefecto de la guardia pretoriana y perro de presa de su padre, Tito era malo. Un día, eras amigo suyo; al día siguiente, eras alimento para su espada. He oído decir que se ha suavizado mucho desde que es *princeps*, pero cortarle la cabeza a un rehén ario restablecería el terror que antes inspiraba. El terror resulta muy útil para un rey.

Entre las docenas de asistentes, veo algunos rostros familiares: los Ulpios, el viejo ciego y Marco, y su liberto, Teseo. ¿Han venido a interceder por mí o a verme morir?

—Barlaas—dice el César, sin levantar la vista de su hoja—. Gracias por venir. —Y luego, en voz más alta, al grupo de hombres y mujeres que tiene delante, les dice—: Por favor, dejadnos solos.

La audiencia se va, excepto Virgilio, los Ulpios y Teseo. En cuanto se han retirado, la habitación parece inmensa y vacía.

El César me mira, con un rostro imposible de descifrar.

Me empiezan a doler las rodillas de anciano. Soy demasiado viejo para esto, por los dioses, para estar de pie ante un rey esperando saber cuál será mi destino.

Malditos romanos.

El rey Gotarez era el Carnicero, pero no se deleitaba haciendo sudar a un hombre.

El César se aclara la garganta.

—¿Cuántos años llevas como rehén en Roma, Barlaas?

—Veintinueve —digo.

—Es mucho tiempo para estar lejos del hogar.

Asiento. Obviamente, sí.

—Estoy seguro —continúa— de que eso conduce a unos sentimientos complicados hacia Roma. Hacia el imperio.

Me encojo de hombros.

—¿Odias a Roma por tenerte como rehén todos estos años?

Achico los ojos. ¿Qué trampa me está tendiendo el César?

—En mi experiencia —digo—, los reyes no desean saber la verdad.

—Depende de qué rey.

—Eso es cierto.

—¿Cómo era tu hermano? —pregunta el César—. Vologases.

—Nunca serví con él como rey, ya estaba encadenado cuando subió al trono. Una de sus primeras decisiones fue desterrarme a Roma.

—Sí, lo sé. Pero seguramente le conocías. Era hijo de una concubina, ¿verdad? Superar eso y convertirse en rey... Es impresionante. Y Partia ha estado en paz casi treinta años, con él. Es la señal de un buen monarca, ¿no?

—¿Me has traído aquí para presumir de los logros de mi hermano?

El prefecto Virgilio se remueve, incómodo. Su mano descansa en el pomo de su espada. No le gusta que nadie, y mucho menos un bárbaro, le hable así al emperador. No importa lo que pasamos juntos en la bahía.

Malditos romanos.

—Ojalá supiera dónde está tu lealtad —dice el César.

—Con Roma, no —digo, desafiante—. No contigo.

Ulpio suspira.

—Estoy indeciso, Barlaas —dice el César—. Me dicen que te debo gratitud. Después del atentado contra mi vida, ayudaste a interrogar a los partos capturados. Ayudaste a desenmascarar la implicación del Sapo. Gracias a ti, sabemos que los emisarios eran hombres del rey Artabano, disfrazados. Y ayudaste a atacar la villa de Sulpicio.

—Sí, lo hice.

—Y mataste a dos hombres de Artabano.

—Lo hice.

—Pero —dice el César, levantando el dedo— no nos dijiste nada antes del atentado contra mi familia. Podías haberlo evitado todo.

Empiezo a protestar, pero el César me silencia con una mirada.

—Y ahora me entero de que dices que no sabías nada, pero no te creo. Mi querido amigo Plinio vio cómo te atacaban los enviados partos. Estaba seguro de que te habían pedido que participaras en mi asesinato, y el almirante raramente se equivocaba. Tú quizá te negaste, y quizás hayas visto esto como un buen terreno intermedio, enterrar la cabeza en la arena, en lugar de elegir un bando. Pero yo no lo veo así.

—¿Me vas a ejecutar?

El César admira su espada de nuevo. Sujeta el acero cerca de su cara e inspecciona la calidad de su filo.

—Ulpio, aquí, dice que nos puedes ser útil. Dice que, si te ofrezco la posibilidad de tomar venganza, una oportunidad de recuperar tu honor, nos ayudarás.

—¿Venganza contra quién?

—Contra Sinnaces, que te traicionó. Contra Artabano, que trató de utilizarte. Sin embargo, a diferencia de Ulpio, no creo que tú estés motivado por el odio. Creo que, en realidad, querías a tu hermano Vologases. Creo que darías la bienvenida a la oportunidad de ayudar a su heredero legítimo, Pacoro.

—¿Ayudarle? ¿Cómo? ¿Qué me estás proponiendo?

—Voy a nombrar a Ulpio gobernador de Asia, y los enviaré a Marco y a él a Partia. Van a seguir la pista del falso Nerón. En cuanto lo consigan, lo matarán. Y si es posible, que también maten a Artabano.

—¿Quieres mandarme a casa?

—Sí —dice el César. Tira la espada a uno de sus pretorianos, que la coge por la empuñadura. Baja de su estrado y me mira a los ojos—. Ha habido una enorme tragedia en la bahía de Nápoles. Lo sabes mejor que nadie. Estoy trayendo soldados de todo el imperio para que alivien los sufrimientos que hay allí. No puedo permitirme enviar un ejército a Partia..., necesito a mis hombres aquí, en casa. Además, no quiero dar crédito alguno al falso Nerón. Los Julios-Claudios es mejor que se mantengan fuera de la vista, fuera del pensamiento. Planeo una misión discreta, pero peligrosa. Que podría beneficiarse del conocimiento íntimo que tiene un hombre del país. Te estoy ofreciendo la posibilidad de volver a Partia y destruir a nuestros enemigos. En cuanto la misión esté completa, ya no serás rehén de Roma. Serás un hombre libre para hacer lo que quieras.

Sin poder evitarlo digo, en voz baja:

—Pensaba que venía aquí a morir.

—Hoy no —dice el César. Extiende la mano—. ¿Trato hecho?

Estrecho la mano del César con la mía.

—Trato hecho.

VI

EL HIJO DEL ENTERRADOR

Diez meses más tarde... 80 d. C

DOMITILA

1 de mayo. Reate, Italia

La oigo desde mi sueño inquieto, poco profundo. El esfuerzo de sentarme, de ponerme de pie, es inmenso. No he dormido, lo que se dice dormir bien, desde los Idus.

Pero todo esto no es nada. Ella me necesita. Haría cualquier cosa por ella.

El ama está en el moisés, ante mí. Pero con un toque suave en el codo, le señalo que me hago cargo yo de la tarea. Los médicos dicen que gastar mi propia leche disminuye mi energía. Me dicen que use a la nodriza. Pero ella me necesita a «mí».

Cada vez que la cojo en brazos, me maravillo de lo ligera que es, de lo pequeña que es. ¿Cómo puede empezar así un ser humano? Diminuta como un estornino.

Flavia Domitila. Mi pequeño milagro.

Ahora que estoy levantada, las lámparas están encendidas y por el rabillo del ojo veo unas sombras negras que se mueven. Una de ellas se materializa en Jacasta, que me trae vino caliente y especiado. A la luz de la lámpara, las quemaduras a lo largo de su brazo y su cuello parecen las escamas de un reptil. Ella se acerca a admirar a mi hijita.

—Pequeña Flavia... —dice.

—Vuélvete a la cama, Jacasta —digo yo—. Necesitas descansar.

No ha sido la misma desde el fuego. Se cansa fácilmente, y tareas que antes dominaba, ahora la abruma.

—Señora —dice Livia—, deberías dejarme que me ocupe yo de la niña, a esta hora. Necesitas descansar.

Livia se ocupa de los deberes que Jacasta ya no es capaz de llevar a cabo. En parte, me pregunto si debería insistir en que Jacasta deje mi servicio. Podríamos encontrarle algo menos exigente en la casa imperial. Pero ella quedaría destrozada, y lo consideraría una traición.

—Gracias, Livia —digo—, pero ya es por la mañana. He dormido suficiente. El trabajo de una madre nunca termina.

Me siento a alimentar a mi hija. Su pequeña mano derecha me sujeta el dedo meñique todo el rato. Cuando ha acabado de mamar, se la paso a la nodriza y Jacasta me ayuda a ponerme una estola verde bosque, cálida y respetable, y un chal a juego. Livia me mira, esperando a ver si se la necesitará.

—Creo que voy a salir a dar un paseo esta mañana —digo.

Atravieso la casa y voy a la puerta delantera. El personal está ocupado trabajando, pasando de

unas habitaciones a otras. Se apartan para dejarme pasar, inclinando la cabeza o haciendo una reverencia.

Desde el jardín llega el sonido de madera chocando contra madera. El bátavo ya está trabajando duro, practicando. Su compañero es un joven pretoriano, apenas lo suficientemente mayor para estar en las legiones, que se sintió muy honrado cuando, la primera mañana que llegamos aquí a Reate, el famoso bátavo le pidió que se entrenara con él, con las armas de madera. Desde entonces practican cada día, cuando sale el sol. Resisto la tentación de ir a mirar desde la ventana. Una de mis normas autoimpuestas es que no me aparto de mi camino para mirar al bátavo. No hay motivo alguno para romper esa regla esta mañana.

Al entrar en el atrio, me sorprende encontrar a una mujer de pie ante la puerta principal. Lleva la cabeza afeitada, como una oveja recién esquilada, y va vestida con una túnica hecha del lino más sencillo. Habla con el chambelán. Aunque me da la espalda, no tengo que verle la cara para saber quién es. Solo una sacerdotisa de Isis podría visitarme a esta hora, en nuestro hogar familiar de Reate.

—¿Vespasia?

—Hermana —dice ella, volviéndose para mirarme.

El chambelán es un tipo bajito, maniático. Casi se le salen los ojos de las órbitas cuando digo el nombre de mi hermana. Supongo que no la habrá reconocido, con la cabeza afeitada. No lo culpo. Ella parece una persona distinta. No es solo el pelo. Ha perdido una considerable cantidad de peso, y parece que sus pómulos quieren perforar su pálida piel y asomar en cualquier momento. Y sus ojos no tienen la mirada alerta e inteligente que solían tener. Parecen ausentes, distraídos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunto—. ¿A estas horas?

—Yo también me alegro de verte, hermana.

Le sostengo las manos con las mías.

—No quería decir eso... Es que me has sorprendido. No me habías avisado.

—He venido a conocer a mi sobrina.

—Estoy encantada. Pero ¿por qué has venido tan temprano?

—He venido andando. He llegado ahora.

—¿Andando? —No puedo evitar echarme a reír: la idea es ridícula. Vespasia odiaba caminar la distancia de una habitación, no digamos ya desde Roma a Reate. Debe de haberle costado días.

—No puedes hablar en serio... —digo. Pero su silencio indica que sí, que habla en serio—. Vespasia, no era necesario. Podías haber viajado en carruaje. Debe de ser terriblemente inseguro viajar sola.

Vespasia ya no tiene su precioso pelo largo, pero sigue siendo bastante guapa. Viajar sola... Podría haberse encontrado indefensa ante cualquier hombre con el que se tropezara en el camino.

—Ya no deseo vivir la vida que llevaba antes —dice—, de opulencia y pereza.

¿Qué decir ante eso? ¿Vespasia, mimada, vana y perezosa toda su vida, ya no desea ser mimada, vana y perezosa? Debe de ser algún capricho suyo. Como el verano que se enamoró de las carreras de carros.

—Y —continúa— no viajaba sola. La diosa venía conmigo.

—Venga, Vespasia... No puedes ser... —Me muerdo la lengua. Si la trato con condescendencia, ella no hará otra cosa que obcecarse más. Finjo una sonrisa y digo—: Ven. Es hora de que conozcas a tu sobrina.

—Qué guapa es. —Vespasia acuna a la pequeña Flavia a un lado y a otro.

—Se te da bien —digo.

No consigo acostumbrarme a la cabeza afeitada de Vespasia. La falta de pelo ha distorsionado su aspecto. Su cráneo parece demasiado pequeño; sus ojos, demasiado grandes. Parece un busto de mármol mal hecho, no mi hermana en carne y hueso.

—No soy yo —dice Vespasia—, es la diosa. La curadora, la salvadora. Ella protege a los recién nacidos.

—Ya veo..., y la diosa... ¿habla a través de ti?

—Sí. De alguna manera. Después de los misterios de Osiris, me he sentido... distinta.

—¿Ah, sí? ¿Has completado ya el primero?

—Sí, lo he hecho.

—Supongo que no podrás contarle a tu hermana cómo es, ¿verdad? ¿En qué consiste?

—Hemos jurado guardar secreto.

—Qué lástima...

—Pero, de todos modos, sería imposible, hermana. Sería como explicarle el color rojo a alguien que no lo ha visto nunca.

—Eso parece difícil.

—Sí.

Realmente, esta es una nueva Vespasia. Mi tono agudo y condescendiente suele traer consigo una réplica ponzoñosa. Y mi respuesta sería más aguda aún. La discusión se iría haciendo más intensa, por una parte y por la otra, hasta acabar peleándonos. Y al día siguiente nos reconciliaríamos. Pero Vespasia, esta nueva Vespasia, la iniciada isíaca, no muerde el anzuelo.

—Tiene tus mismos ojos —dice—. ¿Ves algo de su padre en ella?

Me concentro en mi hija, para asegurarme de que mis ojos no se desvían hacia el gladiador que practica en el jardín.

—Han pasado muchos meses —dice Vespasia— desde que vi por última vez a Cerialis. Me gustaría compararlos, cara a cara.

Siento un inmenso peso que se libera de mi pecho. Si Vespasia no sospecha la verdad, entonces quizás el resto del imperio tampoco.

—Desgraciadamente —digo—, Cerialis está fuera otra vez, de campaña. Sentí mucho que no pudieras venir a nuestra boda.

—Mi deber hacia la diosa no lo permitió —dice Vespasia—. Antes de los misterios de Osiris, un adepto no puede quedar expuesto a impurezas.

Solo estoy familiarizada vagamente con el culto de la diosa egipcia, pero lo que sé es de una extrañeza imposible. ¿Cómo ha podido ella convertirse en devota tan rápido?

A principios de este mismo año, Vespasia estaba provocándonos a Tito y a mí un dolor de cabeza distinto. Estaba sentada día y noche a la cabecera de Cecina, un conspirador en el complot de Marcelo para matar a mi padre. Se quedó con él casi un mes, mientras se iba muriendo poco a poco. Fue la comidilla de la ciudad, algo que Tito no podía soportar. Pero no hubo manera de apartarla de allí. Y cuando finalmente Cecina murió, la pena de Vespasia fue tan fuerte que la empujó hacia este culto. Hacia Isis. Tito se sintió muy feliz de que ella se apartara por fin del escrutinio público, especialmente durante los primeros meses, después de la muerte de nuestro

padre, cuando él intentaba afianzar su posición. Tito no quería que su hermana llorase a un traidor declarado ni que se exhibiera. Tito pensaba que el culto de Isis sería otro de los caprichos de Vespasia. Ambos lo pensábamos. Creímos que pasaría, como todas las demás cosas.

Pero ahora veo que esto es mucho más. Parece que se ha convertido en una creyente verdadera. Ni Tito ni yo podíamos haber predicho semejante cosa. Pero quizá sea lógico. Siempre se había sentido muy perdida. Quizás haya encontrado por fin algo. Un objetivo.

—Por supuesto —digo yo—. Sé que estás muy ocupada. Que ahora tienes responsabilidades. Pero me dolió que no estuvieras.

—Y es importante también que no me llames Vespasia nunca más.

—¿Ah, no?

—Eso es —dice. Mira a la pequeña Flavia y le pellizca las mejillas regordetas—. Después de los misterios de Osiris, ya no tengo nombre. Solo soy una acólita.

—Ya veo. ¿También por eso has venido a verme? ¿Para hablarme de tu nuevo... título?

—Sí —dice, tendiéndome a mi hija—. Y para decirte adiós.

—¿Adónde vas?

—Pronto participaré en los misterios de Isis. Si los paso, ya no se me permitirá hablar con nadie de mi vida anterior.

—¿Y adónde irás?

—La diosa será quien lo decida. Espero quedarme en Roma, en el templo del Campo de Marte, pero no soy yo quien debo decidirlo.

—¿Así que a lo mejor estás en Roma, pero no puedes hablar con nosotros?

—Sí.

—¿Y tu hermano? Él es emperador, y necesita a su familia más que nunca.

—Nunca he sido más que una molestia para Tito.

—Eso no es cierto.

—Sí, lo es, y él tenía derecho a sentirlo así. Yo estaba más preocupada por mí misma que por mi familia. La diosa me ha ayudado a verlo. Es mejor que tu hermana se desvanezca. Es lo que querría también Tito.

Intento convencerla de lo contrario, pero ella ve que carezco de convicción. Quizá sea eso lo que quiere Tito: que Vespasia quede en el olvido.

Pasamos la mañana juntas. Hablamos de nuestros hermanos, de sus defectos y de cómo podrían mejorar. Recordamos a nuestro padre y lamentamos que el mundo no parezca el mismo sin él. Es agradable hablar con Vespasia. Pero ella está muy despegada, desapasionada, es como una sombra de lo que fue mi hermana.

La acompaño hasta la puerta principal cuando dice que debe irse.

—¿Y vas a ir andando de vuelta, de verdad? Apenas has descansado desde que has llegado...

—La diosa está conmigo. Me irá bien.

Una lágrima se escapa del ojo de Vespasia. Me coge por los hombros y nos abrazamos. Tengo la sensación de que al hacer esto, al abrazar a su hermana, ella está rompiendo las normas, exponiéndose a las impurezas de este mundo.

Se echa atrás y me mira un momento, como si intentara recordarme.

—Adiós, hermana.

—Adiós.

Se vuelve para irse. La veo andar por el camino, a la sombra de los álamos.

Oscurece. Livia y yo andamos por el jardín. Nos cruzamos con el bático. Él mantiene los ojos respetuosamente clavados en el suelo.

Yo me detengo, de modo que él también se detiene.

—Espero ir a la ciudad mañana. ¿Me acompañaréis los pretorianos y tú?

Inclina la cabeza.

Eso se lo reconozco: es un hombre de palabra. Le dije que debía olvidar lo que había ocurrido en Pompeya, que debemos ser lo que éramos antes: ama y esclavo. Aunque entonces dijo que sí, no estaba segura de que lo aceptara. Me preocupaba que insistiera en revivir las maravillosas y escasas horas en que estuvimos juntos.

Pero ha mantenido su palabra.

No le dije, cuando tuve un retraso, que el hijo era suyo. Aparte de Tito y Jacasta, me guardé el secreto para mí. Solo le dije a Tito lo que era estrictamente necesario. En privado, después de preguntarme cómo me las había arreglado con el bático, solos en Pompeya durante días, le dije que el interés de nuestra familia exigía que me casara con Cerialis lo antes posible. Tito comprendió a qué me refería. No me reprendió. No estaba enfadado ni decepcionado. Me dijo: «Entonces, no debemos perder tiempo». Por las Calendas ya estaba casada con Cerialis. Cuando mi vientre empezó a hincharse y corrió la voz de que estaba embarazada, se asumió que el padre era mi marido, general y patricio, no un famoso gladiador.

Si el bático sospecha que él es el padre, no ha dado señal alguna. Nunca me ha dado motivos para lamentar lo que ocurrió. Al contrario, mi hija es perfecta, y si el bático y yo no hubiéramos tenido nuestra noche en Pompeya, no la tendría.

El chambelán pasa a nuestro lado. Está discutiendo con otra doncella. Nos evitan saliéndose del camino de piedras blancas que pasa serpenteando por el jardín.

Oigo que el chambelán dice:

—Ah, no, no lo lames a él. Es demasiado caro.

—Pero es el único enterrador en veinte millas —replica la doncella.

—Chambelán... —digo.

Él y la doncella se vuelven a mirarme. La sonrisa del chambelán es amplia, pero nada sincera. Es de la vieja guardia, uno de los libertos de mi padre, que sigue vigilando nuestro hogar familiar en Reate. Todavía me ve como la jovencita que corría por estos pasillos fingiendo que era el legado de su padre. Me considera una molestia, más que una figura de autoridad.

—Sí, ama —dice.

—¿Ha muerto alguien?

Su sonrisa se vuelve más amplia.

—Nadie que deba preocuparte, Augusta. Uno de los hijos de la sirvienta murió anoche. Estamos intentando hacer los preparativos.

Inmediatamente, pienso en Pandora, la sirvienta cuyo embarazo fue casi simultáneo con el mío. Habíamos desarrollado cierto vínculo antes de que naciera Flavia. Después de dar a luz, yo estaba demasiado ocupada con Flavia y olvidé preguntar por Pandora.

—¿Te refieres a Pandora?

Él asiente, de mala gana.

—¿Cuándo dio a luz?

El chambelán mira a la doncella.

—Hace dos noches, señora —dice la otra.

—¿Y su niño murió anoche?

El chambelán y la doncella miran al suelo. Livia, todavía a mi lado, habla.

—Sí, ama, desgraciadamente.

—¿Y por qué no me lo ha contado nadie?

—No queríamos asustarte, señora —dice el chambelán—, ni preocuparte innecesariamente.

—Sabemos que las muertes vienen de tres en tres —dice la doncella.

—¿Y ella qué tal está? —pregunto.

—¿Quién? —El chambelán ya está aburrido de esta conversación.

—Es el segundo niño que pierde —dice la doncella, sabiendo a lo que me refiero. Lo deja ahí.

Pobre Pandora. No puedo imaginarme lo que es perder a un niño tan rápido después de dar a luz, después de conocer por fin a la personita que has estado llevando dentro durante nueve meses. Comprendo por qué no me lo ha dicho nadie. Lo último que quiere oír una madre reciente es que ha muerto un bebé.

—Nuestra familia se ocupará de los arreglos necesarios. ¿De acuerdo?

El chambelán hace una reverencia.

—Por supuesto, señora. Sin embargo, el enterrador local, Pinario, es demasiado caro.

Ese nombre me suena.

De repente, doy un respingo. Me asalta como un rayo.

Pinario es el nombre del hombre que intentó verme en varias ocasiones en Baiae y que murió el día antes de mi boda.

—¿Has dicho Pinario? —Pienso en el cadáver hinchado en el muelle de Baiae—. ¿Cómo es? ¿Un hombre viejo, con el pelo y la barba negros?

—Has descrito al padre, señora —dice el chambelán—. Nos referimos al hijo, Sexto Pinario. Estudió con su padre durante años, y el año pasado se hizo cargo del negocio familiar.

—¿Y qué le pasó a su padre?

El chambelán se encoge de hombros. ¿A quién le importa?

—Deseo que me lleven a ver al enterrador. Ahora mismo.

Vuelve la amplia y falsa sonrisa del chambelán. Estoy interfiriendo en el funcionamiento ordenado de la casa.

—Es tarde, señora, y el sol está a punto de ponerse. Las carreteras son peligrosas después de anochecer.

—Tiene razón, señora —apunta Livia—. No hay motivos para arriesgarse a ir esta noche. Seguirá allí mañana.

—Mañana por la mañana, entonces —digo—. A primera hora.

El chambelán sigue sonriendo.

—Puedo dibujar un mapa.

Le digo al bátavo:

—Mañana por la mañana me escoltarás al hogar del enterrador. Busca a dos pretorianos para que te acompañen. Ten preparados los caballos.

El bátavo asiente.

El chambelán dice:

—¿Puedo preguntarte, señora, por qué te interesa tanto ese enterrador?

—Tengo que hacerle unas preguntas, eso es todo.

Busco a Livia para pedirle que venga conmigo. Ella habló con el enterrador, después de todo. Pero aunque hace solo un momento estaba de pie a mi lado, ahora ha desaparecido.

—Qué raro —digo—. Me pregunto adónde habrá ido Livia...

La casa del enterrador es una cabaña pequeña, a las afueras de la ciudad. Llegamos a caballo. Una mujer nos ve acercarnos y corre al interior. Un hombre joven, vestido de negro, sale de la choza. Cuando nos acercamos lo suficiente, juraría que me reconoce. Quiere echar a correr, busca una forma de escapar, pero luego se lo piensa mejor. No hay ningún sitio adonde ir.

—¿Eres Sexto Pinario? —le pregunto, cuando nos detenemos fuera—. ¿Hijo de Plinio Pinario, el enterrador?

El hombre parece abatido.

—¿Por qué vienes ahora? —Su voz suena más triste que acusadora.

—¿Desearías que hubiera venido antes?

—Intentamos hablar contigo. Durante un mes entero. —Mueve la cabeza.

—¿Era tu padre el enterrador que intentó hablar conmigo en Baiae?

El enterrador mira al hombre con quien voy.

—¿Temes por tu seguridad?

Él asiente.

Yo desmonto y camino hacia él. Señalo hacia su cabaña.

—¿Y si vamos dentro y hablamos a solas?

—Señora, yo... —Uno de los pretorianos intenta expresar su preocupación, pero lo corto en seco agitando la mano

—Está bien, soldado —digo—. Aquí estamos entre amigos.

El enterrador cede. Le sigo al interior de su hogar. Dormitorio, cocina y comedor están en una sola habitación. A pesar de su pobre calidad, él o su mujer se enorgullecen de su casa. Han barrido y está limpia.

Me invita a sentarme después de quitar el polvo de una silla.

—¿Qué es lo que quieres saber, señora?

—Todo —digo yo—. Empieza por el principio.

UN AÑO ANTES, OCHO SEMANAS ANTES DE LA ERUPCIÓN DEL VESUBIO...

24 de junio. Reate, Italia

El enterrador, Plinio Pinario, mira el cadáver.

«Mi primera deidad», piensa.

El cuerpo está tendido en un diván, desnudo y recién bañado.

No, «restregado» sería una palabra mejor, piensa Pinario, dado el esfuerzo requerido, y la diarrea que le aquejó hacia el final y que se agarró a su piel como el cemento de Campania.

A menudo ocurre así. Cuando el destino del amo parece claro y su muerte segura, sus esclavos se vuelven más perezosos y menos cuidadosos. Se escaquean de algunas tareas. Sobre todo las que tienen relación con la toilette del amo. Empiezan a soñar con su amo nuevo, alguno que sea más joven, con los intestinos más intactos. Y entonces, en cuanto el gran hombre ha lanzado su último suspiro, la mierda seca pegada a su culo ya será problema del enterrador.

Tal es la vida del enterrador.

Sin embargo, esto es una buena noticia. No hay señales de podredumbre, y el calor del verano todavía tiene que alcanzar las colinas de Reate. Gracias a los dioses. «Quizá —piensa Pinario— seamos capaces de entregar el cadáver a Roma sin una legión de perros hambrientos andando cerca de sus tobillos.»

El hijo de Pinario, Sexto, está de rodillas, sacando lentamente botellas de ungüentos de una caja. Las saca en el orden equivocado: el aceite de crocus después del agua de rosas, en lugar de al revés. El error no tiene demasiada importancia. Solo Pinario se da cuenta, solo a Pinario le preocupa. Sin embargo, le molesta. Había esperado que Sexto estuviese a punto para ocuparse del negocio familiar. Pero el chico carece del rigor necesario. Pinario mira el cuerpo tendido en el diván. Piensa: «¿Has tenido que enfrentarte tú a algo parecido, a un hijo que te haya decepcionado?»

El cadáver tiene el vientre grande e hinchado, y los tobillos gruesos de un hombre rico..., y no lo había más rico. Pero también tiene el aspecto deprimente de un hombre que ha luchado contra

una enfermedad, con las mejillas huecas y la carne que cuelga suelta de sus huesos, una piel que estaba destinada a un cuerpo más grande, más sano. Tiene el pelo blanco y escaso, y la mandíbula cuadrada como una losa de mármol.

Para ser un dios, piensa Pinarío, parece bastante humano.

Sexto vierte un aceite en infusión en las manos abiertas de dos esclavos, que frotan con sus manos ungidas la piel suelta del cuerpo.

Sexto abre la boca del hombre muerto. Usa un paño, para que la polución de la muerte no infecte su mano. Dentro lleva un aureus de oro, que vale una pequeña fortuna, unos cien sestercios. Sexto se lo guarda en el bolsillo y saca una solitaria y polvorienta moneda de plata. Es un viejo truco de enterrador: cambiar la monda de la boca de un rico, cuando su familia se ha gastado en valioso oro para el barquero, cuando en realidad vale cualquier moneda.

Normalmente, no hace ningún daño.

Normalmente.

Pinarío coge a Sexto por el brazo. Sexto se vuelve, buscando una explicación. Ese es el problema del chico, piensa Pinarío. Que hay que explicárselo todo.

—No, esta vez no —susurra Pinarío—. No se coge el dinero de los dioses. No, a menos que quieras que nos caiga una maldición en casa.

Los esclavos continúan frotando la piel del hombre muerto, pero sus ojos divagan. Se fijan en cada palabra.

Sexto cierra la boca del dios y se guarda la moneda de plata.

Acaban en silencio. Una doncella trae una cara túnica de seda para su amo, y una toga de magistrado, con una raya ancha color púrpura. Los esclavos visten el cuerpo despacio; luego, desenrollan un cobertor encima del cuerpo y colocan guirnaldas y flores encima. Pinarío tiende a la doncella una rama de ciprés para que la sujete en la puerta delantera de la casa, para advertir de que dentro hay un muerto.

El chambelán espera en el atrio. Sexto le tiende una factura, y los ojos del hombre se abren mucho.

—Esto es muy caro.

—El precio incluye nuestro viaje desde Roma y la vuelta —dice Sexto, a la defensiva.

«Sexto ha olvidado demasiado rápido nuestro valor», piensa Pinarío. Nadie quiere tratar con los muertos. Y eso es cierto en todos los casos, no importa lo rica o poderosa que sea la familia. La familia de un muerto pagará lo que les digas que te paguen.

Pinarío explica al chambelán que, si el precio es demasiado elevado, dejarán el cuerpo allí mismo. «¿Cuánto tiempo pasaría hasta que encontraseis otro enterrador? ¿Un día entero? Cuando consiguierais llevar el cuerpo a Roma, apestaría como una letrina, y el funeral sería espantoso. Pero eso sí, os ahorraríais unos cuantos denarios».

El chambelán frunce el ceño. Después de todo, el dinero no es suyo. Esboza una sonrisa forzada y dice: «Muy bien».

Las puertas del atrio se abren de par en par y dos soldados entran corriendo en la habitación. El hombre que va delante tiene unos cuarenta años. Es guapo, aunque calvo, y con un cuerpo recio, como un plebeyo que trabajase en los muelles. El segundo es lo opuesto físicamente de su compañero, delgado como una vid, con el pelo blanco muy espeso y una barba haciendo juego.

—¿Llego tarde? —pregunta el primer soldado.

El chambelán, que un momento antes estaba bien, ahora parece que haya perdido al amor de su vida.

—Lo siento tanto, amo Tito... —dice—. Se ha ido.

«Ese nombre —piensa Pinario—, de dónde conozco yo ese nombre...»

Cuando se le ocurre quién acaba de llegar al atrio, rápidamente se quita el gorro verde y cae de rodillas. Sexto ve a su padre, pero sigue de pie. Pinario le da un golpe en las piernas con el gorro.

—De rodillas, chico.

Los soldados no se percatan de la interacción entre padre e hijo. Habiéndose enterado de que el emperador ha muerto, no les preocupa la vergüenza de un enterrador por la torpeza de su hijo, el enterrador suplente.

—¿Dónde está?

El soldado del pelo blanco coge a su compañero por el brazo.

—Tenemos que devolverte enseguida a Roma, Tito. Tienes que hacer que las tropas te juren lealtad lo antes posible. Tienes que hacer que el Senado...

—Ya está todo arreglado, Virgilio. Tenemos tiempo. Ahora quiero decirle adiós a mi padre.

El chambelán busca a una doncella, y ella lleva a los dos soldados a la habitación donde está el emperador, temporalmente. En cuanto se han ido, la cara del chambelán vuelve a ser apacible.

Dice:

—Antes de que os vayáis, tenéis que echar un vistazo a otro cuerpo.

Pinario se levanta despacio. Nota su edad en lo mucho que le duelen las rodillas.

—¿Otro cuerpo? —pregunta—. No habéis tenido mucha suerte por aquí, ¿no?

El chambelán se muestra indiferente.

—Es solo un liberto, así que no necesita todo el tratamiento. Pero era uno de los favoritos del emperador, así que no podemos arrojarlo al bosque sin más.

—¿Qué le ha pasado?

El chambelán se encoge de hombros.

—Se ha puesto enfermo y ha muerto.

Conduce al enterrador y a su hijo fuera, a los establos, donde se encuentra un cadáver encima de una pila de heno. La luz de la lámpara es débil, pero Pinario ve que el liberto tiene la misma cara demacrada que su patrón, y percibe el mismo hedor a mierda seca.

—¿Podéis dejarlo preparado por la mañana? —pregunta el chambelán.

Sexto se pellizca la nariz, se arrodilla e inspecciona el cuerpo.

—Sí, yo diría que sí.

—Bien. Os dejo, pues.

Cuando se va el chambelán, Sexto levanta la vista del liberto muerto y dice:

—¿No crees que los dos murieron de la misma enfermedad, padre?

—No nos corresponde a nosotros decirlo.

—Pero mira... —Con un trapo, Sexto abre los ojos del liberto—. Tiene los ojos rojos, igual que su patrón. Y la diarrea. Quizá fuera la misma enfermedad. Quizá comieran la misma...

Pinario da un golpe en el hombro a Sexto.

—¡Calla, chico!

«Pero ¿qué demonios le pasa? —piensa Pinarío—. ¿En qué lío nos quiere meter este?»
—Tú estate atento a tu trabajo —le dice—. Y ten la boca cerrada.

Al amanecer, ya han trasladado la carga. El cadáver del liberto está en su carreta. El otro está colocado en un carro construido para un rey, pintado de morado y oro, y uncido a un tiro de cuatro caballos blancos. Pinarío se pregunta cuánto podrá costar un caballo de esos. Más de lo que he ganado en toda mi vida, piensa.

Sexto y los esclavos están al otro lado de la carreta. Discuten entre susurros.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Pinarío, apareciendo por detrás de la carreta, y sorprendiéndoles.

—Nada, amo —dice uno de los esclavos—. Nada en absoluto.

—Venga, suéltalo —dice Pinarío.

Los esclavos bajan los ojos al suelo. Sexto levanta la mirada hasta los árboles.

Pinarío nota que Sexto lleva algo en la mano. Parece un rollo de papiro.

—¿Qué es eso?

—Lo hemos encontrado —dice Sexto.

Pinarío suspira.

—¿Dónde?

—En el... liberto.

—Pensaba que te lo había dejado bien claro. Esta no es una familia a la que se le pueda robar algo. —Pinarío coge el papiro que lleva Sexto—. Vamos a devolverlo.

—Padre —dice Sexto—, míralo. No podemos devolverlo sencillamente a los establos.

Pinarío da la vuelta al papiro y ve lo que debe de ser el sello Flavio.

El sello imperial.

—Es una carta —dice Sexto—. Del emperador, creo. Antes de morir.

A Pinarío le da un vuelco el estómago. El papiro parece que pese una tonelada en su mano.

—Se lo daremos al chambelán y le contaremos la verdad —dice Pinarío—. Que lo encontramos en el liberto.

—Pero padre... —dice Sexto—. El sello está roto.

Pinarío levanta la carta. Sexto tiene razón. El sello está roto.

—¿Hiciste tú esto?

—No —dice Sexto.

Pinarío sabe que su hijo está mintiéndole, pero ahora no importa.

—Por el culo de Júpiter....

—Padre —dice Sexto—, esto podría ser una oportunidad. Podemos hacer una fortuna con esta carta. Ábrela. Verás que está dirigida a la hija del emperador, la Augusta. Ella nos recompensará por entregarle esta carta. Lo sé.

Con el sello roto, la carta se desenrolla fácilmente. Aparte de dos nombres en latín, está en griego. Pinarío no habla griego; ninguno de ellos, a decir verdad. Pero el caso es que está dirigida a la Augusta, eso está claro. Su nombre, Domitila, está tan claro como el día. Hay otro nombre en latín también, en el texto de la carta: Cocceyo Nerva. Un nombre que Pinarío no conoce.

—Esto podría cambiar nuestra vida, padre —ruega Sexto—. La Augusta es conocida por

entregar fortunas a aquellos que considera que son valiosos. Se sentirá muy agradecida, si nosotros le entregamos esta carta. Pero si se la entregamos al chambelán..., ya has visto cómo es. El sello está roto. Podría hacer que nos castigaran, en lugar de recompensarnos.

Este maldito chico, piensa Pinario, nunca ha estado contento con el oficio de nuestra familia; siempre ha ido a la caza de algo más, de alguna salida.

Pero tiene razón, piensa Pinario. No pueden devolver la carta al chambelán. Deben destruir la carta o intentar sacarle provecho. Y quizá de todo esto al final salga algo bueno. Si lo quiere la Fortuna.

Pinario se mete la carta dentro del manto.

Sexto sonríe, victorioso.

—Primero haremos que la traduzcan —dice Pinario—, antes de hacer nada con ella.

—Un proceder muy prudente, padre. En Roma, es muy probable que encontremos traductores.

—Comprueba los arneses del buey —dice Pinario—, y por los dioses, vayámonos ya de esta propiedad.

1 de julio. La Suburra, Roma

En lo más profundo de la Suburra, el centro vibrante del bajo vientre de Roma, Plinio Pinario va andando de un lado a otro de su diminuto apartamento.

—¿Has acabado ya? —pregunta Sexto, impaciente.

El traductor es un griego anciano, con el pelo blanco y la cabeza diminuta. Frunce el ceño y levanta la vista de su trabajo. Lo ha estado mirando a través del fondo de un vaso, para aumentar las letras de la página y traducir cada palabra a una tableta de cera. El esfuerzo ha sido laborioso.

—No me metáis prisa, por favor —salta el traductor—. No me pagáis para que vaya a toda velocidad.

—Paciencia, primo —dice Cornelio—. Paciencia. Deja que el hombre termine su trabajo.

Cornelio es el sobrino de Pinario, nacido en Roma. Su forma de ver el mundo la ha moldeado la geografía. Cree que es sofisticado y cosmopolita porque nació y se crio en Roma, y su tío y su primo son rústicos y poco sofisticados porque no son de allí. Sexto siempre ha admirado a Cornelio. Y fue Sexto quien insistió en que lo llamaran, cuando llegaron a Roma, hace dos días. Los ojos de Cornelio se abrieron mucho ante la posibilidad de sacar algún provecho.

—¡Una carta del emperador en persona! —había dicho.

Pero, por lo que respecta a Pinario, Cornelio ha sido más una carga que una ayuda. Fue idea suya usar a ese anciano griego, que parece tener tan poca práctica que tiene problemas para traducir su lengua nativa.

El griego vuelve a su trabajo.

«¿Tiene alguna pista de quién es el autor de la carta que está traduciendo?», piensa Pinario. No parece que sea así.

Es el tercer traductor que ha encontrado Cornelio. El primero leyó la carta y pensó que era una broma. El segundo, después de leer la carta, parecía que había visto un fantasma. La devolvió y, educadamente, dijo que no quería tener nada que ver con ellos ni con su carta.

—Mi consejo —dijo el hombre— es que arrojéis la carta al Tíber.

Se negó a decir por qué.

Finalmente, el griego termina y repasa la traducción al latín grabada en la tableta de cera, y luego se rasca la cabeza calva.

—¿De dónde decís que habéis sacado esto?

—No te pagamos para hablar —dice Sexto, y coge la tableta de cera.

Pinario chasquea los dedos, y Sexto, el hijo consciente de sus deberes, le tiende la carta a su padre. Pinario se sienta a leer. Sexto y Cornelio leen por encima de su hombro.

Cornelio acaba el primero.

—Joder —dice, dejándose caer en una silla cercana.

Plinio la lee una primera vez y luego una segunda.

Mi queridísima hija Domitila:

Me está fallando la salud, y temo que ya no estaré mucho en este mundo y que muy pronto daré mi último suspiro. He tenido una buena vida, la que el hijo de un prestamista de provincias no podía haber imaginado jamás. De soldado a general, de político a príncipes. Ha sido notable. Así que, en cierto modo, estoy contento.

Pero algo me preocupa.

Yo estaba sano no hace mucho, aparte de la gota, que he sufrido durante años y es dolorosa, pero manejable. La explicación de mi salud desfalleciente probablemente sea sencilla. Soy viejo, y esto es lo que les ocurre a los viejos. Un día, estás sano; al siguiente, no lo estás. Pero tengo sospechas de que he caído enfermo por los designios de otro, por veneno, algo sutil, administrado lentamente, a lo largo del tiempo.

Recordarás que, después del atentado contra mi vida en mayo, un amigo, o alguien a quien creía amigo, me envió a su médico personal. El hombre hizo maravillas con mi gota. Yo insistí en que viniera conmigo cuando viajé al norte, a Reate. Últimamente he empezado a pensar que el declive de mi salud ha coincidido con la administración de las pócimas de ese supuesto doctor. Mi liberto, que bebe todo lo que yo bebo y come todo lo que yo como, últimamente ha empezado a encontrarse mal también. Es un hombre joven, que antes gozaba de buena salud, y eso puede explicar por qué su salud no ha declinado hasta fecha muy reciente.

Me resisto a explicarle todo esto a tu hermano. Si muero, tendrá el peso de un imperio sobre sus hombros. Yo confío en ti. De todos mis hijos, tú eres la más razonable y la más juiciosa.

No tengo pruebas, solo sospechas. Esto podría ser simplemente la negación de lo inevitable, las quejas de un moribundo. Solo te diré esto: cuídate mucho de Cocceyo Nerva. Fue Nerva quien me prestó a su doctor. Nuestra familia se ha enfrentado a problemas inexplicables. Y mientras estoy aquí sentado, muriéndome poco a poco, a millas de distancia de Roma, me pregunto: ¿tendrá la culpa Nerva? ¿Coinciden las penalidades de nuestra familia con el declive de la estrella de Nerva? A medida que he ido otorgando favores a otros hombres, ¿ha maquinado él contra nuestra familia y contra el principado?

No sé cuál es la respuesta, y dudo de que alguna vez lo sepa. Quizá tú puedas descubrir la verdad.

Te quiero. Espero que estas no sean las últimas palabras que te dedico. Si lo son, gracias. Gracias por ser la mujer que eres. Nuestra familia habría estado perdida sin ti, habría brillado mucho menos. De verdad.

Tu padre que te adora,

VESPASIANO

Pinario baja la cabeza, desalentado. No le sorprende que los dos primeros traductores piensan que la carta era una broma o que era increíblemente peligrosa. Arrojarla al Tíber le parecía un consejo muy sensato.

Sexto, sin embargo, no ve el peligro.

—¿Quién es ese hombre, Nerva? —pregunta.

—Madre mía, primo, realmente no te enteras de nada, ¿verdad? —dice Cornelio—. Cocceyo Nerva es uno de los senadores más poderosos del imperio. Lo ha sido desde que ayudó a desenmascarar la conspiración de Pisón y salvó la vida de Nerón. ¿Todavía no te suena? Nerva fue dos veces cónsul, una con Nerón, otra con Vespasiano.

—Y él... —Sexto está empezando a comprender la importancia de la carta. El traductor también. Mira a su alrededor, buscando una vía de escape. Pero estos son sus clientes, este es su apartamento—. Por favor, marchaos —dice.

—Vamos a llevar esta carta a la Augusta inmediatamente —dice Pinario.

El griego da golpecitos en la mesa con el dedo.

—Por favor, dejad la moneda que me debéis en la mesa y marchaos.

—Hay otra opción —dice Cornelio—. Estoy seguro de que el senador Nerva estaría muy agradecido de tener esta carta. ¿Verdad que sí? Estoy seguro de que nos pagaría lo que le pidiéramos.

El griego cierra los ojos y se tapa los oídos con los índices.

—Por favor, pagad y marchaos.

—No vamos a hacer eso —dice Pinario—. Somos simples enterradores, no políticos. No sabemos nada de ese mundo. Lo más seguro y lo más inteligente es llevárselo a la Augusta.

—El primo Cornelio tiene razón, padre —dice Sexto—. Es posible que la Augusta no nos pague nada. Estará furiosa por habernos retrasado a la hora de entregarle la carta. Nerva pagaría mucho, para asegurarse de que su nombre no acaba arrastrado por el fango.

—Piensa en esto, chico. —La voz de Pinario suena tan furiosa como suplicante—. Si la carta tiene razón..., si ese hombre, Nerva, es capaz de semejantes actos... Lo que propones es demasiado peligroso. Vamos a llevarle la carta a la Augusta, y esa es mi última palabra.

—Entonces tendremos que ir hacia el sur —dice Cornelio.

—¿Cómo?

—La Augusta se fue ayer al sur, a Baiae —dice Cornelio—. Había una multitud de gente deseándole buen viaje y gritando su nombre cuando partió.

—¿Y cuándo volverá?

Cornelio se encoge de hombros.

—La familia imperial suele pasar el verano entero en Baiae. Tendremos que ir allí. A menos que quieras esperar hasta septiembre...

—¿Podemos llevarnos esto? —le pregunta Sexto al griego, sujetando la tablilla de cera.

—Me importa un comino —dice el griego, frotándose los brazos como si tuviera frío, aunque en el apartamento hace un calor asfixiante—. Por favor, marchaos.

19 de agosto. Junto a la Villa Pisón, Baiae

Esperan a que regrese la doncella de la Augusta. Sexto va andando por las piedras negras de la carretera.

—Primo —dice Cornelio—, por favor, para. Llevas andando así desde las Calendas. Dioses, estoy harto de verte andar.

Sexto hace lo que le dicen. Se detiene y suspira dramáticamente.

Los dos soldados que custodian la puerta de la villa imperial miran a los tres plebeyos con ligera sorna.

Debemos de parecer un trío extraño, piensa Pinarío.

—Tío —dice Cornelio—, ¿realmente crees que hoy será distinto que la última vez que estuvimos aquí?

Pinarío encuentra a su sobrino innecesariamente pagado de sí mismo. Ha sido un error traerlo con ellos a Baiae. Pero, en cuanto tuvieron la carta traducida y se hubieron recuperado de la conmoción de lo que decía, Cornelio se mostró cada vez más convencido de que podían sacar beneficio de la carta, y no hubo manera de librarse de él.

—Ya hemos estado aquí dos veces —continúa Cornelio—, y nos han echado las dos. ¿Por qué crees que hoy el resultado va a ser distinto?

Desgraciadamente, Cornelio tiene razón. Presentarse ante la Augusta ha resultado mucho más difícil de lo que ninguno de ellos podía haber imaginado. El problema es que tienen que pasar a través de todos sus ayudantes, y Pinarío no está dispuesto a contarle a nadie más que a la Augusta lo que pone en la carta.

—Es demasiado arriesgado —les ha dicho a su hijo y su sobrino varias veces—. ¿Quién sabe a quién es leal un esclavo?

Pero la Augusta se ha negado a verlos.

«¿Y por qué iba a hacerlo, en realidad? —piensa Pinarío mientras esperan—. Soy un enterrador de baja categoría, mancillado por la muerte. Y ella es la hija de un dios. ¿En qué estaba pensando yo?»

—Como he dicho antes, tío —continúa Cornelio—, tenemos otra opción. Si la Augusta no quiere recibirnos...

Pinarío agarra a Cornelio por el brazo y, con normalidad, para no despertar la alarma, sonriendo todavía a los soldados, susurra:

—Sobrino, ya sé lo que estás a punto de decir, qué nombre estás a punto de pronunciar. Debemos tener cuidado. No sabemos quién puede estar escuchando.

Cornelio tiene el sentido común suficiente para susurrar su réplica:

—Sinceramente, tío, te estás poniendo un poco paranoico, ¿no? Yo solo iba a decir que deberíamos llevar la carta al senador Nerva. Se alegraría mucho de saber que hay quien calumnia su buen nombre.

—¿Crees que la carta solo contiene calumnias?

—Por supuesto que sí —dice Cornelio—. Vespasiano ya estaba viejo y enfermo cuando la escribió. ¿Recuerdas cómo era nuestro abuelo al final? Pensaba que todo el mundo intentaba matarlo.

Se abre una puerta detrás de nosotros.

Nos volvemos y vemos a la doncella de la Augusta, una chica muy guapa con una sola ceja. Pasa entre los dos soldados y se dirige a nosotros.

Pinario lleva el gorro en las manos. Nota que en su cara se refleja una expectación patética, como la de un perro vigilando la mesa de la comida, pero no puede evitarlo. Su modo de vida depende de lo que ella está a punto de decirle.

Cuando ella niega con la cabeza, Pinario sabe que han fracasado. De nuevo.

—La Augusta no te recibirá hoy. Quizá puedas volver otro día.

Los hombros de Pinario se abaten. Cornelio jura entre dientes.

La doncella de la Augusta sonrío, comprensiva.

—Creo que el problema es que no le das a la Augusta un motivo por el cual deba reunirse contigo. Quizá si me dijeras de qué tienes que hablar con ella, podría cambiar de opinión.

Cornelio da un codazo en la espalda a Pinario.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Pinario.

—Livia —responde la doncella.

—Livia. Como te he dicho, me llamo Plinio Pinario. Lo siento muchísimo, pero debo hablar con la Augusta, en persona.

La doncella se encoge de hombros.

—Como tú quieras.

Se vuelve y se va.

Cornelio empieza a discutir con su tío.

—Tenemos que decirle más...

Pinario niega con la cabeza.

—No. Nos atenderemos al plan. Le contaremos lo que sabemos a la Augusta, y solo a la Augusta. Vamos. —Pinario empieza a andar por la calle, alejándose de la villa imperial—. Encontraremos una forma mejor de hablar con ella.

20 de agosto, Baiae, bahía de Nápoles

La noche anterior a los juegos de gladiadores, debaten su siguiente movimiento.

—¿Y por qué iba a ser distinto mañana? —dice Cornelio.

Sexto se muerde las uñas, nervioso.

—Lo único que podemos hacer es intentarlo —dice Pinario, haciendo todo lo posible por no demostrar que su desesperación es igual a la de ellos dos—. Quizá si ella nos ve..., porque la Augusta no nos ha visto aún. Si la Augusta nos ve, igual cambia de opinión y habla con nosotros. Asistirá a los juegos mañana. Podemos intentar hablar con ella de camino a la arena.

—Pero ¿y si no es así, padre? —dice Sexto—. No podemos permitirnos vivir aquí un día más. Baiae es cara..., incluso esta choza lo es.

Su apartamento alquilado, muy estrecho, consiste en una cama y una puerta. Nada más. Ni

siquiera hay ventana. Pero como está en Baiae, donde van de vacaciones los ricos, es escandalosamente caro.

—Y, además —continúa Sexto—, nos estamos quedando sin dinero. Tenemos que volver a Reate. Si no lo hacemos, nuestro negocio quedará arruinado. Hemos cometido un error viniendo aquí.

Pinario niega con la cabeza. No puede aceptarlo. Todavía no.

—Aún no. Tú tenías razón, Sexto. Se puede sacar beneficio de esta carta. Simplemente, tenemos que hablar con la persona adecuada.

Pinario lo cree..., o al menos piensa que lo cree. Pero en realidad sabe que ha caído presa de una fantasía. Quiere ser el hombre que salvó a la familia imperial. Quiere que la Augusta le bese la mano y le diga que está en deuda con él por salvarle la vida, y que a partir de ese día, a él y a su familia no les faltará nunca de nada. La fantasía no carece de precedentes. Nerón una vez recompensó a un liberto que ayudó a desenmascarar la conspiración de Pisón. Le dio una pequeña fortuna a ese hombre. ¿Por qué no iba a hacer lo mismo la Augusta con un fiel enterrador?

Pero a medida que pasaba el tiempo y esperaban en Baiae, Pinario notaba que su fantasía se iba esfumando. Se estaba convirtiendo en algo que no le gustaba. Fracaso e indignicia.

—Si la Augusta no nos recibe hoy —dice Pinario, sombrío—, nos volvemos a casa.

—Tío —dice Cornelio—. No puedes ignorar la otra opción. Podemos llevarle esta carta al senador Nerva. También está aquí, en Baiae. Quizá nos hable. Nos pagará por la carta, ¡estoy seguro!

Pinario debería reprender a Cornelio y decirle que nunca vuelva a sugerirle tal cosa. Pero no lo hace. Ya han llegado demasiado lejos, piensa, y han invertido demasiado en esto. No pueden dejarlo sin más.

—A ver qué ocurre mañana.

22 agosto. A la entrada del anfiteatro, Puteoli

La multitud bulle con emoción, vibra como el mar.

La litera de la Augusta la llevan seis esclavos, tres por cada lado. Está hecha con postes de madera dorada en espiral y seda blanca opaca, que se agita con el viento. Un séquito de esclavos y ayudantes siguen la litera a pie. Junto a la arena, depositan la litera en el suelo y los pretorianos apartan a empujones a la multitud con los mangos de sus lanzas.

—Esperad aquí —le dice Pinario a Sexto y Cornelio.

Se abre camino entre la multitud.

Por encima de los hombros de dos soldados, Pinario chilla a la chica con la que habló antes. Livia. Ella se vuelve al oír su nombre. Parece molesta, pero rápidamente sonrío, intentando ocultar su reacción inicial.

Pinario la ve tirar de la manga de la Augusta y las dos miran al enterrador. Livia dice algo a su señora, y luego se aleja.

Pinario lleva su gorra en la mano.

Livia frunce el ceño.

—Nada ha cambiado, enterrador. Mi señora no hablará contigo.

—Por favor...

—He hecho todo lo que he podido. A menos que me digas algo más. Dime de qué quieres hablar con ella. —Su voz suena sincera, como si quisiera ayudar de verdad.

—Lo que tengo que decir..., debo decírselo solo a tu señora.

—Entonces no tendrás más suerte hoy de la que has tenido antes.

Pinario mira por encima del hombro a la Augusta. Es una auténtica belleza: rizos color almendra, oro reluciente en torno a las muñecas y el cuello, deslumbrante, a la luz de la Campania. La hija de un dios.

Pinario no quiere volver a Reate con las manos vacías. Sería un desastre.

Piensa en la Augusta besándole la mano, mostrándole su favor.

El enterrador coge aliento con fuerza.

—Tiene relación con el senador Cocceyo Nerva —dice—, y la seguridad de la familia imperial.

Livia se queda un momento mirando a Pinario. Él había esperado que ella se quedara horrorizada con lo que le ha dicho. Pero no lo está. Quizá las doncellas imperiales oigan ese tipo de cosas mucho más a menudo de lo que él se había imaginado.

Livia se abre paso entre los dos guardias y habla deprisa con Pinario, para que nadie pueda oírla.

—Está bien que hayas traído esto a la atención de la Augusta. Ella estará muy complacida. Pero este no es el lugar adecuado para hablarlo. —Mira a su alrededor, asegurándose de nuevo de que nadie puede oírla—. ¿Conoce alguien más esa importante información? ¿No ibas con unos amigos cuando viniste a ver a la Augusta, antes?

Pinario duda. Quizá lo mejor sea no implicar a Sexto y a Cornelio. Todavía no.

—No. Solo yo sé lo que tengo que contarle a la Augusta.

—Muy bien. Es importante, para tu propia seguridad, que no le digas a nadie nada de todo esto. Al menos hasta que le cuentes a la Augusta lo que tienes que decirle. Hay una cantina en Baiae llamada Las Rodillas de la Doncella. Espera allí esta noche después de anochecer. La Augusta enviará a alguien a buscarte para llevarte a la villa imperial. Hay que tomar todas estas precauciones para asegurar el secreto.

Luego pone algo en la mano de Pinario. Una moneda de oro.

—La Augusta te recompensará, si tu información es valiosa. Esto es solo el principio de las riquezas que recibirás.

Pinario levanta la vista.

—Gracias.

Ella sonrío y vuelve con la Augusta. Intercambian unas palabras. La Augusta frunce el ceño, se vuelve y camina hacia la arena.

La Augusta parecía..., no parecía agradecida, como Pinario había esperado. Pero quizá la necesidad de secreto sea mucho mayor de lo que él imagina.

Pinario encuentra a su hijo y a su sobrino entre la multitud.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Cornelio.

—Todo va bien —dice Pinario—. Nuestra fortuna ha cambiado.

Se reúnen en su habitación alquilada.

—¿Tenemos que permanecer ocultos? —dice Sexto—. Yo quiero reunirme con la Augusta también.

—Todo a su debido tiempo, hijo —responde Pinario, mientras limpia su túnica con un trapo húmedo. Quiere tener el mejor aspecto posible para la Augusta.

—Deberíamos estar contigo en la cantina —dice Cornelio—. Por si nos necesitas.

Pinario hace una pausa y piensa.

—Supongo que no hará ningún daño ser precavidos. Quizá deberíais llegar a la cantina antes que yo. Vosotros os sentáis en un rincón y vigiláis cuando los sirvientes de la Augusta vengan a llevarme a la villa imperial. Livia vio tu cara junto a la villa imperial, el otro día. Así que quizá deberíais disfrazaros lo mejor que podáis. Con un manto con capucha.

—¿Y llevarás la carta contigo, padre?

—Me llevaré el original. La Augusta lo querrá. Estoy seguro de que conoce perfectamente el griego, y lo podrá leer sin ayuda. Tú guarda la traducción, por ahora.

Sexto sonrío.

—Todo va según lo planeado. Gracias a los dioses. Estuvimos a punto de arruinarnos.

Pinario asiente, gravemente.

—Sí. Gracias a los dioses. Debemos hacer los sacrificios apropiados, en el momento adecuado.

Cornelio mira la ropa arrugada de Pinario.

—Quizá deberías comprarte una túnica nueva, ¿no crees, tío?

—Sí, debería —dice Pinario, que sigue frotando su túnica—. Pero no tenemos tiempo.

Tres horas más tarde, una vez que se ha puesto el sol, Sexto y Cornelio entran por las puertas de la cantina. Pinario espera un cuarto de hora y luego los sigue al interior. Están bebiéndose una copa de vino en un rincón de la sala cuando entra Pinario. Hay tres clientes bebiendo vino, un hombre en la barra y otros dos en una mesa. El propietario y su mujer están detrás de la barra. Las festividades de los juegos están en otro lugar, en Puteoli, de modo que aquí en Baiae todo está bastante muerto. Los clientes no quieren celebrar nada, solo beber. Por eso seguramente la Augusta habrá elegido este lugar, piensa Pinario, porque es discreto.

Pinario pide una copa de vino y toma asiento en una mesa larga, junto a Sexto y Cornelio.

Los hombres más jóvenes levantan las copas para ocultar sus sonrisas. Están disfrutando de estos tejemanejes.

Esperan más o menos media hora. Luego, Livia entra en la cantina con tres hombres muy grandes. Pinario se pone de pie, con la gorra en la mano. Sonríe.

Livia señala a Pinario y dice a uno de los hombres:

—Es ese.

Ella se vuelve y se va.

Los tres hombres se dirigen a Pinario.

Uno de ellos le da un puñetazo en el estómago.

Pinario cae al suelo, jadeando en busca de aire.

—Debe... —intenta hablar, pero no tiene aliento—, debe de haber algún error...

Un pie entra en contacto con su estómago y el dolor es mucho peor que el del puñetazo.

Pinario se enrosca formando un ovillo. Sus ojos lagrimean de dolor.

Una mano lo coge del hombro y lo levanta.

Sexto y Cornelio permanecen sentados en su mesa, con la cara blanca de terror. Los tres hombres que atacan a Pinario los doblan en tamaño. Contra ellos no tienen ninguna posibilidad.

Uno de los tres matones da una vuelta por la sala, arrojando monedas a los clientes y al propietario.

—Por las molestias —dice—. No habéis visto nada.

Le meten a Pinario un trapo en la boca, le colocan una capucha en la cabeza, uno de ellos se lo echa al hombro y se van hacia la puerta.

Una moneda aterriza ante Sexto. Da tres vueltas en la mesa y cae. Él la mira, horrorizado.

—Recordad. No habéis visto nada.

DOMITILA

2 de mayo. Reate, Italia

La voz del enterrador se rompe, al terminar su historia. Me enseña la moneda que recibió a cambio de ver cómo se llevaban a su padre para matarlo.

—¿Y qué hicisteis entonces? —le pregunto.

Él solloza.

—Nada. Vi a aquellos hombres llevarse a mi padre y no hice nada. Me quedé allí sentado, impotente. Encontraron a mi padre en el lago de Baiae al día siguiente. Y entonces vine aquí, a Reate. No sabía qué hacer. Vendí nuestra propiedad para pagar nuestras deudas y he intentado...

—Coge aliento con fuerza, intentando controlar sus emociones—. He intentado sobrevivir.

—Lo siento —digo.

Él no me mira. Mis palabras son un consuelo vacío.

Es todo culpa mía. Me negué a ver a su padre porque soy la hermana del emperador, y él no era más que un humilde enterrador.

También Livia tiene la culpa. Debe de ser espía de Nerva. Yo sabía que Nerva tenía espías en todo el imperio, pero nunca imaginé que una de ellos se había infiltrado en nuestra familia. Yo me apoyaba en Livia. Confiaba en ella. Llegó a ser importante para mí. Ocurrió de una forma tan gradual que nunca se me ocurrió que fuera otra cosa que un miembro leal de nuestro servicio doméstico.

—¿Tienes la carta? —le pregunto a Sexto.

Él dice que no.

—Mi padre tenía el original. Mi primo, la traducción. Yo quería quemarla, pero él pensó que nos podía ser útil.

—Pero ¿confías en que las palabras son tal y como tú las recuerdas?

—Están grabadas a fuego en mi memoria. Nunca las olvidaré. Las palabras fueron veneno para mi padre, igual que para el tuyo.

—¿Mi padre nombraba específicamente a Nerva?

Él asiente.

El año pasado hubo acontecimientos terribles que nunca se explicaron satisfactoriamente. El atentado contra mi vida y unos prodigios inexplicables estaban destinados a socavar el principado. ¿Habría que echarle la culpa a Nerva? ¡Qué ciega estuve! La intuición de mi padre debió de estar en lo cierto. ¿Cuántas de las penalidades de nuestra familia se podían atribuir a

Nerva?

Pongo mi mano sobre la del enterrador.

—Nerva está detrás de la muerte de tu padre. Es un monstruo. Lo llevaremos ante la justicia, te lo prometo.

—¿Justicia?

Esa palabra es ajena para él. Tendré que enseñarle cuál es su sentido.

—Ven —digo, poniéndome de pie—. Tus días de vivir en esta choza han terminado.

Él no me cree. Su rostro sigue inexpresivo. Le cojo del brazo, le ayudo a ponerse de pie y le acompaño hasta la puerta. La abro y, momentáneamente, el sol de la mañana resulta cegador.

—Este es un nuevo día para ti —digo, guiándole suavemente hacia fuera.

Al principio, muestra resistencia, cuando le empujo por la espalda, pero entonces todo su peso cae hacia delante, como si se hubiera caído o le hubieran empujado, y yo doy un traspie al salir por la puerta.

Caigo de rodillas, mis manos se apoyan en la tierra, requemada por el sol. Levanto la vista y veo a un hombre muy grande sujetando al enterrador contra la pared de su casa. Tiene el antebrazo apoyado en su cuello, quitándole la vida.

Su mujer, la que vi cuando llegamos, no está a la vista, pero la oigo gritar.

Intento llamar pidiendo ayuda, pero la voz se me muere en la garganta. Me vuelvo y veo que los soldados que me acompañaban están muertos junto a sus caballos. El bátavo está de rodillas, le sujetan los brazos a la espalda dos hombres de aspecto rudo. Está sangrando, pero no veo si la herida es grave.

Livia está sentada en el tocón de un árbol. Se inclina hacia delante, con la barbilla apoyada en la mano.

Más hombres de aspecto duro llenan todo el espacio.

Alguien está junto a mí, de pie. Intento ver quién es. Su cara está oscurecida, en sombras. Se agacha más hacia el suelo, de modo que nuestros ojos quedan casi al mismo nivel.

Nerva.

—¿Estás bien, señora? ¿Te has caído?

Él me tiende la mano. Se la aparto de un manotazo.

Oigo la respiración dificultosa del enterrador detrás de mí. Todavía lo sujetan contra la pared de su casa. Tiene los pies algo por encima del suelo, y da furiosas patadas al aire.

—Se está asfixiando, soltadlo.

Nerva se pone de pie y se alisa la túnica.

—No, creo que no.

El pataleo del enterrador se intensifica; luego se detiene de golpe y su cuerpo queda flácido. El matón de Nerva retrocede y el enterrador cae al suelo.

Les he fallado a los dos, padre e hijo.

Cegada por la ira, me pongo de pie y me abalanzo hacia Nerva. Pero dos hombres me cogen antes de que pueda entrar en contacto con él.

Maldigo el nombre de Nerva, escupiendo, llena de rabia. Él me mira con los ojos muy fríos.

Entonces vuelvo mi rabia hacia Livia; me doy cuenta de que ha sido ella quien ha corrido a contarle a Nerva que yo iba a hablar con el enterrador. Supongo que fue anoche. Ella sugirió que

viniésemos a la mañana siguiente para tener el tiempo suficiente para ir a contárselo a Nerva.

—¿Cómo has podido? —le digo.

Livia no me mira. Sigue sentada en el tocón del árbol, mirando a lo lejos.

—Yo no la juzgaría con demasiada dureza, Augusta —dice Nerva—. Ella no te ha traicionado. Ha trabajado siempre para mí, desde que la conociste. Tuve la inmensa suerte de que tú llegaras a confiar en ella como lo hiciste. —Se vuelve hacia Livia y chasquea los dedos—. Querida —dice Nerva. Le tiende la mano, expectante.

Livia se pone de pie y saca de su túnica una ampolla con un líquido azulado.

Nerva lo coge y lo mueve de un lado a otro, mezclando el contenido de la ampolla. La levanta a la luz.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Creo que ya lo sabes.

—¿Es el veneno que usaste con mi padre?

La sonrisa de Nerva no tiene emoción alguna.

—No. El que administré a tu padre trabajaba muy despacio, a lo largo de una serie de semanas. Estaba destinado a hacer que su muerte pareciese provocada por una enfermedad gradual. Esto —levanta la ampolla— es muchísimo más mortal. Funcionará mucho más rápido.

—Entonces no niegas que mataste a mi padre...

Él se encoge de hombros.

—¿Por qué?

Me mira, como si pensara si decir algo más o no.

—Tu familia lleva demasiado tiempo en el poder. No lo entenderías.

—Eres un traidor y un asesino. Eso lo entiendo perfectamente.

—¿Un traidor? ¿A quién he traicionado?

—A Roma. A tu emperador.

—¿Lo ves? Yo tenía razón. —Nerva sacude la cabeza y casi se echa a reír—. Estás ciega a la hipocresía de tu familia. Te olvidas del ascenso de tu padre. Déjame que te pregunte una cosa, Augusta: cuando Vitelio era emperador, y tu padre alzó un ejército y marchó hacia el oeste con él para expulsar a Vitelio del trono, ¿estaba traicionando a Roma? Y cuando sus hombres mataron a todo el ejército de Vitelio, o cuando saquearon Roma, o cuando desgarraron a Vitelio miembro a miembro, en las escaleras Gemonías..., entonces, ¿tu padre traicionaba a Roma o no lo hacía?

»A Roma no se la puede traicionar. Solo es una serie de edificios situados junto al Tíber. Se puede tomar por la fuerza, o mediante la intriga, pero no traicionarla. Al menos cuando yo envenené a tu padre, solo murió un hombre. Cuando tu padre quiso apoderarse del trono, ¿cuántos hombres murieron? Piensa en el rastro de sangre que dejó el ejército de tu padre por todo el imperio..., todo ello para que él pudiera ser el primer hombre de Roma.

»La política es un juego sucio —dice—. Tu padre jugó mucho mejor que la mayoría, y ganó. Y siguió ganando, hasta que le venció otro hombre más listo. Pero él sabía mejor que nadie que en política, si no ganas, pierdes. Y en Roma, las apuestas son altísimas. Cuando pierdes, es tu vida la que está en juego.

—Mi padre era un hombre bueno —digo yo.

—Tu padre era un dios, no un hombre. Y como todos los dioses, el César exige sacrificios en su nombre. Desea sangre. Júpiter, Apolo, César..., es todo lo mismo. La sed de sangre de los

dioses es tan constante como el sol naciente.

—No, eso es falso. Si tú hubieras sido leal, él jamás te habría hecho daño. Él confiaba en ti.
—Mi voz suena abatida. He estado luchando contra los hombres que me sujetan los brazos, pero noto que una sensación de derrota recorre todos mis miembros—. Su confianza es el único motivo de que pudieras acercarte lo suficiente para matarlo. Y tú traicionaste esa confianza.

Hay un relámpago de ira en los ojos de Nerva. Dura solo un momento, sin embargo, y ya está otra vez impasible como una piedra, frío y despiadado.

—El César no confiaba en mí. No confiaba en nadie salvo en su hijo mayor. Mostraba favor a los senadores y luego se lo retiraba. Hacía que los senadores luchásemos entre nosotros, para que no pudiéramos dirigir nuestra ira hacia él. Cuando tu padre subió al trono por primera vez, me nombró cónsul..., un gran honor. Pero luego me apartó a un lado. Favoreció a otros hombres. Fue insultante. Y si no hacía algo, mientras estaba fuera, mirando hacia dentro, era solo cuestión de tiempo que me ofrecieran como sacrificio ante el dios.

—¿Por eso envenenaste a mi padre?

Nerva asiente, feliz de que por fin entienda su lógica retorcida.

—Me di cuenta de que tendría mucha más suerte con un emperador nuevo. Primero di una serie de pasos para socavar al César, preparando un golpe de Estado. Pero Marcelo fracasó, así que cogí las riendas con mis propias manos.

Pienso en los extraños acontecimientos del año pasado. El perro que, inexplicablemente, llevó una mano humana al foro. La ciudad habló de ello durante semanas, asegurando que significaba que el poder iba a cambiar de manos. El supuesto prodigio, junto con la edad de mi padre y su frágil salud, todo ello contribuyó a socavar el principado. Sin duda, envalentonó a Marcelo para que planeara su golpe. Tito descubrió que habían entrenado al perro para que llevara a cabo aquella tarea. Pero nunca supimos quién estaba detrás.

—¿La mano del foro? —digo—. En enero del año pasado. ¿Fuiiste tú?

Nerva asiente.

—Sí. Uno de los muchos presagios que orquesté para socavar el principado, para apuntar a la vulnerabilidad de tu familia. Inspirar a otros a hacer lo impensable.

Mi padre tenía razón. Nerva era el culpable de todas las desgracias no explicadas de mi familia.

Pienso en el hombre que intentó matarme, no mucho después del incidente de la mano. Irrumpió en palacio y me atacó con un cuchillo. Solo sobreviví gracias al bático.

—¿Y por eso intentaste matarme?

Nerva se encoge de hombros.

—Tú estabas comprometida con Marcelo. Supe que Marcelo tenía designios sobre el mismo principado. Si él se casaba contigo y mataban a tu padre y a tus hermanos, él sería la elección lógica como emperador. Yo quería un emperador nuevo, pero no a Marcelo. Habría sido peor que tu padre. Eso no podía consentirlo.

—¿Así que la manera más fácil de solucionar el problema era matarme?

—Sí.

Me echo a llorar.

—Mi padre era un buen emperador. Un buen hombre.

—Le atribuyes demasiados méritos a tu padre. No era mejor que Nerón. Su gran fortuna fue la

guerra civil, que ganó, y con ella el trono. Fue tan mala que la gente no tenía el estómago para pasar por otra. Y siguen sin tenerlo. Por eso los Flavios continúan gobernando.

Pienso en Tito. Mi invencible hermano.

—Tú querías un nuevo emperador, pero Tito no te acogerá entre los suyos. Él sabe lo que eres.

Nerva camina hacia mí, asiente, y uno de los hombres me sujeta los brazos. Una mano me echa la cabeza hacia atrás y otra me abre la boca.

—No me preocupa —dice Nerva—. Conozco a tu hermano. Conozco sus fortalezas y sus debilidades...

Nerva vierte el líquido azul en mi garganta. Es cálido y amargo. Me obligan a cerrar la boca y no la sueltan hasta que me he tragado el líquido. Me deja un sedimento granuloso en la lengua.

—Tengo planes —dice Nerva—, y tu hermano no se interpondrá en mi camino.

Los hombres de Nerva me sueltan y yo caigo al suelo. Me empieza a arder la garganta. Me siento demasiado débil para mantenerme en pie.

Miro a Nerva, que se aleja.

Mis dedos se entumecen. Noto la boca llena de saliva. Quiero vomitar.

Nerva señala al báltavo.

—Preparadlo.

Uno de los sicarios de Nerva arrastra unos grilletes de hierro por el suelo. El báltavo lucha, intentando escapar, pero un hombre le da un golpe con una porra hasta que deja de moverse. Lo arroja de cara al suelo, le pone las cadenas y luego lo amordaza.

—¿Qué vais a hacer con él? —pregunto.

—Venderlo —dice Nerva—. Se le culpará a él de tu muerte, y la de los dos pretorianos. El mundo pensará que el báltavo no podía soportar vivir sin ti, así que te mató y huyó.

Un dolor intenso me atenaza el estómago. Me cuesta mucho respirar.

Pienso en Flavia. Mi niña. Temo mencionar su nombre. ¿Qué será de ella?

Me echo hacia atrás en la tierra quemada por el sol y levanto la vista hacia el cielo. El dolor va en aumento, hasta que creo que ya no podré soportarlo más...

Y entonces desaparece.

Solo queda el calor radiante del sol, que me inunda. Me siento como si estuviera flotando en la luz del sol, agradable, brillante, blanca.

Cierro los ojos y todo es oscuridad.

BARLAAS

15 de mayo. El Éufrates, frontera entre Roma y Partia

Nuestro guía es un sirio bajo y con los ojos azules, con una daga metida en el cinturón. Se llama Moisés.

—El río —dice Moisés, señalando hacia el Éufrates.

Para él solo hay un río. No hace falta decir su nombre.

—Cruzamos por aquí.

Miro las aguas calmadas, de un azul verdoso, que van serpenteando lentamente hacia el sur y el este. La costa es de un marrón rojizo, salpicado de arbustos verdes. Al otro lado está lo que los romanos llaman Partia. La tierra de mi nacimiento.

Había olvidado cómo era el río. Hace tanto tiempo que vivo en Italia que mi recuerdo está enmudecido, no puedo llegar hasta él, como si fuera el rostro de un ser amado que murió hace tiempo. Pero ahora que estoy aquí, ahora que puedo verlo y olerlo, ahora que puedo notar la fría brisa que viene del agua, los recuerdos largamente enterrados vuelven a mí.

Carenes y yo cruzamos por este mismo sitio hace treinta años. Su expresión era torva, mientras miraba el río por última vez. Llevábamos meses encadenados antes de que Vologases nos mandase al oeste, y yo tenía las muñecas en carne viva por las esposas. También tenía el corazón lleno de odio hacia mi hermano, por desterrarme, por enviarme a vivir con nuestros enemigos.

Hay algún consuelo en ver que todo esto no ha cambiado. Saber que mientras yo me estoy haciendo viejo, las montañas y ríos continúan tal y como eran.

—¿Es tal y como lo recordabas? —pregunta Ulpio.

Está encorvado en su silla, inclinado hacia las riendas. Parece cansado, y la verdad es que no lo culpo. Nuestro viaje ha sido largo y difícil. Frota ese trocito de terracota que lleva siempre.

—Sí.

Asiente.

—Puedes tomarte un momento. Tenemos tiempo.

Miro detrás de mí. La columna de treinta soldados está esperando pacientemente. Se suponía que cruzaríamos hacia Partia con más de doscientos hombres. Pero en Antioquía la disentería hizo estragos entre nuestras filas, y Ulpio se negó a esperar. Partimos solo con los que podían andar.

—Que los otros nos alcancen luego —dijo Ulpio.

Nuestro guía, Moisés, está impaciente.

—Es una locura quedarse por aquí —dice—. Deberíais cruzar ahora mismo y terminar con

esto.

—Nadie te ha preguntado nada —interviene Manlio.

Él y Marco están detrás de mí. Los dos han vigilado a Moisés como halcones. Nuestro guía ha hecho demasiadas preguntas desde que salimos de Antioquía, intentando enterarse de todo lo que ha podido. En cuanto crucemos, intentará vender esa información a sus contactos partos. Estos hombres de la frontera que pasan tiempo tanto en Roma como en Partia pueden ser muy arteros.

Pero diga lo que diga, no interferirá con nuestros planes. Su objetivo fue evidente desde el principio, así que hemos sido muy disciplinados. Solo sabe lo que resulta obvio al mirarnos. Que estamos en misión diplomática (nadie va a la guerra en Partia con treinta hombres). Que llevamos dos prisioneros arios, uno sin orejas, el otro con los ojos descoloridos. Que entre los romanos que viajan a Partia hay un viejo guerrero parto que habla latín como un italiano. Eso es todo lo que sabe.

—Manlio tiene razón —dice Marco—. Tómame el tiempo que necesites.

Doy las gracias a mis compañeros con un gesto y luego desmonto y voy a la orilla.

Escucho el río. El sol me calienta la cara.

Es raro pensar en el joven que era cuando crucé hacia tierras romanas. Llevaba meses encadenado, mal alimentado, dolorido por las ocasionales palizas de mis guardias. Sin embargo, era joven, delgado y fuerte como un toro.

Algo me encoge el corazón. Pienso en la vida que he perdido viviendo en Roma, en los treinta años que habría podido tener como noble y guerrero arsácida. Pienso en los que estaban más cercanos a mí, cuando me fui. Mis esposas, mis hermanas y hermanos. ¿Cuántos de ellos estarán vivos? No tengo ni idea. Y aquellos que estén vivos..., ¿qué pensarán de mí? ¿Seré un extraño, como el Sapo, un romano en todo salvo en nombre? ¿O bien se sentirán tan felices de verme como yo me sienta al volverlos a ver a ellos?

Me arrodillo a la orilla del río y meto la mano en el agua. Está fría y transparente. Meto más la mano y saco un puñado de tierra negra.

La manga de mi túnica está húmeda y se me pega al brazo. Es agradable, con el calor que hace.

Llevaba siempre una tristeza conmigo, una añoranza. Fue creciendo a lo largo de mis treinta años en Roma, y nunca pude aplacarla.

Pero aquí tiene respuesta, aquí, en la tierra de mi nacimiento.

Me froto las manos entre sí, y la tierra negra me las mancha. Me las llevo a la cara e inhalo profundamente.

El nudo que tenía en el pecho se suelta, como una flor que florece en primavera.

Las lágrimas corren por mi rostro.

Estoy en casa.

EPÍLOGO

El César recibe la noticia de la muerte de su hermana por la mañana.

Es casi verano, brillante y cálido, y el César estaba muy emocionado por las semanas que se avecinaban. Se ha colocado el último ladrillo en el anfiteatro, y pronto empezarán los juegos. Cien días para celebrar la inauguración de la estructura más enorme y grandiosa del mundo. Testimonio del poder de los Flavios. Nerón construyó para sí su Casa Dorada. Los Flavios construyen un estadio para la gente. El César sabe que será recordado solo por este edificio.

Y la devastación en Campania..., aunque no podía esperar deshacer el daño hecho por el fuego más terrible e inexplicable que ha visto jamás el mundo, ¿qué podía hacer el César, cuando ciudades enteras habían quedado enterradas? Sin embargo, gracias a la dedicación y a los recursos del César, se ha hecho mucho para reparar la región. El dolor se va aplacando.

Y sí, hubo un fuego devastador en la misma Roma, no mucho después de los fuegos del Vesubio. Pero el César ha reconstruido casi por entero la ciudad, a sus propias expensas, y el sufrimiento causado por aquel fuego también está empezando a aliviarse.

El padre del César habría arreglado el desastre de Campania y el fuego de Roma subiendo los impuestos; habría hecho que la gente lo pagara. Su hijo, sin embargo, es distinto, o eso dice la gente en la calle. Como prefecto era perro de presa de su padre, rápido con la espada, con mano dura, implacable. Pero sus ciudadanos están complacidos al ver que el César, que en tiempos fue el primer hombre del imperio, resulta ser un princeps benévolo y comprensivo.

Y no ha habido malos augurios ni prodigios nefastos que vaticinaran desastres. Nadie ha tenido que consultar el oráculo ni oír ese pesimismo oracular que siempre estremece al Senado y al pueblo. Por el contrario, hasta el momento, este año, los augures han sido bien recibidos.

El año está resultando muy bueno. El César es popular, su posición es fuerte, su pueblo es feliz. El César no había pensado en la Sibila y su oscura cueva desde hacía muchos meses.

En ese estado de ánimo se encuentra el César cuando se entera de lo de su hermana.

Es su mejor amigo, el canoso prefecto de la Guardia Pretoriana, quien le comunica la noticia. El César estaba inspeccionando el anfiteatro con sus arquitectos. El prefecto ha tomado al César por el brazo, le ha llevado a un lado y le ha susurrado la noticia al oído.

Muerta. A manos del esclavo imperial, el famoso bático. Loco de amor por su bella ama, el bático la ha estrangulado, después de que ella lo rechazara. Su honra se mantuvo intacta, pero a cambio de su vida.

Como recibe la noticia en público, el César no puede reaccionar como debería hacerlo un hermano. No llora ni cae de rodillas. Debe permanecer impasible. Es trágico cuando muere la hermana de un dios, pero él ha de estar por encima de esas cosas.

—¿Dónde está el bátavo? —susurra el César.

—No lo sabemos.

El César no cambia sus planes después de oír la noticia. Asiste a todas las reuniones que tenía previstas ese día; va al Senado y luego al foro. Solo cuando se retira al palacio Imperial, por la noche, cuando finalmente está solo, llegan las lágrimas.

Y solo en la oscuridad de la noche, cuando es más consciente de la mortalidad, la suya propia y la de su familia, el César piensa otra vez en la voz de la Sibila, en sus ojos oscuros, en su predicción despiadada.

Un esclavo gobernará.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi editor, Martin Fletcher, y a todos en Zaffre, especialmente a Sophie Orme y Jennie Rothwell.

Gracias a mi agente, Sam Copeland.

Gracias a aquellos que han leído y comentado los diversos borradores, de camino a la publicación: Jeff Hull, Michael Tomner, Marialena Carr y Elyse Strathy.

Gracias a mi mujer, Anna.